

Adicta a tu aroma 6

6

Adicta a tu aroma 5

5

Adicta a tu aroma 4

4

Adicta a tu aroma 3

3

Adicta a tu aroma 2

2

Adicta a tu aroma 1

1

Adicta
A TU AROMA
FLOR DIVINA DEL DESIERTO

UNA NOVELA ROMÁNTICA
DE MERCEDES FRANCO

DE MERCEDES FRANCO
ROMÁNTICA Y SENSUAL

FLOR DIVINA DEL DESIERTO
A TU AROMA

Mercedes

6

5

4

3

2

1

Adicta a tu aroma 6

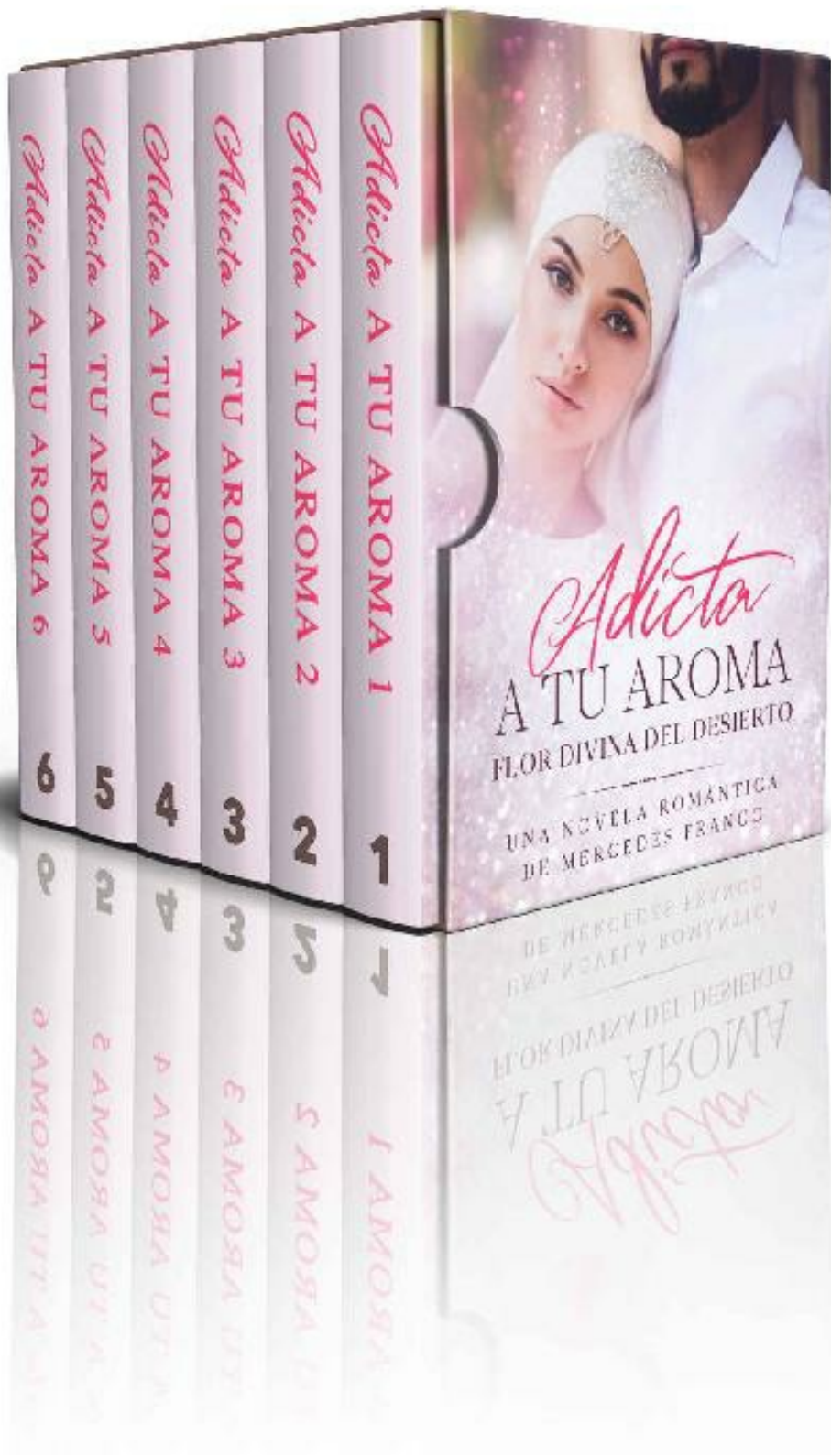
Adicta a tu aroma 5

Adicta a tu aroma 4

Adicta a tu aroma 3

Adicta a tu aroma 2

Adicta a tu aroma 1



Adicta a tu aroma 1

Adicta a tu aroma 2

Adicta a tu aroma 3

Adicta a tu aroma 4

Adicta a tu aroma 5

Adicta a tu aroma 6

Adicta
A TU AROMA

FLOR DIVINA DEL DESIERTO

UNA NOVELA ROMÁNTICA
DE MERCEDES FRANCO

DE MERCEDES FRANCO
ROMÁNTICA

FLOR DIVINA DEL DESIERTO
A TU AROMA

Adicta

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina del Desierto.

La Colección Completa de Libros de Novelas Románticas
en Español (Libros 1-6)

Tabla de Contenidos

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina del Desierto.](#)

[La Colección Completa de Libros de Novelas Románticas en Español \(Libros 1-6\)](#)

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina del Desierto.](#)

[Una Novela Romántica de Mercedes Franco \(Libro 1\)](#)

[Tabla de Contenidos](#)

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina del Desierto.](#)

[Una Novela Romántica de Mercedes Franco \(Libro 2\)](#)

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina del Desierto.](#)

[Una Novela Romántica de Mercedes Franco \(Libro 3\)](#)

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina Del Desierto. \(Libro 4\)](#)

[Los Secretos Del Rub Al-Jali](#)

[Las Voces Del Desierto](#)

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina Del Desierto \(Libro 5\).](#)

[Los Secretos Del Rub Al-Jali](#)

[La Maldición De Los Saab](#)

[Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

[Adicta A Tu Aroma.](#)

[Flor Divina Del Desierto \(Libro 6\)](#)

[Los Secretos Del Rub Al-Jali](#)

[El Regreso De Los Hijos Del Viento](#)

[Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina del Desierto.

Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

UNO

Magia dorada

Alexandra mira a través de la ventanilla, es una experiencia fuera de este mundo, tal parece que no puede salir de su asombro. Siente que ha entrado en otra tierra, un lugar lleno de magia y misterio, o tal vez sea que ha visto demasiadas películas románticas del lejano oriente, de esas donde las chicas bailan de manera sensual y los hombres lucen y se comportan como exóticos príncipes.

El lujoso auto avanza con sigilo, mientras no sale de su asombro ante el imponente paisaje que tiene ante sus ojos. Son aproximadamente las cinco y media de la tarde cuando el sol hace un juego maravilloso con ese mar de arena. Son pinceladas que generan trazos de colores en ese enorme lienzo que se extiende hasta donde alcanza la vista. Todavía le falta para llegar a su destino y no tiene la menor idea de lo que le espera, pero si de algo pueda estar segura, es que su imaginación se quedará muy corta.

Ha sido muy afortunada porque su canal de internet fue seleccionado entre los pocos invitados al magnífico e internacional evento. Es el aniversario de DUNES, la marca de perfumes nicho más famosa del mundo y es un gran honor participar en esas magníficas festividades.

Se siente un poco nerviosa, no está acostumbrada a ese tipo de cosas, siempre ha tenido una vida más bien sencilla, aun cuando su canal ha crecido vertiginosamente en los últimos dos años. Es un sueño hecho realidad, está a punto de encontrarse con su destino, es una sensación inminente que llena su pecho, aunque no sabe porqué.

Su madre nunca quiso que participara de ese mundo, trataba de mantenerla al margen de las anécdotas sibaritas de la abuela, además, siempre estuvo en contra de sus sueños grandilocuentes y de “ese trabajo extraño”, como ella le decía. Detestaba el lujo y la ostentación, con la cual su abuela quería colmarle desde que estaba pequeña. Su vida siempre fue la universidad y su trabajo como ayudante en el taller de un artista, el cual, por cierto, también detestaba su madre, pero entonces algo sucedió y Alexandra finalmente encontró su propio camino como influencers en las redes sociales.

Ha escuchado de las fiestas legendarias que se hacen entre los millonarios de Dubái, ella jamás ha tenido acceso a ese nivel de vida. Pero por esa misma razón le llena de curiosidad, ¿qué se sentirá estar allí con todas esas personas importantes, disfrutando de ese ambiente que a ella le resulta exótico?

A pesar de todo, allí está, lo ha logrado y sonríe al ver la belleza tan irreal en todo cuanto le rodea. La sensación es un tanto abrumadora ante la expectativa de lo que está por vivir, el corazón se le acelera de la emoción, ahora a sus 24 años experimentará por primera vez algunas de las cosas que su abuela vivió en este y en muchos otros lugares maravillosos.

- Falta poco señorita —le comunica el conductor, el cual parece bastante accesible y sonriente—.
- No hay ningún apuro, —le dice ella sonriendo también—, podría estar toda la vida viendo ese increíble paisaje que la brisa parece esculpir creando nuevas formas a cada momento.
- ¿Le gusta el desierto? —Le dice sonriendo—.
- No lo conozco, pero esto que veo me fascina, es... no sé cómo describirlo, fascinante, sublime, no sé...
- Es como una mujer, —dice de pronto el hombre, como si recordara algo—.
- Ah... ¿sí? ¿Por qué?
- Bello y peligroso, jajajajaja.
- Aplica para algunos hombres también, —agrega, no le ha parecido gracioso su chiste—.
- ¿Perdón?
- Olvídelo, ahora no quiere hablar y mucho menos trivialidades, solo quiere disfrutar en silencio el atardecer. Imaginarse, como suele hacerlo, un conjunto de aventuras llenas de romance y fantasía.

Es un espectáculo digno de contemplarse en silencio, le provoca decirle que se detenga y adentrarse en ese lugar, se imagina paseando en camello con alguien, bueno no con alguien solamente, sino con el amor de su vida. Pero no tiene a alguien especial en su vida, bueno, al menos que pueda referirse a ese admirador suyo, pero la verdad es que no, por alguna razón ese chico no le despierta nada de lo que se supone debería sentir por el hombre de sus sueños. Aunque su madre le repita mil veces que esas cosas no existen y que su abuela le ha llenado la cabeza con musarañas, aun así, está totalmente convencida de que en algún lugar se encuentra esa persona especial.

Quizás este sea un lugar perfecto, se ríe de sí misma, ¿quién piensa en esas tonterías en pleno siglo XXI?, tal vez es cierto y sea demasiado cursi para su edad y la época que vive. Es mejor concentrarse en su trabajo, entonces saca la cámara y graba el desierto, se ve precioso, sonríe.

Está obnubilada, nunca imaginó que estaría en un lugar como ese, es como si todo se hubiese confabulado para que pasara y se produjera este momento. Desde el lente todo se ve genial, ¡es un paisaje sacado de una fantasía! Por supuesto, una muy lujosa, son montañas de oro las que puede observar.

Dubái, como había investigado, era un sueño de sofisticación, un lugar donde la mano del hombre creó su propio concepto de la belleza. Una ciudad de ensueño, ganada al desierto, el cual de vez en cuando cobraba vida reclamando su espacio y tomando presencia. Pero allí estaban sus habitantes para dar testimonio de su fuerza y de la capacidad que poseían para vencer los obstáculos.

El sol ha creado caprichosos colores en el cielo y ese punto luminoso se va desplazando a medida que el tiempo transcurre, sus ojos no pierden detalle, está simplemente deslumbrada. Nota que paulatinamente el cielo ha ido cambiando sus tonos, desde un intenso matiz zafiro a un tono casi dorado que combina a la perfección con su complemento violeta, el invisible pintor parece que se quiso lucir mostrándole sus mejores pinceladas justo en ese instante.

Violeta intenso son las nubes en contraluz, es el firmamento que se prepara para vestirse del lujoso negro y engalanarse con los diamantes que son estrellas. No pensaba perderselo, pero al

mismo tiempo sus ojos no sabían a dónde mirar, eran demasiados estímulos a los cuales prestarles interés.

—Las dunas son mágicas—, se dice, ahora se ven de un profundo tono dorado, pero este no es más que uno de sus múltiples matices. Le mira fascinada, el viento juega con la arena y todos los subtonos le recuerdan a una pintura abstracta de Tapies, uno de sus artistas favoritos. Se dice que este lugar debe ser mágico, y luego se ríe de sí misma, tal vez su abuela le metió demasiadas ideas en la cabeza.

Ahora el violeta, el profundo crema y el maravilloso color plata juegan caprichosamente con el tono dominante. El escenario va cambiando prácticamente a cada segundo, y la imponente sublimidad del lugar le trae recuerdos, muchos, sonrío por la loca manera en que todas las situaciones se han confabulado para llegar a ese justo momento.

Recuerda que hace cuatro años atrás comenzó su canal de perfumes como un tributo a su abuela. Además, estaba desesperada y necesitaba pagar las cuentas, afortunadamente este trabajo le ayudó en primera instancia a complementar su sueldo como asistente y después, a medida que ganaba seguidores, se transformó en su única labor.

Tuvo suerte en conseguir el trabajo perfecto y de la más rara manera, el cual, además, le permitía disfrutar de esa afición que literalmente le vino como una herencia familiar. Pero nunca imaginó que su gusto por las buenas marcas le traería hasta el propio centro de la sofisticación y de lo sibarita.

- ¿Primera vez en Dubái? —Le dice sonriente el conductor—.
- Así es, es mi primera vez, —y no puede evitar que el corazón se le agite como si fuese una niña pequeña, es una sensación análoga a la primera vez que entró en la “habitación especial” de la abuela—.
- Entonces le espera un mundo de maravillosas sorpresas, considerando el lugar a donde va.
- ¿Por qué?
- Jajaja, señorita, ese sitio que me ha indicado es uno de los lugares más lujosos de todo Dubái, es el “lugar”, —le dice en su inglés que está cargado con un fuerte y encantador acento, el cual no logra dilucidar a dónde pertenece—.
- ¿En serio? —Le pregunta sorprendida—.
- Por supuesto, es un hotel de la mejor categoría, solamente se hospedan personas VIP, usted sabe, presidentes, embajadores, multimillonarios, miembros de la realeza, etc. Son personas que viven en otro mundo, —dice con una sonrisa un tanto triste—, no saben lo que es estar en la vida real, todo es como una especie de fantasía, sabe, —entonces, ella intuye que este hombre lleva un gran peso sobre sus hombros como para hablar de esa manera—.
- ¡Vaya, no lo sabía, no pensé que fuese un lugar tan opulento!, —le contesta con sorpresa, pero qué más se podía esperar de sus anfitriones, por supuesto que todo debería ser del mayor lujo y sofisticación—.
- En ese lugar se hacen los mejores eventos de todo Dubái, ya lo verá cuando llegemos.
- Entiendo, —al principio pensaba que el hombre era un natural emiratí, pero al ver su dialecto, se dio cuenta que no podía ser de ninguna manera un musulmán, por la forma como se conducía con ella, resultaba evidente—.
- ¿Usted de dónde proviene? Disculpe, es que no logro corresponder su acento con alguno

conocido y he recibido a muchas personas que vienen del extranjero, —dice con orgullo— y, sin embargo, no la ubico.

- Soy de Venezuela.
- Oh... nunca había conocido a nadie de ese lugar, ¡qué bien!, eso queda muy lejos ¿verdad?
- Algo, sí, y usted ¿de dónde es?, —le pregunta porque le ha despertado curiosidad su forma de ser y lo que apenas puede ver de su cara—.
- En realidad, soy griego, pero vivo aquí desde hace mucho tiempo, ya sabe, cuestiones de trabajo.
- Grecia... hermoso lugar, ¡guao!, ¡muy bello!
- Así es ¿lo conoce?
- Solo por fotos, —dice sonriendo porque recuerda las fotografías que su abuela tenía frente al Partenón y otros lugares del maravilloso país—.
- Debería ir, está lleno de encanto, se lo digo yo que lo conozco en todos sus matices. Tenemos una cultura muy rica, con diferentes influencias, hemos sido testigos de muchos grandes acontecimientos de la humanidad.
- Así es, algún día iré...

Mientras hablaba con él y recordaba a su vez tantas cosas de su vida; así como lo afortunada que era, dejaron atrás las dunas y el horizonte crepuscular para penetrar en la lujosa y cosmopolita ciudad. Edificios infinitamente grandes, hechos sin la más mínima mesura o timidez, que se proyectaban con sagacidad de forma voluntariosa en una escala francamente monumental.

Enormes colosos de color gris y plata que demuestran el poderío del hombre sobre la naturaleza. La antigua ciudad de pescadores perleros se había transformado, gracias a la fuerza negra del petróleo y la visión de sus líderes, en una ciudad del futuro, hermosa, imponente, llena de un magnetismo especial donde la estética estaba compuesta por líneas y estructuras geométricas, conformando una composición predominantemente vertical.

- ¿Le gusta?
- ¡Es fantástico! —Dice con espontaneidad—, ¡es fantástico!
- Sí, todos los turistas reaccionan de esa manera, —dice como si en sus palabras guardara algo que prefería callarse—. Este es el lugar de “lo colosal”, nada resulta pequeño, todo a su alrededor está lleno de grandiosidad, es... como diríamos, grandilocuente, esa es la palabra. Mire a su derecha ¿lo ve? Este es el edificio más grande del mundo.
- ¡Cielos!, ¡se ve más grande en persona que en fotos!, —exclama—.
- Es el Burj Khalifa, como dicen “un milagro de la ingeniería” sí, eso es lo que dicen, —y sonríe como si tuviese muchas cosas que añadir al respecto—.
- Eso creo, ¡vaya! ¡Sí que es grande!, me gustaría conocerlo.
- Seguramente lo hará, es uno de los destinos turísticos más visitados, si me pregunta, prefiero las bellezas de la naturaleza, pero cada quien con sus gustos ¿no es cierto? La belleza natural y la belleza creada, ¡pulcritud, esa es la palabra en su idioma original!, —Alexandra se le queda mirando, ¿quién es este hombre?—.

Lo analiza, ha despertado su curiosidad, debe tener cuando mucho unos 40 y tantos años, es relativamente joven. Posee un perfil caprichoso, su piel está curtida por el sol y la nariz tiene una graciosa forma curvada. La voz es profunda y un tanto rasposa, pero su forma de hablar, eso es lo que le ha llamado la atención.

- ¿A qué se dedicaba usted en su país?, es decir, antes de venir acá... ¿qué hacía? —Le pregunta porque se da cuenta que este hombre habla con un lenguaje muy pulido—.
- Era profesor, —sonreía al decirlo, como si recordara algo muy agradable, lo sintió en su tono de voz, y con eso le había dicho todo lo que quería saber, no hacía falta nada más, pero al parecer él creyó necesario hacerle la aclaratoria—. Cuando vine aquí dejé a mi esposa y tres hijos pequeños, necesitaba trabajar... y aquí estoy, lo sigo haciendo, ya ve, y me siento orgulloso de ello, no tengo nada de qué avergonzarme.
- Entiendo, —siente una especie de tristeza por este hombre que abandonó en algún momento a los suyos y todo lo que amaba, pero no quiere ahondar en ello, se siente un tanto egoísta, pero solamente desea disfrutar de lo que ahora le está pasando, sin involucrarse en ninguna otra historia—.
- Vale la pena, —agrega y le sonrío nuevamente—.
- Usted es un buen hombre, —pero quiere mantenerse al margen, este viaje es lo único que desea ocupe su mente—.
- Gracias, eso espero.

Se quedan en silencio por varios minutos, parece que el conductor ha entendido que ella va a gusto con sus pensamientos.

- Bien, ya estamos llegando, —le dice señalándole la colosal construcción a orillas del mar—.
- ¡Cielos!, —dice al verlo—, ¡es imponente!, —el hombre tiene razón, aquí nada se hace con una intención discreta, todo sobresale y francamente parece hecho para colmar la vista y exacerbar los sentidos—.
- Es impresionante ¿no es cierto?
- ¡Ahhh...!, cielos, ¡maldición!

El hombre se voltea entonces, —¿qué le ha pasado a esta mujer? —, se dice, la mira por unos segundos y entonces se asombra, ella parece hiperventilada.

- ¡Es increíble!, —y saca nuevamente su cámara para grabar la llegada al exquisito hotel, para luego subirlo a su canal—.
- ¡Cielos!, —dice el pobre hombre desacostumbrado a esas maneras—.
- Gracias. Eh... ¿cuál es su nombre?, disculpe.
- Constantin Stefanopoulos.
- Constantin... eh... —y no sabe cómo pronunciarlo—.
- No importa, déjelo así, solo Constantin.
- Gracias por traerme Constantin, —el hombre baja y va por las maletas—.

En ese instante, uno de los empleados las toma, hasta allí ha llegado su parte del viaje con el agradable hombre, el cual, de seguro guarda muy buenas historias en su haber.

- Gracias.
- Un placer señorita... aquí está el teléfono, por si necesita nuevamente un transporte.
- Alexandra, ese es mi nombre, por supuesto Constantin, gracias por todo. ¡Oh rayos! ¡maldición!, —vuelve a decir al ver a través de la cámara el fastuoso edificio—.

Constantin se le queda mirando, —esta mujer tiene unas maneras muy extrañas—, piensa.

- Le deseo lo mejor, —y se aleja en su auto sorprendido por la excéntrica actitud de la chica—. —Parecía tan normal—, se dice, —¡estos americanos tienen cada cosa extraña!—.

Alexandra sigue sorprendida, cada detalle llama su atención y no sabe dónde posar sus ojos, no cabe de la emoción al ver el increíble lujo y belleza de ese suntuoso lugar. Finalmente, entran en el edificio y se queda con la boca abierta.

Levanta su rostro y nota la particular forma triangular del mismo, con curvas y líneas, está lleno de abigarradas formas que le dan un aspecto lujoso y cargado. Es tan alto que debe afilar la vista para alcanzar la parte más alta del techo.

Trata de recorrer con su vista la magnífica estructura, pero resulta difícil. Posee una compleja red de fuentes con diseños minimalistas, en las cuales el agua genera formas continuas que parecen juntarse la una con la otra, generando líneas curvas. A donde quiera que mira hay inmensas columnas forradas en oro, es una decoración intensamente cargada, pero que a su vez resulta agradable a la vista.

El inmenso lobbie posee un jardín de palmeras de todas las especies y tamaños, y se siente como si estuviese en un oasis. ¿Cómo es que pueden hacer estas cosas?, —se pregunta—. Está completamente fascinada, —he llegado a mi destino—, se dice, y está loca por conocer su suite, en la cual seguramente se hospedará con todos los lujos que el caso amerita.

Su techo, el cual está a unos 70 pisos de donde se encuentra, está decorado con uno de esos preciosos diseños geométricos en tonos azul, blanco y oro. Alrededor todos los pasillos conducen a las lujosas suites y ella trata de adivinar cuál será la suya. Alex está emocionada, casi hiperventila, apenas puede creer que se hospedará en el Alh Saab Hotel, es como un sueño hecho realidad, uno de los hoteles más caros del mundo. —¡Maldición! — Se dice, —. ¡Sí que es una tipa con suerte!—.

Mira a todos los hombres de negocios que caminan rápidamente de un lado al otro, así como a las hermosas mujeres enfundadas en ropa de diseñador y lujosas joyas que van hacia algún lugar con la satisfacción en el rostro de conquistar su espacio en el mundo. También observa a las mujeres con el velo hiyad o la burka, que caminan con pasos sigilosos y callados, y que tienen un porte naturalmente elegante, entonces siente curiosidad de ver sus rostros, aunque sabe obviamente que está prohibido grabarlas o fotografiarlas.

Se distrae unos segundos, cree haber visto a alguien famoso, entonces va a sacar su cámara cuando alguien la interrumpe.

- Hola, tú eres Alexandra Rey ¿verdad?
- Así es, —y cuando levanta el rostro ve una cara conocida—, pero ¿de dónde es que la ha visto?, no lo recuerda con claridad.
- Sí, eres tú, —le dice la simpática chica de cabello castaño y rizado—.
- Vaya, eres La Perfumista... Vaya... No puedo creerlo, es decir... Kathy, ¿cierto?
- Jajajajaja, sí, dime como quieras, y tú FlorecitaParfum, siempre te veo, y me fascinan tus reseñas.
- Gracias, imagínate y yo las tuyas, me encantan esos blogs de cómo evalúas las fragancias. Oh... cielos, dice emocionada, es que no puedo creer que esté aquí, ¡maldición!, jajajajaja.
- Jajajajaja, sí, es increíble este lugar, pues a mí gustan tus videos de “cacería perfumera”.

- Oh... cielos, ¿es tu primera vez aquí? No, se nota que ya has estado antes.
- No, es decir, sí, le dice extendiéndole la mano, vine una vez, pero creo que estaremos de acuerdo que eso no basta, jamás se puede uno cansar de esto, —le dice señalándole todo el lugar—, dime tú si no es una completa divinidad, maldición, esta gente sí que sabe cómo vivir a lo grande.
- Sí, jajajajaja, es cierto, no se andan con cuentos.
- Bien, ya nos presentamos como se debe, —dice con gesto de comicidad—, ahora te comentaré algo, me acabo de enterar de tres cosas, una mala, una que no sé si es buena o mala y una buenísima, ¿cuál quieres saber?
- Ah... ¿sí?, ¿cómo es eso?, no entiendo.
- Pues, la mala es que invitaron a Pink Aroma.
- ¡Oh... rayos!, —dice haciendo un gesto de contrariedad—.
- Eh... sí, dije lo mismo, esa bitch, ¿quién sabe qué nuevo escándalo se traiga entre manos?

Pink Aroma era una de estas influencers que se hacen famosas en las redes por establecer querellas y armar escándalos, es famosa por robarse la atención, tiene además muchos recursos cuestionables para lograr sus objetivos, por eso a Alexandra no le agrada esa noticia. Significa que habrá algún tipo de escándalo en su viaje, y no quiere nada de eso. Esta mujer es el tipo de persona que a Ale no le gusta, cree en el buen gusto, el mérito y el conocimiento. El chisme y ese tipo de intrigas, le resultan una especie de profanación a lo que es el sagrado mundo de las fragancias.

- Y... ¿cuáles son las otras dos?, —le dice un tanto nerviosa—.
- Bueno, una es que no nos hospedaremos aquí, eso fue lo que me dijeron, no me mires así, yo también hice la misma expresión que tú, te podrás imaginar, ya estaba así, soñando con mi lujosa suite en esta maravilla, pero no, me dije ¡maldita sea!

A su alrededor algunas personas se le quedan mirando, parece que ha hablado un poco más alto de lo que pensaba. Se ríe y Alexandra la mira sin saber cómo reaccionar.

- Jajajajaja, rayos, esta gente se escandaliza con todo, bien, eso es lo que me dijeron.
- Entonces...
- Están esperando que llegue todo el grupo para llevarnos a una especie de bienvenida y luego a nuestro verdadero destino.
- Pero...
- No te puedo decir más nada porque no sé más nada, eso es todo lo que he logrado averiguar.
- Suena muy misterioso eso. ¡Rayos!, pensé que me quedaría aquí, —entonces siente que se le caen las alas—.
- Jajaja, sí, así parece, y bueno, como seguramente te estarás preguntando ¿cuál es la otra noticia?, pues bien, hora de morir, hora de fascinarte, porque esta sí que es una buena noticia.
- Ah... eso espero porque todo lo que me has dicho hasta ahora suena muy mal.
- Jaja, no pongas esa cara, lo que pasa es que darán una de estas fiestas, ya sabes, de súper lujo, ya te imaginas cómo. Pero lo interesante y según me han dicho, es que nuestro anfitrión será el propio Farid Saab en persona, ¿qué tal?, ¿dime si eso no es una increíble y malditamente buena noticia?

- ¿En serio? ¡Rayos!, ¡no puedo creerlo!, ¿estará él en persona? Farid Saab, ¡guao!
- Por supuesto, es lo que me lo han dicho.
- ¡Mierda!, dicen que es un hombre muy guapo.
- Guapo es poco.
- Bueno, en fotos se ve muy bien, pero nunca se sabe.
- Dicen que es mucho más guapo en persona.

Farid Saab, dueño del emporio Saab, entre cuyas empresas se encontraba la casa perfumista más famosa del planeta, DUNES. Millonario, inteligente, malditamente guapo y playboy, todas en el fondo lo estaban esperando, conocerlo era como un sueño hecho realidad.

Las chicas van llegando, Alex está emocionada, allí se encuentran reunidas muchas de sus influencers favoritas. Una joven les va repartiendo a todas, un pequeño arreglo con flores, unas particularmente extrañas y hermosas que ella jamás ha visto, al mismo tiempo les van indicando hacia dónde deben ir. Hay una especie de cartel gigantesco con la promoción de DUNES, en el mismo se ve el desierto y el frasco del fabuloso perfume, así como también unos ojos femeninos azules y misteriosos, el rostro de la chica está cubierto con un lujoso hiyad.

- ¡Maldición!, mira, —le dice Kathy señalándole la escalera—. Ven, la cosa es por aquí, —entonces todas las chicas suben—.
- Señoritas, —y les entregan no solo el arreglo, sino también un precioso paquete de regalos, Alex apenas cabe de la felicidad, todo es de DUNES, trata de controlarse y a duras penas lo logra—.

Llegan al suntuoso salón donde una dama muy hermosa y elegante les espera, el lugar está hermosamente decorado como si fuese un refinado y maravilloso oasis en el desierto. Alexandra no sabe a dónde mirar, está francamente estupefacta.

- Lo dicho, esta gente sí que sabe hacer las cosas, —le repite su nueva amiga—.
- Sí, así es.
- Bienvenidas, —dice la mujer en inglés, cuando todas se han sentado en su mesa les sirven té y dulces—. Es un placer contar con ustedes en este evento, es un honor, ahora me gustaría darles un regalo.

Cuando la mujer dice eso, entra un grupo de música tradicional y con ellos unas odaliscas que bailan el sensual ritmo. Alexandra está impresionada, las hermosas mujeres se mueven con destreza, y esto ya resulta francamente suntuoso. En la mesa han colocado una botella de champán de la mejor calidad, las luces cambian y ahora se siente como si estuvieran en una fiesta.

En el momento que el baile termina, la elegante mujer, cuyo nombre es Amina, les comienza a informar de cómo será la semana y los eventos en los cuales participarán en honor al aniversario número 100 de DUNES PARFUM. Se entera que no se quedarán en el fastuoso hotel, sino en otro lugar, el Palm Beach Saab, un conjunto de hoteles de lujo que está conformado por mansiones de veraneo, todas y cada una de las cuales tienen vista al mar, es increíble.

Serán llevadas al lugar en uno de los exclusivos yates de la familia Saab, y allí disfrutarán de las fiestas y eventos, además de las mágicas excursiones que tienen preparadas exclusivamente para ellas. Entre las cuales figuran una visita al Burj Khalifa, por supuesto, una excursión por las dunas, entre otras cosas más.

- Vaya, esto es mejor de lo que pensaba, le dice Kathy.
- Así es.

La mujer sigue hablando, pero ella ya no le presta atención, es que todo es tan fascinante que su mente comienza a volar. Es la vida de lujo que siempre le relataba su abuela, esa que en algún momento de su juventud disfrutó, y en ese instante cree que, finalmente, ha cumplido la promesa que le hizo.

Mientras va cayendo la noche, ella avanza en el lujoso yate, la costa de Dubái se ve matizada de mil colores, son las luces de todos y cada uno de los edificios y lugares que se engalanan para recibir a sus miles de visitantes, lugareños y extranjeros que hacen vida en este lugar cosmopolita. DUNES, ¡maldición!, apenas puede creerlo, mira hacia el mar que se va rompiendo por acción del poderoso casco del barco, es un mar negro y profundo, misterioso, como todo lo que ahora le rodea.

Sonríe, es que ¡quién podía creer que llegaría hasta ahí, una influencers, ella, con su modesto canal, ¡maldición!, eso sí que era tener suerte en la vida. Recuerda las palabras de su abuela y todo lo que esta le decía cuando niña. El cielo ahora es totalmente negro y las estrellas titilan, lucen como diamantes que engalanan el firmamento.

- Dada, ¡lo hemos logrado, aquí estoy! —Dice en voz baja—, ¡lo cumplí!

CAPÍTULO II

Dada

Cuando era niña Alexandra amaba visitar a su abuela, su casa era una delicia situada en las faldas del Ávila. El hogar de la sexagenaria mujer resultaba supremamente acogedor, estaba encantadoramente decorado con la exquisita colección de obras que esta poseía.

¿Cómo habían llegado a parar allí todas esas maravillas? Sencillo, aparte de su gran encanto y maneras, de joven había sido modelo de varios artistas y se codeaba en esos círculos creativos. Se reunía en su casa a departir y hablar de las movidas intelectuales del momento y disfrutaba conversando de las tendencias en las artes. Alex escuchaba muchas veces sin entender prácticamente lo que hablaban, pero igualmente le fascinaba escuchar todo lo que estas personas decían.

Para Alex su abuela era lo máximo, resultaba justamente el tipo de mujer que admiraba; inteligente, hermosa, sofisticada, de mundo... y muchas cosas más. Esperaba toda la semana para disfrutar de esas visitas y, a medida que pasaba el tiempo, ese sentimiento crecía cada vez más.

Su abuela contaba con pinturas de Cabré, Mirabal, Agustín, entre muchos otros maestros pictóricos, algunos nacionales y otros extranjeros. Para la niña era como ir a un museo, pero mil veces mejor, porque esas visitas estaban sazonadas con otros encantos, como sus deliciosas galletas de chocolate o su famoso pastel de nueces, así como las excursiones a la famosa “habitación especial”.

En ese lugar mágico, la trendy abuela contaba con una exclusiva colección de vestidos vintage. Todo testimonio de la vida que una vez tuvo al lado de sus amigos diseñadores, además de sus dos ex maridos. También en ese mismo espacio, había otras cosas que resultaban tan atrayentes como las lujosas prendas.

A diferencia de su madre, ella siempre fue una aventurera y relataba sus viajes con tal gracia que la pequeña niña no hacía sino soñar en que algún día sería como su excéntrica abuela. Todo esto, por supuesto, para el disgusto de Ilda Rey, su madre.

La abuela era una mujer moderna, siempre lo fue, aún en esa época de su infancia que Alexandra recordaba con cariño, guardaba ese encanto rebelde que siempre le caracterizó, y por el cual no se llevaba bien con su hermana mayor, y la mayoría de su familia. Sus ojos azules e inmensos estaban llenos de vivacidad, su cabello cortado en un bob asimétrico de color plata complementaban su look, al igual que los grandes collares y esa sempiterna boca pintada en color rojo que resaltaba aún más su piel intensamente blanca.

- Deja de contarle tus locas historias a la niña, mamá, le vas a crear una idea equivocada de la vida.
- ¿Por qué?, ella parece disfrutarlas, además, soñar nunca es malo, ¿no sabes que los grandes

soñadores son los que han logrado los cambios en este mundo?

- ¡Ja!, sí, siempre dices lo mismo.
- Oh... vamos, eres tan amargada, te arrugarás antes de tiempo.
- No me gusta, no quiero que... —y se detiene, pero ya es muy tarde, Dalia ha entendido justo lo que su hija quiere decir—.
- Va a terminar como yo, ¿es eso lo que quieres decir?
- No, eh... es que todo contigo es rimbombante, todo parece salido de una película, siempre tienes ese mundo de fantasía metido en tu cabeza, pero ya no estamos en los años 60, el tiempo ha cambiado mamá, ahora las cosas son distintas y tú no eres esa persona de las fotos, es momento que lo entiendas.
- Puede que lo parezca, pero no es cierto, mi espíritu siempre será el mismo, nosotros construimos nuestra propia vida hija, si no puedes soñar, ni creer en nada, estarás toda tu vida condenada a una existencia convencional y... normal, —entonces pone cara de horror como si eso fuese lo peor que podría pasarle a una persona—.
- Como yo, ¿por ejemplo?, —dice Ilda con una sonrisa, es que ella y su madre nunca se la han llevado bien, son como el agua y el aceite, dos sustancias que jamás pueden mezclarse—.

De más estaba decir que a sus ocho años Alexandra sabía exactamente lo que quería ser en la vida, deseaba ser como su guapísima y elegante abuela. Quería vivir todas esas maravillosas aventuras, conocer el mundo y soñar a lo grande, porque como ella misma decía: “sueña a lo grande, vive a lo grande”.

Repasaba sus fotos una y otra vez, en cada una de ellas estaba plasmado un momento especial de su vida. No sabía cuál le gustaba más, eran muchas y relataban de forma narrativa una existencia que tenía todo, menos de convencional. Como la vez que se lanzó en parapente desde las ruinas de Machi Picchu, o sus vacaciones en Mónaco con ese millonario excéntrico, o tal vez su excursión por el desierto, y la vez que recorrió el palacio del Sultán de Brunei, no sabía con cuál quedarse, y sus gustos iban variando a medida que crecía e iba madurando.

En todas, además, siempre lucía regia, con un moderno corte de cabello, enfundada en ropa trendy, siempre acompañada de risueñas amigas y guapísimos hombres. ¿Cómo es que esta mujer?, —se preguntaba—, había venido a parar aquí, a un lugar, si bien hermoso y delicado, bastante callado y austero para lo que era su espíritu libre y rebelde.

- ¿Esta eres tú abuela? —Le preguntaba a cada momento a través del relato iconográfico que formaban todas esas maravillosas fotografías—.
- Sí, la misma, aunque mucho más joven, por supuesto. Mira esta, aquí tenía apenas 17 años, ¿qué tal?, era una lindura ¿cierto? —Le dijo señalando una foto en blanco y negro en la cual aparecía artísticamente retratada—.
- Sí, —decía emocionada y orgullosa, a la vez agregaba—, pero te veo igual de bonita ahora, —y acompañaba esa expresión con una encantadora sonrisa—.
- Oh... mi Alex, eres un encanto, ¿escuchaste lo que dice Ilda? Estoy igual de bonita, jajajajaja.
- Sí, eso es cierto, igual de descolocada también.
- Respeta a tu madre, —le decía—, si no lo haces la vida te pasará una extensa factura.
- Lo siento mamá, —en el fondo, entre esas dos mujeres había secretos, cosas que quedaron en el camino de la vida sin resolverse, asuntos serios de los cuales se derivaban todas esas

profundas diferencias—.

Alex tenía razón, la abuela nunca perdía su estilo, se veía encantadora en esos jeans y con su bob platinado, con sus collares de turquesas que le daban varias vueltas en el cuello y esa blanquísima sonrisa que era como su mejor accesorio en la vida. Sus ojos grandes y tan azules como el mar tenían el mismo encanto, complementaban el atuendo, solamente que ahora estaban surcados por unas finas líneas dibujadas alrededor, pero que no los afeaban, sino que aportaban un mayor carácter y profundidad a su preciosa mirada.

Dalia Damasco era su nombre, pero Alex simplemente la llamaba Dada, al igual que lo hacían sus amigos, resultaba una especie de nombre artístico, y a ella por supuesto le fascinaba. No solo porque le aportaba un encanto adicional, sino porque le recordaba al famoso movimiento artístico promovido a principios del siglo XX, y también a Marcel Duchamp, el cual era uno de sus artistas preferidos por su originalidad y rebeldía.

Se lo había colocado “el amor de su vida”, como ella misma decía. El cual, por cierto, no se sabía quién era, porque nunca mencionaba su nombre. Este era uno de los más grandes motivos de sus diferencias, ya que su hija consideraba que su mamá se guardaba mucha información acerca de su vida, como, por ejemplo, el nombre de su verdadero padre.

Dada era una aficionada a las bellas artes, la moda y los lujos, además de su pasión por las buenas marcas de vestidos y zapatos, poseía una extraordinaria colección de perfumes. Realmente este era uno de los principales atractivos que poseían las visitas a su casa, ya que desde pequeña Alex estaba muy aficionada a todo lo que tuviera que ver con el mundo de la creación y la belleza.

- Madre ¿hasta cuándo seguirás gastando y gastando dinero en esas trivialidades? Tienes demasiados perfumes, —le reclamaba su hija, quien había sido dotada de una inteligencia práctica, y quien solamente veía el mundo desde un punto de vista pragmático, sobre todo porque su madre no tenía la menor idea de cómo debía administrar su dinero, y era ella la que finalmente se hacía cargo—.
- No se trata de cuántos tienes, no hay un límite, soy una coleccionista, lo sabes. ¡Cielos!, ¡por supuesto que no saliste a mí!
- La verdad, es que no sé a quién salí, —y ese siempre era el principio de sus peleas, porque su abuela se negaba rotundamente a decirle quién era su padre, y ella no entendía el por qué—.
- Ya, dejemos eso hasta aquí, —entonces se creaba alrededor un muro inexpugnable, Ilda nunca podía saltarlo ni sondearlo, era siempre el fin de la conversación, ambas lo sabían—.
- Bien, bien, contigo siempre es lo mismo, como si no tuviera derecho, pero bien, no diré más nada.
- Bien.
- Pero debo acotar que tienes una muy mala forma de gastar tu dinero, vaya mamá, vives en otro mundo, siempre ha sido así, todo el tiempo es lo mismo contigo.
- Pero soy feliz, en cambio, tú eres una amargada hija, es una lástima para una mujer tan joven... es por eso que estás sola, ya lo dije, eres amargada y estás sola.
- Tú también.
- Eso no lo sabes...
- Oh... vaya, ya lo dijiste, bien por ti entonces, —y allí terminaban sus discusiones, eran

completamente incompatibles—.

Pero Dalia no le prestaba atención a su hija, ella tenía sus motivaciones para hacer las cosas, tenía razones de peso que a su juicio justificaban su manera de actuar. A veces se sentía sola, la verdad es que no estaba con nadie, pero no se lo diría a su hija.

Sus colecciones, en ese sentido, se convirtieron en un refugio y por eso las disfrutaba intensamente. Cada objeto representaba un momento especial de su vida, era su forma de recordar y revivir el pasado, especialmente sus fragancias.

Efectivamente, Dada tenía una inmensa colección de perfumes, poseía fragancias de todo tipo, desde las conocidas y comerciales hasta las más extrañas y suntuosas. Sus favoritas, por supuesto, eran los perfumes nicho, y no cualquiera, sino los exclusivos, pertenecientes a las más refinadas casas de perfume de todo el mundo.

La primera vez que vio la inmensa colección de su abuela Alexandra no tenía la suficiente edad para apreciarla. Pero una vez que cumplió 14 años sintió amor a primera vista, los cientos de frascos que conformaban su tesoro eran de los más variados estilos y colores. Pero había mucho más de lo que imaginaba en la “habitación especial” de la abuela.

- ¡Son preciosos!, —exclamó—, algún día tendré una colección como la tuya. —En ese instante Dada lo supo, ese brillo en sus ojos solo lo reconocía en otra cara, la suya, había llegado el momento para que su nieta conociera la otra parte de su magnífica colección—.

Ese día le presentó lo que sería el gran amor de su vida, ella no se lo esperaba, pero estaba a segundos de saberlo. La tomó de la mano, su cara parecía traslucir una especie de brillo especial, lo que estaba a punto de pasar era muy importante. Era el “lugar” al cual solamente Dada tenía acceso. Sacó la llave de una primorosa cómoda, la misma llave poseía una belleza excepcional elaborada en plata y de abigarradas formas, el corazón de Alexandra comenzó a latir con fuerza, aunque no sabía exactamente la razón.

Paso seguido, introdujo la misma en la cerradura, Alexandra se exaltó aún más al oír el fascinante click que emitió el mueble. Allí estaban, sus perfumes nicho más preciados, costosos, de frascos exuberantes y aromas indescriptibles, todos y cada uno con sus preciosos envases y colores particulares.

Entonces, la abuela hizo algo que jamás olvidaría, sacó uno, su líquido era de un intenso tono dorado, lo tomaba con tanto cuidado que parecía sostener una verdadera y delicada joya entre sus manos. El frasco estaba primorosamente hecho en cristal labrado, poseía una forma maciza que se expandía hacia los lados, era como una excéntrica flor con arabescos en color oro que armonizaban el conjunto —¿es oro de verdad? — se preguntó, le pareció el objeto más hermoso que había visto en su vida, tenía que poseer algo mágico, no era común en ninguna manera.

- ¡Es hermoso!, —exclamó emocionada—. ¡Es demasiado hermoso!, —sonreía, y su corazón latía con mucha fuerza. Por alguna razón sabía que este era un momento especial, y además su abuela no compartía sus secretos con nadie más, ni siquiera con su mamá—.
- Así es, este frasco posee muchas cosas especiales hija, muchas más de las que te puedas imaginar.
- Tiene poder, —dijo emocionada—, algo tan bonito debe tener algún tipo de magia especial.

- Es cierto, en su particular manera lo tiene, un poder que le otorgan los hombres y también la fantasía que estos crean.
- Lo sabía, —sonrió, su abuela no se había equivocado, Alexandra podía ver más allá de las cosas, poseía “ojos de artista” como Dalia llamaba a la capacidad de interpretar la realidad a través de una mente creativa y fantasiosa, tal cual como la suya—.
- Ahora viene la mejor parte, siente esto.

Tomó con cuidado la fabulosa joya perfumística y atomizó un poco en su muñeca. Instantáneamente el potente olor invadió todo el lugar. Alex respiró en profundidad, sus receptores olfativos no estaban acostumbrados a tan exquisito y refinado olor, se saturaron con rapidez, era un aroma profundo que no estaba hecho para narices corrientes, porque era complejo y excéntrico, refinado y sibarita.

Miró a la abuela con incredulidad, en un segundo, a sus 14 años, fue la primera vez que se sintió transportada por un aroma, fue un momento realmente mágico que jamás olvidaría en lo que le quedaba de vida. Esa fragancia la penetró hasta los huesos, todos y cada uno de sus sentidos fueron tomados y alterados, estaba total y completamente asombrada.

Hasta ese instante no sabía que un olor te podía transportar y hacerte sentir el más profundo de los sentimientos. Fue tomada y en segundos estaba en un desierto lleno de dunas doradas, eso fue lo que se imaginó, aunque no sabía exactamente por qué. Pero estaba allí en ese precioso lugar, sintiendo el aroma y además viendo el intenso atardecer ante sus ojos.

- ¿Qué es esto?, —exclamó apenas sin creer que algo pudiera tener un aroma tan irresistible—.
- Es mi perfume favorito, y por lo que veo también el tuyo.
- Es... es... —decía sin poder describirlo—.
- Es como estar entre las dunas del desierto, —le dijo con una hermosa sonrisa, sabiendo que su nieta también sentía exactamente lo mismo que ella—.
- Así es, —le dijo sorprendida—. Dada, ¿cómo lo sabes?, ¡es eso exactamente lo que imaginé!
- Yo también, fue eso mismo lo que imaginé la primera vez que sentí esta maravilla.
- Pero ¿cómo?
- Los perfumes son mágicos Alex, son algo que te puede transportar a un nuevo mundo, diferente al real, en este espacio la fantasía se apodera de todo, como lo hace en el arte, y es el artista quien lo plantea con los aromas, al igual que el creador plástico lo hace con sus colores.
- ¡Me gusta abuela! ¡Me gusta muchísimo!
- ¡Es el perfume más maravilloso del mundo!, —le contestó su Dada, y se notaba la emoción en su cara, pero algo le decía a Alexandra que ese sentimiento estaba ligado a algo más y no solamente a la poderosa fragancia—.
- Sí, ¡el más maravilloso!, —repitió emocionada, no cabía del asombro, era un olor poderoso que parecía cosquillear en el olfato de una manera casi sensual, aunque ella no pudiera entenderlo en su completa amplitud en ese momento—.
- Sabía que te gustaría, heredaste mis instintos, —le dijo al tiempo que le tocaba la punta de la nariz con ternura—.
- ¿Cómo se llama?
- Flor del Desierto, —dijo con un tono de voz rimbombante—.

- ¿Qué?, —dijo abriendo sus enormes ojos azules como platos, los cuales había heredado directamente de su misterioso abuelo—.
- Así se llama, la casa que lo hace se llama DUNES, y como verás, es de lo más exclusivo que hallarás en perfumes.
- Flor del Desierto... ¡qué nombre más raro!, —dijo sonriendo—.
- No es raro, por el contrario, es un nombre muy apropiado, perfecto, diría yo.
- ¿Por qué?
- Porque esta flor del desierto es muy rara, exclusiva, es más, es como un pequeño y maravilloso misterio, —le dijo poniendo la misma cara que cuando le contaba sus famosas historias, y Alex por supuesto, no podía evitar que eso le llenara de profundas y exacerbadas emociones—.
- Explícame Dada, por favor, por favor.
- Tú nunca has ido al desierto, pero yo sí lo he hecho, es un lugar lleno de una belleza inigualable, pero a su vez es inhóspito y muchas veces mortal, esa combinación es muy poderosa, la vida y la muerte en un solo lugar, aunado a su intrínseca belleza, ¿dime si eso no es apropiado?
- Belleza Mortal... —repitió—.
- Así es, ese también sería un nombre adecuado para un perfume, pero no para este. Esta es una flor muy especial, posee una fuerza interior, tanto como para soportar todas esas circunstancias adversas, como el calor, la falta de agua y, como si fuera poco, el intenso frío de las noches.
- ¿Frío? —Le pregunta ella completamente asombrada—.
- Así es mi pequeña, no te imaginas el intenso frío del desierto cuando se hace de noche.
- Increíble, ¿estás segura? Es que... ¿cómo puede hacer frío allí abuela? —Le preguntó con inocencia—.
- Te dije que estuve allí, hace un frío atroz, pero la cuestión es que, aun así, esta flor crece y derrama su belleza por doquier, sus formas espléndidas engañan el desierto, pero, sobre todo, su fortaleza le hacen merecedora de ese honor.
- ¿Cuál honor abuela?
- Oh... niña, que el perfume se llame así, como ella, ¡qué honor más grande puede haber que ese!
- ¿Pero cuál es el nombre de la flor? —Le pregunta curiosa y completamente absorta en las palabras que ella le dice—.
- No sé cómo se llama, pero el frasco del perfume tiene su forma, ya ves, mira, es como este artista que te mostré, que con algunas pocas líneas insinúa las formas, ¡mira qué lindo! No tienes que dibujar algo exactamente igual para recrearlo, ¡esto es el arte verdadero!
- Debe tener un nombre, —dice poniendo esa cara de curiosidad que ella conoce tan bien, su mente simplemente no acepta los vacíos, debe haber una explicación—.
- Sí, lo tiene, pero no sé cuál es, porque la flor es un misterio, —le dice acentuando más sus expresiones—.
- ¿Misterio?
- Sí, todo lo que rodea a este perfume resulta un misterio, —sonríe porque sabe que para nieta eso es como imán—.
- ¿De qué manera abuela?
- De todas las maneras que te puedas imaginar, la flor del desierto es una metáfora, ya sabes

lo que es... pero algunos dicen que es una flor verdadera, una flor misteriosa con poderes mágicos, y que esos poderes los posee el perfume.

- Ay abuela, eso no debe ser cierto.
- Pues yo creo que sí lo es, y este frasco es aún más poderoso que todos los demás.
- ¿Por qué abuela?, —dijo emocionada y curiosa—.
- Mmmm, —dice dubitativa mirando hacia los lados como preguntándose si puede compartir lo que tiene en mente—.
- Dime abuela, dime, anda, no seas así.
- Bien, —sonríe con la ilusión de una niña—. Te diré un secreto... pero, debes prometerme algo.
- ¡Qué abuela!, —dice exaltada y nerviosa, aunque no sabe exactamente por qué—.
- Que no se lo dirás a nadie, absolutamente a nadie.
- ¿Cuál?
- Este perfume me lo regaló tu abuelo.
- ¡Mi abuelo! —Exclamó sorprendida—.
- Así es, tu abuelo, pero baja la voz, esto debe quedar solamente entre tú y yo.
- Pero...pero, ¿por qué abuela?, es que...
- Nada de peros, no puedes decirle a nadie, tu abuelo era un hombre muy especial, eso es lo que debes saber, y este perfume también es muy especial, al igual que lo eres tú, me lo recuerdas mucho, sabes, sé que tienes eso, ese algo especial, un no sé qué, tú lo tienes. Además, esos ojitos tuyos, lo veo a él en ti, son unos ojos que saben cómo encantar.
- Pero... abuelita...
- Mmm, es una especie de esencia, algo que te permite... mmm, cómo diría, hacer cosas grandiosas, mucho más que otros, aquellos que solo ven el mundo por los ojos de los demás, pero tú eres como él, eres diferente.
- Abuela, pero, ¿quién era el abuelo?, ¿quién era?
- Nada, solo quiero que sepas eso, este perfume es muy preciado para mí, por lo maravilloso que es, y porque él me lo regaló, y algún día podría ser tuyo cuando llegue el momento adecuado ¿entiendes?
- Entiendo, —le dijo Alexandra comprendiendo que algún profundo secreto guardaba el corazón de la abuela, al igual que lo hacía el perfume—.
- Con este perfume conquistas al amor de tu vida, él era el amor de mi vida.
- Pero ¿por qué no le dices a mami...?
- Yo sé lo que hago pequeña, y algún día lo entenderás, las mujeres a veces debemos hacer o decir cosas porque es necesario. Algún día lo entenderás mi pequeña florecita, tú eres como esta flor del desierto, yo también lo fui en su momento, y aquí dentro de mí lo sigo siendo, aunque ya no sea tan fresca como antes, pero tú, eres un capullo que está a punto de abrir y expandirse llenando el mundo con su belleza.

Alexandra no podía entender completamente lo que su Dada le decía, pero lo cierto era que el misterio alrededor del perfume le llenó desde ese instante de profundas emociones. No pasó un día que no deseara otra vez sentir la fragancia, que se imaginara el momento en cuando esta maravilla fuese suya, como se lo había prometido la abuela.

Soñaba con el desierto desde siempre, la abuela le contó la historia de DUNES y era tan mágica como el perfume mismo. Es que esa fragancia estaba llena de leyendas y tramas que ella

deseaba desentrañar, incluyendo la de su misterioso abuelo.

Se sentía identificada, no solo con su abuela, sino con el perfume. Es que como su Dada ella nunca fue una chica convencional, era “rara”, por decirlo de alguna manera, pero de una rareza encantadora e interesante. Su madre se había empeñado en “normalizarla”, porque lo último que deseaba era que su hija se pareciera a su madre, esta era una especie de guerra silenciosa.

Por supuesto que nunca tuvo éxito, y por más que trataba con disgusto veía que Alex cada día más se iba convirtiendo en una miniversión de Dalia Damasco. Tanto que a los 16, incluso, se hizo novia de un artista para el inmenso disgusto de su convencional progenitora.

Ese instante de su temprana juventud fue decisivo. Allí se terminó de conformar esa pasión por el esplendor, la belleza, la estética y la historia detrás de ella y, por supuesto, por los finos aromas.

Un día cuando Alex tenía 20 años, Dada enfermó, estaba muy grave y era como si le quitaran un trozo de vida, un pedacito de su propio corazón. Ese momento tampoco lo olvidaría, le visitó en su lecho, era bastante evidente lo que estaba a punto de pasar, el color un tanto cetrino de su rostro, se lo decían sin que nadie le informara de nada más.

La mujer observó con sus ojos un tanto adormilados a la preciosa nieta, se estaba convirtiendo en una bellísima mujer, de un encanto turbador y especial. La admiró con una lánguida sonrisa, era delgada, elegante, como una maravillosa columna griega. El cabello de intenso color azabache caía como una cascada por su espalda, contrastando a la perfección con su piel blanca y labios, al igual que los suyos, pintados en un intenso rojo.

- Alex, estás preciosa, mírate, te ves maravillosa y me encanta tu atuendo, —le dijo sonriendo, le gustaba verse reproducida en su encantadora nieta—.
- Eres incorregible abuela.
- Genio y figura, y ya sabes lo demás.
- Eso no va a pasar.
- Sabes que siempre he sido una persona clara, cariño, no he llegado hasta aquí por estar con remilgos.
- Dada, por favor, no quiero hablar de eso.
- Debemos hablar de eso pequeña, es hora.
- ¿De qué me hablas?
- Mira, ve hasta la cómoda blanca y saca lo que hay en la caja azul.
- Ok, bien, —le dijo dubitativa—.
- Vamos, ve.

Desde su cama observó cómo la preciosa joven fue hasta el mueble y sacó la primorosa cajita vidriada. Caminó hasta donde estaba ella y nuevamente se sentó a su lado.

- Bien, ábrela.
- Ok, —y cuando lo hizo frunció el entrecejo—.
- Bien, es tuyo.
- ¿Qué significa esto abuela?
- Es hora que la flor se abra, ya basta de convencionalismos para ti, una flor del desierto debe ser lo que es, no una rosa o una lila, sino lo que es realmente.

- ¿Qué significa abuelita?
- Significa que Dada tiene mucho por decirte, pero lamentablemente tal vez no pueda hacerlo como quiere.
- Dada, por favor, ya te dije...
- Esa es tu llave.
- Abuela, pero, no puedo aceptarlo, eso es muy costoso, todo esto... no puedo...
- Todo esto es tuyo, todo lo que tengo y no imagino a alguien que pueda disfrutarlo o apreciarlo más que tú misma, mi pequeña florecita.
- Dada, ¡por todos los cielos!, no, mi mamá...
- Ya tienes 20 años mi niña, es hora que hagas tu propio camino y le dejes en claro a tu mamá que no eres un apéndice suyo, eres un ser aparte, que debe tomar sus decisiones por sí misma, por ahora te diré, te dejo todo lo que tengo, lo cual está representado en esa llave, tú eres la persona indicada para disfrutarlo y tenerlo.
- Dada, no sé qué decirte, —le dijo con las lágrimas rodando por sus mejillas—.
- No tienes que decir nada, es como la noche y el día, esto iba a pasar, ambas lo sabemos.
- Dada....
- Hay más.
- ¿Qué?
- ¿Te recuerdas lo que te dije en aquella ocasión, cuando te presenté a DUNES por primera vez?
- Sí, recuerdo muchas cosas.
- Bueno, tengo un cofre, hay unas cartas allí, quiero que las abras, pero no ahora, ¿está bien?, sino cuando ya me haya ido, eso es lo quiero que hagas ¿puedes?
- Sí, abuela, puedo, pero qué...
- No me preguntes nada, solo haz lo que te digo, no quiero que repitas mis errores.
- Está bien Dada, como tú quieras, —no entendía bien, pero no quería contradecir a su abuela u obligarla a entrar en explicaciones que pudieran exaltarla—.
- Bien, no le digas nada de esto a tu madre, no todavía, cuando ya sea inminente, y me haya ido, quiero que esta casa sea tuya, que tengas tu propio espacio para vivir.
- ¡Abuela! Eso es demasiado.
- Recuerda lo que te dije, una flor necesita su espacio, tú no puedes crecer en el mismo lugar que lo hace una rosa, no, tú eres de otra especie ¿me entiendes? Tu madre no lo sabe, pero algún día lo entenderá.
- Bien.
- Debes prometerme algo, querida.
- Dime abuela.
- Que encontrarás tu propio camino, prométemelo, nunca vivas la vida de nadie más, solo la tuya ¿está bien? No importa qué tan práctico o bueno parezca, siempre debes seguir tus instintos.
- Te lo prometo abuela.
- Dilo más alto para mí, —y le sonrió—.
- ¡Te lo prometo!
- Bien, y una cosa más.
- ¿Qué?, —dijo enjugándose las lágrimas—.
- Cuando sea el momento ponte el perfume, pero no en cualquier ocasión, sino cuando vayas

a vivir un momento estelar.

- ¿El perfume?, —y entonces recordó el momento en que le dijo que con ese perfume conocería al amor de su vida, al igual que ella lo hizo—.
- Abuela...
- Dime que lo harás.
- Está bien.
- Con ese perfume conocerás al amor de tu vida.

Ella no lo entendía en ese instante, le parecía algo supersticioso e inverosímil, pero no era el momento adecuado para cuestionar las creencias de la abuela. Se quedó callada y recordó aquella historia hermosa que una vez le contó, no era más que una fantasía, pero debía admitir que era una muy bonita.

- Tú también tendrás una intensa historia de amor, no te conformes con alguien cualquiera, jamás lo hagas, no hay nada más triste que morir sin conocer al hombre de tu vida.
- Así es, —y se dio cuenta que eso todavía no había sucedido en su vida—.
- Ya pasará querida, ya lo verás, será en su momento adecuado.
- Abuela...
- Recuerda las cartas, cuando las leas entenderás muchas cosas.
- Entiendo abuela, —entonces aún con lágrimas en los ojos miró hacia la ventana donde el crepúsculo había campado y allí entendió que esto también era una metáfora, al igual que el nombre del perfume. Era el ocaso de la vida, algo terminaba y algo estaba a punto de comenzar—

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO III

El giro

Luego de la muerte de Dada, ella hizo exactamente lo que le había prometido a su abuela, menos leer las cartas que esta le indicó. Por alguna razón sintió que no era necesario, y lo creyó como una especie de profanación a su intimidad, aunque no sabía exactamente qué era lo que estas contenían.

- ¿Cómo que te vas a mudar a esa casa?, ¿te volviste loca? —Le dijo su madre—.
- No, la abuela me la ha dejado, ya lo viste en la lectura de su testamento.
- Oh... cielos, así que ahora te convertirás en ella, Alex, no quiero eso para ti.
- No, mamá, me convertiré en mí misma, en la mujer que debo ser y no en la que tú quieres que sea.
- Oh... ya, eso te lo dijo ella, por supuesto.
- No digas eso, es la verdad, siempre me has querido obligar a ser como tú, pero no me parezco a ti madre, no soy una mujer de números, tampoco de práctica, ni nada de eso.
- Quieres vagar por la vida, ¿es eso lo que deseas hacer?, perder tu tiempo y terminar...
- Sola, sola como la abuela, recordando mi pasado, ¿es eso lo que me quieres decir?, pues sí, me gusta cómo era Dada, tenía muchas cosas que recordar y...
- Yo no, ¿eso es lo que dices? Pero bien, está bien, sabes, yo prefiero vivir mi vida y no imaginarla, tu abuela inventaba muchas cosas, vivía en un mundo de fantasía, con esos perfumes y todas esas historias de arabia y del desierto y... en fin, no vale la pena seguir hablando de ello. Pero una cosa te digo Alexandra Rey, si sales por esa puerta es mejor que no vuelvas porque no te voy a recibir más aquí.
- Ay madre, ya estoy muy grande para esas amenazas.
- Bien, bien, como quieras, ¡esto es como una maldición! —Gritó—. Veremos si puedes con ese trabajito de ayudante cubrir todos los gastos de una casa como esa, vives en un mundito de fantasía, ¿sabes quién pagaba los gastos de esa casa? ¿Sabes quién? Yo, tu malvada madre, esa a quien tanto miras así, con resquemor, como si tener una mente puesta en la tierra fuese algo malo, tu abuela no tenía dinero para mantener esa vida, malgastaba todo, todo lo que le dejaron sus esposos en ropas caras y perfumes inservibles.
- ¡Basta!, —le dijo ella realmente molesta—. No hables de Dada así, no te entiendo, ella era la mujer más encantadora que uno pudiera conocer, no te entiendo.
- Sí, sé que no me entiendes, ahora no lo haces, pero algún día lo entenderás, ¿sabes lo que es crecer sin saber siquiera quién es tu padre? No sabes lo que es, pero por su capricho eso es precisamente lo que tuve que vivir.
- Bien, madre, como quieras, está bien, entiendo tu punto, pero sé que debe existir una buena explicación para eso.
- No lo creo, y es mejor que dejemos esto hasta aquí ¿entiendes? Ahora puedes irte si eso es

lo que deseas, pero quiero que te quede una cosa clara, el mundo no es ese bonito lugar de fantasía que te pintó la abuela, la vida es dura y difícil, debes ganártela todos los días, eso es lo que debes saber.

- Está bien madre, lo entiendo, ya soy una adulta, necesito mi propio espacio, creo que es lo mejor para ambas.
- Bien, te deseo suerte entonces.
- Gracias.

Cuando salió de allí con su maleta, el taxi la esperaba frente a la casa, por un instante tuvo un momento de duda, se volteó preguntándose si eso que hacía era realmente lo adecuado, ¿acaso su madre tenía razón? Y todo eso no era más que el producto de las fantasías de su querida abuela.

¿Y si su madre estaba en lo correcto? Ella le había hablado de su abuelo, pero nunca quiso decirle nada más, ¿por qué no le comentó nada a su madre?, eran preguntas sin respuestas. Pero ya estaba allí, había salido por fin de esa casa, su abuela le mostró el camino y ya no había vuelta atrás, debía seguir adelante con valentía.

Así lo hizo, pero pronto vio que en realidad las cosas eran más complicadas de lo que había pensado, porque su trabajo como asistente no le alcanzaba para cumplir con los gastos de la casa, necesitaba hacer algo más. Trataba de conseguir un trabajo mejor, pero no daba con nada que le gustase o para lo cual fuese buena. Era como la arena del desierto siendo llevada de un lado a otro.

Se sentó en la cama, estaba un poco confundida y mucho más frustrada aún, no sabía qué hacer, sentía temor de tener que volverse a su casa con el rabo entre las piernas. Miró alrededor sin encontrar una respuesta, era un completo fiasco, pensó.

Era de noche y había llorado, se sentía un tanto perdida, salió a la terraza y miró las estrellas como esperando encontrar una respuesta, y en su mente vinieron unas palabras muy claras: “sigue tus instintos”. Miró hacia el cuarto de la abuela y entonces fue a buscar la llave, el perfume, este debía tener la clave de todo, aunque sonaba completamente como una locura, sin embargo, en su mente tenía sentido. Aquel día sintió que el perfume haría algo especial, o por lo menos le aclararía la mente, si podía ayudarle a encontrar el amor de su vida, también podría iluminarle su propio camino.

Tomó la llave y fue directo a la habitación especial, por nada del mundo vendería esos objetos tan valiosos, como le había insinuado su amiga Lety cuando le contó el problema en que estaba metida. Vender los vestidos y perfumes era profanar la herencia de la abuela, eso jamás. Abrió con cuidado la sección donde estaban los perfumes nicho, y allí entre los otros, resaltando, lo vio, “Flor del Desierto”, seguía exactamente en el mismo sitio que lo había dejado la abuela.

Por alguna razón su corazón comenzó a latir con más fuerza, —¡eres una tonta!—, se dijo, —bien, pero algo debe tener esto, aunque sea para alegrarme un poco la vida—, se repitió. Lo sacó con cuidado como si se tratase de una joya delicada, lo tomó en sus manos y le miró atentamente, había una especie de electricidad estática en el ambiente, tal vez se estaba sugestionando a sí misma.

Se quedó mirándolo, era como las arenas del desierto, precioso y dorado, delicado, una flor entre las flores. Como un momento mágico, una vez más allí estaba ella y ese delicado objeto

llego de belleza, entonces lo hizo, atomizó el contenido e instantáneamente fue transportada a un lugar diferente, casi igual que la primera vez, aunque ahora con mucha más potencia y sensualidad, como si la fragancia se adaptara a ella y sus necesidades.

- ¡Rayos!, —fue todo lo que pudo decir ante la potencia de ese aroma—.

Se vio a sí misma caminando entre las dunas, el lugar era precioso, de un intenso color dorado, el cielo estaba pintado con los tonos del atardecer y parecía un conjunto de pinceladas hermosas al mejor estilo de Vincent Van Gogh. ¿Qué lugar era ese que la seducía con su belleza?, el sol resultaba un hermoso círculo que se perdía desdibujándose en el horizonte y se iba ocultando como si las misteriosas arenas lo fuesen absorbiendo por algún extraño sortilegio.

Al final, en contraluz, una figura perfilada, a la cual no podía reconocer, era un hombre, alto, delgado, no sabía por qué, pero le parecía hermoso, aunque no podía verle con claridad. Se quedó paralizada, no sabía qué hacer, en ese instante pensó que era cierto, como si al transportarse a ese lugar olvidara que no era más que una fantasía. Se encontraba detenida en una especie de realidad alterna, donde el tiempo no existía.

Él se quedó mirándola, vestía uno de esos atuendos árabes, la kufiyya y el Qamis tradicional, enteramente blanco, pero —¿por qué?, ¿por qué precisamente estaba vestido de esa forma? —, se dijo. El traje largo hasta los tobillos, se movía con el intenso viento, entonces el polvo del desierto comenzó a agitarse con fuerza, en ese instante una tormenta de arena se desató en la calma de las dunas, volviendo todo oscuro y borroso, llevándose a su alrededor todo cuando pudiera ver y ser, entonces se tragó a la figura como si no fuese nada y se la llevó a ella también.

Abrió los ojos agitada, allí estaba el aroma atrapado en la habitación, se rió de sí misma, ¡qué clase de fantasía tan loca estaba teniendo! Tal vez su madre tenía razón, ella vivía en la estratósfera, siempre había tenido ideas locas e imaginaciones extrañas, pero nunca con tanta intensidad como esta, fue algo tan vívido que por unos segundos creyó que era real.

Miró hacia la computadora, entonces una idea le vino a la cabeza, se sentó y miró la pantalla al mismo tiempo que el espacio donde yacían los perfumes. Fue como un rayo que cruzó por su cabeza, y allí estaba, el perfume había hecho su magia.

Así fue como se convirtió en influencer, su canal “Florecita Parfum” fue todo un éxito, comenzó a ganar tantos suscriptores que apenas podía creerlo. Pronto la contactaron los anunciantes y la propia empresa, así comenzó a ganar el dinero que necesitaba para mantener no solo la casa, sino también para comprar muchas otras cosas.

Pasaron cuatro años y se convirtió en una de las influencers más exitosas de toda Venezuela, tenía reconocimiento y hasta su madre, aunque no quisiera hacerlo, debía admitir que su hija era una mujer exitosa. Existían muchas formas de ganarse la vida y de encontrar tu propio camino. Estaba feliz, pero aún le faltaba mucho más.

- Vaya que sí eres una perra con suerte, —le dijo Lety—, y yo que te dije que vendieras los perfumes, ¡cielo santo!, debí estar loca.
- Era lo más lógico.
- Sí, pero mírate ahora, ya quisiera yo ganar todo lo que tú con ese trabajo tan genial que tienes.

- No te creas, tiene sus bemoles, a veces puede resultar agotador.
- Lo sé, pero es la maldita cosa más creativa del mundo, ¿cómo es que se llama la empresa que te contrató?
- Charisma, así se llama.
- Esa, ¡mierda! No puedo creerlo, tú como la imagen de esa cosa, jajajaja, mi amiga se está haciendo famosa, ¡brindemos por eso!, —le dijo llevándose el trago a la boca—, y además tus estudios, pronto te graduarás, aunque imagino que esa carrera no la ejercerás, ¿para qué?, ya tienes el mejor maldito empleo del mundo.
- Sí, pero me gusta la historia y me ayuda mucho en lo que hago.
- Eso sí. ¡Hey!, ¡vamos a bailar!, ¡tengo ganas de armar la fiesta! —Dijo moviendo sensualmente el cuerpo al ritmo de la música—.
- Jajajajaja, estás loca.
- ¡Hey!, mira a esos dos chicos guapos que están allí, ¡maldición!, nos están mirando y vienen hacia acá, ¡qué suerte!, siempre que estoy contigo me pasa eso, jajajaja, eres la tipa con más suerte en el mundo que conozco para conquistar.
- Cielos, y yo que quería tener una noche tranquila.
- ¿Estás loca? Míralos, parecen unos modelos.
- Lo sé, pero ya me conoces, no me gustan esas bellezas obvias.
- Oh... mierda, te has vuelto muy exquisita últimamente.

Efectivamente, los guapos chicos avanzaron hasta la mesa donde ellas estaban, uno de los dos, rubio y de hermosos ojos verdes, se acercó hacia Alexandra, era obvio que estaba muy interesado, mientras el otro se mantuvo un tanto al margen, aunque mirando de soslayo a Lety. —De seguro que tenía novia—, se dijo esta última, —porque si no, ya le hubiese caído—.

- Hola chicas, buenas noches, ¿cómo están?
- Hola, —le dijo con esa encantadora sonrisa que había heredado directamente de su abuela Dada—.
- Vaya, ¡qué sonrisa más hermosa! —Exclamó encantado—.
- Gracias.
- Mi nombre es Julián y este es mi amigo Sergio.
- Mucho gusto, —dijo ella—, mi nombre es Alexandra y esta es mi amiga Lety.
- Un placer señoritas.
- Igualmente.
- Me preguntaba si podría invitarlas a tomar un trago con nosotros.
- Ya estoy tomando, —le dijo ella mostrándole la bebida—.
- Por supuesto que sí, —dijo Lety obviando lo que su amiga estaba argumentando, ¿acaso estaba loca? Unos ejemplares como esos, por nada del mundo permitiría que su amiga rechazara una invitación como esa—.
- Vamos, ¡qué dices!
- Está bien, —respondió ella como por obligación ante la cara de su amiga, que era todo un poema—.

Se sentaron con ellos y tenía que admitir que Julián era encantador, todo un caballero. Lety a su vez parecía prendada con Sergio, aunque este no se notaba tan expansivo como su amigo, estuvieron largo rato hablando hasta que Alex dijo que debían irse.

- Vamos, ¿tan temprano? Me encantaría bailar contigo.
- Tengo que trabajar, lo siento.
- Sabes, me pareces conocida, siento que te he visto en algún lado, —exclamó mirándola fijamente—.
- Ella es Florecita Parfum, —dijo Lety emocionada, con mucho orgullo por su amiga—.
- ¡Oh rayos!, cierto, creo que vi un video tuyo.

Alexandra miró a su amiga con cara de querer asesinarla, no le gustaba divulgar su personaje de las redes sociales, simplemente quería que la conocieran en el ámbito personal por ser Alexandra, nada más. Quería que alguien se fijara en ella y no en Florecita.

- Sí, bueno, es hora de irnos, —dijo sin muchas ganas—.
- Pero, espera, ¿podrías darme tu número de teléfono?
- ¿Por qué?
- Para llamarte, por supuesto.
- Mmm, bien, está bien, toma, —le dijo pasándole una tarjeta—.
- Vaya, —le dijo él riéndose—.
- ¿Qué?
- Hace mucho tiempo que no veo a alguien que haga eso, es como si fuese algo antiguo, —le dijo acariciando la preciosa tarjeta decorada en la cual estaba su nombre escrito con florituras doradas—.
- Sí, soy un alma vieja, —le dijo dándole la espalda—.
- Espera, —entonces le llamó—.
- Ok, —dijo ella mirando el número en su teléfono y sonriendo a la vez—.
- Ahora tienes el mío.
- Bien.
- Espero encontrarme contigo de nuevo, eres una chica maravillosa, —y se notaba muy emocionado—.
- Buenas noches.
- Buenas noches, —le dijo Lety a Sergio besándole en la mejilla—.

Salieron del lugar y esperaron un taxi, mientras tanto, adentro del bar, Julián estaba prendado, le fascinaba esa chica y estaba seguro que quería conocerla más.

- Es una chica preciosa, —le dijo Sergio—.
- Sí, esa es mi futura novia.
- Bien por ti.
- ¿Y qué tal te pareció Lety?
- Es linda, pero ya sabes que tengo novia.
- Sí, jajajaja, pero parecía encantada contigo.
- Tú pareces hechizado con esa chica.
- Sí, me gustó mucho.

Mientras iban en el taxi, Lety parecía más emocionada que la propia Alexandra.

- Ese tipo sí que es guapo, ¿no es cierto? Piensas llamarlo, ¿no?
- No lo sé.
- ¿Cómo que no lo sabes?, es espectacular.

- Sí, pero no me siento particularmente animada.
- No te entiendo. Ah... ya, todavía estás con esa fantasía de encontrar al amor de tu vida.
- No es ninguna fantasía.
- Claro que lo es, ya nada de eso existe, mmm, por eso estás sola, vives metida en una novela de Jane Austen.
- Bueno, por suerte no es algo que deba preocuparte.
- Vaya, ya te molestaste.
- No, sino que quieres sea como tú.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio, Alexandra se molestaba cuando le decían un argumento como ese, ya que le recordaba a las recriminaciones de su madre. Tan solo bastaba que alguien esgrimiera un predicamento como ese para que se volviera como un felino a punto de atacar.

- Ale, —le dijo cuando se bajó del taxi—, perdóname, no quise que te sintieras mal.
- No me siento mal, tranquila, es solo que no quiero hablar de ese tema.
- Ok, ya entendí.
- Bien, nos vemos entonces.
- Ok.

Alexandra llegó a su casa y todavía tenía el mal sabor que le produjo la diferencia con su amiga. Era cierto que el chico estaba muy guapo, pero por alguna razón no le movía el piso.

De pronto se escuchó el sonido de su teléfono, esperaba que no fuera el chico, detestaba ese tipo de hombres que no esperaban ni un solo día para llamarte. Miró y se dio cuenta que era un número desconocido, pero no contestó.

Al día siguiente cuando entró en su cuenta vio que en su correo había una invitación que tenía el logo de DUNES, y su canal estaba lleno de comentarios y también de felicitaciones. Se apresuró a leerlo, ¡maldición!, ¡no podía creerlo!

¡Había sido elegida por DUNES! Era una de las influencers seleccionada para ir a Dubái a celebrar el centésimo aniversario de la famosa casa perfumista.

- ¡Ahhhh!, —lanzó un escandaloso grito de emoción—.

Estaba feliz, su vida, seguro daría un giro, hacía mucho tiempo que esperaba una oportunidad como esa. Su abuela estaría orgullosa, pensó en llamar a su madre, pero se detuvo, mejor no, ya se imaginaba lo que diría.

Fue al cuarto especial de la abuela y tomó una de sus fotos favoritas donde salía sonriendo frente a la Torre Eiffel. Le sonrió, sabía que estaría feliz por ella.

- Dada, estamos a punto de lograrlo, —le dijo—, cumpliré lo que te prometí.

CAPÍTULO IV

De mil y una noche

Nuevamente se encuentra entre las dunas doradas, el desierto exótico y hermoso se extiende ante sus ojos hasta donde se pierde el horizonte. El sol del atardecer juega con las arenas como si fuese un lienzo, en el cielo se perfilan las pinceladas en color azul, cada vez cambiando hacia matices dorados, rosáceos y lilas.

Camina hasta una colina, desde allí se ve un mar tan azul como sus ojos, el cual se une hermosamente al cielo y contrasta a la perfección con el dorado de las arenas que se va moviendo de un lado al otro. Se queda parada allí, inspira profundamente, en el aire se percibe ese aroma, es Flor del Desierto, pero ¿cómo?, no lo ha usado más, ¿por qué puede sentirlo como si emanara de ella misma?

- ¿Qué es esto?, —se dice—.

Voltea al lado derecho y algo ha cambiado, allí está cerca de ella, es un campo de flores intensamente rojas, de preciosos pétalos que parecen hechos con papel de seda. La sensación resulta encantadora, el aroma profundo y penetrante, de una manera seductora e intensa, se dirige a ellas, está enamorada con la belleza de las flores.

- ¡Qué hermosas!, —dice emocionada—, ¡qué cosa más bella!

Recuerda lo que le había dicho Dada, la belleza de la flor del desierto, es hermosa, aunque vive en medio de la nada, a pesar que debe resistir las temperaturas más inhóspitas y las frías noches. Está maravillada, de pronto al tratar de recoger una, levanta la vista y allí ve nuevamente la misma figura masculina que ha percibido anteriormente, no ve su rostro, pero sabe que, por alguna razón, es alguien a quien debe conocer.

No tiene idea de quién es, pero siente que es el mismo hombre de antes, vestido de la forma tradicional, no puede detallarlo, pero está segura que es él, la observa y parece encantado, es algo recíproco. Se ve encantador con ese marco como fondo, el atardecer y las flores que perfilan algo mágico en el paisaje desértico.

Pero de pronto se desata nuevamente el viento, y con este la tormenta que se lleva todo por delante, la arena vuela por todos lados y oscurece el paisaje, tanto que se hace de noche, entonces siente que ella misma vuela por los aires. No puede respirar y despierta sobresaltada, angustiada, como si aquello hubiese sido cierto.

Cuando Alex despierta por unos segundos no tiene la menor idea de dónde se encuentra. Tarda unos instantes en recordar dónde está exactamente. Es la preciosa villa donde las han llevado la noche anterior, pero ahora, ante la luz del inclemente sol, se perfila de una forma completamente diferente.

- ¡Rayos!, —se dice, luego de ese sueño y las experiencias del día anterior ha despertado más mocionada—.

Se levanta y va al baño, es precioso, con acabados en oro, todo allí tiene ese aspecto lujoso y un tanto exagerado. Se baña en el precioso lugar, después se coloca un vestido de verano y un traje de baño debajo, ese día tendrán una especie de fiesta en la playa, y está preparada para todo lo que seguramente viene con ello.

Se mira en el espejo, la noche de descanso le ha sentado bien, luego del intenso vuelo que ha tenido y de las consabidas escalas del mismo. Sus ojos lucen luminosos y frescos, y también su cabello, el cual le cae como una cascada preciosa hasta la cintura. Sonríe, no está nada mal, no se considera por supuesto una beldad del otro mundo como su abuela, pero es linda, no hay discusión ante eso.

Sale hacia la piscina con su bolso de playa en mano, está lista para comenzar la diversión y grabar para su canal. Sin embargo, les han indicado que en la fiesta de gala no pueden grabar, y eso le molesta un poco, porque precisamente ha estado deseando documentar ese evento fastuoso, pero ni modo, no puede hacer más nada.

Se recuesta debajo de una de las inmensas sombrillas y el clima está genial, ni muy caliente, ni muy frío. La piscina es espectacular, de borde infinito y al final se ve el mar preciosamente pintado en un azul tan intenso que casi hiere la vista. Muchos yates circulan a lo lejos, y ella se encuentra deleitada con ello, graba con la cámara para tener la mayor cantidad de material posible para sus suscriptores.

- Es fantástico, ¿no es cierto?
- Ah... sí, hola, ¿cómo estás?
- Bien, ¿cómo más se puede estar en un lugar como este?
- Tienes toda la razón, ¿quién no estaría feliz en este lugar?
- Esta noche darán una fiesta aquí en la playa, hay que prepararse, nunca se sabe qué puede uno encontrar ¿cierto?
- Sí, cierto, jajajajajaja, hay que estar listas.
- Estoy loca por visitar la casa matriz de DUNES.
- Yo también, —dice ella, le apasionan los perfumes de esa casa, pero más que todo, lo que desea visitar es el desierto, se pregunta ¿por qué sueña tanto con él?, ¿qué significa en su vida?, ha estado haciéndolo desde ese instante en que su abuela le había presentado a Flor del Desierto—.
- ¿Cuál es tu perfume favorito?, —le pregunta la chica—.
- ¿Y el tuyo?
- Noches de Pasión, por supuesto, —le dice con cara de buen humor—.
- Sí, jajajaja, me imagino.
- ¿Y el tuyo?
- Flor del Desierto.
- Vaya, es un perfume difícil, es decir, muy costoso, y de edición limitada.
- Lo sé.
- ¿No me digas que tienes uno de los originales? Cielos sí, es así, o tal vez lo has probado en muestras, casi pone cara de espanto.

- Por muestras, claro, miente, sabe perfectamente que Flor del Desierto es un perfume muy costoso y exclusivo, que se saca solamente en pequeños lotes. Resulta prohibitivo para la mayoría de las personas adquirirlo.
- Oh... bien, me asustaste jaja, pensé que no eras como el resto de los mortales.
- Jaja, eres muy graciosa, a Alex no le gusta dar exceso de explicaciones.
- También lo he probado así, lo más fascinante de ese perfume, a mi entender, es la historia, ¿me imagino que la conoces?
- Sí, algo he oído, en realidad me parece que tiene mucho de leyenda.
- Por supuesto, como todos los perfumes, tiene que haber una leyenda alrededor de los mismos, eso les permite venderlo más, aunque francamente ese olor no es de mis favoritos, debo reconocer que es un perfume sumamente especial, pero, no, no va conmigo.
- Ok, —y supo que su amiga no experimentaba lo mismo que ella con el perfume, es sin duda una mujer más concreta, cuyos sentidos se dejan llevar por lo que ve y siente, y no porque lo pueda interpretar de ello—.
- Sé que a lo mejor estarás pensando que soy una profana por decir eso, pero me gustan los aromas más obviamente apasionados.
- Entiendo, tranquila, cada olfato tiene sus preferencias.
- Así es, aunque me gusta mucho la historia que tiene ese perfume, lo de la princesa y su romance.
- Sí es preciosa, —y debe reconocer que es una romántica incurable, al igual que su abuela—.
- Pero es para una chica más romántica, y yo soy una mujer de pasión, bueno, ya me entiendes, no quiero eso de conocer al gran amor de mi vida. Jajaja, no, solo quiero pasarla bien y disfrutar de una buena noche de pasión con un hombre espectacular que llene mis sentidos ¿es mucho pedir? —Dice graciosamente—.
- Entiendo, jajajajaja, creo que casi todas quieren eso.
- Sin compromisos, las cosas han cambiado y eso ya es cosa del pasado, ahora las mujeres tomamos las riendas de nuestra propia vida, sin necesidad de tener a ningún hombre a nuestro lado, yo por lo menos no lo necesito, como no sea para... bueno, tú sabes qué. ¡Oh cielos!, que no me escuchen, ya sabes...
- Sí, jajajaja, es mejor que nadie te escuche.
- Hablando de eso, ¿tienes novio, pareja?
- Por ahora no tengo nada de eso, admiradores, pero no quiero comprometerme con nadie.
- Te entiendo, yo tampoco, a veces tengo que esquivar a esos hombres, es como si las cosas hubiesen cambiado, ahora son ellos los que quieren algo serio, ¡qué fastidio!, yo solo deseo pasarla bien, ¡por todos los cielos!, ¿quién quiere casarse a los 20 y tantos?, ¡qué manera de perderte el tiempo!
- Jajajajaja, sí, jajajajaja, estamos demasiado jóvenes para eso.

Kathy se le queda mirando de repente con un gesto escrutador, entonces sonrío.

- Oh... oh... vaya, jajajaja.
- ¿Qué?, ¿qué pasa?
- Eres una de esas, oh... no, jajajaja, ¡maldición!
- ¿Qué?, —le dice ella sin saber a qué se refiere la chica—.
- ¿Eres una de esas, de las que está esperando al gran amor de su vida?
- ¡Claro que no! —Le miente, como si al desear eso estuviera cometiendo alguna especie de

blasfemia—.

- Jajajaja, no lo niegues, incluso tu perfume favorito es Flor del Desierto, ¡mierda!, estás perdida, jajajajaja.
- No, claro que no.
- Bien, no importa, tranquila, eso es cosa tuya, ahora debemos prepararnos, ¿quieres ir al spa? —Esa chica parece cambiar de tema a cada segundo—.
- ¿Hay spa aquí?
- Por supuesto, ¿qué pregunta es esa?, obvio que lo hay, de lo contrario, ¿qué clase de hotel siete estrellas sería?
- Oh... claro, vamos.

Al dirigirse hacia el spa piensa en lo que Kathy le dijo, en realidad sí es una de esas, siempre lo ha sido, al igual que su abuela, quien había pasado su vida tratando de repetir el mismo sentimiento que tuvo hacia su abuelo. Pero era inútil, solamente una vez se puede sentir así y nada más.

Solamente que ella no ha conocido aún a esa persona, así que tal vez, a diferencia de su Dada, ella tendrá más suerte. Su abuelo representa un misterio, uno que tal vez se acabaría al leer las cartas que su abuela le dejó, pero no se atreve porque en el fondo siente un profundo miedo de conocer algo que no le vaya a gustar, de saber una verdad que pueda cambiar su vida de una mala manera y para siempre.

- Sabes, sí soy una de esas, le dice de pronto a la chica.
- De ¿cuáles?, ¿eh?, ¿de qué mierda hablas?
- De las que buscan al amor de su vida.
- Oh... ya, lo sabía, pero tranquila, jajajajaja, hay de todo en este mundo.
- Lo sé, —dice con decisión—.
- Bien por ti chica, por lo menos sabes lo que quieres, —y le sonrío, entonces se da cuenta definitivamente que las dos harán buenas migas—.

Cuando llega a su habitación está tan relajada por el inesperado día en el spa que cae directo en la cama. Se queda dormida y sueña con Dada, quien le muestra el cofre y le dice que lea las cartas, que allí está la respuesta para todo.

Despierta y ya está atardeciendo, es preciosa la manera como los colores pintan mil tonos de cobre y sangre en el cielo.

- ¡Qué preciosidad!, —se dice, se siente muy emocionada—.

Comienza a arreglarse para la fiesta en la playa, la cual forma una parte importante de los eventos, allí estará mucha gente interesante y necesitaba grabar algo para ir subiéndolo a su canal. Antes de ir al baño recarga su celular, no quiere llamar demasiado la atención con una cámara más grande.

La exquisita bañera le produce un maravilloso estado de relajación. Piensa en recogerse el pelo, pero después se dice que es mejor no hacerlo. Después de todo, ese cabello negro es uno de sus principales atributos, además, no es un evento exageradamente formal, sino una fiesta en la playa.

Ha traído algunos vestidos de Dada, de los que le había heredado, trajo cuatro, todos de uno de sus diseñadores favoritos, con un look precioso. Se prueba varios y el elegido posee un maravilloso tono cobre que le sienta a la perfección con el intenso color de sus ojos y piel. Además, luego de un día en la piscina ha adquirido un precioso matiz sutilmente bronceado que le queda de maravilla, y que sin duda lo espera intensificar en la semana que estará allí.

Cuando se termina de arreglar se coloca algunas piezas de joyería sutiles y elegantes que ha traído consigo. Se revisa en el espejo antes de salir para ultimar cualquier detalle, la verdad es que se ve regia, sutil y elegante, el vestido tiene una refinada cualidad sin ser demasiado formal, además de una abertura lateral que deja entrever un leotardo que también es parte del conjunto, el cual es igualmente cobrizo, y le aporta un aspecto sensual a su vestimenta.

Sus ojos resaltan, así como el color de su cabello, lo único que piensa en ese instante es en lo mucho que piensa divertirse y pasarla bien, no quiere tener más expectativas que esa. Cuando está a punto de salir, toma su bolso de mano y casi abre la puerta cuando siente algo, una especie de instinto, es una descarga eléctrica en todo su cuerpo. Lo sabe, recuerda las palabras de su abuela, “coloca el perfume cuando lo sientas, sigue tus instintos”.

Se ríe de sí, misma, pero igualmente se devuelve y va justo hasta el lugar donde ha colocado el perfume, no lo trajo en su frasco original por obvias razones, sino que ha rellenado un vial con él. Cuando lo atomiza experimenta un intenso escalofrío en todo su cuerpo, allí está nuevamente la sensación del desierto y sus intensos colores dorados.

Cuando sale de allí, se siente como una reina, es como si le hubiese dado un impulso y brilla con una nueva luz, tal cual como el sol aporta nuevos colores a las dunas del precioso y mágico desierto. Por alguna razón está mucho más feliz que antes, de su piel mana una especie de esencia especial que ella misma no puede describir. Entonces se da cuenta, ¡es la primera vez que realmente está usando el perfume!

Llega a la playa y observa que el lujo es la norma, nada de qué sorprenderse. En el poquísimo tiempo que ha estado allí ha comprendido que es una especie de marca personal para los emiratíes, dar lo mejor de sí es un tipo de respeto hacia otros y también para consigo mismo.

Todo está decorado con carpas y antorchas, muy fresco y elegante a la vez, precioso, además también hay velas blancas y telas en forma de tiendas abiertas que aportan la sensación de estar en una especie de safari por el desierto. Hay definitivamente un encanto sumamente seductor en todo cuanto los rodea.

- ¡Bienvenida señorita!, —le dice una mujer al mismo tiempo que le entrega una preciosa flor a la cual no reconoce, pero le parece delicadamente muy hermosa, se la colocan en la mano con una especie de pulsera, y ese detalle le resulta sencillo y encantador—.

Hay una inmensa fogata en medio de la playa, la música es sensual y algunos invitados bailan con ella, aunque por supuesto hombres y mujeres no pueden tocarse directamente, está prohibido hacerlo en público por cuestiones religiosas. Las odaliscas bailan con un encanto sensual, y hay en el ambiente una especie de emoción, Alex saca su celular y comienza a filmar, la noche promete, es realmente encantador todo lo que hay a su alrededor.

- ¡Guaoo!, es todo lo que puede decir, comienza a chocar sus palmas al ritmo de la sensual

música, si fuese por ella bailarían con esas hermosas mujeres, pero sabe que eso no está permitido.

Camina por toda la playa, quiere ver y grabar las decoraciones, así como la belleza del lugar y disfrutar de las diferentes personas que están allí. Hombres poderosos, mujeres hermosas y adineradas, influencers famosas y ejecutivos de la marca.

Por alguna razón siente los ojos encima de ella, voltea y en efecto se da cuenta que algunos hombres le miran insistentemente, algunos de forma bastante descarada, y otros de una manera más sutil. Se voltea disimuladamente, mira por encima de su hombro y entonces ve a un hombre especialmente guapo que la observa fijamente, es uno de estos chicos que poseen un look europeo, bastante rubio, tal vez nórdico.

Es muy guapo, pero no le atrae de forma particular, se queda allí, luego el hombre viene hacia ella con dos copas de champán.

- ¡Buenas noches!, —le dice en inglés, efectivamente con un marcado acento, pero que no sabe exactamente de dónde es—.
- Buenas noches, —le dice ella sonriendo—.
- ¡Vaya!, desde que te vi entrar me dejaste sin palabras.
- Oh... gracias.
- ¡Cielos!, es que... tengo que decirlo, tienes los ojos más hermosos que he visto en toda mi vida.
- Gracias.
- Mi nombre es Gustav.
- Alexandra, —le dice sin tocarlo, porque no sabe si era correcto saludarse así en ese lugar—.
- Hermoso nombre.
- Disculpa que no te dé la mano, pero es que no conozco las costumbres.
- Oh... ya, jajajaja, eso solo es entre los musulmanes, yo no soy musulmán, claro al menos que me abracés o beses, eso es otra cosa.
- Oh... disculpa, jajajaja.
- Ya sé lo que estás pensando.
- ¿Qué?, ¿a ver?
- Que mis palabras no son nada originales.
- Puede que no lo sean, efectivamente, —le contesta siguiéndole el juego—.
- Pero déjame decirte, puede que no sean originales, pero son lo más sincero que he dicho en toda mi vida, —le contesta con una sonrisa encantadora—.
- Jajajaja, bien, te creo.
- ¿De dónde eres?
- De Venezuela ¿y tú?
- Noruega, —por supuesto que lo es, dice ella para sus adentros—.

Es el hombre más guapo que ha visto en toda su vida, mucho más que Julián, incluso, que ya es mucho decir. Pero por alguna razón no le despierta esa sensación, esa que piensa debería sentir, pero recuerda lo que le dijo Kathy y también Lety, no es necesario ver volar las estrellas para compartir con alguien, después de todo, algunas cosas no tienen que ser del otro mundo para resultar agradables.

- Te invitaría a bailar, pero no se puede.
- No importa, igual la música es agradable, incluso solamente el oírla, gracias por la champaña, —le dice alzando la copa y llevándosela a los labios—, en ese momento ve a Kathy que le sonríe y levanta su copa como diciéndola “así se hace chica”.
- Y... ¿trabajas para qué firma? Déjame adivinar, eres una de las nuevas modelos.
- Jajajaja, no, no soy, modelo, para nada, no.
- No puede ser... entonces... una ejecutiva, y una muy guapa, por cierto.
- No tampoco, —y está disfrutando viéndolo adivinar quién es y qué hace en ese lugar tan exclusivo—.
- Vaya, entonces no sé, es que juraba que eras una modelo.
- No, no trabajo directamente con la compañía, soy una influencers, tengo mi propio canal y me han invitado con otras chicas para ver la marca y promocionarla.
- Ah... ok, entonces ¡qué bueno!, me parece un trabajo muy original, debes ser muy popular cuando te han invitado hasta aquí.
- Me gusta pensar que sí, —le dice con modestia—.
- Vaya, eres una persona muy agradable, encantadora, diría yo.
- Gracias, tú también eres muy agradable.
- La noche está preciosa, pero la verdad es que tú la engalanas completamente.
- Jajajaja, gracias, gracias, —y se queda mirando la inmensa fogata, cuyas lenguas de fuego le llaman poderosamente la atención—.
- ¿Te gusta? —Le pregunta él—.
- Sí, mucho, es precioso todo esto.
- El fuego es uno de los símbolos de la marca, representa la protección ante el frío del desierto.
- ¿En serio?
- Sí, así es.
- Vaya, eso es maravilloso, me gustan todas esas curiosidades.
- A mí también, ¿y tú?, ¡cielos!, no sé si sea correcto decírtelo, pero tu aroma, ¿qué es?, ¡tu fragancia es maravillosa!
- Gracias, es un secreto, —le contesta poniendo cara de misterio—.
- Mmm, es divino...

Entonces mira hacia la fogata y algo llama poderosamente su atención, es una figura entre las llamas que parece casi hecha de fuego. Son unos ojos poderosamente atrayentes y felinos, como los de una pantera, tan dorados como las dunas del desierto, una figura masculina que no puede definir completamente, pero que captura instantáneamente su atención, que la atrae con una fuerza arrolladora y no puede despegar sus ojos de allí, pese a que Gustav sigue hablando.

En ese momento ya no le presta atención, porque lo que requiere sus sentidos es la figura, ¿qué tiene?, no lo sabe. Esos ojos le miran de forma penetrante, tanto que siente un escalofrío en todo su cuerpo, es una sensación poderosa que jamás ha experimentado, un cosquilleo intenso y electrificante recorre todo su cuerpo.

- ¿Qué rayos?, —dice—.
- ¿Qué?, —responde Gustav, ella voltea y mira la cara de extrañeza de su interlocutor—.
- Lo siento, es que...

- ¿Qué?
- Nada, disculpa, me distraje por un segundo.
- Ok.

Voltea nuevamente y ya la figura no está, —¡maldición!—, se dice, le busca por todos lados, pero no le ve, —¿dónde está?—, repite mentalmente. —¿Qué rayos se ha hecho?—, son los ojos más maravillosos que ha visto en toda su vida, casi como si no fuesen humanos y destilaran una esencia casi salvaje.

Levanta el teléfono y mira a través de ella grabando el fuego, y esperando que pueda ver otra vez la figura masculina que tanto ha llamado su atención.

- Disculpe señorita, —le dice una encantadora chica vestida como una odalisca, que ha notado es una anfitriona—.
- Sí, dígame.
- No puede filmar en este momento.
- ¿Por qué?, me dijeron que solamente no podría filmar en la fiesta de...
- Es que ha pasado algo inesperado, el señor Saab acaba de llegar y no puede filmar, lo siento señorita.
- ¡Oh cielos!, no sabía.
- Por favor, disculpe, —le dice educadamente y entonces se va—.
- ¿Farid Saab está aquí? ¡Qué extraño!, —le dice Gustav—.
- ¿Lo conoces?
- Sí, mi padre ha hecho negocios con su firma desde hace mucho tiempo, y ahora los hago yo.
- Ok, ¿por qué es extraño que venga hasta aquí?
- No suele estar en este tipo de cosas, es un tanto... digamos, reservado.
- ¿Por eso no le gusta que lo filmen?
- Así es.
- Ok, bien, —se queda pensativa—. Eh... ¿me disculpas un momento? Me siento muy acalorada, —dice abanicándose—.
- Ok, ¿puedo acompañarte?
- Después seguimos conversando, —le dice y camina sola hacia la playa—, está un poco sofocada y la verdad no quiere enredarse con el chico, es muy guapo sin duda y simpático, pero se nota tan interesado que le hace sentir un tanto incómoda.

Recorre la playa, la cual se encuentra enteramente decorada con preciosas antorchas. La atmósfera le produce una especie de arrobamiento, jura que allí debe haber una fuerza mágica que la llena con una sensación de euforia. Se detiene para mirar la costa, este mar es muy diferente, oscuro e intenso, con una fuerza penetrante que parece amenazar, y que sin embargo le resulta completamente encantador, masculino y poderoso.

- ¿Le gusta el mar? —Piensa que es Gustav—, seguramente le ha seguido, pero no, esta voz es diferente, mucho más profunda, en cuando voltea se da cuenta que no es él.

Se queda paralizada, unos grandes y felinos ojos en color intensamente dorado le miran, y enseguida se siente transportaba hacia las dunas del desierto. Esos ojos ¡cielo santo! Son los más hermoso que ha visto en su vida. Escucha las palabras de su abuela claramente en su cabeza, “ponte el perfume para que conozcas al amor de tu vida...”.

“Una flor puede ser tierna y delicada, puede ser hermosa y dulce, pero también es fuerte y poderosa, sagaz y conquistadora e, incluso, algunas veces... mortal”.

Princesa Faruz Amina Hazid.

Leyendas del Desierto (p. 134).

Fin.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de esta saga:

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 4)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 5)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 6)

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 4)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 5)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 6)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 7)

Libro 7)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 8)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 9)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 10)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 11)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 12)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 13)

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 14)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 15)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 16)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 17)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 18)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 19)

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.
Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1
Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2
Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3
Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.
Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama
Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos
Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.
Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina del Desierto.

Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

CAPÍTULO V

La princesa

En el desierto, en lo más profundo, donde las arenas del tiempo se confunden, donde el pasado y el futuro se vuelven uno solo, allí en el espacio donde el horizonte se funde con el cielo, en ese lugar donde la mano y los pies del hombre no pueden alcanzar, allí nació La Flor del Desierto. Ante el frío de la noche y los ardientes días germinó y creció, su belleza era inconcebible, de una naturaleza sublime, sensual y etérea.

Quienes la han visto se enamoran, sus pétalos son color de fuego, están hechos del material de los sueños, llenos de encanto. Es atrayente, mucho más poderosa de lo que puedan creer, una ventana al mundo de la imaginación. Pero su verdadero poder reside en su núcleo, intensamente dorado, en ese lugar se guardan los más profundos secretos y también sus más grandes poderes.

Pero no es solamente el aroma donde estriba su fuerza, sino en la leyenda, en las historias, los hilos que la vida ha ido tejiendo hasta crear el más seductor tapiz. Uno de ricas texturas, colores y formas. Quien la encuentra ya no puede ser igual, la vida te cambia, ahora ves las mil estrellas y los nuevos colores del amanecer.

Ahora no eres tú, sino el amor que te impulsa, quien la encuentra halla el camino, consigue el rumbo al amor de su vida. Es la flor de las maravillas y hay un nuevo firmamento, ha caído la noche y ahora nace un amanecer nuevo, donde la vida es otra, donde el corazón renace.

Esta flor también posee una esencia, una sustancia capaz de seducir y vibrar, una magia ha nacido, con el poder de encontrar el amor, con la cualidad de atraer a dos corazones que se han buscado a través del mundo, aún sin saberlo. La Flor Del Desierto tiene el encanto, está presente, llena la atmósfera de manera imperceptible.

Así dos corazones están a punto de encontrarse, el desierto lo sabe, así lo ha querido, hay un gran amor en la vida, si encuentras la flor lo hallarás. Desde lejos ha llegado, sus caminos se han cruzado. Es la flor del desierto, la flor del encanto y lo demás es leyenda.

Dos almas laten sin saber, se han buscado sin conocerse. Las dunas son dibujadas por la brisa, con el profundo aroma del desierto que se matiza con notas dulces y profundas. Allí está la magia, en la mente, en los corazones que pueden interpretar una forma, un color y una sensación que acaricia los sentidos. Son esos ojos dorados como el sol, que se vislumbran a través del fuego, es la mirada de cielo, de mar puro e infinito.

Es un instante mágico cuando la imaginación se agita, vuela. Así se siente ella, es la primera excursión, la ilusión del desierto le espera y apenas puede creer que esté finalmente ahí.

Alexandra está excitada, la han llevado a un lugar primoroso, es como estar en un sueño. Las dunas de Rub al-Jali son impresionantes, así como el intenso contraste entre la arena y el azul del cielo. Respira un tanto exaltada, pero ¿cómo no hacerlo con un paisaje como ese, el cual hace

volar la imaginación y destilar la locura? Hay un aroma en el aire, la sensación que algo está a punto de pasar, aunque ella misma no lo sepa, pero es completamente palpable, se siente como si pudieras tocarlo.

Le han dicho que las llevarán en rústicos 4x4, pero ella prefiere el tradicional paseo en camello, después de todo, ¿qué puede ser más romántico que andar en el desierto como en los tiempos antiguos? Al menos eso es lo que piensa, aun cuando el abrasador sol es totalmente inclemente.

Debe esperar hasta el día siguiente, por ahora pernoctarán en hermosas tiendas que han instalado en el lugar. El escenario es como salido de una película, y cuando cae el sol, se encienden las antorchas, dándole un aire más encantador.

El viento gélido se cuele entre el calor que produce la fogata, el fuego parece hablar entre susurros, la madera truena de manera cantarina entre la fuerza destructora. Rojo como el fuego, ardiente... son palabras que vienen a su cabeza y le hacen recordar el sueño, ese donde ve entre las dunas las flores de seda y la figura masculina que es llevada por la tormenta.

Es un sueño recurrente, pero no tiene una explicación, desde aquella vez en que su abuela le mostró el perfume, el encanto del desierto le ha mostrado su rostro de muchas maneras. Es extraño que esté allí, no debería ser nada extraordinario, el desierto siempre se parece, pero por alguna razón cree que es el mismo que ha visto en sus sueños.

¿Qué es esa sustancia o cosa que se ha apoderado de sus deseos?, ¿por qué el desierto le atrae tan poderosamente, tanto como para provocarle adentrarse en él y caminar hasta descubrir sus secretos? Se imagina que sus pasos se van hundiendo, cada uno dejando una huella. Allí está el aroma perceptiblemente, pero ¿cómo?, es un aroma masculino y poderoso, posee una fuerza intrínseca que le hace enervar sus sentidos, ¿de dónde proviene?, ¿será del ambiente? Se pregunta.

Mira hacia un lado y otro, algo pasa, no sabe qué es, el crepitar del fuego sigue matizando la velada, y es el momento de recordar las historias que han creado la leyenda. La vida es lo que resulta y lo que pensamos de esta, pero, sobre todo, esto último, la existencia está matizada con las pinceladas de la imaginación, y sin ella ya nada tiene sentido, porque todo se convierte en un conjunto de hechos tangibles y comprobables.

La existencia es como la paleta de un artista, y ya son mil colores los que se mezclan en Alexandra. Piensa nuevamente en los ojos dorados, en la cálida mirada del hombre que le ha preguntado si le gusta el mar. Pero ¿quién es este personaje misterioso, alto y hermoso?

- ¿Le gusta el mar? —Dice la sensual y profunda voz—.

Él solo se ha quedado mirándole, mientras ella no sabe qué decir, es como si simplemente se hubiese quedado paralizada por la impresión. Espera una respuesta, pero no tanto como para que se sienta comprometida a estar en su compañía. Es un ser extraño, casi una fuerza de la naturaleza, siente la misma sensación que la de alguien que se encuentra frente a una poderosa tormenta.

Este hombre es igual a la brisa del desierto que va esculpiendo todo a su paso, llega y se va, sin más, sin dar explicaciones, ni aportar más sentidos que no sean su propia presencia en este mundo. Le mira de forma seductora, y luego en un instante se sonríe de una manera casi mágica.

- Buenas noches, señorita, —le dice—, ella ve cómo se aleja sin poder hacer nada, no sabe cómo comportarse en un lugar donde una mujer no puede tomar la iniciativa de buscar a ese hombre que tanto le interesa.
- Eh... —alcanza a decir—, pero ya él no está.

Entonces le busca con la mirada, pero no lo encuentra, ¿qué extraño ser es este que le mira de manera seductora, pero que, sin embargo, no se detiene ni por un momento a conquistarla? Capta su atención de forma instantánea, ahora piensa en el misterio que yace en esos ojos alucinantes que son tan intensos como las arenas del desierto, cálidos y poderosos, incluso, mortales. Te abrazan y no te sueltan hasta que ya es demasiado tarde, hasta que su influjo te ha alcanzado y no quieres que se vaya. Esa es la verdadera seducción, sin palabras, solo lo necesario, la cantidad justa de presencia y de ausencia, de gestos que se combinan en una manera perfecta y armónica, como una poderosa fragancia destila sus notas para exaltar los sentidos.

El cielo se ha teñido de un profundo color azabache, tan negro como un abismo, en el cual sobresale el brillo intenso de los diamantes nocturnos que alguien ha esparcido en el firmamento. Alex está fascinada y siente que esta es la parte del viaje que le gusta más.

Había esperado por ella con ansias, porque allí es cuando se siente más conectada con este mundo, hay algo poderoso que le sigue de cerca, aunque no tiene la menor idea de qué es. ¿Por qué siente que pertenece a ese lugar?, ¡es una completa locura! Pero es así, es un hecho que la tiene fascinada, mucho más que el resto de sus compañeras, las cuales solo piensan en lugares fastuosos y llenos de lujo, pero ella no. Alexandra es una chica diferente, es como esa flor que crece entre la nada, y que, sin embargo, vuelve su entorno un lugar fascinante, apoderándose con su esencia de todo.

Una noche en el desierto definitivamente es suficiente incentivo para exacerbar más su ya intensa imaginación; recuerda el sueño y al hombre que se ha robado su atención desde el primer momento. Vestía como un occidental, pero sus facciones parecían árabes, un hombre de un intenso atractivo, tanto que todas las miradas femeninas fueron tras él cuando se alejó para no volver.

Mientras mira el fuego, la voz profunda de la mujer no puede ser más apropiada para relatar la famosa leyenda. Aunque la conoce, no puede evitar emocionarse, y ahora mucho más que se encuentra en este contexto. Es como estar en el escenario perfecto y la chica se dispone a relatarla, los ojos de ella se abren más, quiere oírla en su idioma, aunque le vayan traduciendo le seduce el sonido de las palabras, porque parecen cantos, de esos que penetran en el alma y hacen que tu cuerpo vibre, eso es lo que necesita, una buena dosis de pasión y aventura, la adrenalina circulando por todo su cuerpo como aquella noche.

Así es como lo cuenta la leyenda, y todos sabemos lo que eso significa, existe una parte de realidad, pero, sobre todo, de la fantasía. Pero... la vida está llena de ella, ¿qué sería del mundo sin el toque mágico, sin el misterio que supone aquello que no entendemos o que pensamos inalcanzable?

Ya la conoce, pero no le importa escucharla otra vez, en este caso de primera mano, por alguien de la misma cultura, que entiende las implicaciones y significados propios que la misma posee. Suena el rumor cantarino del viento, algunas chicas se han ido a dormir, mientras otras no están interesadas en la romántica historia. Una de ellas es Pink Aroma, alias Grecia L. Una

influencers muy popular y a la vez conflictiva, es obvio que lo último que tiene en mente es escuchar la leyenda de la princesa Faruz.

Ahora son unas 15 chicas las que están alrededor de la fogata escuchando la historia. Dada era experta en contarla y no había nada más emocionante que cuando su abuela anunciaba que le relataría la historia de la princesa Faruz. Tanto que al principio imaginaba que era ella, y cuando creció, entonces su mente buscaba las connotaciones históricas y místicas presentes en la misma, además de la fantasía en sí.

- Entre las soledades del desierto, entre las dunas, donde nadie puede alcanzar, en ese lugar en el cual el sol se funde con el horizonte y los ojos del hombre no pueden profanar sus secretos. Allí, justamente entre las ardientes arenas y el sol abrazador, entre los diamantes que son estrellas... allí, donde la magia se funde con la fantasía, donde la realidad sabe desdibujarse porque no hay nadie que la declare, en ese lugar donde la locura es la norma y el hechizo pervive en el alma de las cosas...

Su corazón vibra al escuchar estas palabras, recuerda la voz de la abuela contándolas, es como una canción, como poesía y se lleva la mano al pecho. Está tan emocionada que no puede entender cómo es que esas otras mujeres permanecen impassibles ante la belleza de este cuasi canto que promulga de forma apasionada el amor.

Definitivamente, ella es diferente, es un alma vieja, como le dijo a aquel chico, un alma que busca la verdad, no es ese tipo de chica que se deja llevar por un viento cualquiera, que solo busca un instante de pasión y nada más. Cree en algo más significativo, en aquel que sabe llegar hasta el alma, que deja una huella indeleble como las marcas que quedan en el desierto hasta que la brisa se las lleva para borrarla por siempre.

La chica continúa su canto, pero el viento se agita y es como si sus palabras fuesen una especie de rezo que alborota no solamente los sentidos, sino también los elementos. El viento se ha exaltado y se detiene, mira a su alrededor, espera un momento a ver qué pasa, pero entonces la mujer prosigue sin más.

- Allí donde el pasado se confunde con el presente, donde no existe el tiempo y la mano del hombre no ha sabido, ni podido profanar la verdad que se esconde al final del cielo. Entre los dioses antiguos que yacen en el olvido, con las palabras que ya nadie sabe pronunciar, que nadie entiende... una vida, la existencia que se han llevado las arenas del tiempo. A la flor nadie la ha visto, exceptuando los beduinos, quienes la vieron nacer entre los muertos. Los más antiguos lo sabían, era la Flor del Desierto que crece entre las dunas, hecha con el color del fuego, sus pétalos son como la seda y de belleza sin igual, nadie le ha visto, ni lo sabe, solamente los antiguos.

Alexandra se deleita, ha soñado con ella, en su sueño casi la toca, porque justo en el instante que va a tomarla, algo la distrae, el hombre misterioso, ese que tanto ha deseado ver, pero que nunca puede hacerlo. Es un hombre vestido a la usanza árabe tradicional, pero es ese viento, la tormenta la que no le deja finalmente ver al ser que ha captado su atención, es el misterio que la conquista.

- La Flor del Desierto tiene magia, sabe penetrar en los sentidos, aunque nadie le ha visto, y tal vez, —agrega—, tal vez nos esté llenando en este mismo momento, —dice sonriendo—.

- Son solo leyendas, —dice una de las chicas, de nombre Julia—.
- La vida es en parte realidad y en parte fantasía, así es como nos la planteamos, si todo fuese práctico ¡qué aburrido sería! —Dice la muchacha a través de su intérprete—.
- Sí, ¡qué aburrido!, —dice Kathy emocionada—, pero siga, esta historia es fascinante.

Le molesta la actitud de estas mujeres, hablan y siguen hablando, no guardan el menor respeto o agrado hacia la magia que yace en todo esto, no las entiende, ¿cómo estas personas que se dedican al mundo de las fragancias no se dejan seducir por ese universo como ella lo hace? Trata de mantenerse concentrada y la chica prosigue, no sin antes mirar alrededor, como si en verdad creyera que algo va a pasar, o tal vez solamente sea para darle un matiz más dramático a la propia historia que está relatando.

- Pero antes de que la flor existiera, mucho antes que alguien le viera por primera vez, hubo una mujer, la más hermosa de todas las tribus. Cuenta la leyenda que era la hija del jefe, una princesa de belleza sin igual, cuyo nombre se pierde en las arenas del tiempo, su nombre solo puede pronunciarse en el idioma antiguo, el cual ya nadie conoce, mucho antes que el islam tomara las tierras cuando los hombres solo sabían adorar a las estrellas, al desierto, el cual era la reina, el lugar donde vivían de un lado a otro, existiendo como el viento que se mueve entre las dunas.

Alexandra está fascinada, ella muchas veces ha querido adentrarse allí, descubrir el secreto, es uno de esos pensamientos de locura que muchas veces tiene. La sensación de alejamiento que la arropa, pero a su vez siente que es una especie de llamado, algo que le incita, como si hablara a sus oídos, diciéndole que pertenece a ese lugar, de alguna u otra manera.

- El nombre que le dieron fue Faruz, pero eso fue mucho después cuando las arenas corrieron y los hombres entendieron la realidad desde otro punto de vista. La princesa Faruz Amina era la mujer más hermosa de la tribu y de todas cuantas el desierto tuviese su conocimiento, su belleza era legendaria, y su padre Amin quería casarla con alguien digno de su hermosura e inteligencia, ella era una mujer particular, su padre lo había procurado así. No solo era linda, sino que poseía conocimientos que otras personas no tenían, sabía leer las estrellas, escribir y cantar hermosos poemas. Pero además de las otras cualidades que una mujer poseía, ella tenía muchas más, sabía hablar con los elementos, con el desierto, con el cielo, era una mujer especial.
- ¡Qué hermoso! —Exclama ella mientras las otras chicas se le quedan mirando con un gesto un tanto burlista—, seguramente están pensando en lo cursi que suena todo eso, pero a Alexandra no le importa.
- Sí, —dice la cuentista en su idioma—, sonríe, le agrada ver a alguien que le gusta lo que ella está diciendo, pero se le queda mirando de una forma extraña, por unos instantes nuevamente el silencio se ha apoderado del lugar.
- ¿Qué?, —dice ella al sentirse observada por la mujer—.
- Nada, —le dice la traductora—, continuemos, —y la chica prosigue con la historia—.

Las dunas se agitan más, ella mira a su alrededor y es casi como si hubiese una presencia silente, alguien más que no habla ni ve, tal vez los elementos mismos, quizás ellos hablan, cantan y son convocados. El viento baila alrededor y también las arenas, como si esperaran el momento para tomarlo todo, tal cual como pasa en su sueño. Es una especie de zozobra, una clase de

premonición.

- La princesa era famosa y todos los hombres querían casarse con ella, la princesa sabía hechos que otros no entendían, conocía el secreto de los animales, de las tierras, incluso, del oro, y por eso desde que nació la fortuna de su padre había aumentado a niveles sin precedentes. Era como el amuleto de su padre, y este la amaba, tanto que no quería desprenderse de ella. Su hermosura era legendaria, su cabello negro como el azabache, sus ojos tan azules como el cielo, los labios rojos como el fuego. Cuando su padre le preguntó si quería casarse, ella le dio un rotundo no, porque no deseaba pertenecerle a nadie. Era como el viento, libre, surcando de un lado al otro, no podía tener ataduras, no necesitaba estar ligada y normalizada por las creencias de los hombres, ¿cómo puedes encadenar al viento? ¿Cómo le dices a la brisa que no vuele hasta los confines de la tierra?
- Hermoso... —susurra ella quedamente por temor a interrumpir a la chica—, pero esta cada tanto la mira como si viera algo específico, y ya la está poniendo nerviosa.
- La princesa Faruz era una fuerza de la naturaleza, y no puedes atar al viento ni a las estrellas, con el pasar del tiempo su belleza aumentó, se hizo total y completamente legendaria, tanto que por la tribu desfilaron los más importantes hombres, incluyendo príncipes de tierras lejanas, pero ninguno llamó su atención. Era como si estuviera protegida contra el mal del amor, sus ojos no se posaban en ninguno, todos se morían por verla, pero no podían, estaba prohibida que su belleza fuese observada por alguien y, sin embargo, todos sabían que era la mujer más hermosa del mundo. Pero un día llegó un hombre desde tierras lejanas, de un lugar que ya las arenas del tiempo se han tragado por siempre, era hermoso de grandes y maravillosos ojos azules, tan azules como el más claro de los cielos, como el más potente de los mares, dicen que vino más allá del océano, que era rubio como el sol, y que finalmente sus ojos se posaron en un hombre.
- ¿De dónde era?, —dice Kathy interrumpiendo la historia—.
- No lo sé, un hombre que no era árabe, hermoso como pocos, poderoso como muchos menos, le dice manteniendo el carácter dramático, sin perder ni por un momento la gracia con lo cual cuenta la historia.
- ¡Vaya!, ya quisiera encontrar uno así, —dice ella con espontaneidad y todas ríen ante las palabras de la chica que se oyen hilarantes—.
- Bien, este hombre parecía haber captado la atención de la princesa, y ¿cómo no?, si era un sueño, todas las chicas de la tribu querían casarse con él, o por lo menos que la princesa lo hiciera, el hombre cubrió todo con oro, eran montañas las que trajo desde más allá del desierto, era un hombre que conocía las aguas, un extranjero. Así apenas podía creerlo, ¿Faruz enamorado? Algo raro estaba sucediendo.
- Y qué pasó entonces...
- Entonces... parecía que todo se iba suceder de forma natural, lo que estaba planificado pasaría. Sin embargo, su padre la veía lejana, como si su mente estuviera en otra parte.
- Ajám, pero ¿qué pasó con el amor?
- El amor no ha sido igual en todas las épocas, ni en todas las culturas.
- El amor es el amor, —dice una de ellas—, siempre es el mismo, —y parece muy decidida—.
- Se fijó la boda y era un hecho, la fiesta se haría por todo lo alto, los bailes, la comida... pero en la noche que debía celebrarse algo pasó. Todo estaba listo y preparado, cuando ya se había acordado las cosas y entregado la dote, ese mismo día la princesa desapareció.

- ¡Cielo santo!, jajajaja, y ¿qué pasó?

Alexandra está un tanto molesta por la actitud de las chicas, parece que nada para ellas resulta serio y, aunque es solamente una anécdota, quiere escucharla con calma y tranquilidad, desea que estas mujeres dejen de interrumpir a la chica. Hasta ese punto había llegado la abuela, cuando desaparecía la princesa y hasta ahí llegaba la historia, o casi...

- ¿Qué pasó entonces?, —le dice con ansiedad a la chica—.
- La buscaron por todos lados, pero no la encontraron, era una desgracia, su padre y su madre estaban devastados, no solo por la boda, sino porque la princesa Faruz era la alegría de la tribu y el amuleto de la prosperidad para los suyos, ahora ¿qué harían sin ella? Su padre no sabía qué hacer, el príncipe la esperó hasta que se hizo evidente que ya no vendría, ese día fue triste para la tribu, el hombre se fue con todo lo que había traído, estaba desairado, y seguramente debido a eso caería una desgracia sobre toda la comunidad.
- ¡Vaya!, —dice Kathy, entonces de pronto el viento se agita con mayor fuerza, todas voltean por instantes parece que se desatará algo, pero no pasa nada—. ¡Rayos este sitio me tiene a vilo!, —exclama y se ríe—.

Para Alexandra eso no es asunto de risa, hay algo allí, una sensación presente, algo que busca un sentido, un significado. No se puede explicar, pero ella volteo a cada tanto porque es como si alguien la estuviese mirando, existe una especie de presencia allí, aunque no puede verla.

- La princesa no apareció, dicen que se perdió en el desierto, buscando a su verdadero amor.
- Cuál, ¿tenía un amante secreto? Es eso ¿no? —Dijo una de ellas riendo—, tenía que haber algo congruente en esa historia, debía haberlo.
- El desierto, ese era su verdadero amor, dicen que huyó para estar unida a él por siempre, no podía amar a más nadie.
- ¿El desierto? —Dice con incredulidad—. ¡Cielos!, ¿qué clase de historia de amor es esa?, no entiendo, —dice frunciendo los labios—, tiene que haber alguien, algo... no lo sé, de seguro que se fugó con el amigo del príncipe.
- Shhh, por favor, —dice Alexandra, y todas se le quedan mirando como “¿quién es ésta para mandarnos a callar la boca?”—.
- Bien, continuemos, —dice la chica sonriendo de una forma extraña—. Bien, dicen que el desierto era el verdadero amor de la princesa. La tribu se fue finalmente de ese lugar, pero la leyenda dice que luego de irse, no pasó ninguna desgracia, nada de lo que su padre imaginó, al contrario. Un día despertaron y entonces las dunas estaban florecidas como nunca lo hicieron, había aparecido un oasis, allí en pleno lugar donde el día anterior no existía nada. Una laguna, palmeras y, sobre todo, flores, muchas flores, de un color rojo tan intenso como el fuego, de pétalos que parecen hechos de seda, cuyo aroma llenaba todo el lugar, hechizando los sentidos y arrobando el alma. Todos se quedaron maravillados, la flor, esa flor tenía poderes, la tribu se quedó a vivir allí, en ese lugar donde las arenas del tiempo se quedaron ancladas, donde dicen que el tiempo jamás pasó, la flor tenía poderes, el poder de detener el paso del tiempo, un lugar donde la vida no siguió transcurriendo y dicen que fue el regalo de la princesa para los suyos.
- ¿Qué era entonces?
- Dicen que la Flor del Desierto se derramó para brindar el poder de la eternidad a su tribu, y desde ese día nadie más les vio, se perdieron en las arenas del tiempo, la flor era la

princesa, o al menos eso dicen, ella sabía que su existencia podía ser más poderosa que las cotidianidades, el desierto concedió su deseo de vivir por siempre, ese era su verdadero amor... y el desierto dicen, se engalana con ella, y algunos le han visto. Muy pocos, pero dicen que tiene el poder de ayudarte a encontrar...

- El amor de tu vida... —dice Alexandra al mismo tiempo que la chica—.
- ¿Conoces bien la historia?
- Algo, —dice como si supiera algo más que no quiere decir—.
- La princesa Faruz se volvió la flor y algunos le han visto, los más afortunados se han ido una vez le ven, pero otros se han dejado arrojar por su encanto y nadie más les ha vuelto a ver, se han perdido en el desierto, en busca del amor y no han vuelto jamás.
- Ok, —dice Kathy mirando hacia todos lados como pensando, ¡cielos!, ¡qué locura!—.
- La Flor del Desierto, —dice Alex quedamente—, tiene el poder de ayudarte a conseguir el amor de tu vida, —y es la voz de la abuela la que ahora escucha—.
- ¿Qué tiene que ver con el perfume?
- Dicen que Mohamed Saab se topó con una, y tuvo la suerte de salir con vida del desierto, pero desde ese día el encanto de la flor se quedó en su mente, el aroma, la belleza, y cuando fundó la casa DUNES, luego de crear una serie de perfumes, quiso rendirle tributo a la más bella de todas las flores, y con ello a la princesa Faruz, y a los suyos. Mohamed Saab era un hombre que respetaba y admiraba las costumbres de sus antiguos, que le gustaba leer las estrellas, y que deseaba volver a los suyos, a la tribu, un pensamiento romántico. Otros dicen que le atrapó el hechizo de la flor y que se perdió en el desierto buscándola, nadie más lo volvió a ver...

Se hace un profundo silencio, por alguna razón hasta la más escépticas se han quedado calladas, tal parece que la flor del desierto no es lo que han esperado. Seguramente querían escuchar la historia del amor de un príncipe y una princesa, pero no, la flor es una historia inconclusa, y por alguna razón Alexandra siente que hay algo más, algo que no le han contado, que algunos saben, pero no dicen.

La fogata sigue crepitando en silencio, el sonido de la madera se puede escuchar porque todas se han callado. Algunas se quedan por más rato allí y otras se van alejando hacia las tiendas que han preparado para ellas, son preciosas y de gran lujo, en ninguna manera las tiendas de los beduinos tradicionales, en ese lugar todo lo hacen a lo grande. Kathy se ha ido a acostar, al igual que todas las demás, y solamente Alexandra permanece en el lugar, mira las estrellas y siente que algo le sigue, aunque no sabe qué es. El viento se ha desatado y ya la arena vuela por el lugar, sin embargo, no entra en su tienda, se queda mirando las estrellas y también al fuego.

- ¿Qué es lo que deseas saber?, —le dice una chica que no ha visto antes—, se ha acercado a ella de una forma sigilosa, lleva velo, uno francamente precioso, tiene un aire elegantemente natural, no es la que estaba contando la historia, es otra que asume, también pertenece al grupo.
- Hay algo que falta en esa historia, —le dice ella decidida—, aunque no sé por qué, es algo que siento en mi corazón.
- ¿Por qué piensas eso?, —su voz es suave como un arroyuelo, es una de estas mujeres árabes que tienen una belleza poderosa, intrínseca como el desierto mismo—.
- No lo sé, es algo que siento, ¿tú vienes con el tour también? —Le pregunta—, es decir, con

la excursión, ¿me imagino que eres parte del equipo de DUNES?

La chica no le responde, se queda en silencio por un instante y luego habla.

- ¿Eres Alexandra Rey?, —le dice la chica suavemente—, tiene una cara preciosa, o al menos lo que ve tras el velo que lleva, no es hiyad, es otro un chador, que solamente deja ver sus profundos ojos azules, y ella no entiende el porqué de esa expresión, tiene un aire fascinante en su rostro, casi como si brillara con luz propia.
- Sí, así es, ¿por qué?
- ¿Eres la nieta de Dalia Damasco?, —repite—, y la forma cómo dice ese nombre le resulta particular.
- ¿Cómo sabe eso?, —le dice ella extrañada, y se voltea completamente para mirarla—.
- Tu abuela era alguien muy especial, quiero que sepas eso.
- Pero, no entiendo, ¿de dónde la conoce usted?, no lo entiendo, jamás le he visto, además, usted es muy joven. ¿De dónde conoce a mi abuela?

Nuevamente se queda en silencio, es como si solo respondiera lo que desea.

- Todos conocían a tu abuela, era alguien muy especial.
- Me imagino que la conoce cuando vino acá. Bueno, usted es muy joven, entonces... debe ser un familiar suyo.
- Sí, le responde parcamente.
- Entonces...
- Hay mujeres que son como la flor del desierto, —le dice—, pero la sonrisa con la que acompaña esas palabras es muy particular, tanto que incluso se siente nerviosa.

Esa chica tiene un aire muy elegante, y entre el desierto se ve como parte de él, su belleza y porte le llaman mucho la atención, la chica se queda callada, y ahora solo se escucha el viento. Su velo es azotado por este, y de ella se desprende un aroma francamente seductor, inspira y abre los ojos, es... Flor del Desierto.

- Mmm, pero...
- Sabes, en el desierto hay tantos misterios, tantos que es como si tuviera vida propia, de hecho, siento que la tiene, de alguna manera u otra, los hombres no conocemos nada, y ahora menos, nuestros antepasados sabían mucho más que nosotros mismos. —Su forma de hablar es como un cántico, suave, como si hablara más bien consigo misma y no con otra persona—. Hay un tono cabalístico en su forma de comunicarse, mira a la nada, como si pensara en algo que solamente está dentro de su mente, y no fuera de ella.
- Yo también he sentido lo mismo, hay cosas que no podemos explicarnos, —y parece que finalmente alguien la entiende—.
- Así es, ¿sabes cuál es el encanto en todo esto? —Dice con cara de fascinación—.
- ¿Cuál?
- La esperanza, la expectativa de que algo está por pasar, puedes sentirlo, sé que está en alguna parte, aunque no puedas verlo, pero tú, tú estás destinada a algo grande, —le dice mirándola fijamente—.
- No me conoces, ¿de dónde sacas eso?, —le dice apartándose y ya francamente asustada—.
- Eres como la princesa, y estás destinada a ser como ella.
- ¿De qué me habla?, —entonces ya siente una especie de incomodidad—.

- Todo en su momento, cada cosa debe saberse en su momento, —sonríe, no puede ver sus labios, pero por la expresión de sus ojos lo sabe—.
- Pero...
- Tranquila, no te preocupes, cada quien es encontrado por su destino, tus ojos me lo dicen, el desierto te ha llamado y pronto acudirás a él.
- ¿Qué?
- Mira todo esto, ¿puede haber algo más bello? Observa a tu alrededor, todo, todo lo que ves, es mucho más... que aquello observado por tus ojos, hay momentos de la vida atrapados para siempre, cuando la encuentres, cuando halles la flor, entonces conseguirás al amor de tu vida.
- ¿Qué?
- ¿Entiendes lo que te digo?, estás a punto de hacerlo, eres una de las afortunadas, hay otras que vagan por el desierto de la vida sin nunca saberlo, pero tú eres como La Flor del Desierto, eres diferente, creces en la adversidad, ante el clima inclemente, el frío de la noche y el...
- El sol ardiente... —dice ella recordándose de lo que le dijo su abuela—.
- Así es, eres como ella, y por eso estás destinada a ver más allá, porque tienes los ojos adecuados, muchos solamente creen en lo literal, pero tú no haces eso, ves más allá, el desierto no es el desierto, es un portal a nuevas realidades, es un paraíso dorado donde mil vidas se abren ante tus ojos, mil tiempos coexistiendo a la vez, cuando veas la flor, tómala, porque ella eres tú.
- No entiendo.
- Florecita, ella eres tú, —le dice, y siente un eco extraño, el viento se ha desatado—.
- ¿Quién eres?, —le dice asustada, la chica se quita el velo y esos ojos, conoce esos ojos que son tan azules como los suyos—.
- ¡Abuela! —las arenas se desatan... entonces ella no entiende lo que está pasando. Mira a todos lados y cuando voltea, ya la chica no está—.

Se despierta sobresaltada, ¿qué ha pasado?, está en la tienda y ya el sol se ha levantado en el horizonte, son rayos dorados que penetran entre las telas. No puede ser, no estaba dormida, no entiende lo que está sucediendo, ¿qué pasa en ese lugar que las cosas toman vida propia, y lo que es lógico se torna en una especie de delirio?

- ¿Qué es esto? —Se dice asustada, llevándose las manos a la cabeza. Se levanta y busca en su bolso, allí tiene la foto de su abuela cuando era joven, más o menos de su edad, entonces se asusta, es la misma mujer, y ¿cómo es que no se ha dado cuenta de eso antes?—.

La observa detenidamente, tiene un velo, el traje típico y sonríe desde el otro lado de la vida, con esos ojos maravillosos y su cabello tan negro como el azabache, tan parecido al suyo. ¡Cielo santo!, —se dice—, ¡ahora sí que he perdido la razón, el desierto me está volviendo loca!, —exclama para sus adentros—. ¡Ha sido un sueño!, —se dice, al menos eso quiere creer—. Sí, ha sido un sueño, seguro se quedó dormida y creyó que estaba afuera aún. No es la primera vez que se deja llevar por una de sus locas fantasías.

- ¿Qué te pasa?, —le dice Kathy al verle un tanto pálida—.
- Nada, no me ha pasado nada.
- Pareces una loca, estás incluso pálida.

- Es que... ¿viste a la chica hermosa, la que estaba anoche cerca de la fogata, una de cabello negro y profundos ojos azules?
- No, no vi a nadie así, la única en este grupo con esas características eres tú misma.
- Pero le he visto, —dice ella un tanto confundida—.
- No sé de qué hablas cariño, creo que te están afectando las historias de la princesa, jajajajajaja.
- Eso creo, —dice, pero no está convencida, ella cree haberla visto, esa mujer es su abuela, pero no, no puede ser... ¿qué le está pasando?—.
- Ahora vamos a visitar las dunas, alégrate, tal vez encontremos la flor del desierto y consigas al amor de tu vida, jajajajaja.
- Sí, tal vez, —pero lo que le ha pasado ocupa su mente en ese momento—.
- Tranquila, seguro lo deliraste, yo también soñé con la fulana princesa, tranquila, jajaja, luego de esa historia tan rara, creo que todas lo hicimos.
- Sí, debe ser eso, —dice, y trata de convencerse que es así—.

El sol se ha levantado sobre el desierto y ahora Alexandra contempla al gigante desierto, tal vez consiga la Flor del Desierto. Quizás algo mejor, tal vez se consiga a sí misma, mira las montañas de oro que se levantan frente a ella, y que es un paraíso dorado en el cual espera encontrar la flor, sonrío, ¡qué tonta fantasía la suya!, pero, como dice su abuela, “si consigues la flor del desierto, conseguirás al amor de tu vida”.

CAPÍTULO VI

Oro al atardecer

Va pensando en el encuentro de la playa, no sabe cómo reaccionar, fueron tan solo unos minutos, pero parecieron eternos. Ese hombre, quien quiera que sea, tiene los ojos más hermosos de este planeta. Ese instante fue mágico, uno de esos momentos creados por el perfume, tal cual, era como si la atmósfera estuviera cargada con las notas de la fabulosa fragancia. Ha pasado la noche pensando en él, ¡qué tontería!, gran manera de perder el tiempo, pero por lo menos ha deleitado sus sentidos con la belleza de este ser que parece salido de otro mundo, literalmente.

- ¡Rayos!, mira ese color tan bello, —le dice una de las chicas, mientras van montadas sobre uno de los camellos—.

Alexandra no las lleva todas consigo misma, el camello es mucho más grande de lo que ha pensado, se siente un poco perturbada, experimenta la sensación nerviosa del inmenso animal. Avanzan por las arenas, para ella todo eso es igual, apenas puede saber cómo es que estas personas saben exactamente hacia dónde van, porque todo es como parte de lo mismo.

- ¡Mierda!, cualquiera se perdería aquí, —le dice la chica de nombre Gabriela, otra de las influencers con la cual le ha tocado compartir el camello—.

Alexandra piensa en lo que ha vivido la noche anterior, la mujer, la que al parecer es su abuela, pero se vuelve a decir que todo eso no ha sido más que un sueño, está sugestionada por las historias y todo el ambiente que la rodea. Las dunas parecen que se van dibujando con el viento como esculturas que nacen y crecen por sí mismas, todo allí es extraño y mágico, muy lejos de la cotidianidad de su vida.

Llegan finalmente a una tienda inmensa profusamente decorada que han colocado en el lugar, allí parece que pernoctarán nuevamente, hay comida de todo tipo, ¡gracias a Dios!, —se dice porque está completamente hambrienta—. Se bajan de los camellos y se sientan entre preciosos cojines brocados. Alexandra se siente como una verdadera princesa, comen con deleite todos los manjares que les han traído, incluyendo postres deliciosos, todas las chicas están maravilladas y graban para luego subir el material a sus redes.

Por supuesto que ella hace lo mismo, pero en parte, se siente desconcentrada. Sigue sintiendo el aroma, allí está presente, pero seguramente que es alguna de las chicas que se lo ha colocado, después de todo, es una excursión por el desierto, de DUNES, lo más lógico es que alguien se le ocurra aplicarse el famoso aroma. Por supuesto que ella no lo haría, pero nunca falta alguien, después de todo, ¿quién no quiere encontrar al amor de su vida?

- ¿Qué te pasa Alexandra?
- ¿Por qué?
- Estás muy rara.
- No me pasa nada.

- Te ves muy rara, a ver, ¿todavía sigues con lo de la chica extraña que te encontraste anoche?
- No, no sé, es que desde que llegué me han pasado cosas raras.
- Como ¿qué?
- Bueno, te contaré, es que la noche de la fiesta en la playa... me pasó algo raro.
- A ver, dime ¿qué te pasó?, no me digas, te encontraste con la princesa Faruz, jajajajaja, ¿es eso?, ¡oh... cielos!, disculpa, —dice al ver la cara que pone—, ¿no me digas que te la encontraste?, jajaja, porque saldré corriendo de aquí.
- No, no es eso.
- Ok, te escucho, —le dice mientras se lleva a la boca unas olivas negras—.
- Bien, estaba hablando con un chico.
- Oh... vaya este cuento promete, es el rubio, ¿el guapo rubio con el cual estabas hablando?
- Sí, así es.
- Oh... rayos, te acostaste con él, ¿es eso?, mira qué suerte, era el chico más guapo de toda la fiesta, juro que ese tipo estaba buenísimo.
- Sí, estaba hablando con él, pero no es eso lo que quiero decirte.
- Bien, te escucho entonces, en un momento no supe qué te hiciste, y él tampoco lo vi más... así que asumo...
- Asumes mal, nada de eso que dices pasó.
- Oh... vaya, ¡qué aburrida eres!, vamos, Alexandra.
- Sabes que eso no se puede hacer aquí, es peligroso y puedes meterte en un lío.
- Bien, bien, entonces...
- Ví a alguien más, un hombre, no sé quién rayos es, pero quisiera saberlo, miré de pronto hacia la fogata, mientras estaba hablando con Gustav, —así se llama el chico rubio—, y este hombre me estaba mirando.
- Ok, suena bien, promete, —repite con cara de curiosidad—.
- Bien, entonces miré hacia la fogata, mientras estaba hablando con este chico, y de pronto le veo...
- ¡Qué!, ¡maldita sea!, jajajajaja, eres peor que la chica que estaba contando la historia de la princesa.
- Jajajajajaja, bien, está bien, vi unos ojos que me estaban observando...
- Ah... ¿sí?, vaya, ¿cómo es eso?, —y se acerca más, está interesada en la historia, pero ella no sabe si debe darle detalles, bueno, los pocos que existen, porque fueron segundos los que estuvo cerca del hombre—.
- Sí, unos ojos felinos, un hombre que tiene una mirada, cielo santo, como la de un animal salvaje.
- ¡Oh... rayos!, suena muy bien, y ¿qué pasó luego?
- Bien, te cuento, me quedé mirándolo y él a mí, le veía como si fuese una aparición, a través del fuego parecía un personaje más que un ser humano, su figura se traslucía a través del fuego y yo estaba maravillada, ni siquiera oía lo que este chico me estaba contando, luego me dio vergüenza, pero la verdad es que, ¿qué te puedo decir?, ¡era un tipo fascinante!
- ¡Mierda!, ya veo que tienes suerte con los hombres, ese rubio estaba genial, pero este otro, a ver... es que hasta tu cara cambió cuando comenzaste a hablar de él.
- ¿En serio?
- Sí, jajajaja, se nota que te gustó el tipo, y ¿qué más?

- Bueno, luego este chico Gustav siguió hablándome, me volteé para escucharle y cuando vuelvo a mirar hacia la fogata, el hombre ya no estaba, y me dije, ¡maldición!, ¡rayos!, jajajajaja, lo busqué por todas partes, pero no le vi, estaba ya que, ¡mierda!, perdí la oportunidad de verle bien.
- Oh... cielos, odio cuando esas cosas pasan.

Recuerda el momento y siente un escalofrío en todo su cuerpo, son esos ojos felinos de color dorado como oro, que le miraban con intensidad y fijamente. Estaba interesado, y ella en él, era todo tan misterioso que solamente lograba interesarla más. ¿Quién no le llamaría la atención un guapo y sexy extraño, misterioso, que parece estar interesado en ti y que desaparece como si se lo hubiese tragado la nada?

- Entonces, ¿qué pasó?
- Pues, que seguí hablando con este chico, pero la verdad es que estaba un tanto aburrida.
- No puedo creértelo.
- Pues sí, y sabes, hay personas con las cuales tienes química y otras con las que no, y este chico por más guapo que fuese, no lograba despertarme eso, ya sabes qué.
- Sí, te entiendo perfectamente.
- Bien, así que le pedí excusas y me fui a caminar por la playa, estaba un tanto incómoda porque él se mostraba excesivamente interesado, y yo no estaba en esa onda, tú me entiendes.
- Perfectamente, es un fastidio cuando alguien que no te gusta quiere ligar contigo así, insistentemente.
- ¡Exacto! Bien, me fui a caminar por la costa, es que quería estar sola, sola con mis pensamientos y todo eso, pero, a su vez, me sentía tan emocionada por todo esto que estamos viviendo, ya ves es que... bien, no importa, me quedé mirando el mar, estaba encantada y tan concentrada que no sentí nada de nada.
- Ah... ¿cómo es eso?, ¿qué se supone que debías sentir?
- Una voz me preguntó si me gusta el mar, y yo me volteé, creí que era Gustav, pero no, no era su voz, ¡por todos los cielos! Este hombre tenía la voz más sexy del mundo, profunda, grave, como... no sé... no sé cómo describirlo.
- Era el tipo, a ver, dime que era el tipo sexy.
- Sí, era él, allí estaba mirándome, y yo me quedé como paralizada, no sabía cómo reaccionar porque me quedé así, toda impresionada, no te puedes imaginar.
- ¿Y qué más te dijo?
- Nada, solo se me quedó mirando, como si... no sé... por un segundo sentí que no había más nada, sino él y yo, tan solo eso.
- ¡Maldición!, lo he dicho, sí que tienes suerte, ¡eres una maldita bruja con suerte! ¿Cómo se veía de cerca?
- Sus ojos son impresionantes, me concentré más que todo en ellos, es la cosa más preciosa, como si fuese fuego, no sé cómo describirlo, pero allí estaba parada cerca de mí, mirándome.
- ¡Oh... maldita sea!, y ¿qué más?
- Nada, no pasó nada, él estaba allí parado y sonrió, luego se dio la vuelta y se fue, eso fue todo.
- ¿Qué? ¡Mierda!, no te lo puedo creer, tienes que estarme engañando, ¿no te dijo más nada,

- ni te dio su teléfono, ni te dijo lo linda que te ves? ¡Maldición!
- Creo que es un hombre árabe, por eso ni siquiera se acercó a mí, ya sabes que está prohibido tocarse así, ellos no son como los hombres occidentales.
 - Lo sé, pero estos son hombres modernos, no hacen caso a esas cosas.
 - Sí, pero no aquí, hay leyes, no es un juego, bueno, lo cierto es que me quedé así, ¡maldita sea!, me dije, ¡qué hombre!, es que no te imaginas, ¡qué hombre!
 - ¡Mierda!, jajajajaja, sí que tienes suerte, lo he dicho, espero que te lo vuelvas a topar y no te quedes con la boca pegada esta vez.
 - Yo también, aunque no estoy segura de ello, ese hombre le quita el aliento a cualquiera, jajajajajaja.
 - Me imagino, ¿pero no pudiste preguntar o averiguar quién era?
 - No, la verdad es que no, se veía muy interesante, guapo, muy guapo, aunque... no sé, me pareció conocido, estaba un poco oscuro, no lo sé.
 - ¿En serio? ¡Mierda!, si fuera tú ya lo habría averiguado.
 - No quiero complicaciones, vine aquí por trabajo, lo último que quiero es meterme en una tormenta, no necesito de eso.
 - ¿Segura?
 - Eh... no, claro que no, eh...
 - Mmm, eres tan suertuda que no me extrañaría que el tipo ese sea el amor de tu vida.
 - Jajajajaja. No, créeme que mi suerte no llega hasta allí.
 - Quién sabe y...
 - ¿Qué?
 - A lo mejor es un multimillonario árabe.
 - Jajajajajaja, ese tipo hombres se fijan en modelos, actrices, así por el estilo.
 - ¡Oh... cielo santo!, la cara que pones, ese hombre debe ser como un sueño. ¿Te imaginas todo el dinero que debe tener alguien así?, todo lo que puede hacer, debe ser increíble.
 - Sí, debe ser una vida increíble, o tal vez una jaula de oro, no lo sé.
 - Oh... y ¿qué tal?, ese día estaba grabando, no me dejaron, al parecer Farid Saab estaba allí y no me dejaron hacerlo, este tipo no le gusta que lo graben, ¿qué te parece?
 - Lo sé, a mí también me pasó lo mismo, me molestó porque quería grabar para el canal, ¡vaya!, ha sido una experiencia tan rara todo esto.
 - Bueno, sí, pero más rara para ti, jajajajaja, espero de verdad que te encuentres con el guapo tipo de la fiesta.
 - Yo también lo espero, sería un crimen que no vea nuevamente a ese hombre tan guapo.
 - Lo mismo digo.

La conversación ha languidecido y las mujeres pasan a otros temas, preguntan si deben pernoctar allí, le han dicho que no. Sin embargo, nota que el color del cielo está cambiando, se está haciendo de tarde, como en su sueño el cielo se va tiñendo con el crepúsculo.

Cuando veas la flor conocerás a tu amor, el amor de tu vida. Ella no la ha visto, pero ha usado el perfume que es casi lo mismo. Su abuela le dijo que lo usara en una ocasión especial y como si fuese algo magnético, atrajo al misterioso hombre hacia ella. Lo malo es que no tiene idea si lo verá otra vez.

- Tengo que contarte algo, —le dice Kathy—.

- Dime.
- Aquí no, vamos a otro lugar, ven, no quiero que nadie me oiga.
- Bien.

Salen de la tienda y sol el es un tanto fuerte, caminan lejos hacia donde han colocado otra carpa más pequeña. Su nueva amiga parece dubitativa hasta que finalmente la chica se decide a contarle lo que le inquieta.

- ¿Qué pasa?, ¿por qué tanto misterio?, —le pregunta Alexandra—.
- Es que... bueno, esa noche, cuando conociste al hombre misterioso yo... —y le mira con un gesto entre emocionada y nerviosa—.
- ¿Qué?, ¿qué pasó?, dime.
- Me enredé con un tipo, qué digo un tipo, ¡un tipazo!
- Oh... qué bien, entonces funcionó como querías.
- Pues sí, la cosa es que fue... no sé cómo describirlo, no sabes, ese hombre es lo máximo, el mejor amante...
- No entremos en detalles, creo que ya te entendí.
- ¡Es guapísimo!
- No entiendo, ¿cuál es el misterio?
- Es que es un lugareño, no te imaginas, el hombre más fascinante que he visto en toda mi vida.
- ¡Estás loca! ¿Estabas haciendo eso así, en un lugar público y de paso con un hombre de aquí?, ¿sabes lo que podría pasarte si te descubren?
- Sí, pero, ya sabes cómo es, uno no piensa cuando está en esos momentos, te vuelves loca, ya sabes, ¿no me digas que nunca te ha pasado?
- Sí, pero no en un lugar como este.
- Fue una locura.
- Esperemos que ese tipo no diga nada.
- ¡Cielos!
- ¡Cielos!, sí que estás loca, jajaja. Por todos los cielos, esperemos que no se te ocurra subir eso a tu canal.
- ¡Claro que no!, no estoy loca, ¿qué te pasa?
- Ok, entonces no hay problema.
- Esto es fascinante ¿no es así?
- Sí, ¡qué colores!, estas personas viven en este mundo lleno de magia prácticamente, es como...
- Seguramente para nosotras lo es.
- Sí, así es, —la conversación se estaba acabando y ella podía sentirlo—.
- Creo que es momento de volver, no sé cuánto tiempo más vamos a estar aquí, pero para mí ya fue suficiente de desiertos.
- Me imagino, yo quiero quedarme un rato más.
- ¿Con este calor? Sí que debe gustarte el desierto.
- Así es, me parece un lugar fascinante.
- Ok, bien, son tus gustos, bien raros si me preguntan, no te tardes.
- No lo haré, solo quiero mirar por encima de aquellas dunas.
- Mmm, ten cuidado, no vayas a perderte, esto se ve igual por todos lados.

- No lo haré, solamente quiero mirar por encima de estas dunas.

Camina como guiada por una fuerza interna y a la vez extracorpórea, avanza a través de las dunas, no puede detenerse, algo le impulsa sin que pueda controlarlo, es la fuerza del destino. Es una locura adentrarse allí, podría perderse, podrían pasar miles de cosas, la arena es hermosa, pero también mortal. Está presa de una fascinación delirante, y ya el sol se va ocultando en el horizonte, el ambiente es completamente seductor.

Se le olvida que ha dejado a su grupo detrás y que en cualquier momento podrían partir sin ella. No le importa, tiene un momento extraño de temeridad, es como... como el sueño que ha tenido durante todos esos años, parece que se estuviera cumpliendo, y quiere saber ¿qué pasará y qué hay más allá de donde ven sus ojos?

Las pinceladas del cielo han ido mudando, van mutando a cada instante como si un artista las fuese pintado con cuidado y deleite, es tan rojo, ahora como un rubí, y ella se queda asombrada, con la boca abierta, el cielo es un escenario lleno de belleza. Es un firmamento del delirio, se detiene, avanza hasta una colina de arena, casi una montaña, le cuesta subir por ella, entonces allí está, es el mismo disco solar, y recuerda nuevamente que se parece delirantemente a su sueño.

Tal vez sea una premonición o quizás es el sol del desierto que le está haciendo perder la razón. Muchas veces ha confundido la fantasía con la realidad, como la chica que creyó ver y que a su vez se parecía a su abuela, le dijo “florecita”, así le decía Dada siempre.

El hombre de la fiesta también le ha inquietado profundamente, ¿por qué desde que llegó todo se ha vuelto extraño? Es como si hubiese entrado en un mundo nuevo, donde lo místico y lo fantástico es más real que el mundo donde residen los mortales.

Mientras piensa en estas cosas el disco solar se va desdibujando, fundiéndose con el cielo que ahora está lleno de arboles dorados, tanto que le recuerdan los ojos del maravilloso y misterioso hombre que desde ese día le ha robado el pensamiento. Se va fundiendo con la tierra, es fuego, puro y místico, fuego que se apodera de todo, y se lleva la mano a la frente para protegerse de su fuerza incandescente.

Inspira y siente un aroma conocido, es Flor del Desierto, pero ¿cómo?, no hay nadie cerca, ni ella misma porque no se ha aplicado el perfume, pero esta vez es como si el desierto estuviese impregnado de esa fragancia. A su vez, hay otro aroma, que también le resulta conocido, es una esencia masculina, fuerte, inspira y siente la resina de oud, madera, tabaco, le arropa con fuerza.

- ¿Qué es esto?, —se dice—, ¿estaré dormida? —Se pregunta si despertará nuevamente en la tienda, no lo sabe, pero todo es tan hermoso y supremamente increíble que es lo más seguro—. Repite, no, esto es un sueño, no es verdad, es demasiado hermoso.

El viento azota, las dunas se van dibujando nuevamente y son la materia que el escultor de la brisa usa para crear su obra, una que está hecha solamente para sus ojos. Es una materia dorada, ligera, que llena todo, —¡maldición!, esto es el sueño—, se dice, pero no entiende en qué momento se ha quedado dormida, este desierto tiene un extraño efecto, definitivamente tal vez el sol abrazador la está haciendo perder el juicio.

Cierra los ojos esperando encontrarse en la tienda, se ríe, es muy convincente esa fantasía. El sueño se repite y la engaña, dentro de poco de despertará y seguramente le dirán que es hora de

volver al hotel. El sol le ha hecho daño, incluso, el aire es cálido en extremo.

Abre los ojos y se sorprende, sigue estando en el mismo lugar, contemplando la visión del desierto crepuscular. Está nerviosa —¿y si es verdad? ¿Acaso no estoy soñando esta vez?—.

Mira el horizonte y el disco se va fundiendo, la tierra se ha tornado como fuego, dorado, vivo. Es un espectáculo demasiado hermoso, entonces algo extraño pasa, cierra los ojos, y mira hacia su lado derecho, y allí está. No puede creerlo, hay un jardín, el oasis, recuerda, y las flores color del fuego, sus pétalos son tan intensos y vivaces, parecen hechos de papel seda, su centro es tan dorado, que emana una esencia seductora.

Allí están, jura que segundos antes nada de eso se hallaba a su alrededor. No puede ser, ¿de dónde ha salido ese impresionante jardín?, está delirando por el calor, esa es la única explicación posible. Es la flor, indudablemente que lo es.

La frase se repite en su mente una y otra vez, “cuando encuentres la flor encontrarás al amor de tu vida”. La Flor del Desierto, no puede creerlo, es la magia del perfume y la magia de su flor, se acerca y agacha para verla en detalle y ya casi va a tomarla, recuerda lo que le dijo la mujer, esa mujer que extrañamente se parecía tanto a su abuela.

Toma el tallo con cuidado y está fascinada, en su vida ha sentido una fragancia de esa naturaleza, ninguna flor la posee, es tan intensa, incluso, más que el perfume que lleva su nombre. Sonríe, es la cosa más bella que ha visto en su vida, pero, ¿cómo es posible?, este jardín en medio de la nada, no puede ser posible.

Levanta la vista y allí está, —¡cielos!—, se dice, —¡es el sueño, es el sueño!—, se repite. Es la figura en contraluz, es la figura masculina que está perfilándose a través del dorado disco solar. Él está como paralizado en medio de la nada, se detiene y se queda mirándole, al igual que lo hace ella.

Este es el momento, allí está, lleva el vestido tradicional y está ataviado en color enteramente blanco. El viento comienza a azotar, moviendo su traje con fuerza, —no—, se dice, —no, es la tormenta de arena—. Exactamente, en ese instante, voltea y mira la flor.

Levanta la vista nuevamente y la figura parece acercarse, el viento comienza a agitarse más, la arena se mueve incesante por los aires. Entonces ocurre, es la tormenta que comienza a levantarse, el cielo se ha cubierto de ese matiz oscuro, turbio y todo se va volviendo negro como la noche.

El viento se agita, parece enardecerse, quiere llevarse todo por delante, ahora ya no puede ver el sol, el disco dorado se ha desdibujado, de improvisto todo lo que ha vivido en su mente está sucediendo, tal cual como lo ha visto desde que tenía 14 años. Es como una premonición lo que pasa, una profecía que se cumple. Siente el deja vú de ese sueño que ahora se está volviendo realidad.

El viento arrasa con todo, con el sol dorado de la tarde, con el oasis que ha encontrado y las flores hermosas que tanto le fascinaron, con la figura del hombre que ha deseado conocer, con ella misma que es presa de ese tornado que no le deja respirar. Se lleva todo, incluso, la conciencia de la vida, y ahora el tiempo se funde, en ese lugar donde no hay pasado, ni presente, ni nada, y la existencia es solo un abismo oscuro, donde todo se ha detenido y ya no tiene conciencia de sí

misma, ni de su propia vida.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO VII

El ensueño

- Madre... —le dice a la hermosa mujer que le mira con sus bellos ojos color de oro—.
- Hijo, —le contesta con formalidad y alza la mano para que este se la tome—.

La hermosa mujer lleva un hijad profusamente decorado y un vestido muy elegante. Es lo normal para ella, él no recuerda un solo día en que no la haya visto así, con ese donaire y sofisticación natural.

- ¿Para qué me has llamado?
- Quiero que hagas algo por mí, —le dice la hermosa mujer, para la cual parece que el tiempo se ha detenido—.
- Por supuesto, querida madre, haré lo que me pidas.
- Necesito que vayas a la fiesta que están organizando esta noche para DUNES, debe hacer acto de presencia un miembro de la familia.
- Oh... madre, ¡por Alah!, sabes que me molestan mucho ese tipo de cosas.
- Lo sé, pero es necesario, ahora tú representas la marca y a tu padre, yo no puedo ir a ese tipo de eventos sola, necesito que lo hagas tú, por favor, es importante, todas esas personas que hemos traído merecen esa deferencia. Es necesario que sientan que presentamos nuestros respetos para con ellos, que son bienvenidos.
- ¿No es suficiente con la fiesta de gala? Accedí a ir a ese lugar precisamente para complacerte.
- Lo sé, pero necesito que hagas esto, por favor, tu hermano no está, y no puede ir, quiero que lo hagas tú. Es tu empresa, tú propusiste una modernización de la misma y yo he accedido a tus deseos. Sé que no te gusta, pero hay veces que debemos hacer sacrificios.
- Mmm, bien, está bien, lo haré madre, aunque sabes perfectamente que eso es un gran esfuerzo para mí, —le dice mirándola con malestar—. Me gustan los negocios, pero me fastidian infinitamente esas fiestas.
- Entiendo y acepto, y por lo mismo aprecio mucho que me complazcas, gracias hijo, esto es por el bien de la firma.
- Bien, —y sabe que para su madre eso significa el final de la conversación—.

Es un inconveniente para él, porque precisamente esa noche había planificado irse de viaje por el mar en su yate, quiere disfrutar de la soledad, de las estrellas y el sonido del vacío, de la nada que tanto le gusta. Quiere meditar en la idea que se le ha metido en la cabeza, es una locura lo que ha penetrado en su mente, y que se ha apoderado de su conciencia.

Lo que quiere es adentrarse en el desierto, caminar a través de él y conseguir el oasis de la princesa Faruz, es una idea absurda. Si su madre supiera lo que pasa por su mente lo reprobaría, su padre Amin, era un hombre práctico, que pensaba en los negocios con una mente mesurada, sin una gota de apasionamientos inútiles.

En cambio, él es muy diferente, su cabeza siempre ha estado llena de ideas grandilocuentes, fantasías que fácilmente se le confunden con la realidad. Siente que es como su bisabuelo Mohamed, que al seguir sus sueños creó un imperio, y así mismo, como encontró la flor y profanó su esencia, el desierto se lo llevó, tal cual como lo hizo con la princesa Faruz.

La leyenda no es más que una fantasía creada a través de los mitos y cuentos populares. Pero él está acostumbrado a vivir en medio de lo que otros dan por sentado y descubrir su real esencia. ¿Cuántas veces no ha buscado los más extraños ingredientes y escudriñado en las más raras historias, y siempre ha conseguido aspectos de verdad entre las vetas de fantasía?

Aquí debe ser igual, ¿y si es verdad? Si es cierta la historia del oasis y de las flores, de la belleza legendaria de la princesa, tal vez todo eso tiene una parte que corresponde con la realidad. Ahora la cotidianidad y sus propias responsabilidades se interponen nuevamente en su camino. Detesta cuando le pasa eso, pero no tiene otra alternativa.

Esa noche entra con aburrimiento en la limusina que lo ha esperado frente a la gran mansión cerca del mar, no está particularmente animado, solamente hará acto de presencia en el lugar y luego tomará el yate justo como lo ha planificado desde el principio. Se ha vestido a la usanza occidental, no quiere llamar la atención en demasía, viste un traje negro, sencillo, chaqueta y pantalones, nada del otro mundo y, sin embargo, luce imponente.

Odia llamar la atención, pero en cuanto hace acto de presencia todos los ojos van hacia él, mira con disgusto, prefiere que ni siquiera sepan quién es. Aunque se lo ha prometido a su madre, igualmente no quiere hablar, ni decir nada a los invitados, solamente que sepan ha estado allí y nada más. Le fascina el mundo de los perfumes, es uno de los negocios que más disfruta llevar de todos cuanto su bisabuelo creó, el famoso Mohamed Saab.

- Señor, —le dice su asistente—, por aquí, —y comienza a presentarle a todos los invitados, incluyendo a las influencers que están presentes en el momento que él ha llegado—.
- Buenas noches, —dice él secamente, no da la mano, sino que hace una discreta inclinación, sobre todo a las mujeres, las cuales le miran con el mismo gesto de asombro y fascinación—.
- ¿Cómo está?, —le dicen ellas, mientras sonrían—.

Camina entre ellos, pero su mente está en otra parte, se siente de pronto como presa de alguna especie de hechizo, sus pensamientos están en el desierto, pero al mismo tiempo experimenta una electricidad estática que se apodera de todo. ¿Qué es esto que siente?, jamás ha experimentado una sensación tan extraña, mira a todos lados y ve la fogata, las lenguas de fuego le producen una sensación de escalofríos, le hace recordar emociones intensas que ha vivido en las noches del desierto, la cual es su máxima fascinación en la vida desde que era muy pequeño.

El fuego es el símbolo de DUNES, significa la protección contra el frío del desierto, representa a sus raíces beduinas, de donde proviene su bisabuelo, el cual era un apasionado de sus ancestros. Se queda mirándolo y sonrío, entonces como por algún extraño efecto, ve una figura femenina a través de las llamas.

Es una visión fascinante, ¿la mujer es una aparición o una persona real? Se pregunta, ella está parada justo allí, ataviada con un sensual vestido en color cobre, debajo del cual lleva una especie de leotardo, no es vulgar, pero tiene justamente el encanto de la sensualidad discreta, que

a su vez está casi al borde la locura.

Habla con otro hombre, uno que le resulta conocido, sí, sabe quién es. Ella luce encantadora, y ese vestido le sienta a la perfección, lleva su cabello peinado suelto y hacia un lado, cae con gracia, como una cascada casi hasta su cintura, en capas. Es muy blanca y el color de su ropa resalta aún más el tono de su piel.

También contrasta con el color de su cabello tan negro como la noche, de un profundo color azabache, parece distraída y sus labios están pintados en un maravilloso color rojo, tan rojo como el fuego. Sonríe, es maravillosa y le recuerda a alguien, pero en ese instante no sabe exactamente a quién. Es un recuerdo que viene a su mente, ella se voltea de pronto y sus ojos se encuentran, siente una poderosa energía eléctrica justo allí, penetrándole como un rayo poderoso que le excita por dentro.

Sus ojos son intensamente azules, tanto que le llama poderosamente la atención, no puede dejar de mirarle, es como una especie de hechizo que le atrapa sin poder evitarlo. Es preciosa, su rostro maravilloso, pero hay algo más, una especie de fuerza, ella es diferente, sus ojos se lo dicen.

Se quedan por un largo instante así, es un momento que se le hace eterno, siente en la brisa un aroma que le resulta conocido, es Flor del Desierto, ese aroma es indescriptible, pero por supuesto que lo conoce perfectamente. El aroma creado por su familia inspirado en la famosa flor de la historia, la cual su bisabuelo conocía muy bien, y se encargó de reproducirla en la fragancia, como si eso fuese posible.

Es un momento mágico, en el cual el tiempo se detiene, no hay presente ni pasado, todo se une en un instante. Es el lugar donde no hay nada más, sino dos corazones, un alma que interpreta, que sabe leer las cosas más allá de lo que otros ven. Son dos almas que se reconocen en la vasta soledad de la vida, y él lo siente, es completamente claro.

Ella baja la mirada y ve nuevamente a su interlocutor, entonces el encanto se termina, ha vuelto a la vida real, y está otra vez en la fiesta, con todo ese montón de personas, interpretando el personaje que debe ser para todos ellos. Uno de sus asistentes le indica que debe hablar con su mano derecha Sorem Saint y el dueño de la agencia de marketing que ha traído a las chicas. Se va con este, pero no sin antes voltear para observar nuevamente a la chica que no sabe si volverá a ver.

Debe puntualizar la nueva campaña, las redes sociales lo son todo. Es una nueva estrategia que han creado para promocionar el perfume, el cual ya se considera un “clásico” y desean dar el twist para modernizarlo, sin perder la esencia tradicional del mismo. La chica se le ha quedado en la cabeza, tal vez sería buena idea usarla como modelo, pero parece que su gente tiene otra cosa en mente.

- Salaam Aleikum, señor Saab, es un gran placer conocerle.
- Aleikum Salaam, sentémonos caballeros, —expresa con completa elegancia, entonces ya sabe lo que le viene, pasa un largo rato hablando de las negociaciones pertinentes, es importante, son estos clientes los que le interesan, el sector más joven con los cuales pueden generar grandes ganancias. Pero su mente está distraída con lo que acaba de ver, y también con esa obsesión que ahora se le ha metido con relación al desierto—.

Continúan hablando, y estos hombres parecen muy interesados en conocer de la vida en ese lugar, pero a él solo le interesan sus negocios, y nada más, quiere irse, ya ha tenido suficientes de estos personajes que solamente quieren adularle de una forma notable y exacerbada. ¿Acaso creen que con lisonjas harán negocios?, él sabe lo que quiere, sus visiones en esta materia siempre son muy claras.

- Hay una chica, —dice uno de los hombres, el cual es evidentemente español—, se llama Grecia Lorenzo, pero su apodo en las redes, y me disculpa, es Pink Aroma, es una chica muy linda, con un look muy moderno, podría ser la persona adecuada para ser modelo y promocionar el perfume.
- ¿Por qué piensa eso? —Le dice él muy serio, en asuntos de negocios le gusta mucho la calidad, es un hombre perfeccionista y, por ende, todo debe estar al punto, como a él le gusta y le agrade—.
- Porque tiene un look muy moderno, posee un color rosa en el cabello, tiene unos ojos como azul violeta, es una chica muy moderna, alta, delgada, diría que parece una modelo, creo que sería muy adecuada para darle el twist que usted desea al perfume y modernizarlo.
- Señor Fernández, —le dice muy serio—, ¿conoce la historia del perfume? ¿Sabe de qué trata la leyenda de la flor o de la princesa?
- Sí, ¡cómo no!, ¡por supuesto!, se refiere a la creación del perfume, yo...
- No, me refiero a la historia de la Flor del Desierto, la historia de nuestras raíces beduinas.
- Oh... creo que no, —dice, y esto le molesta, ¿es con este hombre con quien va a negociar? Con alguien que ni siquiera conoce bien el producto que pretende mercadear. Le molesta profundamente su actitud, tanto que no puede evitar un gesto de contrariedad—.
- Bien, ¿entonces quiere promocionar mi perfume sin conocerlo realmente?
- Pero, señor, conozco la historia de cómo lo creó su bisabuela Mohamed Saab, pero no conozco lamentablemente las leyendas populares de su país.

Farid siente una especie de acento sarcástico en este hombre, y eso le molesta todavía más, es como si pensara que es una tontería lo que él le acaba decir, se nota que solamente le importa generar dinero como sea, y no se ha detenido a pensar lo que es propio, eso le molesta profundamente. Es una falta de respeto hacia un cliente, entonces su cara cambia una vez más. Sorem lo sabe, conoce a Farid lo suficiente, y ya se está arrepintiéndose de haber traído a ese hombre con su jefe.

- Señor, puede confiar en mí, esta chica es hermosa, mírela, —y coloca una foto sobre la mesa—.

La actitud de este hombre le parece irrespetuosa, mira a su socio, el cual ya sabe instantáneamente que no servirá. Enarca las cejas, ese negocio no será exitoso y es hora de que comience a buscar a otra agencia de publicidad para la nueva campaña del famoso perfume.

- Señores, me tengo que retirar ahora, si me disculpan...
- Pero señor Farid, puedo traerle otras ideas si usted así lo desea.
- Señor, no es necesario, —dice y se levanta—, buenas noches caballeros, —dice mientras camina lejos de allí—.

Sorem Saint mira a Fernández con cara de pocos amigos, le ha hecho quedar muy mal ante el señor Saab, pues este le había recomendado en gran manera, y lo que acaba de hacer es una de las

peores cosas que Farid Saab pueda concebir. No estar preparado para una reunión como esta es algo que le molesta profundamente, no le gustan en los negocios las improvisaciones, es un hombre extremadamente perfeccionista, y las aventuras las deja para su vida privada, no para sus empresas.

- ¿Qué ha pasado?, —le dice sin saberlo—.
- Fernández, ¡esto es imperdonable!
- Pero, no entiendo, es solo una sugerencia.
- Este hombre es muy importante, uno de los más ricos de todo el Medio Oriente, ha multiplicado la fortuna de su padre y expandido DUNES, no ha llegado hasta aquí por casualidad, ni haciendo improvisaciones. Lo mejor será que te olvides del contrato.
- Pero...
- Si me disculpas, tengo que ver cómo arreglo esto, lo siento, pero así no podemos trabajar.

Saint va detrás de Saab, quien camina muy rápido, desea salir de ese lugar lo antes posible, debe pensar realmente qué es lo mejor para el perfume, aunque ya en su mente tiene una imagen clara, la chica, la que vio entre las llamas. Mira hacia atrás y es su empleado quien viene detrás de él con cara de preocupación.

- Señor Saab, siento mucho lo que pasó allí.
- Yo también, lo sabes perfectamente, no me gusta que me hagan perder mi tiempo Saint, eso es inaceptable, ese hombre no tiene idea de lo que está hablando, ni del producto que pretende comercializar, ¡esto es absurdo completamente!
- Lo sé, señor, disculpe, buscaré a otra agencia, lo haré muy rápido.
- Tal vez debamos tomar este asunto en nuestras propias manos, busca una agencia que sea nacional, tengo una idea en mente, y solamente alguien de nuestra propia cultura podrá entenderlo. Quiero a una persona que esté empapada de nuestras raíces, procura que sea así, no quiero que esto se repita por favor, no me vuelvas a recomendar este tipo de personas.
- Muy bien señor, como usted quiera, bien, ahora me retiraré.
- Que tengas buenas noches señor.
- Igualmente.

Ahora se siente liberado, ya ha hecho acto de presencia, ha complacido a su madre y es libre para hacer lo que quiera, se va dirigiendo hacia el muelle cuando ve una interesante figura que se pasea por la playa, detrás de él va caminando su asistente, y entonces se detiene al igual que él. Se queda mirando la atractiva figura que camina entre las antorchas y que de pronto se queda detenida ante el mar. Es una imagen un tanto poética, resulta casi artística la forma que este ser contrasta ante la inmensidad del mar nocturno que parece amenazar con tomarla de una buena vez y por todas.

- Señor, ¿pasa algo?, ¿quiere que le traiga algo más?
- No, solo espérame aquí, espérame, —le repite—.
- Muy bien señor, como usted lo diga.

Farid camina como hechizado al encuentro de la mujer, es la misma que ha llamado su atención entre las llamas de la fogata. Sus pasos silenciosos parecen no molestar a la damisela, quien está tan concentrada que no le oye llegar. Él se detiene detrás de ella e inspira, allí está, es Flor del Desierto, efectivamente es la fuente del delicado y maravilloso aroma, es encantadora,

preciosa, una visión entre toda esa locura.

- ¿Le gusta el mar?, —dice al fin—, entonces ella se voltea y él se queda obnubilado, es mucho más hermosa de cerca, sus ojos son grandes y al mismo tiempo afilados, tan azules, increíblemente azules, de hecho, jura que sus ojos poseen mil tonos, en índigo, azul, cyan, ultramar, zafiro, gris intenso e, incluso, amarillo hacia sus bordes. Son los más complejos que ha visto, y contrastan a la perfección con la blanca piel que parece una porcelana pulida y perfecta, que resalta aún más con el maquillaje que ella se ha colocado y esos maravillosamente tentadores labios gruesos y rojos como el mismo fuego, del cual parece haber salido esta poderosa visión de la naturaleza.

No sabe qué decir por primera vez en toda su vida. Son muchas las mujeres con las que ha tratado, pero esta le deja sin palabras, es una aparición en medio de la nada, y extrañamente se parece a alguien, a esa mujer con la que ha soñado tantas veces y cree es la princesa Faruz, pero ahora que la ve, es como si fuese ella, tiene el mismo cabello negro intenso que contrasta con la piel, esa expresión que parece a punto de desaparecer en la nada. No le contesta y parece tan sorprendida como él, sonrío, ella parece que no sabe qué hacer al igual que él.

- Buenas noches señorita, —le dice—, y le da la espalda, no sabe por qué lo hace, pero es como si quisiera tentar al destino, diciéndole que le muestre quién es este ser, si es de otro mundo o en realidad es humana, y luego se dice a sí mismo mientras camina hacia el muelle, —si ha de pasar tú te encargarás—, es como si le hablara al desierto.

No voltea, no quiere, sabe que esto es diferente, que su aroma le seduce como ningún otro, sabe que ahora el hechizo puede romperse porque quiere que ella sea la modelo de su perfume, es perfecta, y por lo mismo le produce aprehensión. No desea dañar el momento con algo como eso, es demasiado fútil.

Una maldita transacción comercial no es la forma como quiere acercarse a ese fascinante ser que parece ha penetrado en él de una manera misteriosa. Quizás amenazante, pero por la misma razón le fascina mil veces más.

Mientras camina por el muelle, sigue pensando en ella, en su correcto perfil, en la piel de porcelana y los ojos de cielo. Su figura curvilínea le ha generado un portentoso escalofrío en toda su piel, y en muchas otras partes más, la forma como las antorchas se reflejan en su níveo rostro es increíble. Esa mujer es sencillamente perfecta, y por la misma razón se ha alejado.

No puede haber nada más fatal, al menos eso le han enseñado. “Las cosas perfectas siempre están llenas de desgracias”, era una de las frases preferidas que decía su abuelo Mamut.

“Aléjate de ese tipo de cosas”, le repetía su abuelo, “aléjate de las mujeres que te hacen sentir temor”, le decía su padre, “porque si lo haces estás condenado a que te traguen como una de las tormentas de arena”. Así lo hace, el desierto implacable, al igual que lo perfecto, se come a los hombres que se atreven a retarle más allá de la locura, que se atreven a cambiar sus destinos.

No está en nosotros la perfección, eso le han dicho toda su vida, pero él consiente o inconscientemente la sigue buscando, como una necesidad, casi como la sed o el hambre. No obstante, cuando la ve se aleja, esta vez quiere retar al destino, saber si se atreve a mostrarle la cara, tanto como él quiere retar al desierto para descubrir sus secretos.

El barco avanza por el negro mar que es tan misterioso como su mismo corazón, que se desliza al filo de la noche para retar el peligro y sentir la suave caricia de su propia soledad. Los deslumbrantes ojos azules se le han quedado grabados en el alma, y es un susurro el suave sonido de esos labios que no han pronunciado ni una sola palabra. Pero ¿acaso resulta necesario hacerlo? Hay cosas que perviven en el silencio, que saben vivir sin ecos, las que se saben tácitamente, hablarlo resulta inútil.

Las estrellas justo en ese instante parecen señalarle el camino y las constelaciones le muestran el desierto. Es allí donde quiere ir esta vez a retar a su destino, y verá quién gana, si él o el bendito desierto. A su bisabuelo le había ganado, pero con él sería otra historia, se dice.

- Ibrahim, —dice a su asistente—.
- Sí señor.
- Llama a Zaid, quiero los jeeps en el desierto, esta vez iremos mucho más lejos.
- Señor, ¿y la reunión...?
- Dile a Mustafá que vaya, seguro mañana ya estará aquí.
- Bien señor, se hará como usted lo indique, —dice el hombre acostumbrado a lidiar con las continuas aventuras de su joven y temerario jefe—. Tiembla cuando a este se le ocurren algunas de esas “geniales ideas” por las cuales ha terminado en una pared de roca o en el océano pacífico nadando entre tiburones.

Ahora los autos se mueven entre las dunas con gran rapidez, es necesario ser muy diestro para dominar el fino y peligroso arte de andar a toda velocidad entre las dunas. Farid ama este tipo de deportes, todo para él debe generar una emoción intensa, de lo contrario, le parece absurdo, después de todo, la vida es muy corta para tener una existencia aburrida.

Los autos se deslizan rápidamente entre las inmensas montañas de arena, Farid ríe mientras su asistente Ibrahim se lleva la mano al pecho en un gesto que sugiere que está a punto de un infarto. Son cuatro vehículos en total, y esta vez piensa adentrarse mucho más, quiere retar abiertamente su suerte, confrontar al destino y toparse de frente con él.

En el fondo no sabe exactamente las consecuencias de sus propias actitudes, pero quiere, necesita desentrañar los misterios que rodean el origen de su familia, la leyenda del desierto, el oasis de la princesa y, sobre todo, las flores que algunos han dicho ver. Por supuesto, que quiere hacerlo por interés histórico, económico y por su propio orgullo.

Pero no cree en sí en la historia, debe existir algo de verdad, eso es lo que le interesa conocer y nada más, aunque eso no quiere decir que no aprecie la belleza presente en el mismo. Lo que hay detrás de esta actitud es algo mucho más profundo.

Nunca ha estado interesado en conocer al amor de su vida, eso no existe, hay personas en el mundo, mujeres en todos lados, él ha conocido a muchas, pero las que le han gustado son aquellas incompatibles con lo que de él se espera. Es una especie de tragedia personal, una marca que lo persigue.

Son féminas, cuyo sentido de la vida es muy diferente al de su cultura, no están dispuestas a dejarse conducir por un hombre, han conquistado su lugar en el mundo, no les interesa más. Pero está dispuesto a ceder sus gustos personales en el momento adecuado, tan solo por complacer a su madre, para quien ya resulta incómoda esa soltería suya y quien reprueba que a sus 32 años

todavía no tenga una buena esposa.

Farid Saab es un hombre de mundo, estudió en Oxford, donde se graduó con honores, hizo su especialización en Harvard, y de allí comenzó a tomar más responsabilidades de las que ya tenía en el negocio de su familia. De todas y cada una de las empresas, su favorita es DUNES, ama el mundo de las fragancias y todo lo que ello implica, se ha convertido en su empresa, en la cual ha dejado ya 7 años de su vida.

Él ha sido el responsable de todos los cambios favorables que ha tenido DUNES. La visión y la pasión todo se ha unido en él, es incansable en lo que hace y solamente quienes le conocen de cerca, saben lo meticoloso y obsesivo que muchas veces puede ser. No es una persona fácil, ni mucho menos, es un genio en lo que hace, y como todas las mentes brillantes, está dispuesto a todo por lograr la idea que tiene en mente y eso incluye, por supuesto, volver locos a todos los que están a su alrededor, sobre todo al pobre Ibrahim.

Eso también incluye a la mujer adecuada, y hasta hace poco tenía un nombre y apellido, Gaby Western, una inteligente y sagaz abogada a quien tuvo la oportunidad de conocer cuando cursaba estudios en Harvard. Era una mujer increíble y le interesó desde el primer momento que la vio, por su forma de hablar, independencia, brillantez y, por supuesto, su belleza y distinción.

Compartieron muchas cosas, la joven americana oriunda de Boston era todo lo que había soñado, pero, aunque parecían completamente compatibles, un mundo en medio de ellos los separaba. Una muralla invisible de ideas, religión, obligaciones, proyectos y cultura, era demasiado para la joven pareja, y por supuesto, ella jamás cedería para plegarse a su mundo.

Trataron de hallar un punto de equilibrio, él estaba enamorado, pero no bastaba, la desilusión vino. Gaby tenía una prometedora carrera en Washington y no dejaría su futuro por nada del mundo, no ambicionaba la fortuna del joven, quería forjarse su propio camino, ese es precisamente el tipo de mujer que le hace vibrar, justo el tipo que no debe ni puede tener.

Eso no quiere decir que no exista una mujer de su cultura que sea así, aguerrida, fiera, había muchas, pero no ha conocido hasta ahora una que mueva su mundo. Se pregunta si subconscientemente solo le gustan los romances imposibles.

Así se encuentra a sus 32 años, solo con un interesante recorrido por la vida, con muchos logros y muchas más aventuras. Encontrándose fugaz y esporádicamente con Gaby, aunque en plan de “amigos”, volviendo esa mirada al pasado y creyendo que ese amor no era más que una utopía, que debía rendirse ante la evidencia.

Ese derrotismo y aceptación llenaron su mente, hacía mucho tiempo que nadie movía sus cimientos. Tenía aventuras, nada importante, pero, esa noche, la fatal noche de la fiesta en la playa eso había cambiado.

No puede sacarse de la mente a esa hermosa mujer, ¿quién rayos se cree para meterse así en su cabeza y apoderarse de su piel hasta hacer que la desee con tanta intensidad? Lleva rato maniobrando peligrosamente y con la cabeza en otro lado, tan descuidado se muestra que Ibrahim piensa en tirarse por la puerta antes de que el piloto falle y salgan despedidos por el aire.

Finalmente se detiene, allí el hombre puede respirar. Baja del auto y mira alrededor, parecía un tanto extrañado. Escudriña en el horizonte como si buscara algo.

- Señor ¿le pasa algo? Necesita...
- No, solo caminaré, quiero ver algo.
- Pero señor, —le dice asustado—.
- No te preocupes Ibrahim, solo daré una vuelta, si te quieres ir, puedes hacerlo con Zaid.
- ¿Y dejarle solo en este lugar?
- He caminado muchas veces por aquí, no entiendo tus aspavientos.
- Señor, deje de tentar su suerte, es peligroso estar solo aquí.
- Oh... entonces con más razón lo haré, —le responde con sorna—.
- Señor, por favor, sea razonable.
- La vida es muy corta para vivir con miedo Ibrahim, te estás perdiendo lo mejor, —entonces su empleado ve cómo este se aleja y sus ropas van moviéndose con la brisa, espera que no desaparezca como una vez dicen que lo hizo su bisabuelo—.

Farid no sabe exactamente lo que quiere, desea ver el oasis, encontrar la flor, como le dijo su abuelo que su bisabuelo había hecho. La leyenda ha perseguido a su familia, y ahora le persigue a él. Es una locura lo que hace, pero no le importa, como él mismo le ha dicho a Ibrahim: “de qué vale la vida si la vives con miedo”.

Es el desierto hasta donde alcanza a ver, el sol ardiente se está fugando en el horizonte, las dunas parecen hechas del más fino y refinado oro. Se adentra cada vez más hasta que parece perder la conciencia de sí mismo. Sabe lo que está buscando, es como encontrar una aguja en un pajar, es un océano lo que hay delante de él y en todas las direcciones.

Camina al mismo tiempo que se deleita con los colores del atardecer, el cielo es un espectáculo que le recuerda a esa obra de Much, sangre casi escarlata, se derrama en ese horizonte. Mira alrededor y una suave brisa trae a su olfato un aroma conocido.

Debe estar perdiendo el juicio, ¿el sol le está afectando acaso? No, él sabe cómo dominar las fuerzas del desierto, no es ningún inexperto, son muchas las noches que ha pernoctado en este. Lo conoce, sabe sus matices, pero como dice el dicho: “el desierto es como las mujeres... hermoso, pero peligroso”.

Pero ¿cómo es posible?, ¿qué extraño sortilegio es ese que ha venido con la brisa? En ese instante se percata, no es la primera vez. Inspira profundamente, casi no lo cree, pero ahí está, un aroma definido, sensual y al mismo tiempo indescriptible, matizado con otro que le embellece, el olor natural de una piel femenina.

Tal vez sea la flor o no, quizás sea sencillamente su imaginación exacerbada, la cual ya le ha jugado varias malas experiencias. Sigue mirando el horizonte de ese fuego que va fundiéndose con la tierra. Está allí ante el paraíso dorado que promete mil estrellas, ya son de oro las arenas que se tiñen cada vez más con la luz del sol. Es un paraíso dorado el paisaje que el artista ha creado ante sus ojos.

Nunca ha llegado tan lejos, mira a su alrededor, está solo y todo luce extraño. Tal vez se ha equivocado de rumbo, no se puede jugar con el desierto. Es la presente ausencia ante lo que desea y espera, sus sentimientos se han vuelto una metáfora, ahora es oro y es luz ese fuego del cielo que va fundiéndose con la tierra.

De pronto algo le impresiona, ha subido la gran colina de arena y allí, justo del otro lado, se

ha topado con una figura en contraluz, una mujer, se dice. Es como... como el sueño, se dice en tono dubitativo.

Se queda paralizado y apenas le da tiempo de percatarse ¡El Oasis! Es la primera vez que puede verlo, pero por alguna razón ha perdido el sentido. No sabe dónde está, aunque ha recorrido el lugar mil veces.

La observa, apenas puede creer lo que está viendo, es la figura femenina, la misma que llama su atención en el sueño. Es hermosa su presencia contra la luz del sol.

- No puede ser, —se dice—, pero entonces lo recuerda todo, es la visión, la que le ha estado persiguiendo siempre, es el mismo paraje y esa tiene que ser la mujer, la figura sin rostro.

Pero, ¿qué significa eso? No lo entiende, tiene que averiguarlo. Además, ¿cómo es que ha buscado tanto la flor y ahora están allí, cientos de ellas? Son de un profundo color rojo, son fuego y poseen delicadas formas, cada pétalo está cuidadosamente creado y tal parece que fuesen hechos en la más fina seda.

Pero eso no es todo, la mujer se ha agachado y quiere tomar una de ellas, no puede creerlo. Las palabras vienen a su mente con completa claridad, es su abuela quien recita para él la famosa leyenda:

- Entre las soledades del desierto, entre las dunas, donde nadie puede alcanzar, en ese lugar en el cual el sol se funde con el horizonte y los ojos del hombre no pueden profanar sus secretos. Allí, justamente entre las ardientes arenas y el sol abrazador, entre los diamantes que son estrellas... allí, donde la magia se funde con la fantasía, donde la realidad sabe desdibujarse porque no hay nadie que la declare, en ese lugar donde la locura es la norma y el hechizo pervive en el alma de las cosas...
- Allí... —repite él mientras sus ojos hipnotizados ven la elegante y esbelta figura de intenso cabello negro—.

Las palabras siguen llenando su mente, una tras otra se repiten, es el recuerdo de las frases dichas y vueltas a decir. Es un canto ancestral que le hace recordar a sus antepasados nómadas.

- Allí donde el pasado se confunde con el presente, donde no existe el tiempo y la mano del hombre no ha sabido, ni podido profanar la verdad que se esconde al final del cielo, entre los dioses antiguos... con las palabras que ya nadie sabe pronunciar, que nadie entiende, exceptuando por los beduinos... los más antiguos lo sabían, era la Flor del Desierto, que crece entre las dunas, hecha con el color del fuego, sus pétalos son como la seda y de belleza sin igual, nadie le ha visto, ni lo sabe, solamente los antiguos.

La mujer levanta la vista y entonces sus miradas parecen encontrarse, siente una fuerte sensación interna. Ella se nota dubitativa al igual que él, tal vez crea que quiere hacerle daño, después de todo, están en medio de la nada. —Seguro que se ha asustado—, se dice, pero, quiere saber quién, tal vez sea la princesa Faruz.

Entonces se ríe de sí mismo, es solo una mujer que se ha perdido, una turista que se adentró sin saber que el desierto puede arrojarte hasta hacerte desaparecer. Es una gran casualidad y nada más, nada especial ni extraordinario. Pero... ¿y si está soñando?, ¿si esto también es parte de lo mismo?

Camina hacia ella, no está seguro que sea real, ha soñado con esto tantas veces que bien está dormido o todo ha sido una premonición. El cabello de la mujer comienza a agitarse con más fuerza y su ropa se mueve vertiginosamente.

Mira alrededor y conoce estos caprichos del desierto, los ha visto antes, sobre todo cuando acampaba con su abuelo en busca de la flor. En un segundo todo puede cambiar, lo que es un brillante cielo puede tornarse tan negro como la noche. Lo nota, la arena va formando nubes que se agitan tragándose todo, son monstruos oscuros que avanzan con rapidez a través de la inmensidad. Debe llegar a ella y ponerse en resguardo, para alguien inexperto una tormenta de arena puede ser mortal.

La oscura materia vuela con fuerza, posee una rapidez tal que se da cuenta no llegará a tiempo. Corre entre las dunas, mientras ve cómo la arena que hace poco no era más que un mar sereno, ahora se ha convertido en una furia tomentosa, de una intensa oscuridad. Se lleva todo y la mujer desaparece, ahora es una noche, oscura y llena de miedo, ahora es una nada.

Por instantes pierde el sentido, ahora las tinieblas han cubierto todo. Un silencio sepulcral, el nuevo silencio es el sonido de la arena y del viento inmisericorde que se escucha a kilómetros, que amenaza con acabarte porque cualquier grito de auxilio será inútil.

Todo se ha ido, el sueño ha terminado al igual que empezó, pero en el aire se respira un aroma, es la Flor del Desierto, que sabe sobrevivir ante el sol inclemente, en el crudo frío del desierto, en los sutiles y solitarios atardeceres, y en las más crudas tormentas, allí permanece en el oasis donde el tiempo se ha detenido, en el cual el pasado se une con el presente, donde huyen las sombras y se libera el alma de las cosas.

CAPÍTULO VIII

Amanecer

La lleva en sus brazos, le coloca en el jeep ante la mirada asombrada de Ibrahim.

- ¿Qué ha pasado?, señor, ¿quién es esta joven?
- No lo sé, pero lo voy a averiguar.

Farid siente una sensación extraña mientras la ve dormir, una especie de fantasía, tal vez sea el hermoso matiz que toma su piel con la dorada luz del amanecer. Parece un angelito dormido, yace con delicadez entre el montón de cojines y las sábanas de seda. ¿Qué es esto?, se pregunta, ¿quién es esta mujer que ha venido a irrumpir de pronto en su vida?

¡Es la misma chica de la fiesta! Él retó al destino y este le ha dado una respuesta certera. La joven es un verdadero sueño, incluso así, sin maquillaje y con el cabello hecho un lío por el viento y la arena, la verdad es que ha quedado como un desastre, pero igualmente luce encantadora. Se queda un instante más allí y luego sale de la habitación.

- Doctor, ¿se va a recuperar?
- Por supuesto, es una gran bendición que hayas estado allí, sino la joven podría haber muerto, fue una tormenta bastante intensa, como pocas que he visto, tienes alma de beduino.
- Así es doctor, es una bendición.
- ¿Qué hacías allí Farid?, tú también pudiste haber muerto, —le dice con la confianza que le otorga ser el médico de la familia y conocerle desde que era un chico—.
- Pero no fue así, estoy acostumbrado a los embates del desierto.
- Dime la verdad Farid.
- Ya te la dije.
- Así que conseguiste a la joven de la nada, en medio de la nada, ¿eh?, caminando sola por ese desierto... es algo increíble.
- Tal vez sea increíble, pero esa es la verdad, no sé que quieras saber.
- Bien, como quieras.
- Te pido que seas discreto.
- No es necesario que me digas eso Farid, siempre lo soy.
- Gracias, —y le toca el hombro, ese hombre le ha ayudado en muchos momentos de su vida—.
- La joven se pondrá bien, no te preocupes.
- Gracias por todo.

Farid se queda pensando en qué rayos está haciendo, traer a esa chica a su casa es una total imprudencia. Por supuesto que no la ha llevado a su mansión de Dubái, eso sí sería una locura. Esta casa está a las afueras, cerca de Rub al- Jali, y es un pequeño paraíso creado en medio de la nada, que reta al igual que el gran monstruo del cuartel vacío. Él mismo se ha encargado que esté protegido de las tormentas, de allí su curiosa construcción, pues parte de la casa está por debajo

del suelo.

¿Por qué estaba allí esa mujer?, precisamente entre el oasis, y recogiendo la flor, ¿qué clase de presagio es ese? Mira desde la terraza al gigante dorado. ¿Cuándo será la próxima vez que pueda adentrarse en él y conseguir el oasis nuevamente?

El horizonte se levanta y poco a poco lo que era negro se va tiñendo con un tenue matiz dorado. Pequeñas nubecillas juegan en el firmamento, hermosas formas abstractas que, sin embargo, consiguen una configuración reconocible en las mentes llenas de imaginación.

El amanecer es hermoso, pero esta vez lo siente diferente. Allí, dentro, hay respuestas a sus preguntas, solamente esa mujer puede responderlas. Es una especie de encanto, hay una agitación en el ambiente... ella tiene algo muy especial.

Alexandra flota en el aire, la sensación de liviandad se apodera de ella. Es como el polvo del desierto y se siente llevada de un lado al otro. Abre los ojos, no tiene idea de dónde está ¿ha sido un sueño? Tal vez sí, pero no se encuentra en la tienda, ni en el hotel, ¿dónde rayos está?, se pregunta.

Detalla el espacio, es un lugar precioso, con una decoración opulenta, pero de excelente gusto, la cama tiene un baldaquín y las telas caen suavemente, se levanta de la cama. No recuerda lo que ha pasado, trata de hacer memoria. Va hacia la ventana de estilo francés, entonces lo ve. Es un hombre que observa al horizonte, alto, bien vestido y lleva la usanza tradicional.

¿Será el tipo de la visión? Se pregunta, entonces recuerda la tormenta de arena, perdió el conocimiento y no supo más hasta que ha despertado en ese sitio. Entonces quiere decir que este hombre la ha traído hasta aquí, cielos, se siente asustada, ¿quién es este tipo?

- Buenos días, —le dice, la ha sentido y le sonrío afablemente—.
- Buenos días, —le contesta dubitativa—, ¿es el tipo de la fiesta! Allí está, es... son los mismos ojos felinos y hermosos, la mira con cara de curiosidad y ahora posee un gesto mucho más dulce.
- ¿Se siente mejor? Estaba preocupado, pero el doctor dijo que va a estar bien, de todas formas, sería bueno que la vean en una clínica, yo puedo...
- Eh... —y se siente confundida, completamente aturdida— ¿Qué...? ¡Tú eres el tipo de la fiesta! —Dice en voz alta, cielos, no sabe lo que habla—. Está conversando con este hombre de una manera informal, recuerda que es bastante probable que sea musulmán y que debe guardar ciertos comportamientos.
- Eso creo, —y sonrío encantadoramente—. Sí, fue allí donde te vi, y... bueno, —parece que quiere decir algo, pero se queda callado—.
- Sí, eres tú, es decir es... usted, —le contesta y parece que estuviese iluminada—, ahora luce, mucho más hermosa, es como una aparición, se dice él.

Es extraño, pero ahora luce más linda, así, completamente natural. Su cabello negro está enredado y se ve adorable, sus labios lucen hermosos y sonrosados, y le pasa por la mente enseguida qué se sentirá posar los suyos sobre ellos.

- Sí, —y no sabe qué decir, es extraño que le pase, porque siempre sabe que decir—. Estaba en el desierto, cuando la vi, y... no sé, —agrega nerviosamente, y ríe—. Farid se desconoce,

no sabe lo que dice, ni cómo se comporta, esta mujer le hace perder el control sobre sí mismo.

No puede evitar sentirse fascinada, la sonrisa de ese hombre es maravillosa, resulta preciosa la forma en que su cara se ilumina cuando lo hace. Esos ojos, ¡por todos los cielos! Brillan como si el sol residiera en ellos, como si el mismo amanecer viviera por instantes, no hay ojos más hermosos que los de este hombre, confirma.

- Disculpe, no sé dónde están mis modales, mi nombre es Farid Saab.

Alexandra está a punto de darle la mano y recuerda que no debe tocar a un hombre musulmán. Pero cuando escucha el nombre que este acaba de pronunciar se sobresalta aún más.

- ¡Qué!, —dice ella asombrada y retrocediendo unos pasos—.
- Ese es mi nombre, —y sonríe—.
- Usted es... ¡cielos!, ¡maldición!, ¡oh disculpe!
- Jajajajajaja, ¿de qué habla señorita?
- Usted es Farid Saab, —le dice nerviosa—.
- Sí, ese es mi nombre.
- Usted es el... el dueño de DUNES, es usted, entonces usted... es el hombre de la fiesta, es decir, el hombre que me topé en la playa... es el dueño de DUNES, —parece asustada—.
- Sí, eso creo, soy el dueño de DUNES, y eso es algo que me hace muy feliz, jaja, —ríe con la mayor naturalidad del mundo—.
- No puedo creerlo, esto es una locura, ¿qué hacía usted en el desierto?, es decir, lo vi caminando en el desierto, ¿qué hacía usted ahí?
- La pregunta sería más bien, ¿qué hacía usted ahí?
- Conozco el desierto desde que era un niño, es como mi segunda casa, —y sonríe—.
- Yo... quería ver el desierto, era... no sé, algo me estaba llamando, el desierto me estaba llamando, sé que suena como una locura.
- No, no suena a locura, a mí también me ha pasado, yo estaba buscando algo, —le dice emocionado al oírla hablar de esa manera—.
- Yo también... estaba buscando la flor...
- ¿Del Desierto?, —dice él completando la frase que ella ha comenzado a pronunciar—.
- A usted también le gusta la historia, es decir... ¿la historia de los beduinos?
- Así es, me fascina esa historia, y la verdad he estado buscando información, investigando qué hay de cierto en ella, es una leyenda fascinante.
- Así es, yo también, es decir, estudio historia, y todo lo que tiene que ver con eso me resulta fascinante, es decir, con la historia del mundo y su cultura me resulta encantadora.
- ¿Estudia historia?, ¡qué carrera más hermosa!, yo también estudié eso, me gusta mucho todo lo que tiene que ver con la historia del hombre.
- Sí, yo también, —habla con este hombre a quien apenas ha visto, pero que sin embargo sentía conocer de toda la vida, hay una especie de conexión entre los dos, algo les une de forma perceptible, pero no sabe exactamente qué es—.
- Luego que se desató la tormenta le traje hasta aquí, había una terrible tormenta de arena, parecía que...
- Que se llevaría todo... no supe más de mí, es una sensación abrumadora, como si no pudieses respirar, ni moverte, la presión que toda esa fuerza genera, no sé, es extraño, jamás

me había pasado.

- Sí, así es.
- Eh... ¿dónde estamos?, —le dice un tanto nerviosa—, ¿qué es este lugar?
- Estamos en mi casa, es decir, estamos cerca de Dubái, específicamente en las afueras, era mucho más cerca traerle aquí para refugiarnos.
- Ok, y ¿pasé toda la noche aquí entonces?
- Sí, así es, se ha quedado dormida en esta habitación.
- ¿Y qué ha pasado?, —le sigue preguntando nerviosa—.
- Eh... ¿a qué se refiere?, —le dice frunciendo el entrecejo—.
- Es que... amanecí aquí y no recuerdo, es decir... no recuerdo haber llegado hasta aquí, ni qué pasó después.
- Oh... no, no, jajajaja yo solamente le traje hasta aquí, nada más, eso es todo. No podía hacer menos por usted, estaba perdida en el desierto, tenía que ayudarla.
- Ok, —dice ella desviando la mirada, se siente avergonzada por estar hablando de esa manera con el hombre a quien ni siquiera conoce—. Es un extraño que la ha traído hasta ese lugar también desconocido, todo es confuso y también bastante raro.

Todo el montón de coincidencias que han tenido que pasar para que ellos se encuentren en el mismo lugar, y en un sitio tan extraño como el desierto. Resulta fascinante que haya sido así, y de paso como el mismo sueño, eso es mucho más extraño todavía, es como si fuese una fantasía, no puede creerlo.

- Eh... ¿qué hacía en el desierto?, es decir, es extraño una mujer como usted sola, allí caminando entre la nada.
- Pues, no lo sé, ya le dije que algo me llamaba allí, quería ver la flor, y lo más extraño es que la encontré, apenas puedo creerlo, es... no sé, —y se pasa la mano por la cabeza, sonríe, y él le corresponde, no puede creer que esta mujer sea tan encantadora, su corazón vibra, qué rayos le pasa, él no es así—.

Los dos se quedan en silencio, y ella se voltea, entonces se queda mirando el amanecer fascinada, cada instante en ese paisaje es un momento especial y diferente, como si fuese una serie de Monet, como los Almiarés, donde plantea el mismo paisaje en diferentes horas y estaciones. Así cree es el desierto, muta a cada instante y se vuelve un paisaje diferente.

- ¿Primera vez en el desierto?, —dice la profunda voz con un sonido susurrante y tan seductor—.
- Así es, —contesta ella—, es mi primera vez.
- Dicen que es la mejor de todas, es algo dual, lo odias o lo amas, de hecho, creo que a las personas les nace ese amor de manera espontánea.
- Ah... ¿sí?, eso resulta interesante, creo que soy de las personas que aman el desierto, es decir, no sé cómo explicarlo.
- Sí, el desierto tiene algo que te atrapa, desde pequeño siempre lo amé, quería desentrañar sus misterios.
- ¿Lo hizo?
- No, jajajaja, es imposible desentrañar todos los misterios que yacen en el desierto, tal vez los beduinos sean los únicos que lo hayan conocido.
- Al igual que muchas otras cosas, —dice mirando el hermoso color naranja con que se tiñe la

arena en ese momento—.

- Como ¿qué?, —contesta él sonriendo—, esta mujer le gusta, es realmente interesante la forma cómo habla y se expresa, incluso los gestos que hace.
- Pues... tantas cosas en la vida, como su perfume DUNES, es una fragancia fascinante, la conozco desde que era pequeña, si supiera todas las cosas que se tejen alrededor de ella en mi vida, sé que puede sonar fútil, no lo sé, es que mi abuela la adoraba, jajaja, mi abuelo le regaló un frasco hace muchos años. Oh... cielos, no sé ni por qué le digo esas cosas, jajajaja, —y se lleva las manos a la cabeza—.

Él no puede evitarlo, se ve tan encantadora, le provoca tomarla entre sus brazos y besarla. Se ve tan linda, es la mujer más bella que ha conocido, no recuerda más nada, simplemente no puede pensar, y eso es precisamente lo que quiere, no desea pensar en más nada sino en este momento que está viviendo.

- O tal vez como usted... —la mira mientras ella se voltea asombrada, su rostro posee en ese instante un reflejo dorado, y sus ojos parecen estar hechos de cielo, el más puro y azul cielo—.
- Perdón... —dice con una sonrisa nerviosa—.
- Perdóneme, pero tengo que decirlo, usted es la mujer más bella que he conocido en toda mi vida.
- Oh... vaya, seguro que le dice eso a todas, jajajajaja, me imagino que debe conocer a tantas mujeres bonitas, modelos, en fin...
- Conozco a muchas mujeres, pero no la conocía a usted.

Alexandra no puede creer lo que él le está diciendo, sus ojos son oro líquido, y brillan de la forma más intensa posible. ¿Qué es esto que está pasando?, este lugar está lleno de magia, de todas las formas y maneras posibles.

- No sé qué decirle, esto es, no sé, había soñado con ello varias veces.
- Yo también... —susurra—.
- ¿En serio?, —le contesta sorprendida—.
- Así es.

Farid jamás había visto unos ojos tan azules como los de esa mujer, exceptuando por supuesto los de la princesa Faruz. De hecho, se parecía sorprendentemente a como caracterizan al personaje, ese mismo cabello, su piel de porcelana, pálida y bella, ahora un tanto bronceada por el sol del desierto, esos labios de delirio. ¡Maldición!, ¿quién es esta mujer y cómo es que ha entrado en su vida de repente para voltearle todo de cabeza?

- Oh... disculpe, —dice apenada—, no me he presentado, soy Alexandra, es decir, ese es mi nombre, —y se siente tonta, torpe—.
- Es un nombre muy hermoso, —le contesta sonriendo—.
- Alexandra Rey, no le doy la mano... porque...
- Claro, entiendo, jajajajajaja, usted... es decir, se parece a la princesa Faruz, —y también se siente tonto al decir eso, suena muy absurdo—.
- La princesa Faruz es una leyenda, —le contesta sonriendo—, de hecho... —y se detiene, y siente que ya ha hablado demasiado—.
- O tal vez no... —le responde él—.

¿Qué es lo que tiene ese hombre?, se dice, ¿qué hay en él que le atrae tanto? Es algo que pudiera parecer muy obvio, claro. ¡Es Farid Saab! Es un hombre claramente inteligente, interesante, pero además de eso es uno de los empresarios más importantes no solo en los Emiratos, sino de todo el Medio Oriente, ¿cómo rayos ha llegado hasta aquí y precisamente con este hombre?, la vida puede ser una completa locura.

Pero no es eso, aunque parezca inverosímil, Alexandra es una chica “rara”, para ella el encanto de este hombre reside en su carácter, la manera en que se conduce con tanta templanza, apenas lo conoce, pero es evidente su caballerosidad, la valentía y arrojo. Cielos, ha arriesgado su vida para salvarle, sacándole del desierto, poniéndola a resguardo de esa terrible tormenta.

Incluso le gusta de él, ahora que le ve de cerca, lo que muchos considerarían defectos, como su alargada nariz, la cual le parece encantadora. Le mira, explora cada detalle de su rostro, es una de esas caras interesantes que parecen dibujadas por algún caprichoso artista que conoce el verdadero significado de la belleza.

Pero precisamente es ese tipo de caras las que le gustan, jamás le han llamado la atención esas bellezas obvias. Pero si hay algo que este hombre no posee es la obviedad, por el contrario, todo en él parece un misterio, y uno tan interesante que por supuesto desea desentrañar.

Este hombre está lleno de perfectas imperfecciones. Sus palabras, además, también parecen cargadas de una sutil sensualidad, y le fascina la manera que la mira a los ojos de forma directa como si pudiera escudriñar en su alma.

- ¿Qué quiere decir con eso?
- El desierto está lleno de misterios, —sus ojos se pierden entonces en este—, ella siente una sensación análoga a la que le producía Dada, esa alma es profunda al igual que la de su abuela, llena de las mismas incógnitas, quería conocer la respuesta a la gran pregunta, ¿quién es realmente Farid? ¿Cómo es que se han encontrado?, ¿por qué capricho de la vida se han sucedido toda esta serie de eventos?
- Así es, me gustan los misterios.
- Yo también, jajaja, quiero descubrirlos, he estado estudiando la leyenda, sabe, bueno, tratando de encontrar algo de realidad en ella, para eso he tenido que estudiar las tradiciones de los beduinos, los cuales son mis ancestros.
- ¿En serio?
- Sí, así es, mis raíces residen en ese lugar, nada más de pensar en eso, todo mi cuerpo tiembla.
- Entonces, por eso estaba allí, buscando esos significados... muy interesante.
- Así es, —sonríe—, pero hasta ahora solo he conseguido más misterios, jaja, así que no he tenido mucho éxito.

Parece un hombre muy seguro de sí mismo, pero ahora lo nota un tanto dubitativo.

- Los misterios del desierto te pueden dejar sin palabras.
- ¿Entonces usted cree en los misterios de la leyenda?
- Sí, en parte, después de todo, en una leyenda siempre existe algo de verdad ¿no es cierto?
- Así es, también pienso lo mismo.
- Mmm, pero lo único que hemos encontrado es una terrible tormenta, jajajaja, casi no

salimos vivos de allí, —dicen riendo con mucho humor, como si fuese la cosa más normal del mundo—.

Alexandra se sorprende de ver la sencillez de este hombre, le parece completamente encantador. Esa forma de reírse tan espontánea y simple, es como si estuviera con alguien que conoce de toda la vida.

- Conozco a unos beduinos, son amigos míos, —le dice de repente—, es una tribu que ha sobrevivido por siglos así, viviendo en este lugar inhóspito al que conocen muy bien.
- Espero que sean la tribu de la princesa Faruz.
- Jajajajaja, yo también, tal vez lo sean realmente, no lo sé, jajajaja. No, en serio, esta noche darán una de sus fiestas tradicionales, y ya que ambos estamos en una investigación, me pregunto si le gustaría ir. Todo será a la usanza antigua, estos hombres hablan badawi, y mantienen para ellos mismos sus costumbres ancestrales. Así que me imagino será muy interesante para usted.
- ¡Cielos!, suena muy interesante, quiero conocer a los antiguos pobladores del desierto.
- Sí, ellos no adoran a un solo dios, sus dioses son las piedras, árboles, el desierto, las estrellas, es una vida interesante y llena de misticismo. Los he estudiado por muchos años, he recopilado información importante, bueno... importante para mí. Eran grandes guerreros y dominaban la cetrería, en fin...
- Suena fascinante, —dice ella y él nota cómo se le ilumina la cara al hablar de ese tipo de temas, tal parece que tienen mucho en común—.
- ¿Desea ir...?
- ¿Qué tipo de fiesta es?
- Una boda.
- ¡Oh cielos!, —grita, y luego se da cuenta que está hablando demasiado alto, y ríe encantadoramente—. Eso suena fascinante, ¡me muero por ver una boda tradicional! ¡Eso sería increíble!
- Si gusta ir, podría verla, es una ceremonia sumamente hermosa, llena de tradiciones y colores, en fin, con el desierto como escenario no se necesita más nada.
- Pero, no hay problemas, es decir, usted y yo, el estar aquí o ir a un lugar como ese...
- No, no hay ningún problema, no se preocupe por eso. No obstante, creo que hay un problema en este preciso momento.
- ¿Cuál?, —dice abriendo los ojos como platos—.
- El que me sigas tratando de usted.
- Ah... jajajajaja, ok, entiendo, bien, es que resulta extraño, es decir, casi no nos conocemos.
- Bueno, creo que nos conocemos mucho, estamos unidos por las fuerzas de la naturaleza, el desierto nos ha unido y creo que eso es más que suficiente.
- El desierto nos une, sabe, es decir sabes, he soñado con eso desde hace mucho tiempo.
- ¿A qué te refieres?
- Me refiero a que desde niña había soñado con venir a este lugar, no, no es eso lo que quiero decir, jajaja, ya va, es que... me siento confundida.
- Jajajaja, entiendo, bien, —está encantado con la chica, es tan bella, resulta encantadora la manera como se conduce, un tanto confundida, maravillosa, y le provoca nuevamente besar esos labios rosas naturales y hermosamente gruesos—.
- Lo que quiero decir es que había soñado con eso, con estar en el desierto, —jamás le ha

- dicho eso a nadie, y ahora se lo está diciendo a él, a un completo y perfecto desconocido—.
- ¿En serio?, —y a él le sorprende, porque le ha sucedido lo mismo durante la mayor parte de su vida—.
 - Sí, en serio, no sé, sé que suena como una locura.
 - No lo es, sabes, no lo es.
 - ¿En serio?, ¿te parece?
 - Por supuesto, a mí me ha pasado lo mismo, yo también he soñado toda mi vida con el desierto.
 - Suena hermoso, —dice con gesto de ilusión—. Se parecen mucho, y eso le gusta aún más, él es como el desierto, está lleno de tesoros preciosos y riquezas, no es simplemente un hombre de negocios y nada más, no es para nada una cara bonita, superficial y sin sentido.

Se quedan en silencio, el rumor de la brisa llega a sus oídos, así como el aroma, entonces se da cuenta, el perfume que ha estado percibiendo es de él. Pero, ¿cómo es esto posible?, la verdad ya ha perdido la cuenta de todas las cosas extrañas que le han estado sucediendo desde que llegó a Dubái.

- Entonces... ¿irás a la fiesta?
- ¡Por supuesto!, —y se sorprende de sí misma—, nunca ha sido una mujer completamente aventurera, pero qué más da, está allí, es hora de aprovechar lo que este lugar encantador le brinda, después de todo, si el desierto se ha tomado las molestias de hacer que se encuentren, entonces debe haber una buena razón para ello.
- ¡Genial!, —dice—, parece el más sencillo de los hombres, como cualquier chico con el que estudia en la universidad, pero no, no es sencillo, nada de eso.
- Entonces... ¿cómo será todo?
- Bueno, debemos arreglarnos.
- Oh... pero no tengo nada, es decir, mírame, jajajaja, cielos, debo estar hecho un desastre.
- Por supuesto que no, luces encantadora.
- ¿Tienes un espejo para verme?
- Por supuesto, ven por aquí, —le dice mientras entra nuevamente a la habitación—, y le señala un precioso espejo de cuerpo entero, el cual parece está decorado con abigarradas formas, es un espejo con marco dorado, pero le da pena preguntar si es oro, vamos, por supuesto que lo es, todo aquí está hecho con oro, y además debe recordar que es Farid Saab, claro que todo será de ese material.
- Ahhhhhh, ¡maldición!, —grita—.
- ¿Qué sucede?, —dice él asustado—.
- ¡Mierda!, ¡me veo terrible!, ¡mírame!, me has dicho que luzco bien, pero parezco una loca, una maldita loca, ¿y es así como he estado todo este tiempo?, ¡maldición!, —dice horrorizada—.
- Jajajajaja, cielos, juro que nunca he visto a nadie maldecir tanto como a ti.
- Es que mírame, ¡qué vergüenza contigo!, ¡cielo santo!
- No tienes nada de qué avergonzarte, te ves hermosa, así... al natural.
- Oh... cielos, sí que eres caballeroso, lo siento, pero así no puedo ir a esa fiesta, mírame, jajajaja, pensarán que soy un espectro del maldito desierto.
- Jajajajajaja, eres graciosa, —a él le parece encantadora su forma de ser, no es una de estas chicas formales y estiradas—.

- Todo eso se puede arreglar.
- ¿Cómo?, —dice con cara de espanto—.
- Déjame hacer algunas llamadas, solo... espérame aquí.
- Ok...
- Tranquila, arreglaremos esto, aunque francamente para mí, luces muy hermosa.

Cuando ella baja finalmente al vestíbulo y suavemente desciende por las escaleras es como una visión. La estilista que Farid llamó ha traído todo lo necesario. Vaya que sí lo ha hecho, ella parece una princesa árabe, con ese precioso traje tradicional, con decoraciones suntuosas en dorado, definitivamente los colores del desierto son lo suyo, su piel luce preciosa, y si fuese posible, se ve más hermosa todavía que el día de la fiesta.

- ¿Y bien? —Le dice sonriendo nerviosamente—.
- Te dije que todo se podía arreglar.
- ¿Cómo me veo?
- Como un sueño hecho realidad, —le dice él sin poder creerlo—, es la frase más cliché que ha pronunciado en su vida, pero esta vez lo expresa desde lo más profundo de su corazón.
- Jajajaja, tú también... —susurra—.
- ¿Qué?
- Nada... —le dice riendo—.
- Ya te escuché, jajajaja.
- Bueno, entonces no preguntes.

Alexandra no puede creer que esté allí, con este hombre, no quiere pensar, ni razonar, solo dejarse llevar por el momento y disfrutarlo. Es lo que habría hecho la abuela, dice para consolarse, ella no habría dudado de aprovechar esa oportunidad.

Cuando llegan a la fiesta Alexandra se siente fascinada, el fuego ilumina seductoramente las arenas, la noche ha caído y eso le genera un mayor encanto a todo, el lugar definitivamente es mágico. Se siente a la expectativa y felicidad, pronto se llevará a cabo la boda y no quiere perder detalle. La brisa sopla con fuerza, no sabe si son las luces, el color del desierto, las estrellas, y esa brisa que parece susurrarle cosas en el oído, pero no se siente igual, es como si fuese otra persona.

- Sabes, —le dice—, siempre me he querido casar en una tribu beduina.
- Ah... ¿sí?, —y sonríe nerviosamente—.
- Así es.
- Ya sabes lo que dicen...
- ¿Qué?
- Si consigues la flor del desierto... —y se calla—.
- Encuentras al amor de tu vida, —completa él, y sonríe divinamente—.

“El desierto sabe los misterios, guarda las historias que han vivido miles, guarda los recuerdos que el tiempo se ha llevado, el desierto une y separa, el desierto te llama... y su voz es irresistible...”.

Mohamed Saab, creador de DUNES.

Fin.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de esta saga:

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 4)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 5)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 6)

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 4)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 5)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 6)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 7)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 8)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance

Paranormal (Inmortales Libro 9)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 10)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 11)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 12)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 13)

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 14)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 15)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 16)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 17)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 18)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 19)

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.
Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista
Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada
Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)
Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico
Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.
Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?
Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.
Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes
Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos
Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina del Desierto.

Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

CAPÍTULO IX

El fantasma del desierto

Todos cuentan la historia, ya casi convertida en leyenda. Un hombre tan enamorado de los aromas como para sacrificar su vida por ello. Pero, una cosa es lo que cuenta la leyenda y otra la vida real. Una cosa es el fantasma del desierto y otra muy diferente el hombre, Mohamed Ali Saab.

Su gran olfato le permitía determinar los más sutiles y delicados aromas, encontrar tesoros donde otros no podían hacerlo, combinar ingredientes y productos al parecer inconexos. Era un talento nato, su capacidad resultaba sobrehumana, como si la vida le hubiese marcado con una especie de casualidad, una bendición y a su vez una tragedia.

Este tipo de personas parecen haber sido escogidos por la vida para algo especial, independientemente de su carácter y de sus obras. Lo cierto es que desde pequeño Mohamed supo que quería estar rodeado de fragancias. Su padre era un comerciante de telas que enseñó a su hijo el buen arte de vender, en el cual solamente podían sobresalir los que dominaran sus sutiles derivaciones.

Al principio nadie le tomó en cuenta, eran tiempos difíciles, de crecer y pelear. En ese momento el antiguo pueblo comenzó a crecer con la extracción de las perlas, era una industria que antecedió al petróleo y Mohamed aprovechó esta oportunidad para sacar buen provecho de ello.

Lejos quedaban los tiempos cuando los antepasados beduinos, hombres del desierto, eran felices con la libertad que les confería viajar entre las arenas del desierto, como otros lo hacían en el mar. Pocas tribus quedaban entre las dunas del Rub al-Jali.

Allí estaba Mohamed Saab ante la vida, en busca de una oportunidad, retando una vez más al destino, buscando la olla al final del arcoíris. Su familia tenía antepasados nobles, eso le daba una especie de impronta que, por supuesto, él aprovecharía completamente. Su ascendencia se remontaba a las más antiguas tribus beduinas, seres que eran uno con el desierto.

Sus ancestros eran los insignes hombres de arena, cuya valentía resultaba legendaria. Fuertes guerreros con las estrategias para vivir en donde otros ni siquiera lograban respirar. Con una tradición de 2 mil años o tal vez mucho más, a Mohamed le gustaba ufanarse de ello, la cualidad de misterio que le aportaba este hecho resultaba muy favorecedora para sus objetivos.

Los beduinos eran seres libres que adoraban las arenas, el cielo nocturno y sus estrellas, pero, sobre todo, el agua. Mohamed, sin embargo, no le importaba realmente la gente del desierto o sus costumbres, estaba caminando hacia otros rumbos, el camino dorado del oro, ese era su gran meta.

Mohamed era un hombre de oportunidades, tan sagaz como un halcón que podía ver desde lejos la menor de las oportunidades, y cuando lo hacía, no dudaba en lanzarse sobre ella. Así

como su olfato podía detectar los más sutiles aromas, también podía hacer lo mismo con los nuevos ricos, aquellos que con sus perlas se pudieron comprar una nueva vida, y que estaban prestos por encontrar una buena manera de gastar sus abundantes recursos.

De la nada este hombre comenzó a crear un oasis en su propio desierto. Mohamed Saab, el hombre que apareció de la nada y que desaparecería de igual manera.

- ¿Qué es esto?, —le dice la mujer completamente sorprendida—, es el frasco más extraño que ha visto en toda su vida, acostumbrada a las abigarradas formas de los envases parisienses de finos cristales y pomposas decoraciones.
- Se llama Flor del Desierto, —exclama él con orgullo—, y es una de mis mejores creaciones Madame.
- Flor del Desierto... qué nombre tan particular, es la primera vez que sé de un perfume que se llame de esa manera. Mmm, señor Mohamed, la verdad no me esperaba esto, ¿qué pretende?, —le dice con una sonrisa maliciosa—, ya ha escuchado hablar del famoso señor Saab y de sus dotes comerciales, así como también de sus triquiñuelas.
- Así es, y la última vez también, este perfume es único, no se imagina cuánto, con este aroma sin duda encontrará sus sueños. Pero es algo, mi señora, que no se puede describir con palabras, hay que vivirlo.
- Jajaja, señor Mohamed, soy una dama inglesa adinerada, vivo en mis sueños todos los días, y no es un perfume precisamente el que va a ayudarme a concretar lo que me falta por alcanzar.
- Me refiero a algo más importante que eso Madame.
- Como ¿qué mi señor?, ¿qué puede ser más importante que la estabilidad económica?
- El mundo que se esconde en la imaginación, mi apreciada señora Smith.
- Usted es un encantador de serpientes señor Mohamed, sin duda que su fama no es infundada.
- Mi señora, no pondero, lo juro por...
- ¿Sus antepasados del desierto?
- Así es señora, —y sonrío porque sabe que su conseja ha trascendido convirtiéndose casi en un ardid publicitario—.
- Bien, —mira el frasco nuevamente con cierta indecisión—.
- Solo experimente el más maravilloso aroma que sentirá en su vida. Olfatee, no puedo describírselo, tiene que vivirlo, porque sin duda será la mejor experiencia que tendrá.
- Usted es un gran vendedor Mohamed, sin lugar a dudas creo que está destinado a volverse rico, —entonces este la mira con ojos inteligentes—. Es una mujer tan sagaz como él, de esas que no se dejan embaucar fácilmente, una de estas occidentales que son tan hábiles con el dinero como los hombres, además, posee la mayor cualidad que, a los ojos de Mohamed, puede tener una mujer: un marido rico y la disposición de gastar el dinero a manos llenas.

Miss Rosaline Smith, adicionalmente era una mujer supremamente hermosa, si lograba posicionar su perfume con ella, eso le daría el impulso que necesitaba para que su incipiente compañía creciera. La mujer tomó el frasco como si fuese algo despreciable, de lo cual deseaba deshacerse con rapidez.

Mohamed le resultaba un completo fastidio, algo muy parecido a un mosquito que vuela a tu alrededor generando un molesto zumbido, un insecto al cual, por más que tratas de espantar,

vuelve a ti una y otra vez. Lo sostuvo unos instantes, el frasco no resultaba especialmente llamativo, nada que ella no hubiese visto en alguna de las exclusivas perfumerías parisienses, en las cuales estaba acostumbrada a comprar las más divinas fragancias.

- Mmm... pues no se ve como nada maravilloso, el perfume, a juzgar por este frasco, por el contrario, se ve bastante común, tanto que dudo le den algo por él.
- No juzgue solamente el frasco, mi señora, dentro del más humilde envase se puede esconder un tesoro, un perfume es como una mujer, las más valiosas son las más difíciles de hallar como una maravillosa piedra preciosa, como el berilo rojo o el ópalo negro, —le dijo sinuoso como una serpiente—.
- ¿No sabe que existe un dicho el cual reza: no solo tienes que serlo sino también parecerlo? Las personas siempre evaluarán por la apariencia, mi apreciado señor Saab.
- Señora, dele una oportunidad, me encargaré después del frasco, es solo un asunto menor, lo importante es la fragancia.
- Mi apreciado señor Saab, juro que este es el frasco más corriente que he visto en toda mi vida, ¡cielo santo!, si no lo vuelvo a ver en definitiva que estaré muy contenta. Yo no consideraría en forma alguna que esto sea un asunto menor.
- Me alegro por usted, mi señora, que posee un gusto estético exquisito, pero le aseguro que luego de sentir el aroma, se enamorará de él en forma inmediata.
- Veremos mister Saab, veremos...

La mujer lo contempló con desprecio por unos instantes más, entonces casi sin ganas lo destapó. No podía ser un mejor perfume que Jardín Imperial de Monsieur Michelle Lacroix, maestro perfumista famoso por su gran olfato y su afinidad hacia las esencias florales.

Madame Smith movió la tapa de vidrio para que la esencia se dispersara en el aire. No quería aplicársela, así que simplemente se acercó y en ese instante sintió como si hubiese sido atravesada por un rayo. La sensación fue arrolladora, cada una de sus células se agitó como una pequeña barca en medio de la cruenta tormenta.

- ¿Qué es esto?, —susurró—, su cuerpo fue completamente desestabilizado de su eje.
- Esto, mi señora, —le dijo sonriendo—, es Flor del Desierto.
- ¿Flor-del-Desierto? —Repitió esta vez como si nunca lo hubiese oído en toda su vida—, repitió cada sílaba lentamente, analizando las palabras y sonidos como si los estuviera paladeando, tal cual como acostumbraba hacer con los postres que Hazid Darrouz, su pastelero favorito le servía a las cinco de la tarde en la intimidad de su terraza privada.
- ¿Conoce la leyenda? Es muy hermosa.
- No, ¿cuál?, —dice como presa todavía de un influjo extraño que la hacía temblar de pies a cabeza—.

La mujer le miraba con ojos incrédulos, como si fuese transportada a algún lugar inédito, a otra dimensión. Mohamed lo sabía, así que comenzó a contarle la famosa leyenda con su potente y profunda voz.

- Entre las soledades del desierto, entre las dunas, donde nadie puede alcanzar, en ese lugar en el cual el sol se funde con el horizonte y los ojos del hombre no pueden profanar sus secretos. Allí, justamente entre las ardientes arenas y el sol abrazador, entre los diamantes que son estrellas... allí, donde la magia se funde con la fantasía, donde la realidad sabe

desdibujarse porque no hay nadie que la declare, en ese lugar donde la locura es la norma y el hechizo pervive en el alma de las cosas...

- Es una historia hermosa... —apenas pudo balbucear—.

El hombre continuó, relatando la leyenda con su voz estentórea, la cual le aportaba al relato un matiz más hermoso, aunque no carecía de los vicios de su propia indignidad, pues solamente en el oro podía pensar su corazón. Mohamed era un hombre de grandes ambiciones y estaba dispuesto a todo por lograr sus propósitos.

- Allí donde el pasado se confunde con el presente, donde no existe el tiempo y la mano del hombre no ha sabido, ni podido profanar la verdad que se esconde al final del cielo. Entre los dioses antiguos que yacen en el olvido, con las palabras que ya nadie sabe pronunciar, que nadie entiende... hay una vida, la existencia que se ha llevado las arenas del tiempo.
- Es una historia hermosa, —es todo lo que puede decir una y otra vez—.
- La flor del desierto, mi señora, el origen de la más hermosa de todas, la más preciada.
- Este aroma... —dice presa la profunda esencia—.
- Prosigo Madame: a la flor nadie la ha visto, exceptuando los beduinos, quienes la vieron nacer entre los muertos. Los más antiguos lo sabían, era la Flor del Desierto, que crece entre las dunas, hecha con el color del fuego, sus pétalos son como la seda y de belleza sin igual, nadie le ha visto, ni lo sabe, solamente los antiguos.
- ¡Cielos!, —decía la mujer asombrada—, nunca había escuchado una historia tan bonita, —era una especie de hipnosis provocada por aquel aroma, por el maldito frasco que contenía una esencia mística—.
- La Flor del Desierto tiene magia, sabe, puede penetrar en los sentidos, aunque nadie le ha visto, y tal vez... —agrega— tal vez nos esté llenando en este mismo momento, —le dice sonriendo, y sabe que finalmente ha captado la atención de la mujer—.
- Continúa hombre, me gusta, —le dice ella sonriendo—, después de todo, Mohamed sabía que una buena historia de amor era el mejor imán para obtener la atención de una mujer.
- Pero antes de que la flor existiera, mucho antes que alguien le viera por primera vez, hubo una mujer, la más hermosa de todas las tribus. Cuenta la leyenda que era la hija del jefe, una princesa de belleza sin igual, cuyo nombre en su lengua original se pierde en las arenas del tiempo, este solo puede pronunciarse en el idioma antiguo, el cual ya nadie conoce, solo los hombres del desierto. Esto sucedió mucho antes de que el islam tomara las tierras, cuando los hombres solo sabían adorar a las estrellas, al desierto, el lugar donde vivían de un lado a otro, existiendo como el viento que se mueve entre las dunas. El nombre que le dieron fue Faruz, pero eso fue mucho después cuando las arenas corrieron y los hombres entendieron la realidad desde otro punto de vista. La princesa Faruz Amina era la mujer más hermosa de la tribu, y de todas cuantas el desierto tuviese conocimiento. Su belleza era legendaria, y su padre Amin quería casarla con alguien digno de su hermosura e inteligencia, ella era una mujer particular, su padre lo había procurado así. No solo era hermosa, sino que poseía conocimientos que otras personas no tenían, sabía leer las estrellas, escribir y cantar hermosos poemas. Pero, además de las otras cualidades que una mujer poseía, ella podía hablar con los elementos, el desierto, el cielo y las aguas, era una mujer especial.

La historia continuó y la mujer no salía de su asombro. Las palabras parecían penetrar en todo su ser, cada una como entes fugaces, aleteando a su alrededor, mariposas de ilusión, porque

la magia no estaba en contarlo, sino en vivirlo. Para eso estaba el perfume, pensó Mohamed, para sentir los más maravillosos encantos en todo tu cuerpo, y así desatar el poder de la flor que era tan misterioso que él mismo no podía entenderlo.

Miss Smith no lograba reaccionar, temblaba de pies a cabeza. El aroma era una mezcla increíblemente poderosa, cada partícula hacía vibrar el cuerpo de forma involuntaria, como si una brisa se apoderara de todo su ser. Apenas al abrir el frasco lo sintió, fue transportada hacia otro lugar y época, un instante en que el presente y el pasado se encuentran, donde no hay espacio para lo común, y la vida es un conjunto de esencias infinitas capaces de agitar los sentidos y transmutar el alma.

Allí, fue llevada al desierto, donde las dunas son montañas de oro, parajes que poseen su propia belleza, donde el sol dorado de la tarde les colorea como un lienzo de multicolores matices. En las cuales el viento es un escultor que sabe crear sus propias figuras, abstractas y sinuosas, donde la imaginación de los hombres sabe encontrar mil formas.

- Flor del Desierto... —volvió a repetir—.
- Es la más maravillosa de las esencias, que cosquillea en el olfato como una tierna caricia. Si no conoce la historia, no sabe la mitad del encanto que reside en este fantástico aroma.
- ¡Oh... cielos!, ¿qué tiene esto? Jamás había sentido algo así, es un aroma... no sé cómo describirlo... es...
- Se lo dije.
- ¿Qué tiene esto? Es... tan diferente, tiene algún tipo de flor sin duda, pero noto mucho más, algo novedoso, siento como capas en este aroma, todos y cada uno de ellos se abren y cierran a mi alrededor, me hacen sentir envuelta en ella. Esto, sin duda, es mil veces mejor que Jardín Imperial.
- ¿Jardín Imperial? ¡Bah!, juro que no sé donde reside el tan afamado encanto de esa esencia anodina, es como tomar un montón de flores y ligarlas en un conjunto sin sentido, ni dirección.
- Yo tampoco, —dice la mujer como presa de un extraño obnubilamiento—. Yo tampoco... esto es...
- ¿Lo ve?, el encanto es el principal ingrediente de este perfume, —sonríe—, esto posee el encanto del desierto.
- ¿El encanto? Creo que estamos de acuerdo mi señor, si hay una palabra que puede definir bien a esta fragancia, es precisamente eso, encanto, y mucho más, —pero una dama de sociedad como ella no podía atreverse a pronunciar esas cosas en voz alta—.

Mohamed logró convencer a la mujer para que financiara su incipiente empresa, es que el perfume ejercía una seducción en todos cuantos eran expuestos a su olor. El señor Smith estaba en busca de nuevas inversiones y ya no había poder humano que le sacara de la cabeza a su esposa que esta fragancia se haría muy famosa.

Estaba en lo cierto, Flor del Desierto tenía un futuro prometedor, Mohamed se encargaría de ello, solo necesitaba un pequeño impulso en su vuelo. Lo demás podía hacerlo sin problemas, porque además de sagaz vendedor, Saab también poseía un verbo fácil con el cual podía seducir tanto como su fragancia y, por supuesto, un comportamiento inescrupuloso que le protegía de cualquier culpa o remordimiento de conciencia.

Mentía a todo el mundo, decía a quien lo quisiera escuchar, que él había encontrado la flor del desierto, con su seductora voz relató cómo extrajo su misteriosa esencia, retando al destino y las circunstancias adversas. Había penetrado en los misterios del desierto y salido airoso de tan arriesgada tarea. Se pintaba casi como un personaje mítico, entre las dunas y la cálida paleta que el horizonte plasma al atardecer.

Allí, como una figura en la lejanía, donde solamente la imaginación de los hombres puede alcanzar. Caminando ante la tormenta oscura que la profundidad desata, entre la nada y el todo que vive en los sueños de los hombres.

Pero no, Mohamed no lo había hecho, a pesar de su herencia ancestral él, definitivamente, no heredó las cualidades de un beduino. Pero el decirlo, le daba mayor poesía a la historia del perfume, y eso significaba muchas ventas.

En realidad, la historia era un poco más extraña que la propia leyenda que él mismo había creado. Era uno de esos casos en donde la realidad superaba con creces a la fantasía.

Un día cualquiera, el cual recordaría por siempre, estaba recibiendo un cargamento de especias traídas de la India cuando se topó con un hombre de aspecto sombrío que le miraba con insistencia. Al principio, no le hizo mucho caso, pero cuando este se le acercó no pudo ignorarlo.

- ¿Usted es Mohamed Ali Saab?
- ¿Por qué?, ¿quién es usted?, —dijo el sagaz comerciante—, sabía que un hombre del desierto no podía confiar en nadie.

El personaje sin duda poseía un aspecto inquietante, vestía enteramente de negro con el característico thawb típico en los hombres del desierto. Poseía a su vez unos ojos tan negros como la noche, y parecía guardar los mismos secretos que esta.

- ¿Usted es el mismo hombre que está interesado en la flor del desierto?
- ¿Por qué?
- Tengo lo que ha buscado.
- ¿Quién dice que estoy interesado en esa planta?
- Su mirada me lo dice.
- ¿Quién es usted?
- Eso no importa, si le interesa la flor, espéreme mañana a las 5:00 de la tarde aquí en el mercado, en la tienda de Abdul Hazim.
- ¿Qué quiere señor?
- Si le interesa, vaya mañana donde le he dicho.

Mohamed miró hacia todos, podría haber alguien esperando para robarle, jamás confiaba en nadie, esa era una de sus máximas premisas. En cuanto dirigió sus ojos al hombre, este se había esfumado como una sombra en la densa oscuridad de la noche.

Sin embargo, el misterioso beduino había despertado su curiosidad, se preguntaba si sería verdad que este hombre tenía en su poder la flor que tanto deseaba para completar su fórmula y, además, ¿cómo este había obtenido la información acerca de su búsqueda? Lo más lógico sería ignorarlo, pero él era un hombre de negocios que no podía rechazar una buena oferta.

De esta manera, y justo a la hora que le dijeron, se encontraba en la tienda de Abdul. Dudaba

si entrar o salir de allí lo más pronto posible, pero la ambición era una fuerza mucho más contundente que la lógica y la razón. Entró en la tienda, aunque parecía el lugar que conocía, no obstante, el sitio se sentía completamente diferente.

Como si una sombra se hubiese posado en el lugar, aportándole un matiz sombrío, además podía percibir con su fina nariz un penetrante aroma a sándalo. Tardó unos segundos para que su vista se adecuara al cambio de luz.

En ese instante lo vio, el hombre misterioso tenía un aire de persona sapiente, y sus negros ojos le miraban fijamente. Mohamed no reaccionaba, estaba sorprendido.

- Señor Saab, por favor, —dijo con voz profunda—, siéntese.
- Señor, le exijo me diga su nombre.
- Como le dije ayer, eso no es importante, pero si le tranquiliza, mi nombre es Khaled Al-Kader, soy un beduino al igual que usted, —le dijo con una sonrisa un tanto macabra—.
- ¿Qué es lo que quiere conmigo?
- No, usted ha estado buscando algo y yo vine a traérselo.
- ¿Qué sabe usted acerca de lo que pueda buscar o no?, —dijo frunciendo el entrecejo—.
- En este lugar todo se sabe, —agregó en tono misterioso, como si sus palabras quisieran decir mucho más de lo que expresaban—.
- Entonces...
- Aquí está, —dice colocando un envoltorio sobre el mostrador—.
- ¿Dónde está Abdul?, —preguntó con sospecha—.
- Abdul ha salido de viaje, siempre anda buscando cosas al igual que usted. —El tono de su voz envolvía a Mohamed provocándole una gran incomodidad—.

Este hombre no le inspiraba la más mínima confianza. Pero le generaba gran curiosidad saber el contenido del misterioso paquete.

- ¿Lo dejó encargado de la tienda?
- No, solo me permite hacer negocios en ella, —acentuó la palabra negocio y el término adquirió instantáneamente un matiz siniestro—.
- Mmm...
- ¿Quiere ver el paquete?
- Sí, —exclamó dubitativo—.
- ¿Me imagino que querrá ver oro?
- Señor, soy un hombre del desierto al cual solamente le interesa las cosas esenciales de la vida.

Mohamed sentía un profundo estremecimiento interno con las palabras de este hombre. Era como si todo lo que dijese estuviera cargado de intenciones oscuras.

- Mire, —y desenvolvió el paquete, efectivamente lo que había allí era aquello que por tanto tiempo estaba buscando—.

Le miraba con aire de inteligencia, como si supiera incluso hasta lo que estaba pensando.

- Ante usted la flor del desierto, —sonreía—.

Mohamed no sabía cómo reaccionar, no quería por nada del mundo demostrar lo emocionado

que estaba, pero sus manos temblaban perceptiblemente. Si alguien sabía del desierto, eran estos seres que parecían hechos con la misma arena, era mejor no demostrar debilidad.

El gran Mohamed se le quedó mirando con inquietud, este hombre le producía una especie de temor, algo que jamás había sentido. Ahora que la luz había cambiado, notó que sus ojos seguían inquietantemente negros, penetraban con la misma profundidad que una daga cortante y te hacían sentir exactamente el mismo miedo.

- Esta es la flor de la que habla la leyenda, —le dijo mientras no dejaba de mirarle, parecía sonreír, pero sus ojos decían lo contrario—.
- ¿Cómo sé que es así?
- Es así, simplemente, soy un hombre del desierto, no tengo razón para mentir, esta es la flor, tal cual, aquí está.
- ¡Cielos!, ¡esta planta es muy hermosa!, —dijo sorprendido ante la delicadeza de la misma—, poseía efectivamente dos filas de hermosos pétalos en color rojo fuego, que a su vez estaban hechos con un material muy parecido a la seda, exactamente como relataba la leyenda. El corazón de la misma era de un penetrante dorado, destilaba un aroma único que se esparcía lentamente y con intensidad en el aire.

Mohamed olfateó con su sensible nariz, el olor que llegó a la misma le produjo un cosquilleo intenso, una potente caricia, sutilmente se volteó hacia la fuente, apenas podía creerlo. Era el aroma más maravilloso que había sentido en toda su vida. Estaba completamente seguro que jamás había percibido una fragancia como esa.

- ¿Qué es esto?, —dijo con incredulidad—, es...es...
- Esto es la flor del desierto, Zahrat Alsahra, lo que siente es el potente aroma que se destila del cuerpo y los pétalos, tiene propiedades potentes de todo tipo, que, usadas por los hombres del desierto, muchas de ellas completamente desconocidas, tenga cuidado, —le advirtió sonriendo al ver que adelantaba su mano para tocarle—.
- Es solo una flor.
- No sabe lo que dice, debe usarla con temeridad, incluso, puede conjurar sobre sí una gran maldición.

Mohamed vio con incredulidad la tierna y linda flor que parecía completamente inofensiva. Los delicados pétalos eran una maravilla estética, delicada y rozagante, incluso, reflejaban la luz del sol como un vitral, tanto que parecía estar hecha del más puro y fino de los cristales de murano.

Apenas podía creerlo, pero no demostraba su asombro porque podría costarle mucho oro. Seguía observándola, era una flor un tanto pequeña, pero pensó que las cosas más potentes solían venir en envases bastantes discretos, esta seguramente que no era la excepción.

- Así que esta es... —seguía repitiendo Mohamed como para sí mismo—, esta es la famosa flor.
- Así es mi señor, —le dijo el hombre con tono profundo—, ¿qué ofrece a cambio de ella?, —y la voz se tornó cavernosa—.

Mohamed levantó los ojos hacia ese hombre, por segundos se sintió hipnotizado por la fuerte presencia de la flor.

- ¿Qué quiere por ella?
- ¿Qué quiere darme?
- 50 monedas de oro, eso es bastante dinero.
- Soy un hombre del desierto, —volvió a decirle—.
- ¿Qué quiere decir eso?
- El oro no es lo que busco.
- Entonces ¿qué busca señor?
- Lo más valioso que alguien puede tener...
- ¿Perdón?, —dice este mirándole con extrañeza—.
- Los viajeros del desierto solo aceptamos cosas con un valor verdadero.
- ¿Le parece que 50 monedas de oro es poco?
- Es poco, diría yo.
- Entonces, dígame exactamente lo que quiere.
- Lo que más quiera usted.
- ¿Qué quiere decir usted con eso?

El hombre se le quedó mirando de forma misteriosa, parecía hablar sin decir palabras.

- Me gusta que me hablen con claridad.
- La claridad siempre es un espejismo, señor Saab.
- Usted es una persona críptica, señor Khaled.
- Dicen que, si uno se la encuentra, consigue su verdadero amor, —agrega—.
- Jajajaja, eso suena muy bien como una historia para vender mi producto, —dijo sonriendo con satisfacción—.
- A usted le gusta burlarse de las cosas que no conoce.
- No señor, no es eso, lo último que quiero es burlarme o que piense que lo estoy haciendo.
- Es muy conveniente que no lo haga, los hombres tienen la tendencia de rebajar las cosas hasta el nivel en que pueden entenderlo.

Mohamed se quedó como petrificado, porque ese hombre era un laberinto misterioso y, aunque era muy hábil en el trato con las personas y un experto manipulador, a este ser impenetrable no conseguía entenderlo. Trataba de analizar el comportamiento del extraño hombre.

- Dígame una cosa, señor Al-Kader.
- Dígame señor Saab, —contestó con un dejo sarcástico—.
- ¿De dónde sacó esto?, —le dijo señalando la planta—.
- Eso no es importante, ni le compete saberlo.
- Creo que sí, mi estimado señor Al-Kader, porque no quiero incurrir en... digamos alguna mala acción involuntaria.
- ¿A qué se refiere?
- Robo.
- Oh... entiendo, —y en su rostro se dibujó una sonrisa de lástima—.

Estaba analizando algo, y su gesto era realmente de temer, se veía que alguna oscura idea estaba dando vueltas en esa cabeza. Mohamed instintivamente se encomendó a Alá porque este hombre le producía un gran temor, tenía un aspecto un tanto sencillo, pero a su vez proyectaba una elegancia intrínseca e inquietante. Sabía que alguna vez sus ancestros pertenecieron al desierto,

pero que salieron de allí buscando mejores formas de vida, pero algo le decía que eso no le salvaría de él y sus probables malas intenciones.

- ¿Hay más flores en el lugar de donde sacó esto?
- Es mejor que no pregunte eso, señor Saab.
- ¿Por qué?, me interesa, ya que dice es tan maravilloso este producto, tal vez podamos llegar a un acuerdo.
- No es un producto, —dijo con cara muy seria—, es la flor... usted habla ignorantemente, es mejor que no prosiga.
- Sí, la flor del desierto, lo siento, es que... no sé, tal vez exagere con eso, es un aroma magnífico, pero... ¿tanto?
- Esta flor esconde mucho poder, demasiado, más de lo que piensa, tenga cuidado, no juegue con sus poderes, porque puede pasarle algo realmente malo, —se lo decía con una extraña sonrisa que parecía más bien una burla—.
- Muy bien, —le dijo—, pero en el fondo no lo creía completamente, aunque sintiese temor, a pesar que le temblaran las piernas, su cerebro le decía que no.
- Es mejor creer en palabras que en hechos.
- Señor, ya le he dicho que creo en usted y en lo que me dice.

Era como si ese hombre pudiera leerle la mente, su mirada resultaba tan penetrante que parecía le estaba traspasando. Debía creerlo, él mismo era un descendiente beduino y conocía las historias tradicionales, pero su mente estaba acostumbrada al amor por el dinero y el trato con el hombre occidental le habían adormecido los sentidos, ahora solamente pensaba en el oro y el ganar recursos para su floreciente empresa, DUNES, como las dunas del desierto del cual sus antepasados salieron hacía mucho tiempo.

- No juegue con ello, señor Mohamed, se lo advierto, no lo haga, ¡esto no es un juego!
- No pienso jugar precisamente, bien, ahora le daré lo que le he dicho y un poco más, 70 monedas de oro, sin duda eso será suficiente.

Sin esperar respuesta fue por las monedas de oro que había estipulado, según su criterio, como precio por el valioso bien. El ambicioso Mohamed ya se estaba arrepintiendo de haber acordado eso con el hombre cuando volvió con la bolsa donde las había depositado.

- Una pregunta, —le dijo—, ¿cómo sé que esta es la verdadera planta y no una que simplemente tomó por allí en cualquier lugar?
- Tiene mi palabra que es lo mismo que mi vida, no necesita más.
- Tal vez me gustaría probar esto primero, digo, antes de hacer la transacción.
- Señor Mohamed, —le contestó sonriendo—, me maravilla su incredulidad.
- No, no es incredulidad, solamente soy un hombre de negocios, práctico, no quiero comprar algo que no sirva para nada.
- Le aseguro que tiene mucho poder, pero si no la quiere, puedo llevármela, le aseguro que hay muchas personas interesadas en esta planta, —le dijo—, así como usted la ve, tiene un poder fulminante, pero si no la quiere, entonces me la llevaré.
- Espere, —dijo al tiempo que ya el hombre la estaba tomando para irse—.
- Bien, hagamos un trato, demuéstreme ¿qué puede hacer la planta y entonces haremos negocios?

- ¿Negocios?, me gusta cómo lo dice, me imagino que sabe la leyenda, y también sabe que toda leyenda tiene algo de verdad, algunas veces son exageraciones, pero en otros casos las historias se quedan cortas, la flor del desierto, mi estimado señor Mohamed, posee un poder mucho más grande de lo que pueda imaginar. En este caso, le aseguro, cualquier leyenda se queda corta.
- Bien, señor, entonces no tendrá problemas en darme una demostración.
- Tal parece que el señor Saab no cree en las maldiciones del desierto.
- Todo para ustedes es una maldición.
- Usted debería saberlo, también es un beduino.
- ¿Cómo lo sabe?
- Todo se sabe mi estimado señor Saab, y le advierto, quienes conjuran el poder del desierto, deben pagar el precio, si usted lo hace, así será.

En ese mismo instante una sombra cae sobre el lugar, Mohamed se queda callado porque es extraño, como si algo pesado estuviese en el aire, una sustancia que le impide respirar con facilidad.

- ¿Qué es esto?
- Mohamed Ali Saab, —dice el hombre con voz cabalística, silenciosa y grave, su rostro cambia, se vuelve más turbio de lo que ya era—.
- ¿Qué rayos es esto?
- Te veo Mohamed, —dice—, eres ambicioso y el oro es la perdición de los hombres, así serás tú, si sigues por este camino que llevas, la ambición es tu senda, y en ella te perderás, avanzarás como quien lo hace sin rumbo, pero creyendo que va a algún lugar, como los pobres que creen estar en alguna parte cuando en realidad van con empeño hacia la nada.
- ¿De qué hablas?, —le dice extrañado—, ¿qué es lo que dices?, tal vez la arena del desierto te ha hecho daño.
- Has conjurado cosas que no conoces, de las cuales no tienes la menor idea, por eso te condenas aún sin saberlo.

Mohamed, a pesar de su incredulidad, no las tenía todas consigo, algo extraño estaba sucediendo, y ya dudaba que realmente hablara con un hombre. La sombra era una especie de advertencia o tal vez solo se estaba sugestionando por la desconfianza que le generaba el extraño.

Una fuerte brisa entró por la ventana, la cálida sensación se apoderó del lugar con la potencia del desierto, Mohamed miraba a todos lados ya bastante nervioso. Respiró profundo, era como un mal presagio, algo estaba por suceder.

- ¿Quieres conocer el precio que debes pagar? —Le dijo la voz que ya parecía más sombra que hombre—.
- No sé de qué me habla, —y ya un tanto amoscado—, ¡toma tu oro y lárgate de aquí!, —entonces coloca las monedas en la mesa para que éste las tome, porque francamente ya no quiere siquiera estar cerca de este extraño ser—.
- Ten cuidado con lo que pides, has pedido saber y eso te será concedido.
- ¿De qué hablas? ¡Largo de aquí!, ya te di tus monedas, tu oro, lo que querías, no pretendas venir a amedrentarme con palabras cabalísticas.
- Mohamed, tonto hombre eres, tonto hombre que eres ambicioso porque crees que el oro es

más valioso que tu propia vida.

- ¡Váyase por favor!
- ¿Quieres conocer el poder de la flor? Te lo mostraré, —entonces tomó la flor, tocó uno de sus pétalos y en aquel momento el fuerte aroma comenzó a dispersarse en el ambiente, la fragancia penetrante comenzó a invadirlo todo, Mohamed sintió una especie de rayo potente que le penetró, y en instantes estaba en otro lugar, en medio del desierto—.

Miró a su alrededor, era un lugar hermoso, las dunas doradas estaban por todas partes. Un espacio inmenso e inhóspito, pero de una belleza sin igual, se asustó, ¿dónde rayos estaba?, ¿de qué se trataba todo eso?

Caminó sin rumbo, todo era desierto, se encontraba completamente asustado, ¿qué extraño sortilegio le había dado ese hombre que ahora estaba perdido en ese espacio sin fin? Miraba hacia todos lados y no había salida, ¿sería esta la maldición de la cual tanto le hablaron? —¡Rayos! —, se dijo, eso le pasaba por meterse con ese hombre.

- ¡Mierda!, ¿hacia dónde voy?, —se dijo—, entonces siguió caminando con desesperación, era una sensación extraña, estaba en el desierto, pero no sentía sus abrazadoras consecuencias, el sol incidía con fuerza sobre él, no obstante, no sentía nada.

Eso no podía ser real en ninguna manera, era mas bien una especie de embrujo, un extraño sortilegio que el desconocido había lanzado sobre él. Pero eso no impedía que estuviese asustado, subió por una duna y entonces se quedó con la boca abierta.

Justo allí, frente a él había una explanada inmensa llena de palmeras, árboles diversos, lagunas y al final el mar juntándose con el cielo, un paisaje de belleza sin igual. Estaba paralizado, ¿qué lugar era ese?, de la hermosura sin igual, se encontraba en medio de la nada.

Siguió avanzando hipnotizado, su asombro por un momento le borró el terrible miedo a estar perdido. Entró en el oasis y aspiró el olor que era perfectamente reconocible, y allí estaban, en una especie de ladera, la flor del desierto, eran tantas como la montaña misma, haciendo que esta se tornara de un intenso color carmensí.

La potente fragancia de la flor invadía todo el lugar, lo aspiró y era como estar en el paraíso, potente y cosquilleante. Se sintió atrapado por la fuerza de la misma, era una experiencia fuera de este mundo. Se acercó incrédulo, quería tomar más, si lograba salir de ese lugar desconocido se llevaría las flores consigo.

Pero en cuanto puso sus manos sobre la flor, todo se desvaneció y otra vez estaba en el salón donde se había citado con Khaled Al-Kader.

- ¿Qué rayos es esto Kader?, si querías convencerme, lo has hecho, no sé cómo, pero es cierto, las vi, allí estaban, una montaña llena de ellas, ¿así que de allí fue que las tomaste?
- Sin embargo, querías robar la flor Mohamed, tú mismo te condenas al destino que tiene el desierto para ti, —le dijo sin contestar su pregunta, a su vez que una sonrisa de satisfacción se dibujó en su cara—.
- Señor... —y su voz temblaba—.
- Lo has visto, la flor tiene magia, poder, y es allí donde el destino te llevará, te tragará vivo, desaparecerás entre las dunas del desierto y nada más se sabrá de ti, es así como debe ser,

- al menos que decidas tomar otro rumbo y salga de aquí con la flor.
- ¡Tome su oro y váyase!
 - Has cavado tu tumba, así sea entonces, —y su voz adoptó un matiz fuerte y cabalístico, que generó en Mohamed un estremecimiento interno—.
 - Señor...
 - Tendrás mucho dinero y los tuyos, por generaciones, también lo tendrán, pero deberás pagar el precio, y ellos también lo harán.
 - Si vale la pena...
 - ¿Estás seguro? Puedes tener una vida feliz y larga si así lo quisieras.
 - No me interesan las normalidades, he tenido una vida feliz por mucho tiempo, ahora lo que me importa es tener dinero.
 - Si así lo quieres... que así sea, entonces serás tragado por el desierto, en el momento menos pensado, cuando menos lo creas, así será.
 - Bien, como digas, —contesta el despreocupado hombre, para quien las maldiciones del desierto parecen no ejercer el temor que provocaría en otros. Quizás por la costumbre de escuchar de ellas todo el tiempo—.
 - El desierto te buscará en el momento adecuado, entonces te llevará con él, así sea.
 - Ya es suficiente de maldiciones del desierto por un día, vamos, ahora quiero que se vaya.
 - Busque a la señora Smith, ella le ayudará a lograr lo que quiere, — le dijo el hombre, y fue como una sombra que se escurre, cuando miró, simplemente ya no estaba—.

Mohamed respiró profundamente, al fin se había ido, y era el momento de pensar lo que haría y cómo lograr lo que deseaba en su vida. Era un hombre incrédulo, pero debía admitir que eso resultaba sumamente extraño. El misterioso beduino que le hizo aparecer en el desierto, tal vez tenía alguna especie de poder hipnotista potente, de este que usan los hombres para convencer a otros de hacer lo que les dé la gana. Pero, sin duda, algo oscuro reside en ese hombre que le produce una zozobra.

Miró la flor y definitivamente supo que sería excelente para su perfume, lo que hará es completamente novedoso. Un perfume que no es floral, aunque posea flores, pensó en crear capas de aromas con su potente olfato, añadiendo ingredientes inesperados y de lugares lejanos y exóticos, sería un éxito, pero necesitaba de alguien que financiara sus potentes ambiciones, la señora Smith le dijo el hombre antes de prácticamente desaparecer.

¿Será que se atreve a jugarse su suerte? Su ambición es mucha y es capaz de todo por llegar hasta donde se lo propone. Eso sin contar con los extraños poderes que posee la planta y que él con las leyendas puede terminar de atribuirle, mil ideas vienen a su cabeza, entonces mira hacia la mesa y descubre que allí están las monedas y que el hombre no se las ha llevado... Es como si una sombra volviera a cernirse sobre él, algo mucho más oscuro que las tormentas de arena.

Cuando pasan los años, DUNES se convierte en una empresa famosa a nivel internacional. Su perfume Flor del Desierto es el más deseado de todos, y sus poderes de seducción son incuestionables, entonces nace la leyenda: “si te aplicas Flor del Desierto encontrarás al amor de tu vida”, y así fue.

Cuenta la historia que se añadiría a la leyenda, que cuando llegó el llamado del desierto Mohamed desapareció sin dejar rastro, tal cual como lo dijo Khaled Al-Kared. Algunos relatarían

haber visto a Mohamed en compañía de un extraño hombre, que parecía más una sombra que una persona, otros dirían que le vieron internarse en el desierto, caminar como si estuviese hipnotizado, presa de una especie de encantamiento.

Parado ante el gigante dorado sintió la sensación de quien se enfrenta a lo inevitable. El tenso y cálido ambiente que había alrededor hizo que el tiempo se detuviera, allí donde el pasado y el presente se vuelven uno solo, donde no existe futuro, en ese lugar hasta donde la mente de los hombres no sabe, ni puede llegar. El Rub al-Jali era un adversario demasiado poderoso para él.

El hombre caminó entre el desierto y un viento recio, una tormenta de arena comenzó a rugir cada vez con más potencia, a cada instante con más fuerza. Se levantó una potente nube negra y oscura como la muerte, Mohamed la miró como poseído por un ansía incomprensible, y allí el viento se llevó todo, su figura desapareció en la nada... así sería, por siempre y para siempre, porque los hombres que retaban al desierto son y serán consumidos por este. Así nacería la leyenda del fantasma del desierto, el fantasma de arena.

CAPÍTULO X

Los hijos del viento

La música posee un ritmo vibrante que hipnotiza, bajo el fuego, los trajes brillantes son luces incandescentes que se mueven sin parar. Los hombres bailan con la alegría de saber que son como el viento, y que mañana podrían estar en cualquier otra parte que deseen, son seres libres de las ambiciones de los occidentalizados árabes que los rodean. Tienen la estirpe de los antiguos y el orgullo de su raza milenaria, son los hijos del viento.

No necesitan de edificios inmensos, ni de grandes cantidades de dinero, ellos son libres y eso les basta, tienen casas, ovejas y poseen alegría en sus corazones, el mayor tesoro de todos. La arena del desierto los impulsa de un lado a otro, bailan en medio de ella, cantan, son seres que saben destilar con júbilo la magnificencia del desierto que los arropa, cubre y protege.

Es una canción en un idioma ininteligible para ella, se mueven de un lado al otro y las fogatas logran acentuar el ambiente festivo. La comida se sirve sin cesar, los hombres están sentados en el piso y se sirven los exquisitos manjares.

La novia no está, ella permanece oculta en una de las tiendas. El ambiente tiene un aire místico y sensual, la sensación es como una corriente eléctrica que la recorre. La dote ya ha sido dada y los acuerdos se han consumado entre los hombres, ahora es el momento de celebrar.

Alexandra se siente presa de las sensaciones, de la forma en que su cuerpo interpreta los estímulos intensos que recibe. Ahora Farid se ha levantado y baila con ellos, se mueve con destreza como si fuese uno más en el grupo.

Farid no es un hombre cualquiera, tal parece que guarda mil secretos en su ser interno, no es alguien superficial a quien solo le importa hacer dinero y que posee simplemente ambiciones materiales. Lo ve moverse con alegría como el más sencillo y simple de los beduinos, aunque es obvio que resalta entre la mayoría de ellos.

Se nota que posee una intensa vida interior, llena de dolores, experiencias e ideas que, por alguna u otra razón, jamás comparte con el resto de los mortales. Este ser es como una especie de mar profundo que en su interior guarda los secretos de la vida llena de matices que solo salen a la superficie cuando él lo desea. El viento sopla lleno de un olor muy parecido al jazmín, ella lo aspira con fuerza, es un aroma agradable.

Alexandra le mira fascinada, le cuesta creer que este sea el mismo hombre refinado y de mundo que vio en la fiesta. ¿Qué hechizo extraño guarda tras esa mirada, que cuando se cruza con la suya le hace vibrar? Esos ojos felinos deben saber mil razones para volar sobre el firmamento.

Desde ese lugar le observa y siente que posee un hechizo que ejerce sobre ella, es hermoso, de hecho, el hombre más bello que ha visto en toda su vida, pero ¿cómo es que se lo ha

encontrado?, ¿qué circunstancias han jugado a su favor como para que olvide todo cuanto ha venido a hacer? Entonces recuerda que luego de llamar a Kathy para decirle que estaba con vida olvidó que debía volver al hotel, la emoción de ese lugar y de todas las experiencias que está viviendo son tan fuertes como para borrar de su mente lo demás.

- ¡Es hermoso!, —le dice una chica que porta un hermoso traje y que lleva alhajas en ambos brazos—
- ¿Perdón?, —y le sorprende que le hable en su idioma—.
- Que es hermoso.
- Sí, —dice ella mirando a Farid, sonriendo a su vez de una forma tonta—.
- Me refiero a la danza, ¿le gusta? —Le dice la chica que debe ser tan joven como ella—.
- Ah... Oh... por supuesto, —y en ese instante se siente avergonzada, es una tonta, Farid le hace sentir cosas que jamás ha experimentado, es como si lo conociera, aunque sabe que no es así—.
- Ven conmigo, quiero mostrarte algo, —le dice la chica con aire resuelto—.
- Muy bien, —dice y la sigue, la chica es preciosa y tiene unos ojos verdes impresionantes, tan claros y limpios como un estaque de agua sereno—.

Va tras ella sin saber exactamente hacia dónde le lleva, entran en una tienda y allí está la novia, una chica que está completamente ataviada con sus velos y largo vestido en blanco y azul, yace en el piso, está esperando el momento para la ceremonia, en la cual unirá su vida al hombre que ha esperado tanto tiempo. Alexandra le observa curiosa, y de repente sus ojos se detienen en uno de los rincones de la tienda, allí una mujer le observa, lleva un velo que le tapa toda la cara menos los ojos, y su potente mirada de color celeste le increpa.

¡Es la misma mujer! La que se consiguió en el campamento, ¿qué es esto?, ¿acaso es quien piensa? ¿O todo esto no es más que alucinación de su exacerbada mente? La chica la sigue mirando en silencio y sonrío.

- Ella es la novia, está ansiosa porque al fin se va a casar.
- Por amor, supongo... —dice en voz baja—.
- Por supuesto, están muy enamorados, ella ha estado esperando por él mucho tiempo, y ahora finalmente estarán juntos, es muy emocionante. Ahora no puede hablar contigo, es la costumbre.
- Está bien, —dice ella y se siente como si estuviese en una especie de película, rodeada de todas esas costumbres que le son extrañas cree estar en un sueño—.
- ¿Hablas español?
- Sí, he trabajado como guía, mi familia es de aquí, pero yo vivo en Dubái.
- Ah... ok.
- Sí, vine porque mi familia me ha invitado, ella es mi prima, su novio es de otra tribu, es emocionante.
- ¿Tú también te quieres casar?, —le dice, pero no pierde de vista a la chica que la mira desde la esquina de la enorme tienda—.

Alrededor hay otras muchachas que asisten a la novia, le pasan bebidas y le ayudan a arreglar el velo. Ella permanece en silencio allí como si estuviera meditando.

- Ven, —le dice la muchacha—, salgamos un momento, aquí hace mucho calor.

- Sí, así es, —la verdad es que quiere apartarse de allí porque la mujer la pone nerviosa—.
- Es bonito esto.
- ¿Tú también te quieres casar? —Le vuelve a preguntar—.
- No, jajajaja, no, la verdad es que no deseo nada de eso, solo me gustan las costumbres, pero no para vivirlas yo.
- ¿Por qué?
- Soy una mujer diferente a todas las que están aquí, por cierto, mi nombre es Zara, mucho gusto.
- Mucho gusto, —le dice estrechándole la mano que la chica le ofrece—, ¡cielos por fin un normal y silvestre saludo occidental!, —se dice—.
- Y bien, tú también eres así ¿no es cierto?
- ¿Cómo?
- Bueno, una mujer moderna, de mundo, que trabaja y se mantiene por sí misma sin necesidad de depender de un hombre.
- Sí, normal, —dice—, porque para ella lo es, pero la chica Zara parece muy feliz de poder decirlo, por supuesto vive en una cultura donde la mujer prácticamente pertenece a los hombres, pero se ha jurado no ser así, no estar en la tutela de nadie, ser libre.
- Bien por ti, pero no entiendo algo.
- ¿Qué cosa?, —le dice extrañada de la pregunta—.
- ¿Qué haces aquí con Farid Saab?
- Ah... él me invitó, por eso vine, no sabía que esta tribu mantenía las costumbres ni nada, en verdad lo invitaron a él y él me invitó a mí.
- Oh... vaya, eso es... increíble.
- ¿Por qué?
- Bueno, porque no debería andar contigo, es decir, aquí, ¿me entiendes? Es Farid, él es un hombre famoso por andar con una y con otra, pero es raro que te haya traído hasta aquí, debes gustarle.
- Oh... pero, ¿por qué es raro que me traiga hasta aquí? —Aunque sabe la fama de él, le molesta el comentario de la chica—.
- Porque es la costumbre, no debería traer a una mujer occidental, pero bien, a él le permiten hacer lo que quiera, ha ayudado mucho a la tribu, nos ha ayudado, de hecho, gracias a él he podido lograr mis sueños, es un buen hombre, aunque ha estado perdido, dicen que es la maldición.
- ¿Cómo es eso?
- Es una historia muy larga, supersticiones de la gente, pero lo que es cierto es que Farid tuvo un gran amor, pero no pudo ser y luego de eso se dejó llevar por la vida, como una duna de arena que va de un lado a otro, simplemente dejándose impulsar por el viento del desierto. Es decir, pasa de un amor a otro como los hombres occidentales.
- Oh... dolor de amor entonces.
- Pero la profetiza le hizo una predicción, —afirma con una gran sonrisa—.
- ¿Una predicción?, ¿de qué hablas?
- La profetiza, la mujer que estaba en la tienda, —Alexandra siente un estremecimiento interno en cuanto se la menciona—.
- ¿Te refieres a la mujer que estaba en una esquina mirándonos de manera extraña?
- A esa misma, jajaja, no te miraba de manera extraña, ella es así.

- ¿Cómo se llama?
- Su nombre es Amira.
- Amira... —repitió con incredulidad—, es una mujer muy hermosa, su significado es princesa ¿no es cierto?
- Sí, ella salió del desierto, de otra tribu, eso creo, la rescataron un día, se perdió en una tormenta, y desde que llegó esta tribu comenzó a crecer, es como un talismán de buena suerte para el Jeque, ella sabe cosas, puede leer las estrellas y las arenas, puede ver en las aguas y en todos lados, es una mujer poderosa.
- Ah... ¿sí? Creo que... —y se detiene porque no sabe si debe decir que la ha visto antes—.
- Ella es muy misteriosa, es decir, no habla con muchas personas y solo lo hace cuando debe, muchos se han querido casar con ella, porque dicen que su belleza...
- Es legendaria... sabía leer las estrellas, escribir y cantar hermosos poemas. Pero además de las otras cualidades que una mujer poseía, ella tenía muchas más, sabía hablar con los elementos, con el desierto, con el cielo, era una mujer especial. —Dijo Alexandra citando la consabida leyenda de la princesa Faruz—.
- Te sabes la leyenda, jajajaja, es hermosa, no sé quién la haya escrito, pero es hermosa, siempre me ha gustado, creo que todas hemos soñado alguna vez con ser la princesa Faruz.
- Sí, pero creo que serlo es una responsabilidad muy grande, es un personaje mítico muy interesante.
- Sí, y esos hombres se han apropiado de lo que es nuestro, —le dice con cierta molestia—.
- ¿Te refieres a la empresa DUNES?
- Sí, pero no me molesta Farid, él nos ha ayudado, como te dije, pero los demás, son personas ambiciosas, él es diferente, es una persona especial, y se encontrará con alguien especial también.
- ¿A qué te refieres?
- Amira se lo dijo una vez, ese día estábamos ahí ante la fogata y ella le dijo que encontraría el amor de su vida en el desierto, en fin, espero que así sea.

Alexandra se asombra mirando a esta chica que habla de su trabajo como mujer occidental y liberada, pero que al mismo tiempo comenta como si cualquier cosa acerca de una profecía declarada por una extraña mujer que salió de la nada. ¿Cómo pueden compaginarse ambas cosas en la mente de esta joven? Lo cierto es que allí está mirándola con sus ojos de agua, como encantada. Así es la vida de estos seres, empapada de magia y cosas maravillosas que se solapan fácilmente con lo cotidiano.

- Espérame aquí, quiero decirle algo a mi prima, está nerviosa porque, tú sabes, hoy por primera vez estará con su novio. Yo no soy tan recatada como ellas, pero no está demás instruírla, ¿me entiendes?
- Sí, claro, por supuesto que entiendo, —dice mirándola extrañada que hable de esos temas con tanta libertad—.

Ella se queda allí mientras la música resuena a lo lejos, es el ritmo contagioso de los hombres del desierto. Libres y orgullosos de su casta milenaria, que sabe luchar y vencer al gigante dorado una y otra vez, por los siglos de los siglos.

- Aquí estás... —dice la voz que es como un arrullo, como la brisa que bate con suavidad moviendo los pétalos y las briznas con delicadeza—.

- Oh... cielos, usted, es usted... —dice ella y se retira un poco porque esta mujer le genera nerviosismo—.
- Alexandra, eres como la arena del desierto impulsada, eres llevada por él, y eso es bueno, porque entonces cumplirás con tu propósito.
- ¿De qué me habla?, —y parece un poco contrariada, pero no es tanto molestia como miedo lo que le genera ese raro personaje—.

Se queda en silencio y la mujer también parece formar parte de él, tanto que se mimetiza con el entorno y por segundos siente que no existe, y da gracias por ello. Esa mujer no es su abuela, en ninguna forma, porque sería otra sensación que le produciría, pero se parece, incluso en la manera como sus ojos brillan, como si habitaran en ellos las estrellas.

- No tengas miedo, cada cosa ocurrirá cuando deba, mientras tanto, el viento te impulsa, eres materia para el desierto, porque cuando unos se van, otros llegan.
- ¿Qué quiere decir eso?
- Que has visto la flor del desierto, la has tocado y estuviste a punto de tomarla también, quienes le han visto encuentran el amor de su vida.
- Me sé la historia, —le dice con molestia—.
- No te sientas mal, se escogen algunas personas y no puedes hacer nada al respecto, entonces solo debes dejarte moldear por él, y todo estará bien, no te preocupes.
- Tal parece que le gusta hablar con palabras cabalísticas todo el tiempo.
- Eres como un estanque que se agita en cuanto la brisa sopla sobre él. En ti reposan muchas cosas, y ya veo que has encontrado parte de ello, Farid es un hombre de sueños, de oro, pero también de la arena, está dividido, son dos partes que se pelean con fuerza en su interior, y tú serás como el viento que sople para moldear lo que otros no han podido.
- ¿Perdón?, —se dice, entonces voltea para mirarla fijamente, de dónde esa mujer saca tantas cosas—.
- Así es, no te sorprendas, porque la vida lo ha querido de esa manera. Sabes, una Flor del desierto no puede hacerlo donde crecen las rosas o las dalias, —y dice esta última palabra con un acento diferente—, cada flor debe crecer donde pueda desarrollarse...
- ¿De dónde saca eso? —Dice ella recordando las palabras de la abuela—.
- Es una cuestión de sentido común, pocas son flor del desierto, porque debes crecer en el calor y en el frío, dar de tu belleza aún en la adversidad, ante el viento inclemente y la brisa fría, ante la sequedad y la ausencia, en el silencio de la nada, y en la neblina del olvido, es así como debe ser, entonces volverás a ese lugar al cual perteneces.
- Usted es sumamente extraña.
- Todos somos extraños, —y le sonrío—, eres una mujer tan especial, ni siquiera lo sabes, dama del desierto, ve al encuentro de lo que es tuyo, porque el amor te espera y está dispuesto a llenarte, arroparte con su más potente esencia.

La mujer se aleja y ella va detrás de la misteriosa fémica, no puede dejar que se vaya así, sin que le aclare ¿quién es y de dónde ha salido?

- ¿Quién es usted?, ¿por qué me la consigo en todos lados?, ¿por qué?
- Eres tú la que me está buscando en todos lados.
- Eso no es cierto, usted estaba en el campamento, yo la vi, en el campamento de DUNES, y ahora está aquí otra vez, ¿acaso me está persiguiendo?

- No tendría por qué hacerlo, pequeña Florecita.
- No me diga así, ¿de dónde ha sacado que puede decirme así?

La mujer solo le sonríe, es como si supiera tanto y le causa gracia lo poco que ella conoce. Como un niño pequeño que pregunta obviedades, mientras el adulto sonríe ante la curiosidad y la mente  vida del saber.

-  Quieres entender?, entonces yo te buscar e en el momento adecuado, no te agites, ni te preocupes, cuando debas saberlo, así será.
-  De qué se trata esa profecía que le hizo a Farid Saab?
-  Te interesa?
- Le dijo que encontraría al amor de su vida en el desierto.
- Así es,  y vuelve a sonreírle serena, parece uno de estos seres imperturbables, que ni siquiera las tormentas pueden hacerle caer .
-  l me rescató de una tormenta.
- Así es,  y sigue sonriendo, es como si lo supiera todo .
- Usted lo sabe todo, por lo que veo.
- Lo que las arenas me revelan, eso digo, es todo.
- Usted y el desierto son uno a la vez,  le dice con cierta sorna .
- Así es, el desierto y yo uno somos,  le vuelve a repetir las mismas palabras, pero por alguna razón en su boca suenan diferentes a cuando ella las dice .
- Usted me asusta,  le suelta de repente .
- Lo s , pero no debes temer, todo lo que pasa a tu alrededor es parte de la vida, como las estrellas que brillan y la luz que alumbra en el firmamento, como los árboles que mueren en el invierno y renacen en la primavera, así es.
- Usted es más de lo que dice, mucho más,  y siente un estremecimiento interno, ve que la mujer sigue alejándose, va fundiéndose con el desierto, no es alguien normal, en ninguna manera es una persona común y corriente .

Este lugar está lleno de intensos misterios, pero cada momento que vive es a su vez precioso y lleno de matices como las dunas que vio el primer día que llegó a Dubái. Una sensación abrumadora le llena y la mujer ya no está, es como si el desierto se la hubiese tragado, de pronto escucha una especie de corno que resuena con fuerza, y todas las mujeres comienzan a salir de la tienda, es el momento, ya va a comenzar la boda.

-  Qu  hermoso!,  exclama emocionada, como si pudiera por instantes compaginar también la cotidianidad con la fantasía del desierto .

Las mujeres van danzando alrededor, mientras la novia monta en camello y los gritos de júbilo llenan todo el ambiente, esta es la verdadera felicidad de los hombres. Aquella que les rodea en los momentos cotidianos que, sin embargo, ellos saben hacer especiales con su derroche y alegría.

Frente a la inmensa fogata principal los novios se unen con el desierto como testigo y los ecos de los silbidos femeninos est n llenos de historia, resuenan en la distancia. Un aroma se destila en el ambiente, Flor del Desierto, ella no se ha colocado la esencia, pero all  est , aunque con notas mucho más frescas y definidas.

Mientras los beduinos saltan y brincan, Alexandra mira hacia el desierto y allí está la mujer con la flor en sus manos, sonriéndole. Se queda mirándola paralizada, ¿qué es lo que desea?, ¿por qué insiste en aparecérselo?, si algo sabe es que no es una persona normal, en ninguna manera, es algo más que eso.

- Faruz, se repite con temor, ¿eres Faruz...?
- ¿Qué haces?, —le pregunta él—, ¿dónde has estado?
- Es que la mujer... —y se detiene porque le parece absurdo lo que va a decir—.
- ¿Cuál mujer?
- No importa, eres un gran bailarín, me dejaste sorprendida.
- Y tú me dejas sorprendido a mí.
- ¿Por qué?
- Luces demasiado hermosa, me quitas el aliento, —se acerca a ella sin miramientos y le besa con suavidad—.

Sus labios la rozan de una manera discreta y apasionada, ella vibra, por segundos pierde el sentido de todo. Pero luego recuerda dónde está.

- Farid, ¿no puedes hacer eso aquí! ¡No es correcto!
- Soy también un hijo del viento, el amor siempre es lo correcto.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO XI

Azul de Madagascar

Alexandra camina alrededor de la fantástica edificación, el lugar tiene un aspecto completamente futurista. Es una estructura circular de un intenso color blanco, de formas continuas que parecen salidas de una película de ciencia ficción.

- ¡Qué belleza!, —exclama asombrada ante ese lugar que supera todas las expectativas que ha tenido, y a las fotos que ha visto del mismo—.
- Me alegra que te guste, ven, te mostraré mi oficina, allí es donde estudio las nuevas ideas, es como mi lugar secreto.
- Eso suena bien, —dice ella emocionada—, es que ese sitio le arroja con una especie de felicidad intensa, tantas cosas que ver, que disfrutar, es como si Dubái tuviese cada vez más aspectos por apreciar a medida que ella los admira, cada secreto e historia que se esconden en sus recónditos lugares, aún en los que han sido creados y tocados por la mano del hombre.

Va caminando detrás de él y nota que esta vez luce tan hermoso vestido de una forma sencilla, parece cualquier chico elegante y a la moda, pero en ningún modo un rico magnate dueño de un emporio multimillonario. Viste una chaqueta de cuero negro, pantalones de jeans a juego y dentro una camiseta blanca, es un atuendo digno de una portada de revista, pero no de un lugar como en el que se encuentran o como el ambiente en el cual él está acostumbrado a desenvolverse.

- Oh... vaya, —dice ella en cuanto entran a la inmensa oficina, que es tan grande como su propia casa, allí todo está lleno de lujo y sofisticación, pero al mismo tiempo posee una elegancia sencilla y minimalista—.
- Aquí es donde ocurre la magia, jajajaja.
- Ha estado ocurriendo la magia desde que llegué a este lugar.
- Pienso igual, creo que desde que llegaste aquí comenzó a suceder la magia.
- Ah... ¿sí?
- Sí, así es, —le dice él sonriendo, y no puede evitar que un tonto rubor le suba a la cara, es algo que jamás le ha pasado, y se siente un tanto estúpido por experimentar esa sensación desacostumbrada—.

Apenas tienen unos días conociéndose, pero la química intensa que hay entre los dos es evidente, como el estallido de aquella tormenta que amenazó con destruirles en un momento. No se puede negar ese sentimiento, porque es tan claro como el día que hace en Dubái.

- ¿Qué hacías en el desierto?, —le pregunta ella—.
- Estaba buscando algo.
- ¿Qué?

- La Flor.
- ¿Tú también?
- Tú... ¿la estabas buscando?
- No sé si conscientemente, pero dentro de mí creo que la estaba buscando, es como un llamado, uno profundo, una atracción funesta diría más bien.
- ¡Qué curioso!, yo siento lo mismo, desde el día que te vi cerca de esa fogata, que divisé esos ojos tuyos, sentí una atracción funesta, terrible diría yo, de esa que sientes hacia las cosas que son terriblemente hermosas, tanto que generan temor dentro de ti.
- ¿Temor?, entiendo exactamente a lo que te refieres.
- Es como si te conociera, aunque sé que no es así.
- Yo siento lo mismo, pero es algo absurdo, me imagino que... bueno, olvídalos.
- ¿Qué?, dímelos, puedes decírmelos.
- Es que... seguramente... es decir... eres un hombre que ha vivido muchas cosas.
- Seguramente que tú también, una mujer así, alguien tan especial debe haber vivido tantas cosas diferentes.
- La verdad no, pero... —y se acercó a él para decírselo, colocando sus codos en la fina mesa, y él sonríe porque le parece encantador el gesto—.
- Ah... ¿no.?
- No, pero mi abuela sí, era una gran aventurera, tenía tantos amigos, artistas, escritores, era una bohemia, y la verdad es que quisiera ser como ella.
- Se nota en tu cara, por la manera en que brilla cuando hablas de ella.
- Mi abuela era todo un personaje, mira, aquí tengo una foto, —y se puso a rebuscar graciosamente en su bolso, sacando mil cosas mientras Farid la observaba divertido, esta mujer era un encantador y hermoso desastre—.
- Mmm, ok, —dice encantado de la vida, y desea que ese momento jamás termine—.

Desde que la vio en aquella fiesta no se la ha podido sacar de la cabeza, primero era una especie de misterio, como un ser de la nada que se había aparecido en su vida, así entre las sombras, como un fantasma hecho de la noche. Pero luego de hablar con ella, sentía que era como el dulce pétalo de una flor agitado por las gotas del rocío.

- Aquí está, mira, —le dice pasándole la foto—.

Farid la toma entre sus manos y se queda mirándola detenidamente, esta mujer le resulta sumamente conocida. Frunce el entrecejo, ¿de dónde ha salido esta imagen que parece perseguirle por todos lados?

- Se parece a alguien que conozco, —dice muy serio, pero no agrega nada más—.
- A mí también se me parece a alguien.
- Pero también se parece mucho a ti, demasiado, es hermosa, muy bella, —entonces le pasa la foto, pero parece que algo más nubla su mirada, aunque no dice nada—.
- Sí, siempre me han dicho lo mismo, al contrario, no me parezco en nada a mi madre, en nada, jajajaja, y cuando digo nada, es nada.
- Ah... ¿sí?, ¿físicamente?
- En todos los sentidos, la verdad es que ella es una mujer práctica, de números y cálculos, yo soy más bien una humanista, ya ves, estudio historia, y soy una influencers, jajajaja, aunque no me gusta usar esa palabra para referirme a mí. De más está decir que mi madre no

- está de acuerdo con nada de lo que hago.
- Entiendo tu punto, sé exactamente cómo es, mi madre también tiene exigencias.
 - Me imagino, en tu cultura debe ser así.
 - Sí, claro, quiere que me case y tenga hijos, todo eso.
 - ¿Qué edad tienes?
 - 32 años, dentro de mi cultura estoy muy viejo para estar solo, pero la verdad es que no he conocido a alguien... bueno, —y carraspea, se pone algo muy nervioso, como si no quisiera revelar lo que es tan evidente—.
 - Bueno, en mi cultura no es así, de hecho, creo que puedes seguir soltero hasta la edad que quieras.
 - Lo sé, porque he vivido allí.
 - Jajajajaja. Sí, olvido que has vivido en todas partes, no como yo, la verdad es que no he viajado casi, y ahora gracias a tu empresa que me invitó, estoy aquí.
 - Sí, eres parte de una promoción que estamos haciendo para el nuevo lanzamiento de DUNES, perfumes clásicos y modernos, pero, sobre todo, quiero enfocarme en Flor del Desierto, es decir, ¿qué mejor que usar a los influencers de las redes sociales?
 - Ok, entonces fuiste tú el que me invitó.
 - No, la verdad mi equipo de publicidad se encarga de eso, ahora estamos contratando nuevas personas, diferencias de criterio diría yo, me cuesta encontrar a alguien que pueda entender mi visión. Es difícil hacer que otros sigan mis ideas, porque tienen una mente cuadrada.
 - Sí, te entiendo perfectamente, muchas personas tienen mentes cuadradas o quieren cambiar la esencia de las cosas en lugar de adaptarse a ellas.
 - Exacto, tú sí lo entiendes, —dice él sonriendo—.
 - Eso creo.
 - Mira, —dice levantándose y dirigiéndose hacia un moderno mueble donde tiene una especie de blocks—, toma uno de ellos.

Parece particularmente animado, y se ve que le gusta mucho lo que hace. Coloca el precioso cuaderno sobre la mesa, lo hojea y entonces llega al punto que desea.

Ella mira con ojo certero las hojas que este pasa con rapidez, una tras otra, son preciosas ilustraciones hechas en diferentes técnicas, es una especie de cuaderno artístico. No puede más que impresionarse, es precioso, cada dibujo tratado con gracia y estilización tremenda, una interpretación de ideas que poseen su propia esencia.

- Es precioso... cielos, ¡qué cuaderno más bello!, —dice ella emocionada, tanto que se inclina, y está prácticamente tirada sobre la mesa, dejando entrever sin proponérselo la parte interna de su blusa—.
- Gracias, me alegra que te guste.
- ¿Quién es el ilustrador?

Él se le queda mirando detenidamente, se ve encantadora inclinada sobre su mesa de trabajo, como una niña que está pensando alguna travesura o que se trae algo entre manos. No puede evitarlo, sus ojos la recorren golosos, es encantadora, su cabello parece ébano intenso, una seda que se desliza sobre su piel que es tan blanca como el mármol. Un estremecimiento le recorre el cuerpo, solo quiere besarla, acariciarla y muchas cosas más.

- Yo soy el ilustrador, —le dice con timidez—.
- ¿En serio? Son maravillosas.
- Gracias, es algo que disfruto infinitamente.
- Ya veo, tus ojos brillan cuando hablas de ello, se nota que te gusta mucho.
- Sabes, he trabajado en muchos proyectos, distintos, incluyendo trabajar con influencers, es algo novedoso para una marca nicho como la nuestra. Pero, por esa misma razón es que me parece una idea genial, revolucionaria. Me gusta todo lo que tiene que ver con el proceso creativo, y también amo las fragancias, esto es como el paraíso, en fin, creo que hablo demasiado.
- No, para nada, me gusta todo lo que dices, también lo creo, pienso como tú, me gusta todo lo creativo, y amo las fragancias, siempre ha sido así. Como verás, no puedo quejarme, he salido muy beneficiada con ello, jajaja, incluyendo tus proyectos.
- Sí, pero no más que yo, su mirada contiene fuego.
- ¿A qué te refieres?
- A todo esto, lo que he vivido contigo, la fiesta en el desierto, eres la persona más real que he conocido en toda mi vida. Muchas veces estoy rodeado de gente que solo quiere complacerme, personas que me dan la razón en todo o que no entienden mis ideas, ambas opciones resultan fastidiosas.
- Sí, puede ser, la verdad nunca he tenido personas como tú pululando a mi alrededor, pero me imagino que pensarás si solo te buscan por interés.
- Sí, eso he pensado muchas veces.
- Pero, esto es fabuloso, —dice ella mientras hojea el libro fascinada—. Esto es arte, encantador.

Cada línea y pincelada está ejecutada con maestría, los dibujos son preciosos, tienen un estilo único y ella reconoce la calidad en estos. Esa que solamente los artistas pueden lograr con un planteamiento plástico de las formas.

- Mira esto, —adelanta las páginas hasta mostrarle un magnífico collar, está dibujado por su misma pluma, se nota en el trazo de las líneas—.
- Cielos, y esto ¿qué es?
- Es un collar que pretendo realizar.
- ¿Tú? ¿No me digas que también eres un diseñador de joyas?
- No, ya quisiera, mi padre era un apasionado de las piedras.
- Me imagino que habrás visto muchas de ellas.
- Sí, pero a mi padre no le apasionaban precisamente los diamantes, sino las gemas más raras, aquellas que por su gran valor se vuelven merecedoras de llamarse gemas preciosas.
- Oh... vaya, suena interesante, ahora recuerdo que había tres perfumes, no los tengo, pero tenían nombres... complicados.
- Así es, estos, —y se dirige hacia un gran aparador donde tiene la colección de fragancias DUNES, toma uno a uno los frascos y los lleva hacia donde ella está—.

El catálogo de fragancias de DUNES es muy amplio, en él han trabajado un gran número de personas dirigidas por su familia, desde su mítico bisabuelo Mohamed hasta su padre, un hombre cerebral, reposado, estructural, muy diferente al apasionado Farid.

- Oh... vaya, ¡qué hermoso!

- Sí, estas fueron desarrolladas por mi abuelo, tomando como referencias ciertas gemas muy valiosas.
- Entonces de allí lo sacó tu padre.
- Así es.
- ¡Son preciosos estos frascos! Me encantan, —le dice sonriendo, los observa como una niña en una juguetería—. Eh... Taaf... ¡Oh cielos! Jajaja, —ríe con fuerza de una forma espontánea y natural—.
- Taaffeite, jajaja.

Él se siente seducido por esa actitud sencilla y natural que ella demuestra. Es tan encantadora como una gota de rocío que refleja la luz del sol. Se acerca sigilosamente mientras ella está distraída mirando los frascos y riéndose de sí misma ante su ineptitud para pronunciar los nombres de las piedras preciosas.

Farid parece comprenderlo, al principio pensaba que Alexandra era un maravilloso apasionamiento, y no puede negar que le seducen en grado extremo las delirantes curvas de su cuerpo, es como si sus manos fuesen aves que desean posarse en todo su ser. Pero no es todo, hay mucho más detrás de esa atracción que ha nacido entre ellos.

Es encantadora, transparente, todo lo mira con curiosidad, ríe de forma alegre y sincera, exhala y suspira, se lleva coquetamente las manos a las caderas con graciosos aspavientos. Su hermoso cabello negro cae como una cascada, y sus labios sensuales son la invitación perfecta para un beso.

Desde el día que se besaron él no ha dejado de pensar en ello, tal cual como un colegial. Pero esa sensación extraña le gusta, es fascinante la manera como ella le hace sentir.

- Taaffeite, Musgravite, Painita... —le susurra al oído mientras ella se estremece con su profunda voz y el roce delicado de sus labios—.
- ¡Cielos!, —dice ella aludiendo más a lo que siente—.
- Faltan muchas que quiero desarrollar, —le dice mientras sus fuertes brazos le envuelven trayéndola hacia sí—.
- Farid...
- No te preocupes, no te besaría en la calle, ni en ningún lugar público.
- Esto...
- Esto es más poderoso que esa bendita tormenta de arena.
- ¿Bendita?, —dice volteándose para verle la cara—.
- Sí, si no hubiese sido por esa tormenta...
- No lo sé, tal vez hay grandes fuerzas implicadas en todo esto, —le contesta sonriendo—.
- De eso estoy seguro, mira estas son las que faltan, —y le muestra los diseños—.
- Oh... cielos, no me obligues a pronunciar estos nombres, jajaja, —hace un gesto que a él le parece encantador, se acerca y toma por asalto sus labios, tal cual como lo ha deseado desde que la vio llegar—. Como se estuvo conteniendo desde que recorrieron el área creativa y de desarrollo.
- Rayos Farid, estás empeñado en esto, terminarán por arrestarnos, y será tu culpa.
- Si me arrestan... —le dice riendo—, iré a la cárcel con gusto.
- No es un chiste, bien, estos son fabulosos.

- Sí, están inspirados en la jadeita, que es una de las piedras preciosas más costosas del mundo.
- Es hermosa.
- La verdad, no es de mis favoritas, me gusta más esta, la Grandidierita, su color tan profundo me gusta mucho.
- Cierto, es como...
- ¿Tus ojos?
- Jajaja, no cielos, no es eso lo que iba a decir.
- ¿Qué te parece esta?, es la Alejandrita, mira el color violeta, es una belleza.
- Extraordinaria, me fascina.
- Mmm, me gusta cómo dices esa frase.
- ¿Cuál?
- “Me fascinas”, se oye muy... mmm, sensual.
- Jajajaja, eres terrible Farid Mohamed Saab.
- Ok, me gusta cómo dices mi nombre, suenas como una de esas mujeres que gritan el nombre del esposo para regañarlo.
- Jajaja, Farid, dices cada cosa.
- A ver, mira esto, espérame, ¿quieres tomar algo?
- Eh... ¿qué puedes ofrecerme?
- Lo que quieras.
- Té está bien.
- Perfecto, —entonces va a otra habitación, viene con algo entre sus manos—.
- ¿Qué te traes?
- Quiere que veas cómo es una Grandidierita.
- ¡Oh... cielos!, —exclama ella cuando Farid se la muestra—.
- ¿Dime si no es lo más bello que has visto en toda tu vida?
- Sí, en realidad es preciosa, brilla de una forma increíble.
- Sabes, cuando vi tus ojos en esa fiesta recordé esta gema, lo mucho que se parecen.
- Eres un exagerado, por todos los cielos.
- No, mira este hermoso azul, ¿dime sino es lo más bello?
- Sí, —y siente la calidez de su cuerpo, ¿en qué momento tomamos tanta cercanía de le gusta el mar a susurrarme al oído?—.
- Pues no lo sé, pero no me estoy quejando.
- Jajaja, quién lo diría, aquella noche en la fiesta... bueno, me pregunto ¿por qué no trataste de acercarte a mí?, solo me preguntaste eso y te fuiste, ¿por qué?
- No puedo decirlo con certeza.

En ese instante un hombre les trae el servicio de té e interrumpe la potente energía que se desata entre ellos. Cuando sale, al fin Alexandra puede retomar la conversación.

- Entonces... ¿por qué ese día te fuiste de repente?, —le dice mientras se sirve el té—.
- Creo que deseaba comprobar algo, —dice en tono misterioso—.
- ¿Qué cosa?
- Retar al destino, eso quería, saber si te volvería a colocar otra vez en mi vida.
- Jajajaja, ¿haces eso siempre con todas las mujeres que conoces?
- No, claro que no, es que... —se detiene, no está seguro de contarle, es algo un tanto absurdo

y también trágico, ella le mira y cree saber de lo que él está hablando, pero está equivocada—.

- ¿La profecía?, —dice ella sonriendo—.
- ¿Cómo sabes eso?
- La chica del desierto, ella me lo dijo, que la tal profetiza te había dicho que encontrarías al amor de tu vida.
- Vaya... no se puede confiar en los beduinos.
- Jajaja, así parece, no se puede confiar en nadie en estos días.
- Eso creo.
- La profetiza, una mujer rara, es como el desierto mismo.
- Así es, —dice, y se queda en silencio—.

Hay algo profundo en su interior, su corazón es como el mar nocturno, resulta difícil deslastrar sus secretos. Alexandra juega a hacerlo, pero todo intento con Farid está condenado al fracaso, hay una sombra en su interior, ella lo siente, solo que no sabe cuál es la fuente.

- ¿Qué pasó?
- Nada, pero ella sabe que algo ha cambiado.
- Tengo una idea.
- ¿Cuál?
- El diseño del collar.
- Con las Grandedi... ¡oh maldición!
- Jajaja, eres genial, sí con las Grandidieritas.
- Jajaja, ¡rayos!, no puedo pronunciar eso.
- Tienes una incapacidad para los nombres de las gemas.
- Muy bien, pero ¿cuál es la idea que quieres decirme?
- Tengo un prototipo de este collar, quiero ver cómo te queda.
- Estás loco Farid.
- Sí, algo, es un capricho mío, por favor, compláceme, quiero ver cómo te queda.
- Cielos, ¿se puede ser más excéntrico en la vida?
- ¿Me podrías complacer?
- Farid... —le mira con incredulidad—, ¿me hablas en serio?
- Por supuesto, —y le mira directamente con sus ojos de pantera—. Quiero ver cómo esas piedras combinan con tus ojos.
- Rayos, esto es sibaritismo, —dice riendo con incredulidad—.
- Entonces ¿qué quieres hacer?
- Mañana enviaré un chofer por ti, te llevará a mi casa.
- Ok, —y siente el peso de la ansiedad, porque seguro se propone algo más que ponerle el supuesto collar, eso es una excusa para lo que desea hacer realmente—.

Ella quiere lo mismo desde que lo vio en la playa, desde que le provocó un estremecimiento interno en todo su ser al besar sus labios como lo hizo. Desea eso y mucho más, quiere descubrir todos los secretos de sus ojos y de su piel, la cual es como una chispa que amenaza con desatar el incendio.

- Muy bien, —y su voz tiembla—.
- El Azul de Madagascar es para ti, lo sé.

CAPÍTULO XII

Dilemas

- ¡Te lo dije!, —exclama con admiración mientras sonrío—.
- ¡Oh... cielos!, —ella coloca casi con temor su mano derecha sobre la maravillosa creación, y no puede creer que no sea la pieza final—.

La contempla a través del espejo, esa gema brilla en todos los tonos de azul que deben existir en este universo. Tiene razón, hay matices que asemejan el color de sus ojos.

- Quería ver cómo lucía en una mujer antes de hacer los ajustes que pretendo.
- ¿Ajustes? ¿Qué ajustes necesita esto?, ¡es bellissimo!, ¡jamás he visto algo así!
- Yo tampoco, —pero la mira directo a los ojos, parece que ya no habla del collar—.
- Farid, esta joya es perfecta.
- Lo será cuando esté completa, ultimaré los detalles con los artesanos, al verla en ti he tenido una visión de lo que quiero.
- Ahora entiendo.
- ¿Qué?
- A qué te refieres cuando hablabas de tu perfeccionismo.
- Ok, sí, mira este engarce, si lo hacen como imagino, el collar quedará más plano en esta zona, —dice acariciando el punto al cual hace alusión, su mano roza el cuello de Alexandra, esta se estremece—.
- Farid...
- ¿Sabes que decía mi abuelo?
- ¿Qué?
- Que debía temer a dos cosas en el mundo.
- ¿Cuáles?
- A mi propio miedo y a lo perfecto.
- No existe la perfección.
- Existe si lo deseamos, decía que si me encontraba con una belleza perfecta huyera de ella, porque era lo más peligroso que podría encontrar.
- Tu abuelo era un filósofo entonces.
- Le gustaba indagar en las cosas de la vida, encontrar en el mundo sensible un espacio propio para la imaginación.
- Ah... entonces él era un perfeccionista.
- No, él amaba la belleza.

Farid sigue hablando mientras le da pequeños besos en la parte posterior de la nuca. Sus labios rozan con delicadeza la tierna y blanca piel.

- ¡Rayos!, dice ella estremeciéndose.

- Te dije que el Azul Madagascar era para ti.
- ¿Azul Madagascar?
- El nombre del collar.
- ¿Qué haces?, —él acaricia su cuello mientras Alexandra siente una corriente eléctrica estremeciendo todo su ser—.
- ¿Sabías que esta gema es una de las más valiosas del mundo?
- Oh... yo...

Las manos de él recorren sus brazos arriba y abajo, la sensación es electrizante, siente que la está volviendo loca. Mete las manos dentro de su blusa de seda y en segundos expone sus hermosos senos acunándolos en sus fuertes manos.

- Es lo más hermoso que he visto... —le susurra sensualmente al oído—.
- Farid, rayos...

Los acaricia con fervor, mientras la sigue mirando a través del espejo. Su torso expuesto es de una blancura suprema y tiernas pecas salpican su espalda. Él cree enloquecer ante tanta belleza.

Sus manos avanzan y se introducen entre sus pantalones, ella cierra los ojos y se estremece. La caricia es perfecta, vibra con intensidad, y en segundos ya está a punto del orgasmo. Farid sabe cómo enloquecer a una mujer, sus contracciones son intensas y prolongadas. Farid disfruta viéndola estremecerse de placer, entorna los ojos.

- ¡Maldición!, —profiere ella—.

El placer vibra todavía en todo su cuerpo, y no puede creer que haya hecho eso en un lugar extraño. Tal vez Dubái ejerce un poder enloquecedor sobre ella.

- Eres una mujer muy sensual.
- Estás loco Farid.
- Este collar eres tú.

De repente uno de sus asistentes toca a la puerta rompiendo el encanto del momento. Farid hace un gesto de molestia, el hombre insiste.

- Señor Saab, por favor, necesito hablar con usted, es urgente.
- Estoy ocupado, ahora no puedo atender a nadie.
- Señor, es... es... su madre.

Se torna serio, cuando su asistente la menciona su rostro cambia y adquiere un matiz de contrariedad.

- ¿Qué sucede?
- Nada, solo algo inesperado, mi madre está aquí.
- Ok, bueno, entonces me voy.
- Espérame aquí, te vengo a buscar.

Alexandra le esperó por largo rato y cuando finalmente volvió a la habitación, lo notó un tanto contrariado.

- ¿Qué pasa?
- Mi madre quiere conocerte.
- ¿A mí? ¿Por qué?
- Ella es así.
- No entiendo, creo que lo mejor es que me vaya.
- Está bien, creo que... lo siento, esto ha sido un imprevisto.
- Tranquilo, jaja, te ves como si...
- ¿Qué?
- Es que luces como cuando mi madre me atormenta con sus no solicitadas opiniones.
- Me imagino, pero no tiene nada que ver.
- Ok, como quieras.

Salen de allí y Alexandra piensa por qué Farid se ha alterado de esa manera. Lo inesperado sucede y Farid se encuentra cara a cara con Farrah Saab, su madre, quien le mira seria, luego desvía sus ojos a la joven mujer que acompaña a su hijo.

Alexandra nota que le mira de pies a cabeza, la analiza con detenimiento, como si tratara de escudriñar hasta el último detalle. Lo sabe desde ese instante, esa joven es especial para su hijo. Algo pasa entre los dos, Alexandra se siente tan fuera de lugar como una violeta en medio del desierto.

- Usted debe ser Alexandra, —le dice con su elegante voz, acompañado de un gesto displicente—.
- Es un placer conocerla señora, —le dice ella, y se da cuenta de la manera que esta la mira, y es evidente que no le cae muy bien—.
- Bien, entonces es... amiga de Farid, interesante sin duda, curioso, diría más bien.
- Ah... sí, bien, como usted diga.
- Madre, por favor.
- Farid, quiero conocer a la señorita Alexandra ¿puedes dejarnos a solas?
- Madre, esto no es necesario.
- No importa, está bien, —dice Alexandra sonriendo—.
- Pero...
- Déjanos a solas Farid, por favor.
- Bien, pero...
- No te preocupes.

Farid las deja a solas, pero se siente bastante incómodo con esa situación, sabe perfectamente lo difícil que puede ser su madre.

- Puede sentarse... —le dice señalándole uno de los cómodos y mullidos sofás de lujoso estampado oriental—.
- Gracias, —está nerviosa, conocer a la flamante señora Saab es lo último que imaginó ese día—.
- Es hora de tomar el té, ¿gusta? —Le dice con un gesto elegante de su delicada y fina mano—.
- Gracias, está bien.
- Bien, —contesta la elegante Farrah mientras piensa que no le gusta la forma de comportarse de esa mujer, es tan poco refinada, y por supuesto se halla totalmente fuera de lugar—.

- Señora...
- Así que es amiga de mi hijo, no sabía que tuviese a... una amiga tan cercana, la verdad es que me ha sorprendido que la traiga hasta aquí, porque no tenía conocimiento de su existencia.
- Oh... ok, entiendo, cielos, —dice comprendiendo que no es bien recibida por esa mujer—.

De lo poco que ha visto, ya deduce que no le cae nada bien, que no tienen nada en común. Son de hecho como el agua y el aceite, y le recuerda bastante a su madre, es una mujer que se aviene con las conveniencias y las estrictas normas que la sociedad le estipula. Se ve feliz con ello, desde su elegante silla ordena y otros deben ejecutar.

- Entonces ¿de dónde es usted?
- Venezuela.
- Oh... sí, por supuesto, ya, un lugar bonito, creo que fui una vez, la verdad es que no lo recuerdo bien.
- Sí, me imagino que no debe recordarlo, tantos viajes que debe hacer usted.
- La verdad, no tantos como antes.
- Usted es una mujer muy hermosa señora, seguramente se lo habrán dicho tantas veces, pero es que su rostro... no sé, me hace recordar a alguien.
- Ah... ¿sí?, la verdad es que nunca me han dicho que mi cara se parezca a la de nadie más, supongo que prefiero ser una persona original.
- Oh... lo que quiero decir es que...
- Sé lo que quieres decir, pero bueno, no importa. Oh... cielos, —dice sonriendo—, este maravilloso té, es de jazmín, mire cómo esta delicada flor se abre con el fluir del agua caliente —dice, y tal parece que estos pequeños detalles logran extasiarla hasta el paroxismo—.
- Sí, es muy bonito, —dice tratando de seguirle la corriente—.
- Oh... vaya, gracias Darruz, es excelente como siempre.

Alexandra inspecciona todo el lugar, es de una finura exquisita, con acabados de oro, pero sin llegar a una suntuosa pretensión. La mujer parece estar en el sillón como si fuese un pequeño trono desde el cual ordena que el universo se mueva a su antojo.

Es controladora y sus ojos brillan con intensidad, como si en ellos residiera el dorado sol del desierto, lleva un elegante moño, su pelo luce perfecto y estilizado. No usa velo, tal vez sea porque está entre mujeres, seguramente al salir a la calle lo hace, o al menos eso se imagina ella.

- Esta casa es preciosa.
- Gracias, —pero, en ese “gracias” hay una especie de burla que pareciera expresar sutilmente “¿quién es ella para emitir un cumplido como ese, ella que no debe saber en absoluto de lo que es la elegancia y el buen gusto?” —.
- Mmm, me han dicho que usted es en parte la creadora de las fragancias.
- Cuando mi esposo estaba vivo le ayudaba, a él le importaba mucho mi opinión, trabajé en varias de ellas.
- Se ve que usted debe tener un gusto exquisito.
- Gracias, —y su respuesta es la misma, llena de completa displicencia—.

La mujer toma el té de la delicada mesita, sus manos parecen hechas del más blanco marfil y

en ella posee un enorme anillo en su dedo índice que tiene el mismo color que sus ojos. Es una joya preciosa, de una exquisitez incuestionable.

- Es una joya preciosa.
- ¿Perdón?, —dice mirándola con el entrecejo fruncido, ella siente un estremecimiento interno—.
- Es un regalo de mi esposo, —se mira el dedo al tiempo que la piedra brilla con intensidad—.
- Es hermosa, y es del mismo color que sus ojos.
- Así es, por esa misma razón mi esposo me lo regaló, decía que era idéntico al color de mis ojos, —dice con aire evocador—.
- ¡Qué hermoso!
- Así es, era un hombre increíble, y yo lo amaba, lo amé hasta el día que se fue.
- Me imagino que fue una gran pérdida, pero siempre he pensado que el amor trasciende la muerte.
- Yo también he creído lo mismo siempre, aunque sea un pensamiento muy romántico... No, no tiene sentido pensar en eso, remover esas emociones de melancolía. Lo cierto es que me considero afortunada, hay personas que nunca conocen el amor, siempre están dando vueltas de un lugar a otro, de aquí para allá.
- Eso es cierto.
- Soy una de las afortunadas, he vivido el amor y por eso me siento feliz.
- Es un bonito pensamiento, sin lugar a dudas usted debe haber vivido el amor en gran manera.

Alexandra parece que ha encontrado un punto en común con esta mujer. Su dedo se mueve otra vez y la maravillosa piedra, que parece hecha con la luz del sol le fascina, no solo es del mismo tono que los ojos de la divina mujer, sino también a la mirada de Farid.

Recuerda el momento cuando lo vio por primera vez entre las llamas, luego en su casa del desierto, era la luz del sol condensada, refulgente, y generaban la misma energía. Se queda prendada observándola, sonrío tontamente con cara de chica enamorada.

- ¿Qué sucede?, —dice la mujer mirándola con extrañeza—, parece que se ha distraído.
- Es que... —y se ríe de sí misma, pero no puede evitar decirlo, es como una ansiedad y necesita expresarlo de alguna manera—. Es que esa piedra también se parece mucho a los ojos de Farid, —y el tono de su voz adquiere un matiz de ilusión que a la mujer le disgusta—.
- Me gustaría que hiciera algo por mí, —le dice con la suavidad de una seda que acaricia la piel—.
- Por supuesto, dígame.
- Dejemos a mi hijo fuera de todo esto ¿le parece?
- ¿Qué quiere decir eso?
- Quiere decir que es una joven preciosa, muy simpática, eso no tiene discusión, pero no es la persona adecuada para mi hijo, —le dice con tono afable, pero mirándola directamente a los ojos—.
- ¿De qué me habla?, no entiendo.
- Por supuesto que me entiende, esa expresión en sus ojos.
- ¿Cuál señora?, —dice nerviosamente—.

- Esa que adoptó cuando nombró el anillo y su parecido con los ojos de mi hijo, esa expresión la conozco muy bien, es más, la tenía desde que entró aquí, en ese instante lo supe. Pero creo mi deber reconvenirle al respecto.
- ¿Usted no me cree digna de su hijo?
- Es una chica agradable, pero créame, esto no es para usted, no podría dar la talla, sería terriblemente infeliz y él estaría insatisfecho, hay mil candidatas mejor que podría presentarle.
- Como si él no pudiera decidir por sí mismo... —añade ella al verse increpada de esa forma—.
- Ha decidido muchas veces y resulta evidente que no tiene buen criterio, así que debo tomar este asunto en mis manos, porque por lo visto, mi hijo tiene predilección por las mujeres occidentales.
- ¿Hará que su hijo se case con alguien que no le guste?
- No, nuestras costumbres lo harán, un hombre de su importancia no puede casarse con cualquier mujer, sería una muy mala decisión.
- Entiendo, creo que será mejor me retire.
- Le gusta porque se parece a ella.
- ¿A quién?
- A la princesa de la leyenda, toda la vida le ha gustado esa historia, siempre le fascinaron los misterios del desierto, usted es muy parecida a la princesa Faruz, a él le gustan las fantasías.
- ¿Usted piensa que esto es un capricho de su hijo, por mera curiosidad o interés histórico?
- Algo así, aunque indudablemente es una mujer muy hermosa, y si ha oído hablar de mi hijo, lo cual, por supuesto creo, sabrá que ha tenido muchas aventuras con mujeres hermosas.
- Sí, me imagino que un hombre como él...
- Se imagina bien, y de seguro que también es una joven muy codiciada, puede tener al hombre que quiera, pero le aseguro que no será mi hijo.
- Entiendo, es mejor que me retire.
- Una joven como usted puede tener grandes oportunidades, pero no en este círculo, esto solo la destruirá, vuele libre Alexandra, tiene todo el cielo para hacerlo.

Ella salió de allí sintiéndose terrible, ¿cómo es que había llegado a ese punto, cuando su objetivo era simplemente disfrutar de Dubái y las oportunidades que DUNES le brindaba? Ahora estaba enredada en esta extraña situación. No despegó los labios en todo el camino de regreso, ni siquiera cuando se bajó del auto para ir al yate que la esperaba.

- Alexandra, dime ¿qué pasó?
- No ha pasado nada, solamente quiero llegar al hotel, estoy muy cansada.
- Dime la verdad.
- Solo déjame ir, por favor.
- Alexandra...
- Solo déjame.

Farid la deja ir, pero sabe que algo ha pasado, Alexandra está seria, sin embargo, no insiste porque no quiere perturbarla más. Ella sube al yate y no voltea, se siente contrariada.

Mientras el barco la lleva al hotel, Alexandra piensa que esa mujer es una arpía refinada.

Entra en la habitación y se echa a llorar, ¿en qué mierda estaba pensando?, apenas conocía a ese hombre, ¿cómo se había enredado con un completo desconocido?

Pero ¿quién podría decirle que no a un hombre como ese? Su manera de seducción era la sutileza, le iba llevando poco a poco como lo hacía el desierto con su intrínseca hermosura. No forzaba ninguna situación y era un completo caballero en todo momento.

Farid Saab era uno de estos hombres irresistibles que, sin embargo, parecían no hacer absolutamente nada para lograrlo. Se quedó allí, tirada en la cama, pero no había venido para esto, perder el tiempo, no. Se levantó maquinalmente y llamó a Kathy.

- ¡Mierda!, ¿eres tú?, en verdad pensé que te había tragado el desierto.
- Pues casi.
- ¿Así que has estado teniendo la aventura de tu vida?
- Pues no sé qué decirte, me perdí en el desierto, —no quería hablar de lo que había vivido con Farid, no se encontraba en la mejor posición del mundo para decir que estaba teniendo una especie de extraño affair con el dueño de DUNES—.
- Estoy segura que estás teniendo una aventura con el sexy y misterioso hombre de la fiesta.
- Estuve perdida en el desierto y fui rescatada, hubo una tormenta en la cual estuve a punto de morir, ya te lo he dicho, pero lo único que te interesa es eso, si tengo una aventura con algún sexy y misterioso hombre.
- Es que cuando me llamaste sonabas como si... bueno, como si disfrutaras de un encuentro sexual o algo así.
- Jajaja, tienes una imaginación muy prolífica, no, para nada, solamente que casi muero, nada más.
- Pero estás viva, jajaja, deberíamos salir tú y yo como debe ser, una buena fiesta, emborracharse.
- No tengo muchas ganas de eso.
- ¿Por qué eres una aburrida?, una completa aburrida, si fuese tu estaría con ese hombre en algún lugar paradisíaco donde pudiera hacer lo que me dé la gana, incluyendo cosas como andar desnuda por la playa, eso estaría genial.
- Tú eres una impúdica completa.
- Jajaja y tú una chica aburrida. ¡Cielo santo!, si ese hombre fuese como dices...
- Bien, bien, entonces ¿qué hay para hoy?, es decir, imagino que habrá una de esas fiestas alocadas que hacen aquí.
- Por supuesto, esta noche nos arreglaremos muy bien y veremos qué hay de bueno.

Alexandra quería quitarse el mal sabor de boca con la experiencia de Madam Saab. Era una mujer espectacular, increíblemente bien conservada, tanto que resultaba difícil creer que la fuese la madre de Farid.

Baila toda la noche y muchos hombres guapos que están en el lugar se ofrecieron, sin saberlo, a ahogar sus penas. Pero eso no la satisface, algo en su interior le dice que ya nunca más será la misma.

- Me siento sofocada, —le dice a Kathy—, iré a caminar.
- Bien, como quieras.

Camina por la costa y experimenta la misma sensación de aquella vez, cuando experimentó aquel aturdimiento, su mundo sacudido por la fuerza de ese hombre que vino a barrer todo lo que creyó lógico en su vida y forma de ser. Mira hacia Dubái, sabe que aquello que es conveniente no resulta lo que su corazón desea, y hacer lo que este anhela significa lanzarse literalmente desde un despeñadero hacia la nada.

- Farid Saab, ¿qué rayos has hecho conmigo?, se pregunta.

Mientras tanto, Farid ve con cierto desgano las luces intermitentes que colorean la costa de Dubái. Desde su edificio trata de despejar su mente mientras la noche le juega una mala pasada. Es la enfermedad que ataca una vez más su cuerpo, sabe que tal vez no corra con tanta suerte como antes.

La maldición del desierto se presenta nuevamente, quienes se atreven a retarle caen en ella. Sobre su familia reposa la sombra, como en la tienda de Abdul, donde Mohamed jugó con su vida y la perdió, es la tormenta que se llevó a su mítico bisabuelo, la enfermedad de su abuelo, el accidente de su padre y ahora su propia enfermedad... y solamente el amor verdadero puede conjurar la maldición.

Alexandra, la mujer que llena sus sentidos ahora se aleja, no puede ni quiere dejarle ir, ella es como el espejismo de un oasis en medio del desierto. El agua cuando se ha perdido la esperanza, algo que ya no creyó posible y ahora solo necesita tiempo, un poco más, solo un poco más.

CAPÍTULO XIII

Dama de plata

Ella se asoma al balcón y la inmensa luna que está pintada en el cielo le deja maravillada, es como si todo lo que ha vivido fuese parte de un impresionante sueño. La dama de la noche se ha vestido en un intenso color plata, en contraste con el profundo negro presente en el manto de la noche.

No puede creer que esté nuevamente en el hotel, es como si recobrar su vida anterior, es un cambio después de todo lo que ha estado experimentando, se siente rara. Kathy le ha insistido para que le cuente todo lo que ha pasado, pero por supuesto que ella no va a hacerlo. Algunas de sus compañeras le miran de reojo, sobre todo Pink Aroma, quien seguramente cree que ha estado moviendo sus hilos para avanzar en su trabajo de forma inescrupulosa.

- ¡Qué hermoso!, —se dice, ahora prefiere mantenerse alejada del grupo, porque no quiere dar explicaciones indeseables—.

Farid le ha llamado insistentemente, no ha querido hablar con él. Además, le ha enviado todo tipo de regalos, ramos de flores y obsequios excéntricos, muchos de los cuales ha devuelto intactos, como, por ejemplo, ese collar de perlas con un hermoso diseño tipo guirnalda.

Piensa en todo lo que ha pasado entre ellos, algo tan significativo y al mismo tiempo absurdo, intempestivo. Farid es uno de estos enamoramientos a primera vista, no, se corrige, él es como un choque de trenes en una estación a medio día.

De pronto ve una limusina que se detiene frente a la casa donde está hospedada, y se pregunta ¿qué rayos es eso? De este sale un elegante hombre que se dirige a la puerta, ella lo ve y no lo reconoce, ¿de qué se tratará todo eso?

El hombre toca la puerta, entonces un poco confundida espera que la asistente le avise. No está acostumbrada a todo eso, tener su propio asistente en un hotel, eso es un lujo innecesario, y de hecho iba a renunciar a él, pero la chica le explicó que era su trabajo y la podía perjudicar.

- Señorita, —le dice la chica en inglés—.
- Dime.
- Le buscan abajo, es de parte del señor Farid, esto es para usted, —entonces le entrega un precioso arreglo de orquídeas. Dentro del mismo encuentra algo que la sorprende, una Grandidierita, y además una tarjeta con el nombre de la gema y una breve historia, “por si no lo puedes pronunciar”, dice al final—.

Ella sonrío, es tan ingenioso y encantador, resulta muy difícil rechazar sus obsequios, porque están impregnados de esa esencia maravillosa.

- Oh... cielos, es precioso, me encanta, —aparta la costosa piedra y la guarda—.

Coloca el arreglo en una de las cómodas y entonces baja con la chica, su corazón late con fuerza. ¿Qué se propone ahora este hombre?, se dice, el chofer le mira con detenimiento, y para decirse “ahora lo entiendo todo”. Luego de presentarse le explica el motivo por el cual ha ido hasta allí.

- El señor Farid desea cenar con usted.
- Oh... cielos, no me había dicho nada.
- Es una sorpresa para usted señorita, si gusta, la escoltaré hasta el lugar donde él la espera.
- Oh... cielos, pero, no puedo ir así, tengo que arreglarme.
- No se preocupe, yo la esperaré todo el tiempo que necesite.
- Ok, muy bien.

Sube nerviosa hacia la habitación, entonces busca en su closet, cielos, no sabe qué colocarse, uno de los vestidos de Dalia, pero no sabe si será muy formal. El vestido que escoge es de un precioso tono plata, tal cual como la luna que ahora destella en el cielo, lleva el cabello completamente recogido en un precioso moño, y se pinta los labios de un rojo intenso que contrasta con su blancura.

Luce regia, sin duda que se imagina emocionada la cara de Farid cuando le vea, quiere sorprenderle, esta vez de una manera diferente y especial. Cuando sale se ve preciosa, y el chofer hace una inspiración involuntaria, se nota que está admirado con su belleza, los ojos de Alexandra destellan con mayor intensidad que antes, es la emoción del encuentro.

El hombre abre la puerta y ella sale llena de ilusión, jamás se ha sentido así, no solo es todo el lujo y encanto que rodea a este hombre, es la expectativa... y muchas cosas más. Es la canción que lleva en el alma y que ahora no se quita dentro de sí, la sensación de algo que está por pasar, como le sucedió durante aquella fiesta donde por primera vez sus ojos se cruzaron en la nada, a través del más intenso fuego, ese mismo que desea ahora les consuma de una manera potente.

Ahora mira por la ventanilla, la playa se expande ante sus ojos, ¿qué se propone esta vez ese hombre?, se pregunta. No sabe si le gustan esas sorpresas, porque a su madre siempre le parecieron funestas, todo en ello debía ser calculado y sin ningún tipo de riesgos.

Pero Farid es todo menos un hombre comedido, se nota que con él las cosas deben ser arriesgadas para que la vida tenga un real significado, si no hay este tipo de emociones, para él no hay encanto. Ella no sabe si alguien así le convenga para algo más que una aventura, después de todo, hay cosas que están llenas de hechizo y que se disuelven apenas son tocadas por la luz de la cotidianidad, son las sombras de la vida que en sí mismas poseen el encanto del misterio.

- Ya casi llegamos señorita, —le dice el chofer, entonces estaciona el auto—.

¿A dónde la llevan? Tal vez a la ciudad, sí seguramente que es eso, él la debe estar esperando en una de sus lujosas mansiones. El hombre la conduce hasta un inmenso y precioso yate, quizás Farid está allí, puede que la cena sea en ese lugar. Pero luego de inspeccionar el espacio se da cuenta que él no está por ningún lado.

- Señorita, le escolto hasta aquí, ahora la dejaré en buenas manos, —le dice mientras un hombre muy elegante le ayuda a subir—.

- Bienvenida señorita, la escoltaremos hasta el lugar.
- ¿Puede decirme a dónde me llevan?
- No estoy autorizado para decirlo señorita, —le dice el hombre, entra entonces al yate y allí hay dos chicas y otro joven más—.
- Ellos son Irina, Mustafá y Rania, serán sus asistentes.
- Buenas noches, dice ella un poco confundida por la novedad de la situación.
- ¿Desea tomar champaña señorita? —Le dice una de las chicas—.
- No, gracias, por ahora no deseo tomar nada.
- Como guste, cualquier cosa que desee, por favor me informa y con gusto la complaceré.
- Gracias.

¿Qué es todo esto?, se dice, es la gran vida de lujos y sofisticación a las que las personas como Farid, su madre, y muchos otros están acostumbrados, pero se siente fuera de lugar allí, con todas esas personas solícitas rodeándola de un lado al otro. Es como el primer día cuando la llevaron en un yate de la familia, pero este no es el mismo. Sin embargo, le parece una situación muy parecida.

El casco del barco rompe en las olas creando una gran cantidad de espuma, ella sonríe, recuerda nuevamente a la abuela Dada y todas las cosas que le dijo antes de morir, como le hizo prometer que encontraría su camino. Seguramente estaría orgullosa de ella al ver hasta dónde ha llegado, ella no lo hubiese dudado, un hombre que prácticamente es como un príncipe árabe, su abuela no lo habría dudado ni por un segundo, saltaría encima de la oportunidad como fuese.

- ¡Cielos!, Dada, mira hasta dónde hemos llegado, pero, tengo tantas dudas ahora, tengo muchas dudas. —Recuerda a la mujer del desierto y la forma en como le mira, las veces que se la he encontrado y lo mucho que se parece a su abuela. Todo eso se agolpa en su cabeza creando una maraña intensa, que le genera una gran confusión—.

El barco avanza mientras el mar oscuro se siente fuerte, con la potencia masculina de un ciclón. Entonces comienza a repetir la historia que ya se sabe de memoria, palabra por palabra:

- Entre las soledades del desierto, entre las dunas, donde nadie puede alcanzar, en ese lugar en el cual el sol se funde con el horizonte y los ojos del hombre no pueden profanar sus secretos. Allí, justamente entre las ardientes arenas y el sol abrazador, entre los diamantes que son estrellas... allí, donde la magia se funde con la fantasía, donde la realidad sabe desdibujarse porque no hay nadie que la declare, en ese lugar donde la locura es la norma y el hechizo pervive en el alma de las cosas... Allí donde el pasado se confunde con el presente, donde no existe el tiempo y la mano del hombre no ha sabido, ni podido profanar la verdad que se esconde al final del cielo. Entre los dioses antiguos que yacen en el olvido, con las palabras que ya nadie sabe pronunciar, que nadie entiende... una vida, la existencia que se han llevado las arenas del tiempo...

Hace frío, las noches del desierto son así, es como si un capricho de la naturaleza hubiese venido a habitar en esa región, dándole todos sus matices, como en la rica y encendida paleta de un impresionista. El mar sigue chocando con furia sobre el yate, el cual avanza a gran velocidad mar adentro.

Ella está nerviosa, ¿a dónde le llevan?, ¿qué es lo que se trae este hombre entre manos? No

ve nada en esa masa oscura que ahora es el horizonte. Piensa en la misteriosa mujer, la cual se parece extrañamente a la abuela.

Ese recuerdo viene a su mente, y es que ese lugar está lleno de cosas extrañas y sobrenaturales, sucesos que a un occidental puede dejar asombrado, pero para un habitante del desierto parecen casi normales.

El fuego crepitaba sobre la fogata en la cual el fabuloso eco de la historia se escuchaba melodiosa en el idioma árabe, aunque no en el dialecto de los beduinos. Pero para Alexandra sonaba hermoso, como los acordes de un instrumento musical.

La noche estaba tan fría como esta o mucho más, pero el viento rumora como si quisiera cantar una canción. Se quedó sola, el silencio reinaba entre los hombres y era la naturaleza la que hablaba entre las sombras de la noche.

La brisa habla y Alexandra vuelve a sentir el mismo escalofrío, la voz de esa mujer tiene la cualidad de helarte la sangre. Esos ojos son como dos abismos penetrantes. Es uno con el desierto, eso le ha dicho, la profetiza como le dijo la chica beduina, vino de más allá del desierto.

- ¿Qué es lo que deseas saber?, —le dijo la mujer como salida de la nada—. Era en ese momento la primera vez que la veía, y en ese mismo instante, cuando la sintió a su lado, supo que algo extraño tenía.
- Hay algo que falta en esa historia, —le dice ella decidida—, aunque no sé por qué, es algo que siento en mi corazón. Eso fue lo que expresó con toda naturalidad, pensando en su mente consciente que la hermosa mujer era parte del grupo DUNES, aunque su instinto le dijese lo contrario.
- ¿Por qué piensas eso?, —esa voz era un terciopelo que acariciaba los sentidos, tan suavemente que era abrumador, resultaba perceptible que esa mujer tenía algo raro—.
- No lo sé, es algo que siento, ¿tú vienes con el tour también? —Le pregunta—.

La mujer no respondía sus preguntas, como si todo lo que ella quisiera saber no debía conocerlo en ese momento. Simplemente su actitud reposada y tranquila denotaban a un ser que venía más allá de todo.

- ¿Eres Alexandra Rey?, —le dice la chica suavemente, recuerda con precisión el maravilloso chador que portaba. La expresión de su cara y, mejor dicho, de sus ojos no podía describirse—.

¿Quién es?, se pregunta, su mente está llena de interrogantes mientras irónicamente ese barco le lleva a toda velocidad a un lugar que también desconoce. Se ha colocado Flor del Desierto, y el aroma se dispersa por el aire. Colócalo cuando quieras conocer al amor de tu vida, le dijeron, pero y si ya lo conociste entonces ¿qué pasaba?

El amor de tu vida no era cualquier amor, muchos de ellos tenían finales tristes como la princesa y su amor por el desierto, como Dada y el abuelo, a quien todavía no conoce. No se atrevió a abrir las cartas que ella le dejó, ahora reconoce que es por temor, no las ha traído consigo, y es una de las cosas en que no le ha cumplido.

- Sí, así es, ¿por qué?
- Eres la nieta de Dalia Damasco, —la manera en que modula las palabras resulta particular,

casi como si la conociera, o peor aún... aunque no desea profundizar en ello, hay misterios en ese lugar, cosas que no poseen en ninguna forma una explicación lógica—.

- ¿Cómo sabe eso?, —le dice ella extrañada, y se voltea completamente para mirarla—.
- Tu abuela era alguien muy especial, quiero que sepas eso, —le habla con dejo de nostalgia—.
- Pero, no entiendo, ¿de dónde la conoce usted?, no lo entiendo, jamás le he visto, además, usted es muy joven. ¿De dónde conoce a mi abuela?

Nuevamente se queda en silencio, es como si solo respondiera lo que desea. Como uno de estos personajes que no hablan más de lo necesario, y que dicen aquello que es conveniente.

- Todos conocían a tu abuela, era alguien muy especial.
- Me imagino que la conoce de cuando vino acá, bueno, usted es muy joven, entonces... debe ser un familiar suyo.
- Sí, —le responde parcamente, pero no parece que es eso realmente lo que quiere decir, sus palabras son como un eufemismo constante—.
- Entonces...
- Hay mujeres que son como la flor del desierto, —le dice, esa sonrisa, le parece tan conocida—.

No desea encontrarla en ningún otro lugar porque la llena de inquietud. Su aspecto elegante y exóticamente etéreo resulta amenazante, como lo decía el abuelo de Farid, la perfección es peligrosa. El aroma Flor del Desierto se sentía en ella, pero de una manera diferente, fresca, como si no fuese un perfume, sino el aroma de una flor fresca.

- Mmm, pero...
- Sabes, en el desierto hay tantos misterios, tantos que es como si tuviera vida propia, de hecho, siento que la tiene, de alguna manera u otra, los hombres no conocemos nada y ahora menos, nuestros antepasados sabían mucho más que nosotros mismos.
- Yo también he sentido lo mismo, hay cosas que no podemos explicarnos, —pero la mujer parece hablar como alguien que sabe, un ser que conoce más allá de lo que resulta evidente ante los ojos de los hombres—.
- Así es, ¿sabes cuál es el encanto en todo esto? —Alexandra le sorprende la cara de la mujer al decir esto, su piel incluso parece llenarse de luz—.
- ¿Cuál?
- La esperanza, la expectativa que algo está por pasar, puedes sentirlo, sé que está en alguna parte, aunque no puedas verlo, pero tú, tú estás destinada a algo grande.
- No me conoces, ¿de dónde sacas eso?
- Eres como la princesa y estás destinada a ser como ella.
- ¿De qué me habla?, —y ya siente una especie de incomodidad—.
- Todo en su momento, cada cosa debe saberse en su momento, —sonríe, no puede ver sus labios, pero por la expresión de sus ojos lo sabe—.
- Pero...
- Tranquila, no te preocupes, cada quien es encontrado por su destino, tus ojos me lo dicen, el desierto te ha llamado y pronto acudirás a él.
- ¿Qué?
- Mira todo esto, ¿puede haber algo más bello? Observa a tu alrededor, todo, todo lo que

ves, es mucho más... que aquello observado por tus ojos, hay momentos de la vida atrapados para siempre, cuando la encuentres, cuando halles la flor, entonces conseguirás al amor de tu vida.

- ¿Qué?
- Entiendes lo que te digo, estás a punto de hacerlo, eres de las afortunadas, hay otras que vagan por el desierto de la vida sin nunca saberlo, pero tú eres como La Flor del Desierto, eres diferente, creces en la adversidad, ante el clima inclemente, el frío de la noche y el...
- El sol ardiente, —dice ella recordándose de lo que le dijo su abuela—.
- Así es, eres como ella, y por eso estás destinada a ver más allá, porque tienes los ojos adecuados, muchos solamente creen en lo literal, pero tú no haces eso, ves más allá, el desierto no es el desierto, es un portal a nuevas realidades, es un paraíso dorado donde mil vidas se abren ante tus ojos, mil tiempos coexistiendo a la vez, cuando veas la flor tómala, porque ella eres tú.
- No entiendo.
- Florecita, ella eres tú, —le dice, y siente un eco extraño, el viento se ha desatado—.
- ¿Quién eres?, —le dice asustada, la chica se quita el velo y esos ojos, conoce esos ojos que son tan azules como los suyos—.

Mira a todos lados y cuando voltea ya la chica no está. Se estremece con el recuerdo, pero le eriza más recordar que nuevamente le vio en la boda beduina, allí estaba diciéndole que había profetizado a Farid. La mujer sabía que este hallaría a un amor en el desierto, que la tormenta se desataría tal cual como lo había soñado desde hacía muchos años.

- Señorita, debería entrar, hace frío aquí.
- Estoy bien, le dice sonriente, es que me gusta mirar el mar.
- ¿De noche señorita? Oh... discúlpeme, es como si recordara algo que le han aconsejado hacer o decir.
- No te preocupes, es que traje mi abrigo, no siento frío, ¿es muy lejos?
- Es que no puedo decirle señorita, no me está permitido hacerlo.

El viento azota cada vez con más fuerza, el aroma a flor está completamente definido. Sigue pasando el tiempo y ella no ve hacia dónde le llevan. ¿Qué le espera en ese lugar desconocido?, no tiene la menor idea. Entonces comienza a vislumbrar algunas nubes dispersas en el horizonte, ¿será que están por llegar?

- Señorita, ya estamos llegando.
- Oh... finalmente, al fin sabré a dónde me llevan, —dice en un tono jocoso y al mismo tiempo sintiendo nervios—.
- Así es señorita.
- ¿Qué pasa después?, ¿me montaré en un avión?
- Usted tiene muy buen humor señorita, habla muy gracioso, es decir, que no se comporta como las personas con las cuales estamos acostumbrados a tratar, usted es muy sencilla, algunos ni siquiera nos hablan. Oh... lo siento, no debo decir esas cosas.
- Jajaja, tranquila.

El yate se detiene en el muelle, ella se siente nerviosa, no sabe con qué se encontrará, los gustos de Farid, por más que haya visto su lado sencillo, son exquisitos. En realidad, todo él es

exquisito, desprende de su ser clase, pero de esa que destilan aquellas personas hechas para sobresalir, que cuando entran en un lugar todo comienza a girar a su alrededor.

- Por favor señorita, acompáñeme.
- Muy bien, ya veo que el misterio seguirá.
- Son las instrucciones que tengo señorita.
- Entiendo.

Desciende del barco con ayuda del hombre, y este la escolta, están en una especie de isla, la cual se encuentra muy retirada de la costa. Camina literalmente hacia lo desconocido, con este hombre llevándole hacia la nada.

- Siga por aquí señorita, al final del camino encontrará lo que busca.
- Querrá decir para lo que ustedes me trajeron.
- Como usted diga señorita.

Su corazón late con fuerza, ¿qué le espera al final de esa calzada?, desde allí no puede verlo, pero conociendo un poco las maneras de Farid, debe ser algo suntuoso. Avanza y puede distinguir unas luces.

Comienza a ver una especie de tienda hecha con telas blancas, por supuesto es hermosa, de un color impoluto. Se queda detenida, no sabe si avanzar o quedarse allí, sobre todo, después de lo que ha pasado con la señora Saab, ella le ha dicho expresamente que no es la persona adecuada para su hijo, y su presencia no encaja en el mundo donde Farid se desenvuelve.

Pero, tal vez debería ser más como Kathy, para quien esas cosas no tienen importancia. No, la verdad es que no desea que él sea una aventura, sino algo más. Pero introducirse en su vida es como enfrentar nuevamente la tormenta de arena y desafiar a aquel monstruo informe, que está compuesto de elementos culturales, emotivos y existenciales.

La verdad es que un mundo los separa, un horizonte dividido por kilómetros y, sin embargo, tan solo de sentir ese perfume a oud que trae la brisa, y al que conoce tan bien parece que todo se le olvida. Es el aroma característico de Farid, un perfume masculino y elegante, que a su vez posee un toque salvaje.

Sigue caminando y lo encuentra mientras su corazón retumba con fuerza. Lleva el traje blanco tradicional, luce encantador, se queda paralizada al verlo y en el rostro de él se dibuja una magnífica sonrisa, tan resplandeciente que le hace olvidar sus zozobras.

- Alexandra... —la mira de arriba abajo—.
- ¿Qué es todo esto?
- Una cena para los dos.
- ¿Por qué tanto espaviento?
- Debía llamar tu atención de alguna manera.
- Lo siento Farid es que...

Él se abalanzó en sus labios y los tomó por asalto. Lo que esa mujer le provocaba hacía vibrar toda su piel intensamente.

- Así que esta es la sorpresa...

- Algo así.
- ¿Algo así?
- Vamos por partes.

La toma de las manos conduciéndola hacia la mesa. Alexandra no sabe qué hacer ni decir, la belleza del lugar se acentúa con la gran cantidad de luces y la sonrisa emocionada de Farid, quien parece casi levitar.

- Sí que sabes organizar una cena.
- Jajaja, gracias.
- Todo esto es maravilloso, las luces, la comida...
- Quería llamar tu atención, porque me has estado ignorando todo este tiempo y no sé el porqué.
- Farid, esto es complicado, todo el mundo que te rodea es sumamente complicado.
- Sé que... bueno, mi madre puede ser alguien muy pesada, pero no le hagas caso, ella...
- Ella me dijo cosas que son ciertas.
- Como ¿cuáles, por ejemplo?
- No pertenezco a tu mundo Farid, esa es la verdad.
- ¿Así que eso te dijo?
- Tiene razón en lo que dijo, la verdad es que...
- No hablemos de eso, no quiero dañar este momento, sería un pecado.
- Tienes razón.

La atmósfera está cargada de algo especial, un suave aroma a jazmín que se esparce por doquier.

- Farid, es mejor que lo entendamos de una buena vez, disfrutemos lo que podamos.
- No es necesario que digas eso.
- Ya casi la semana termina, nos han llevado a todos los lugares habidos y por haber, y bueno... tengo que irme a mi país.
- No tienes que irte.
- ¿A qué te referes?, —le dice extrañada—.
- Tú eres la escogida.
- ¿Escogida?
- Sí, para la nueva imagen de DUNES, quiero que seas tú, desde que te vi en esa fiesta supe que debías serlo.
- Es decir que... ¿por eso te fijaste en mí?
- No, no es solo eso, no fue nada que haya planificado, todo esto pasó de la nada, quería invitar a las influencers porque era una excelente idea para la publicidad, pero cuando te vi, supe que te quería allí.
- No soy modelo Farid, ni quiero serlo, vine aquí por trabajo y ya terminamos.
- Las demás terminaron, tú no, ahora esto comienza.
- Farid, es una locura, esto en lo que nos estamos metiendo no es más que una completa locura.
- Lo sé, pero estoy dispuesto a...
- No, no puedo, yo...

Él la besa y entonces sabe que su mundo se está trastocando sin que pueda hacer nada, hay muchas cosas que no le ha dicho, ni le quiere decir, pero es su última oportunidad de amar y no piensa desperdiciarla nuevamente. Comienza a recitar en la lengua de los beduinos la historia de amor entre la princesa y el desierto, es el cantar de los amores prohibidos, de aquellos que saborean la profundidad de sus propias almas, le susurra las frases al oído, es como un náufrago que se aferra a su tabla de salvación.

La voz profunda clama entre la brisa que baila con las palmeras, sobre la piel nívea de la mujer que ha venido desde más allá de los mares para traerle una esperanza que creyó perdida. El sonido de su canto baila ante la dama de plata, cuya luz refulgente les cobija.

Entre las soledades del desierto, entre las dunas, donde nadie puede alcanzar, en ese lugar en el cual el sol se funde con el horizonte y los ojos del hombre no pueden profanar sus secretos. Allí, justamente entre las ardientes arenas y el sol abrazador, entre los diamantes que son estrellas... allí, donde la magia se funde con la fantasía, donde la realidad sabe desdibujarse porque no hay nadie que la declare, en ese lugar donde la locura es la norma y el hechizo pervive en el alma de las cosas...

“El amor es llevado por la brisa hacia el agua oscura, así mi alma se agita, así mi corazón se inquieta esperando por aquello que es tan grande como para llevarse todo... tal cual, como la más hermosa flor del desierto, tal cual como la peor tormenta de arena...”

Alexandra Rey.

Fin.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de esta saga:

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 4)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 5)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 6)

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 4)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 5)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 6)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 7)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 8)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 9)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 10)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 11)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 12)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 13)

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 14)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 15)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 16)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 17)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 18)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 19)

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.
Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista
Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada
Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)
Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tântrico
Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.
Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?
Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.
Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes
Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos
Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina Del Desierto. (Libro 4)

Los Secretos Del Rub Al-Jali

Las Voces Del Desierto

Una Novela Romántica De Mercedes Franco

CAPÍTULO I

Omar Al-Hazim

En las profundidades del desierto, donde el hombre no ha sabido llegar, entre las dunas sin tiempo que juegan con el viento, allí comenzó todo. Cuando las historias se decían sin plasmarlas en las piedras y el papel, en esa época era el sonido de las voces las que sabían contar las historias, en las cuales se relataba el suave andar de los hijos del viento, sus aventuras, la vida y la muerte coloreada con la belleza de sus prosas.

En el rumor que es conseja y canto, que suena a poesía entre los labios. Es como una suave caricia que exagera los sentidos y acrecienta la imaginación. La sombra que se vuelve una figura y las nubes doradas de la tarde que toman formas animales y humanas.

Hace mucho tiempo, tanto que ni siquiera se puede contar, milenios que son nada para los dioses y mucho para los pobres hombres. En esa época cuando los días eran jornadas entre las ovejas y la búsqueda del agua, cuando las noches trascurrían al abrigo de las fogatas y las voces que contaban... hace mucho tiempo... hace mucho...

Los sucesos inexplicables tomaron curso en la imaginación, conformando una mitología alrededor de aquello para lo cual no había una causa aparente. Así surgieron los dioses del desierto: el viento, los árboles, el agua, la lluvia y seres que parecían salir de la nada, tanto como los espejismos que se formaban en las horas del sol ardiente.

Seres informes, hechos de las sombras, que adoptaban formas de árboles y también de hombres. Así surgiría la leyenda con seres hechos del aire cálido que sopla en el desierto embruteciendo los sentidos y generando delirios en las mentes ofuscadas por el sol y la sed.

De esta manera, con el correr del tiempo, lo que era simplemente kilómetros de arena se fue transformando, por acción de la mente de estos seres, en un mundo mágico, místico, en el cual las arenas y sus formas tomaban profundas significaciones. Un lugar donde los atardeceres hablaban y el universo de las doradas arenas estaban llenas de seres fantásticos con poderes sobrenaturales. Figuras que toman vida, entre el fuego de las fogatas y la soledad que provoca la inmensidad.

Son las noches interminables, los kilómetros que recorren las caravanas, las cuales llevan sus cargamentos, tiendas y vida de un lado al otro. Es el profeta que habla el futuro contándolo en las arenas, como quien mira un espejismo que se forma con el intenso calor y la desesperación de las mentes atormentadas.

La voz se escucha fuerte y clara, habla con seguridad en su dialecto badawi, relata la historia aportando un matiz misterioso a sus palabras. Es una especie de respeto hacia aquello que es casi mágico, un vocabulario lleno de matices; colores que enriquecen las fábulas de los hijos del

viento.

- Hace siglos cuando la luna gobernaba sobre el desierto y el viento reinaba entre las arenas, hace siglos cuando los hombres solamente sabían navegar entre las dunas y vivir en un mundo mágico lleno de los colores de su propia existencia solitaria, existió un hombre que se atrevió a desafiar el desierto. Su nombre era Omar, un importante Jeque, su poder era tal que pensó podía desafiar las leyes del desierto y de los hombres, se alzó por encima de los suyos para oprimir a las tribus y obtener mayor renombre del que ya tenía. No sabía que la naturaleza siempre busca su curso, que el desierto sabe generar un equilibrio en la vida de los seres que habitan en él.
- ¡Omar Al-Hazim!, —dijo uno de los oyentes, fascinado con el fuego y con la canción de las palabras—.
- Sí, Omar Al-Hazim, el jeque de la tribu beduina en la parte oriental del desierto, era uno de los hombres más importantes en la zona árabe, lo sabía y por esa misma razón su orgullo crecía cada día. Su poder era indiscutible, tanto que el oro y las riquezas comenzaron a corromperlo. El profeta lo decía, que algún día el orgullo corrompería a la tribu, que acabaría con todo como lo hace la tormenta de arena más recia, porque no está en los hombres desafiar al destino, sino que es el destino quien crea a los seres humanos. Pero este no hizo caso a las advertencias, su mente estaba enceguecida, el poder daña el alma de los seres humanos.
- ¡La maldición del Rub Al-Jali!, —dijo uno de los chicos fascinado con la historia—.

A este chico le gustaban los cuentos del desierto, era como si tuvieran vida propia, y ellos habitaran en un mar que no podían percibir, pero que les llenaba de vida, como si no hubiese nada a su alrededor, más que ese hábitat que les rodea. El fuego carmenaba sus rostros, se movía como una danzarina en la fría brisa de la noche, aportando un matiz más dramático a la historia.

Alrededor de la fogata se agrupaban los jóvenes y mayores, compartiendo la maravillosa vida colectiva de la tribu. En su lugar los hombres, en su lugar las mujeres, cada uno habitando según sus costumbres, ideas y deseos. Los primeros preferían las historias de los fantasmas del desierto, las segundas las historias de amor, como la de Amira o la princesa Faruz.

El hombre prosiguió con la historia, cada palabra cantaba en el viento y llenaba de exaltación los oídos de sus espectadores.

- Pronto se creyó con tanto poder como para ser invencible, para estar por encima de todos los demás. Los suyos comenzaron a temer que una terrible maldición cayera sobre el hombre y, por ende, en ellos mismos, no se podían burlar las fuerzas de la naturaleza, no se puede desafiar el poder de los dioses del desierto.
- Entonces ¿qué pasó?

El profeta hace una pausa satisfecho porque nota el interés de su audiencia, quienes le miran como embobados. Es la historia una y mil veces contada, pero que parece tomar vida propia en sus labios, matizada con las expresiones y con el ambiente propicio para los cuentos misteriosos, que hablan de los espíritus del desierto y de las voces que claman entre las arenas.

- Un buen día se levantó y observó orgulloso todo lo que tenía, se sintió tan poderoso que miró al desierto con desprecio, ese lugar era poca cosa para él, llevaría a su tribu a otro nivel, algo mucho más grande le esperaba. Rub Al-Jali, era un mundo muy pequeño para el gran Omar, lo decía, ese maldito desierto era poco para él, fue como si convocara la tormenta. Pocos días después se desató un viento recio, una tormenta extraña y seca, cálida que barrió con buena parte de su ganado.
- La maldición del desierto...
- Luego, el orgulloso hombre descubrió que estaba enfermo, sí, una maldición cayó sobre él, su piel estaba cambiando y lo que antes era hermoso, ahora lucía atemorizante. Pronto su cuerpo comenzó a cubrirse con esa plaga, y la desesperación hizo presa de él, y ni siquiera los curanderos más importantes del desierto pudieron ayudarlo. Una de sus esposas, la más sabia de todas, Samira, creía que era una maldición, siempre supo que sobre la tribu caería ese poder, debido al comportamiento de su esposo, era blasfema la forma que se expresaba y desafiaba a las fuerzas de la naturaleza. Pero, aunque ella se lo advertía todo el tiempo, el gran jefe no hacía ningún caso, un hombre que no presta oídos a la voz de su esposa es un hombre sobre el cual caerán muchas desgracias, —dijo el profeta—.

Algunos de los chicos comenzaron a reírse porque ya tenían a alguien en mente y otros simplemente porque se imaginaban algún día casados, con su propia tienda, hecha con la mejor piel de camello y poseyendo los rebaños de ovejas más grandes de todo el gran desierto. Se miraban unos a otros con gesto pícaro, sus afectos ya estaban distribuidos entre la tribu, los ancianos sonreían al verse reflejados en los rostros de los jóvenes, sabían perfectamente lo que era, porque ellos ya lo habían vivido, solo que el desencanto de los años se llevaron sus sonrisas.

El profeta prosiguió la historia, la leyenda del hombre que había blasfemado al desierto y pagado las consecuencias por ello.

- La enfermedad comenzó a evolucionar a un paso implacable, tanto como para que el orgulloso Jeque se rehusara a que las personas le vieran. La maldición había caído en la tribu más poderosa de Rub Al-Jali. El desierto le había condenado por sus malas acciones, por el orgullo con que se alzó por encima de los suyos, el Rub al Jali no perdona, es un adversario demasiado poderoso y no puedes retarlo. Omar se despertó un día, estaba desesperado, no soportaba esa condición con que había sido condenado, era una pesadilla, la carne se desprendía de su piel, la sensación resultaba insoportable.
- ¿Qué pasó entonces?, —preguntó otro de los jóvenes, aunque sabía perfectamente lo que seguía en la historia, pero resultaba inevitable no emocionarse con la leyenda—.
- Salió de la tienda, el sol estaba cayendo en el horizonte, caminó internándose en el gigante dorado, como atraído por una fuerza poderosa. Caminó hasta que ya no pudo más, el viento del desierto se lo había llevado todo, su vida y su cuerpo, las ganas de vivir.

El hombre es un ser sensible, débil, su poder solamente se encuentra en su mente, pero lamentablemente este no trasciende, no es nada ante el poder de la naturaleza. El viento recio se lo llevó todo, la arena se desplazaba de un lado a otro, la noche se apoderaba de su existencia y la de todos los habitantes del desierto.

- ¿Por qué?, —gritó—, su voz se proyectó como un eco, el sonido se desplazó en la distancia

sin recibir más que el silencio como respuesta. El desierto no habla con todos, y mucho menos con aquellos que se atreven a desafiarle, el desierto no se dirige a los altivos, sino a aquellos que saben respetarle, quienes con sus acciones demuestran que son dignos de vivir y crecer, de morir y ser nuevamente lo que fueron antes que existieran en este mundo de materia, seres de aire, ecos que se dispersan con la brisa, por la eternidad.

El viento arreció, llevándose todo, tomando lo que le pertenecía, tragándose el orgullo de los hombres y las palabras que no remontan más allá de aquellos que pueden escucharles. El hombre no es nada ante el poderoso desierto, todos los que se atreven a retarle terminan destruidos.

- El hombre desapareció y desde ese día se transformó en un fantasma de arena, un fantasma del desierto...
- Un duende del desierto.
- Así es.
- ¿Cuántos más hay?, —pregunta otro con suma curiosidad—.
- Hay muchos, —dice uno de los ancianos—, demasiados, tantos como lo es la blasfemia de los hombres y su tonto orgullo, tantos como los años en que el hombre ha existido sobre estas tierras.
- ¿Cuántos?, —dice otro de los chicos—.
- Tantos como los más de 8 mil años que tienen los hombres en estas tierras.
- ¡El Rub Al-Jali!, —exclama el profeta—, es implacable con quienes se burlan de su existencia, no se atreven a retarle, porque el fantasma de arena viene sobre aquellos que quieren desafiarlo y puede lanzar una terrible maldición sobre su cabeza, —dijo poniendo cara muy seria—.

Los chicos reían, pero en el fondo una vaga zozobra cubría sus corazones, no se puede jugar con el desierto. No se puede retar aquello que es más grande que tu propia existencia, que no sabes entender en tu pequeña mente humana, en la corta vida de los hombres. Todos se miran con temor, como diciendo “yo no lo he hecho, no he blasfemado contra el desierto”, reafirmando que jamás lo harían, como si el desierto pudiera leer en sus mentes y saber incluso hasta lo que han pensado en algún momento.

Lejos han quedado ya aquellos días, se los han llevado las arenas del tiempo, pero, aunque el hombre ha muerto y vuelto a nacer, aunque el ser humano ha desaparecido y renacido una y otra vez, el desierto sigue siendo el mismo, sigue estando allí, inmutable, como un testimonio de su fuerza, y de la supremacía de su poder. Allí siguen desplazándose de un lado a otro las caravanas de camellos, como lo hicieron desde hace miles de años atrás.

Así, muchos siglos después, un buen día ante el mercado de la floreciente Dubái se apareció un misterioso hombre, enteramente vestido de negro que llevaba un envoltorio en sus manos. Salió de la nada, jamás nadie le había visto por allí, no se sabía su nombre y parentela, simplemente estaba allí parado, mirando hacia un punto donde alguien supervisaba unas mercancías traídas de la India.

Lo miraba con vivo interés, como quien es atraído por una fuerza magnética. Este hombre vestía de oscuro, como la usanza de los beduinos y ese color matizaba con su naturaleza sombría.

Los que sabían la historia eran conocedores que cuando aparecía un ser de sombras era porque iba a reclamar algo, o peor a conjurar una maldición. Los beduinos tomaban entonces sus amuletos con fuerza y se alejaban, un fantasma de arena se ha aparecido en el mercado. El hombre occidental no sabe y el árabe ciudadano tampoco, pero los hijos del viento saben interpretar las señales.

Pero Mohamed conoce las historias, pero se ha desprendido de ellas, ahora sus dioses son el éxito y el dinero, tal cual como un hombre occidental moderno. Corre el año de 1935 y el mundo es un lugar muy diferente a lo que fue en los tiempos de los antiguos, ahora la civilización amenaza con llevarse todo por cuanto los beduinos han vivido por milenios. El dinero de las perlas mueve la maquinaria de las ambiciones, pagan las edificaciones que comienzan a crecer entre lo que antes fueron arenas, y que parece tragarse inmisericorde al gigante dorado, y este, por supuesto, no acepta las profanaciones.

El desierto busca venganza, y pronto encontrará con quien hacerlo. Algún hombre desprevénido, que es tan pobre como para desear solamente el dinero, que es tan ambicioso como para ser capaz de ofrecer lo más valioso que tiene, su propia existencia, el mayor tesoro que puede poseer un hombre, y que, sin embargo, entrega ante la nada como si no valiese una sola moneda de oro.

La voz cavernosa se proyecta, el hombre ahora se ha acercado al otro, quien le mira con desconfianza, pero sin saber a lo que realmente se enfrenta.

- ¿Usted es Mohamed Ali Saab? —Dice y es como si el desconocido poseyera su propio eco—.
- ¿Por qué?, ¿quién es usted?, —dijo con desconfianza el interpelado—, hombre sagaz acostumbrado a siempre preguntar antes de responder, porque allí no se podía confiar en nadie.

El personaje le miraba como quien analiza en profundidad, pero al mismo tiempo sabe lo que está buscando, parecía uno de esos hombres que siempre gustan ponerse por debajo de su oponente, haciéndose un manto falso de humildad para atrapar a su presa. El interpelado le miró de arriba abajo con esa mirada certera que posee el comerciante hábil, que estudia bien al otro antes de emitir palabras, que sabe cómo medir el alma humana y manipularla como arena entre sus manos.

El hombre poseía un aspecto extraño, a pesar que parecía el típico beduino vestido con su thawb, de su ser destilaba algo más. Su aspecto parecía una especie de disfraz que enmascaraba la verdadera esencia de quien le miraba fijamente con sus profundos ojos negros. Mohamed sintió algo raro, él mismo era un descendiente de los beduinos, pero sus ansias de hombre acostumbrado al dinero habían ido desdibujando esa capacidad propia de aquellos que estaban acostumbrados a percibir los detalles, con sus ojos que veían en las distancias más lejanas.

- ¿Usted es el mismo hombre que está interesado en la flor del desierto? —Le preguntó, y a Mohamed le llamó la atención su profunda y cavernosa voz, que sonaba extraño de acuerdo al ambiente en el cual se hallaban—.

El ser le analizaba, ya había escogido, lo supo desde que vio los profundos ojos azules de Mohamed, desde que le escuchó mencionar en el mercado de las especies que estaba buscando la flor del desierto, y que cuando la hallara, se convertiría en el hombre más rico de toda Arabia. Sonrió en ese supo que este era el escogido.

- ¿Por qué?, —sigue preguntando este, acostumbrado a no dar respuestas hasta estar seguro de las intenciones de quien le interpela—.
- Tengo lo que ha buscado, —responde el extraño hombre con cara de satisfacción y suficiencia—.
- ¿Quién dice que estoy interesado en esa planta? —Para Mohamed cualquier persona que no fuese él mismo no era digno de su confianza, y aunque ya le comenzaba a interesar lo que decía, no estaba seguro de las intenciones que se traía el desconocido—. Había muchos ladrones y personas que buscaban tomar ventaja de otros, o que querían sacar provecho de su trabajo, pero él era astuto, o al menos eso pensaba, astuto a la manera de los pillos, pero no lo suficiente como para desviar lo ineludible.
- Su mirada me lo dice, —exclamó el hombre—, y son esos ojos enteramente negros como la noche los que parecen hipnotizarle, este ser le inquieta, aunque no quiere admitirlo.
- ¿Quién es usted?, —sigue insistiendo—, por nada del mundo confiaría en este individuo, que tiene todo el aspecto de ser uno de estos pillos del desierto, que buscan dar poco y obtener mucho a cambio.
- Eso no importa, si le interesa la flor, espéreme mañana a las 5:00 de la tarde aquí en el mercado, en la tienda de Abdul Hazim, —la forma en que pronuncia las palabras le llama la atención, es como si fuese alguien de otra parte, alguien que no está acostumbrado a hablar en árabe—. ¿Quién es este hombre?, se dice, y la forma en que se conduce le llama vivamente la atención—.

Es alto, delgado y posee un porte elegante, muy diferente a todos los hombres que le rodean. Su traje denota a alguien con suficientes recursos como para no tener que robar a otros, pero nunca se sabe, —siempre existen trucos—, se dice él. Se queda callado esperando qué más dirá el hombre, si algo ha aprendido es a callar y dejar que los demás hablen, porque el 90% de las personas siempre declaran sus intenciones sin siquiera proponérselo cuando hablan con los demás.

- ¿Qué quiere señor?, —le sigue preguntando, porque el hombre no ha emitido ninguna otra palabra, parece que es tan astuto como él y ha aprendido las mismas lecciones, solamente le mira como esperando lo que él dirá, hasta que al fin se ve en la necesidad de indagar por sí mismo—.
- Si le interesa, vaya mañana donde le he dicho, —añade el extraño personaje—.

Entonces se va como lo hace una sombra, quedamente y cuando Mohamed viene a ver, es como si hubiese quedado un vacío donde momentos antes había perceptiblemente alguien de carne y hueso. Mira a su alrededor y todo continúa igual, el mercado es como siempre, un montón de personas caminando de un lado a otro, es el bullicio acostumbrado y los olores que se cruzan en la atmósfera saturada de especies, cueros, telas y mil géneros más. Pero nada se puede percibir que sea extraño, exceptuando el vacío luminoso que ha quedado en ese rincón donde segundos antes se encontraba el desconocido, un fenómeno tan raro como para hacerle estremecer.

El hombre sabe que Mohamed acudirá, espera pacientemente, lleva la flor que sabe anhela, y es como una trampa mortal que está dispuesta para que caiga su víctima. Mira el solitario lugar donde ya ha cobrado su anterior víctima, Abdul Hazim, un ambicioso mercader de telas que se entregó sin oponer resistencia; ha desaparecido, pero Mohamed no tiene idea de lo que pasa, será días después cuando lo sepa y entienda completamente que algo raro está pasando a su alrededor y las consecuencias de sus malas decisiones.

Espera como un felino al acecho, sabe que entrará en cualquier momento. Una sombra se ha apoderado del lugar y la otrora tienda luminosa ahora no es más que un recinto un tanto oscuro donde se respira una atmósfera pesada.

Finalmente lo ve, allí está Mohamed Saab, su instinto no le ha engañado, este hombre ambicioso ama el dinero más que a ninguna otra cosa en la vida. Es igual a todos aquellos, cuya ambición los hace perderse a sí mismos sin apenas percatarse. Le observa desde la oscuridad de su puesto, sus ojos se afilan como dos espadas, no saldrá de allí sin que logre su cometido, es el momento y el desierto ha decidido cobrar una nueva víctima.

Está desorientado y tarda unos segundos en percatarse que él está allí, observándole con esos ojos de miedo.

- Señor Saab, por favor, —dijo con voz profunda—, siéntese, —lo tiene entre sus manos, y el hombre no sabe lo que le espera, algo más fuerte que la ambición, y que la inteligencia de los hombres, un oponente tan grande que es imposible luchar contra él, porque te envuelve como si fueses un pez en el mar—.
- Señor, le exijo me diga su nombre, —dice Mohamed, quien ya está perdiendo su acostumbrada calma—.
- Como le dije ayer, eso no es importante, pero si le tranquiliza, mi nombre es Khaled Al-Kader, soy un beduino al igual que usted, —le dijo con una sonrisa un tanto macabra—. Sabe lo que quiere, y sin saberlo Mohamed está en desventaja, es como una caña azotada por el viento del desierto, una caña que pronto se quebrará por la acción de este.
- ¿Qué es lo que quiere conmigo? —Dice tratando de parecer molesto, pero no las tiene todas consigo, en realidad siente un vago temor, aunque por nada del mundo quiere admitirlo—.
- No, usted ha estado buscando algo y yo vine a traérselo, —dice la voz inquietantemente reposada—.

Sentado allí parece gobernar en un mundo de sombras, desde donde le mira fijamente como quien tiene el control de la situación. Le observa detenidamente, como si pudiera ver a través de él, sonrío con suficiencia con esa risa controlada, sabe lo que quiere, y también que muy pronto lo tendrá.

Mohamed está un tanto asustado, pero su mente lógica y cuantitativa le dice que son solo nervios, que es normal sentir una especie de desconfianza ante los extraños productos del desierto, que lo mismo hablan de negocios que de magia y conjuros. El hombre le sigue mirando con ese rostro indescifrable, que es todo misterio y al mismo tiempo elegancia y distinción, casi como si la realeza reposara sobre sus hombros. Una extraña combinación para un hombre del desierto, es como si fuese algo más, y su presencia trascendiera lo obvio, como si viviese en su

propio tiempo.

- ¿Qué sabe usted acerca de lo que pueda buscar o no?, —dijo frunciendo el entrecejo, se negaba a darle la razón o mostrar su obvio interés por lo que este hombre guardaba celosamente en ese envoltorio que tenía en su regazo—.
- En este lugar todo se sabe, —agregó en tono misterioso, como si sus palabras quisieran decir mucho más de lo que expresaban—. Sin dejar, por supuesto, esa sonrisa un tanto sarcástica con la cual parecía matizar sus palabras reposadas, las cuales dejaban a su alrededor una especie de extraño eco, que Mohamed atribuyó a la acústica de la tienda, por encontrar un poco de lógica en algo que carecía enteramente de ella.
- Entonces...
- Aquí está, —dice colocando un envoltorio sobre el mostrador—.
- ¿Dónde está Abdul? —Preguntó con sospecha, pues le pareció extraño que el hombre no estuviese allí como normalmente acostumbraba a esa hora, y notó que el lugar estaba como atrapado en una burbuja de silencio, donde no penetraban los ruidos de fuera, los cuales normalmente podían resultar ensordecedores—.

Rápidamente echó otra ojeada al lugar, algo muy extraño estaba pasando, no quería hacerse eco de las supersticiones de los crédulos, pero definitivamente allí sucedía algo raro. Había una especie de aura oscura que se reforzaba con la mirada de miedo de ese hombre, la cual resultaba profundamente penetrante, el tal señor Al-Kader parecía leer, incluso, lo que estaba pensando, la sensación era increíblemente incómoda.

- - Abdul ha salido de viaje, siempre anda buscando cosas al igual que usted. —El tono de su voz envolvía a Mohamed provocándole una gran incomodidad—. Era inverosímil lo que le estaba diciendo, Abdul jamás dejaba la tienda sola, y mucho menos con este personaje extraño al que jamás había visto en su vida.

Fuera de la tienda, Ibrahim Habach, un mercader de telas, tomó con fuerza su amuleto, estaba seguro de que algo muy malo estaba sucediendo dentro. Podía sentirlo, sabía las consejas de los beduinos, porque su abuelo era uno de ellos, también de los fantasmas de arena y estaba seguro de algo, esa cosa que entró en la tienda de Abdul no era un hombre, de hecho, vio al propio Abdul hablar con ese ser y luego desaparecer, quiere advertirle a Mohamed, pero no puede, no sabe cómo hacerlo sin ponerse él mismo en peligro. ¿Por qué los hombres no entienden los peligros del desierto?, se pregunta, caen presa de sus propias ambiciones, como si hubiese algo mucho más importante que su propia vida.

Dentro, Mohamed está interesado en saber qué es eso que el hombre tiene en el envoltorio. Aunque no le inspira confianza, su curiosidad y la ambición es mucho mayor que su sentido común. Sus penetrantes ojos azules no dejan de mirar el paquete, el extraño lo sabe, no pierde de vista ninguno de sus gestos.

- ¿Lo dejó encargado de la tienda? —Interrogó—, es una explicación absurda, y es obvio que no puede ser cierta, pero la verdad es que tampoco le importa Abdul, lo que le interesaba en ese momento era saber si ese hombre realmente tenía la flor del desierto, si era así, estaba dispuesto a hacer lo que fuese por obtenerla.

- No, solo me permite hacer negocios en ella, —acentuó la palabra negocio y el término adquirió instantáneamente un matiz siniestro—.

¿Qué clases de negocios eran esos que un hombre tan celoso como Abdul le permitía hacer a este desconocido y en su propia tienda? Eso no tenía el más mínimo sentido, pero fingió que aceptaba dicha explicación tan solo para saber qué era lo que finalmente tenía allí y por qué tanto misterio. Su mano reposaba sobre el mostrador, entonces notó que esta era muy blanca y un tanto huesuda, allí terminaba la belleza existente en el porte airoso de este hombre que no parecía un beduino, sino más bien una especie de príncipe.

- Mmm.
- ¿Quiere ver el paquete?
- Sí, —exclamó dubitativo—, quería verlo, pero lo que no estaba seguro era lo que ese hombre quería a cambio de ello.
- ¿Me imagino que querrá ver oro?, —le dijo con una sonrisa ladina—.
- Señor, soy un hombre del desierto al cual solamente le interesan las cosas esenciales de la vida, —nuevamente esta última frase adquirió un matiz oscuro “las cosas esenciales de la vida”, y tal parece que eso significaba algo muy preciso para el extraño personaje—.

Las palabras del hombre sonaban como un eco en la distancia, a pesar de que la tienda no era tan grande como para producir ese tipo de eco. Mohamed miraba a todos lados, creía que en cualquier momento un grupo de facinerosos aparecería de la nada a robarle, y que ese hombre no era más que una táctica de distracción.

- Mire, —y desenvolvió el paquete—. Sus ojos casi se salían de sus órbitas, allí estaba desplegada la flor, fresca y rozagante, y él no lo podía creer, ¿de dónde este extraño sujeto la había sacado?, era tal cual como lo decían en la historia, de cálidos pétalos que parecían hechos con seda y de un profundo color de fuego.

Se quedó mirando la flor como quien ve algo codiciado, casi que su boca salivaba por la emoción, pero al mismo tiempo sus miembros temblaban de forma perceptible, no era nervios propiamente, sino la sensación de un mal presagio. Aunque la vida le había enseñado a no temer a los hombres, este ser no parecía un hombre cualquiera.

Le miraba con aire reposado, como un ser superior a alguien que está muy por debajo de él, sonreía con satisfacción. Pronto parecía que el desierto cobraría una nueva víctima y el incauto Mohamed no podía ver la trampa en la cual estaba a punto de caer de la forma más tonta posible.

- Ante usted, la flor del desierto, —le dijo sonriendo—.

Sus ojos ávidos le inspeccionaron, no lo podía creer, era cierto, allí estaba ante sus ojos. Rápidamente al desenvolverla, el lugar se llenó de un exquisito aroma, el cual atrapó a Mohamed como en una especie de aura, capas y capas de mágicas esencias que procedían de la hermosa y pequeña flor, apenas podía creerlo. Estaba preso como por una especie de encantamiento, ¿qué era esto?, ¿tendría tanta suerte en la vida? No, ese hombre seguramente no era más que un estafador con mucha gracia, con mucho más que él, por cierto.

- Esto es la flor del desierto, Zahrat Alsaħra', —lo que siente es el potente aroma que se destila del cuerpo y los pétalos, tiene propiedades potentes de todo tipo usadas por los hombres del desierto, muchas de ellas completamente desconocidas—. Tenga cuidado, —le advirtió sonriendo al ver que adelantaba su mano para tocarle—. Al decirle esto, parecía saber exactamente que sus palabras tendrían el efecto contrario, como si conociera precisamente la naturaleza de los hombres, la cual les impulsa ávidos hacia su propia y cruel destrucción.

Mohamed se quedó en silencio mirándola, era hermosa, sin duda que lo era, pero su poder no residía solo en el aroma, en esa extraña mezcla de sustancias, que algo debía tener de alucinógena y de locura, sino también en la leyenda. Que atrapa a los hombres como un monstruo de grandes tentáculos, pero que lo hace con la mayor fuerza de todas, tal cual, como una hábil mujer, a través de la seducción.

Pero Mohamed era un hombre terco y se empeñaba en negar la naturaleza real de la flor, así como la naturaleza real de los fantasmas del desierto, quienes acechaban entre los hombres y les visitaban buscando entre los mismos una víctima para cobrar sus pecados. Su dios era el dinero y a este le rendía culto, incluso por encima de su propia vida.

Había probado el hambre y las vicisitudes, pero ahora, como casi todo ser que vivió en la pobreza sin aprender su lección, estaba dispuesto a entregarse al mejor postor con tal de volverse un hombre poderoso, tal cual como lo haría milenios atrás su ancestro, el propio Omar Al-Hazim. Mohamed era patológicamente codicioso, nada podía pararlo cuando se determinaba algo.

- No juegue con ello, señor Mohamed, se lo advierto, no lo haga, ¡esto no es un juego! —Le dijo con voz fuerte, pero este no admitía consejos de nadie, hacía lo que le venía en gana y cuando le daba la gana—.
- No pienso jugar precisamente, bien, ahora le daré lo que le he dicho y un poco más, 70 monedas de oro, sin duda eso será suficiente.

El ingenuo de Mohamed creía que podía comprar la conciencia de los hombres con su oro, pero estaba a punto de aprender su lección. Las riquezas no lo compraban todo, había cosas más valiosas que el oro que cultivaba en sus arcas, más que todo, el dinero que pudiera represar.

- ¿Quieres conocer el precio que debes pagar? —Le dijo la voz que ya parecía más sombra que hombre, su tono resultaba insinuante, y se plegaba sobre sí, aturdiéndole como si fuese un encantador de serpientes—.
- No sé de qué me habla, por favor, tome su oro y váyase, —le dijo nervioso—.
- Ten cuidado con lo que pides, has pedido saber y eso te será concedido, —era como una condena lo que salía de sus labios, y Mohamed siente un temblor perceptible en sus piernas, pero por nada del mundo lo demostrará ante este ser que parece salido de la nada, una sombra que se escurre entre la luz—.
- ¿De qué hablas? ¡Largo de aquí!, ya te di tus monedas, tu oro, lo que querías, no pretendas venir a amedrentarme con palabras cabalísticas.

El hombre lo miró con satisfacción, era casi una burla porque no había pedido oro, porque el

oro era un precio muy bajo en comparación con lo que había venido a buscar. No saldría de allí sin tomar lo que deseaba y que, ante él, este pobre hombrecillo no era un adversario digno.

- Mohamed, tonto hombre eres, tonto hombre que eres ambicioso... porque crees que el oro es más valioso que tu propia vida. —Declaró con voz profunda, como si con ella clamara, como si con esas palabras declarara algo tan profundo como una de las maldiciones que él mismo ha escuchado en boca de los profetas—.
- ¡Váyase por favor!, —y ya se siente asustado, sus labios comienzan a temblar, pero, aun así, por su orgullo, no demostrará nada a este ser que ha venido para, al parecer, burlarse de él—.
- ¿Quieres conocer el poder de la flor? Te lo mostraré. —Mohamed sintió una especie de rayo potente que le penetró en lo más profundo, como fulminado por la fuerte presencia, algo sobrenatural que no puede ser parte del mundo mortal y en instantes estaba en otro lugar, en medio del desierto—.

El hombre oscuro lo sabía, la flor puede hacer maravillas, lo ha hecho antes y lo seguirá haciendo mucho después controlando la vida de los mirtales que se atreven a acercarse a su presencia. Sus sustancias pueden alterar los sentidos, pero hay algo más, en ella reside la presencia de la princesa Faruz.

De hecho, la flor es la misma princesa Faruz, quien por un encanto de su amante, el desierto parece haber quedado atrapada en su belleza y poder dentro de la planta. Eso dicen los beduinos, y seguirán diciéndolo hasta que el último de ellos desaparezca para siempre del desierto.

Hay personas que no saben escuchar las advertencias, ni siquiera cuando están a punto de caer al abismo. Así Mohamed volvió de una alucinación, estaba maravillado, pero, aun así, seguía dispuesto a seguir negociando con su propia vida, como un ser terco que no sabe entrar en razón y que su ambición le hace presa de ser destruido por las fuerzas del desierto, así sea entonces, se dice el hombre de las sombras.

- Has cavado tu tumba, así sea entonces, —su voz adoptó un matiz fuerte y cabalístico que generó en Mohamed un estremecimiento interno—. Pero ya era tarde, una vez que ha sido convocada, ya no puede volverse atrás.
- Señor... —dice nervioso—, porque ahora por primera vez siente que algo muy malo en verdad está pasando.
- Tendrás mucho dinero, y los tuyos por generaciones también lo tendrán, pero deberás pagar el precio, y ellos también lo harán.

Ese precio es demasiado caro, tanto que el mismo Mohamed no puede saberlo. No lo sabrá nunca porque la llamada está por acecharle, y cuando se cumpla, desaparecerá de entre los hombres, como una sombra, al igual que el extraño ser que ahora le mira con sus ojos oscuros.

- Si vale la pena... —exclama el terco e irrespetuoso hombre, para quien el dinero y las riquezas son tan importantes como para sacrificar incluso hasta su propia existencia, a quien su mente le dice que las costumbres de su gente no son más que tontas supersticiones de seres alienados por sus miedos—.

- ¿Estás seguro? Puedes tener una vida feliz y larga si así lo quieres, —le dijo dándole la última oportunidad, esa que se da a los débiles hombres antes de caer sobre ellos como una fiera hambrienta, esa oportunidad dudosa, porque este tomaría la decisión incorrecta, porque sabía que lo prohibido exagera los sentidos de quienes solo viven para tener más, y nada es suficiente—.
- No me interesan las normalidades, he tenido una vida feliz por mucho tiempo, ahora lo que me importa es tener dinero. —Habla el hombre, el ser de las necesidades, pues no hay mayor pobreza que tener solamente dinero en su haber, pero él no está destinado a entenderlo, y el ser de sombra lo sabe, lo comprende, el desierto este día cobrará una nueva víctima—.
- Si así lo quieres, que así sea, entonces serás tragado por el desierto, en el momento menos pensado, cuando menos lo creas, así será.
- Bien, como digas, —contesta el despreocupado hombre, para quien las maldiciones del desierto parecen no ejercer el temor que provocaría en otros—. Quizás por la costumbre de escuchar de ellas todo el tiempo o probablemente porque cree que este hombre no es más que una especie de hipnotista, que es capaz de hacerte creer lo que desea con tal de venderte su mercancía, un hábil, muy hábil encantador de serpientes, pero no más que eso.
- El desierto te buscará en el momento adecuado, entonces te llevará con él, así sea.
- Ya es suficiente de maldiciones del desierto por un día, vamos, ahora quiero que se vaya.
- Busque a la señora Smith, ella le ayudará a lograr lo que quiere, —le dijo el hombre—, y fue como una sombra que se escurre, cuando miró simplemente ya no estaba.

El desierto es implacable, Mohamed se da cuenta tarde, las monedas están sobre la mesa, entonces —¿cuál es el sentido de todo esto?— Se dice, pero está tan feliz con la flor que no piensa en nada más. Sin darse cuenta ha entregado todo lo que tiene y mucho más. Así cuenta la historia que Mohamed comenzó a volverse rico, muy rico, pero un día... llegó el llamado.

Despertó y allí estaba el hombre de las sombras esperándolo, conduciéndole hacia el Rub Al-Jali, de donde sus antepasados salieron una vez y donde nunca debieron salir jamás. Caminaba tras él, como presa de un hechizo, mirándole hipnotizado, viendo a su alrededor cómo el desierto se transformaba ante sus ojos en un oasis, y cómo las flores rojas llenaban las dunas y crecían palmeras en medio de la nada. El viento oscuro sobre una vida, el viento de las tormentas haciendo de las suyas, soplaba con fuerza hasta llevárselo todo.

- Khaled Al-Kared, ¿qué es lo que quieres?, —le dijo asustado—.
- Hace años dijiste que me pagarías, ya es hora de hacerlo, —le contestó con una sonrisa—.
- ¿Quién eres realmente?, —le pregunta asustado—, mientras a su alrededor la brisa bate con fuerza y las arenas juegan con su ser, antes de engullirle para siempre.
- Mi nombre es Omar Al-Hazim, —su voz profunda fue callada por el fuerte huracán de arena—.
- ¿Eres un fantasma?
- La ambición te condena Mohamed, así como me condenó a mí hace mucho tiempo, ahora los dos lo seremos.

La arena se lleva todo y así Mohamed lo sabe, jamás saldrá de allí, se ve a sí mismo entre la nada y la oscuridad. Ahora él también pertenece al mundo de las sombras, es el fantasma de sí mismo, el que buscará a otros para que se pierdan como él lo ha hecho.

El dorado gigante no perdona a aquellos que se atreven a desafiarle, es un adversario demasiado grande e inmenso y los hombres que se atreven a retarle terminan siendo presas de sí mismos, de sus propias y tontas ambiciones. Así nace una nueva leyenda, el fantasma de las arenas.

Muchos le han visto, muchas historias se cuentan, el hombre que vaga entre las dunas presa de su propia ambición, mucho se cuenta de los Saab y de todas las cosas malas por las que ha tenido que pasar la familia. El Rub Al-Jali es un adversario demasiado poderoso que destruye a todos los que se atreven a retarle.

- A ese fantasma le han visto vagando por el desierto, dice el chico con cara de emoción, yo vi a un hombre que caminaba con pesar entre las arenas, fue al atardecer, lo vi, —asegura—.
- Ese es, —dice el profeta—, es Mohamed Saab quien se dejó comprar por su ambición y perdió su propia vida, tal cual como Omar Al-Hazim, y como muchos otros que ahora vagan en el mundo de las sombras, como fantasmas de sí mismos.
- ¿Como la princesa Faruz?
- No, esa es otra historia, le dice el hombre sonriendo, una historia muy diferente, que, sin embargo, también se cuenta con la arena del desierto y el sonido de las tormentas.

Apenas queda un rescoldo de la fogata, todos se han ido a dormir, menos el joven, vaga fuera, entre las tiendas, mirando hacia las dunas con ansias. Así son los hombres, siempre hay algún corazón en el cual el desierto hace eco, es el llamado y no hay nada que se pueda hacer al respecto. Es como si retumbara en su ser y las voces del pasado hacen presa en su cabeza, sale del campamento y se pierde entre las arenas del desierto, la voz del Rub Al-Jali ha hablado una vez más, y los hombres le obedecen.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO II

Ave libre

Siempre es doloroso cuando debes alejarte de quien amas, es una daga cortante y afilada que te traspasa hasta lo más profundo. Eso es exactamente lo que le pasa a Farid, en el vacío de su propia desilusión ha cavado tan profundo que ahora no sabe cómo salir de su propia trampa.

- No quiero que te vayas, es casi un ruego la forma en que emite esas palabras, acompañadas de esa mirada profunda que ella tan bien conoce.
- Tengo que hacerlo, —le dice ella—, aunque no quiere sabe que es lo más adecuado, tiene una vida, una que le ha costado mucho lograr y no piensa dejarla solamente porque de buenas a primeras se enamoró del hombre menos adecuado posible. No quiere vivir la típica historia de la mujer que dejó todo por amor y luego se arrepintió toda su vida.
- Haré lo que quieras, todo lo que me pidas.
- Sabes que eso no es posible Farid, tú tienes tu vida, y lo justo es que la sigas viviendo, y yo tengo la mía, no puedo dejarla.
- Por el amor se hacen sacrificios, —su voz es apenas un murmullo, no sabe qué hacer para retenerla—.
- Lo sé, pero no estoy dispuesta a hacer esto, no dejaré la forma en que estoy acostumbrada a vivir, ni siquiera por ti, lo siento, eres especial para mí, pero esto es mucho, nos separan demasiadas cosas, lo sabes, tu religión, esa forma en que piensan, todas esas costumbres, tu madre me detesta, en fin, no creo que... —y entonces comienza a llorar—.

Si hay algo que detestaría es dañar la belleza de lo que han vivido, dañar este amor con ese tipo de diferencias sería como un terrible crimen, uno que no se pueda dar el lujo de cometer.

- Sé que todo está en contra nuestra, pero para mí ese es un motivo más, la vida me ha enseñado que lo bueno, lo que es realmente especial siempre es difícil. Si luchamos por esto, podremos triunfar, sé que suena como algo cursi o fantasioso, pero estoy seguro que podremos hacerlo.
- Todo eso resulta muy bonito, pero son palabras, las palabras se las lleva el viento, los hechos son muy diferentes. Farid, todo lo que hemos vivido sin duda es muy especial, pero por la misma razón, quizás, sea mejor que dejemos lo siga siendo, no lo dañemos con todas estas cosas que nos separa.
- ¿A qué te refieres?, —le dice con voz grave y un tanto rasposa—. Es un hilo de voz lo que ahora sale de su garganta, el miedo a perderla recorre cada fibra de su ser.
- Sabes perfectamente a qué me refiero, al hecho de que las cosas hermosas son como espejismos que nos encontramos en nuestro propio desierto. Es algo con lo que vives en ese instante menos esperado, pero que no puede ser eterno, confrontado a la luz de lo cotidiano termina por morir, como lo hacen todas las cosas que son corrientes, del día a día, ¿quieres

que nos pase eso?

- ¿Me estás diciendo que quieres que esto se acabe? Porque yo no deseo eso, es... absurdo, ¿por qué querría terminar con algo tan hermoso?
- Tu novia, la estadounidense... —dice aludiendo a esa historia que él tan bien conoce—.
- ¿Por qué?, ¿de dónde sacaste eso?, —y su rostro cambia, es como si al mencionar eso le apuñalaran por la espalda—.
- Hay fotos de ustedes, solo que jamás me había tomado la molestia de investigar tu vida, ahora que he indagado, entiendo muchas cosas.
- Como ¿qué?, —ahora parece un tanto molesto—, el pasado es pasado, él creyó amar a esa mujer, pero ahora sabe que no era así, porque lo que siente por Alexandra es infinitamente mayor, tanto que lo siente en todo su cuerpo, es una sensación poderosa.
- Lo difícil que es para una mujer hacer ese tipo de sacrificios. No me mires así, renunciar a la libertad puede ser demasiado, incluso si se ama.
- ¿Eso sientes entonces?, —tiene un gesto de desilusión—. Sabes, cuando te conocí fue... estaba seguro que no era normal, tenía que ser algo fuera de este mundo, porque jamás alguien provocó en mí una sensación como esa.
- Farid, por favor, basta.
- Solo dime que no sientes lo mismo por mí y te dejaré ir sin problemas.
- Farid, me iré igual, no ejerces control sobre mí, ni pido tu permiso para hacer nada, soy...
- Una mujer libre, lo sé, pero te equivocas, puede que no ejerza ninguna fuerza sobre ti, pero sí hay una fuerza que está sobre nosotros, algo que no podemos controlar, aunque lo queramos.
- Ah... ¿sí?
- Sí, lo sabes, el amor está por encima de nosotros, —la toma por la cintura y la tira sobre la cama con fuerza, una pasión enardecedora le invade—.
- Farid, esto no servirá.
- Veremos... —y toma de pleno su boca mientras su mano baja hacia su entrepierna—.

Él es como un náufrago, alguien que busca salvarse, que se ahoga y trata de respirar. ¿Cómo es que en tan poco tiempo sus vidas se han cruzado e interconectado de esa manera? Viento recio hay en su corazón y es su propia tormenta que amenaza con matarle. Es la sensación que la vida ya no será la misma, se ha acostumbrado a la sencillez de sus palabras y el bálsamo de su risa, que es como un oasis cuando más sediento se ha sentido.

Sus labios recorren la blanca piel, y una vez más descubre que ella tiene sus propias dunas, que es como el desierto, un conjunto de maravillosos misterios que invitan a adentrarse, pero que al mismo tiempo pueden provocar tu destrucción. Su sabor es exquisito y entre sus piernas sus labios sedientos mitigan la sed, mientras ella comprueba lo difícil que será renunciar al paraíso.

Horas han transcurrido, pero no hay presente ni pasado para quienes se aman. Sentada en su regazo, él sabe hacerla delirar de placer, son las palabras que susurra a su oído y sus caricias que saben tocar en el momento y lugar justo. La calidez de su cuerpo es maravillosa, la fuerza de todo su ser le hace prácticamente levitar.

- Farid... —gime y no dice nada más—, en ese instante no puede, ni quiere hablar, es un crimen pensar en algo que no sea el placer indescriptible de ese maravilloso encuentro.

- Todavía falta, —le dice, entra en su cuerpo y ella grita de placer—.

Dentro de ella sabe rozar cada rincón de su ser más íntimo, la piel vibra, ningún punto de su cuerpo escapa al placer que él sabe prodigarle. Farid no puede creer que estén conectados de esa manera una vez más, tiembla y la sensación es tan fuerte que cree va a estallar.

Su negro y maravilloso cabello es una seda que contrasta con su límpida cama vestida enteramente de blanco. Los ojos cerrados reclaman el placer, la boca entreabierta busca la suya y la toma, arrastrándole a esa deliciosa confusión que es la existencia misma y los atrapa con su fuerza avasallante.

Se apodera de ella al mismo ritmo que su cuerpo, la lengua juega con la suya en un huracán de deseo. Alexandra lo sujeta cada vez con más fuerza a medida que se incrementa su pasión. Tanto que lo hace gemir de dolor, la sensación la invade, Farid sabe cómo volverla loca.

- Me pondré así... —dice repentinamente y se coloca sobre él—, Farid sonríe, siempre le han gustado las mujeres que toman la iniciativa.
- Como quieras, —dice entre gemidos de placer—, ese cuerpo sobre el suyo es como un sueño hecho realidad.

El placer es extremo y jura para sí mismo que nunca ha estado con una mujer como esa. No es solo la belleza de su cuerpo, es la potencia de su ser, la forma en que lo hace delirar, cómo toca cada rincón de su anatomía, es eso y mucho más.

Lo supo desde que la vio entre el fuego, con esos ojos de zafiro, con esos labios de grana que quiso tomar para sí desde el primer instante. Es la primera vez que ha sentido la posibilidad de un futuro verdadero, con alguien parecido a él, una mujer libre, apasionada, un ave que sabe volar con su propio viento.

Su piel es de nácar y sus piernas ahora se aferran a él con fuerza, sabe lo que hace, no es tímida, ni siente vergüenza de demostrar su pasión. El ritmo es magnético y sus caderas saben bailar de una manera exquisita. Esa mujer está hecha del azul del cielo, pero también quema como el fuego mismo y sus dedos al tocarle destilan su esencia ardiente dejando las marcas por todo su cuerpo. Rozaduras que calman la sed de su vida, que le hacen entender que todo tiene un significado.

Su cuerpo está perlado con las gotas de sudor, ambos se quedan mirando, él admirando los mil matices de su mirada y ese tierno color sonrosado que ha nacido en sus mejillas. Ella apreciando su fuerte cuerpo, un compendio de masculinidad y ternura en una proporción maravillosa.

Por segundos se genera un instante mágico, tanto que cree podrá convencerla de quedarse con él. Es una ilusión frágil, como el espejismo del sediento y el arcoíris del cielo. Una alegría tan efímera como el tiempo que dura una sonrisa, sabe que es imposible y, sin embargo, quiere engañarse.

El tiempo transcurre sigiloso, pero su amor tiene la capacidad de crear un instante propio, de

dominar su momento, generando un espacio donde el pasado es presente y las horas se vuelven segundos. Es el sabor de su cuerpo, una exótica mezcla entre dulce y salado.

Se sienta en la cama, ella acaricia con ternura su espalda, por segundos se da cuenta que algo en él ha cambiado, está callado y sombrío, pero las palabras no terminan de salir por sus labios. Su mano le toca con ternura, con esa delicadeza maravillosa que exhala todo su ser.

La mira, ella lo ve esta vez con mayor claridad, él oculta algo, un secreto doloroso que no se atreve a decir por alguna razón en específico. Inspecciona su cuerpo, cada palmo, como buscando alguna respuesta que se lo aclare, pero no encuentra nada.

Farid se voltea buscando su mirada y la encuentra observándole, sus labios se entreabren, quiere decirle, pero entonces se detiene al verla. No puede hacerlo, eso no estaría bien, voltea nuevamente y entonces se levanta. Lo hace con un gesto derrotista, algo en el ambiente le dice que ella pronto se irá, y no importa nada de lo que diga o haga.

- ¿A dónde vas?
- Me daré una ducha.
- Ok, está bien, —lo mira, es tan hermoso—, ¿por qué la vida tiene que ser tan difícil?

Ella se queda pensando en que ya debe irse y que esto no es la prolongación de aquello que es inevitable. Sus vidas no pueden encontrarse como lo han deseado, hay muros que no se pueden saltar y este parece uno de ellos. De todos los hombres, de todos los que existen en este mundo, tuvo que enamorarse del más complicado de todos.

- Tengo que irme, —le dice en cuanto lo ve venir—, él la mira con cara de resignación, sabía que en cualquier momento diría algo como eso.
- Está bien, haré unas llamadas.
- Bien.
- Te irás en uno de los aviones de mi familia.
- Claro que no, no puedo aceptar eso, es...
- Es lo menos que puedo hacer por ti, vamos, acepta, me harías sentir muy bien si lo aceptas, muy bien es como un eufemismo para expresar “me estoy muriendo por dentro”.

La forma en que la mira es un ruego y ella no tiene corazón para decirle que no, aunque debe admitir que eso le hace sentir un poco incómoda. Farid está molesto y ella lo sabe, pero se hace la desentendida, no quiere seguir indagando sobre ese tema, ya ha tomado una decisión, y eso es lo que piensa hacer.

Él la escolta hasta la puerta de salida, se miraron por un instante y lo supo, esto era diferente, así se sentía y no le gustaba la sensación. Era un dolor profundo y punzante en su costado derecho, una sensación increíblemente desagradable, pero que es el precio del amor.

- Alexandra... —pero las palabras se disuelven como si no tuvieran sentido—.
- Farid, esto no tiene ningún sentido, está destinado al fracaso.
- No digas nada, es mejor que pensemos que nos volveremos a ver, que esto es solo un tiempo que nos tomamos, pero que estaremos juntos otra vez.

- Pero...
- Shhh, no digas más, solo compláceme.

Ella no quiere llorar, pero es inevitable, las lágrimas comienzan humedeciendo sus ojos hasta que sobrepasan su capacidad y comienzan a rodar por sus mejillas. Farid siente lo mismo, sus cuerpos se buscan con ansias, pero a veces el amor debe saber renunciar cuando todavía es la oportunidad de salir airoso.

- Debo irme Farid, debo irme ahora o jamás lo haré.
- Podemos hacer...
- No, no digas nada, no trates de convencerme por favor.
- Está bien, no diré nada, —pero sujeta con fuerza su mano, se aferra a ello como cuando alguien está a punto de caer a un abismo y se agarra con desesperación de su última esperanza—.
- Farid, —y entonces sus labios se rozan con suavidad, es un beso tierno, de esos que son como una caricia—.

Se miran por un segundo, es una de esas miradas que llevan el alma, que derraman el sentimiento más puro. No se necesitan palabras cuando es el corazón quien habla, no es necesario hablar, el silencio es suficiente.

- Es hora de irme.
- Alexandra, por favor.
- No trates de retenerme.
- Yo... y la mira... no puede decirle, no, esa no es la manera, las palabras se quedan paralizadas en sus labios, se congelan.
- Qué.
- Te amo, dice finalmente.
- Basta Farid, ya basta, —sigue llorando y las lágrimas caen con fuerza—.
- Ve amor, vete, —soporta el peso de su propio dolor, y sabe que es lo correcto—.

Él siente que tal vez sea la última vez que la vea, es una silueta que se va perdiendo en contraluz, su pecho le ahoga y es tan fuerte como el silencio de la muerte. Se voltea, desea salir de allí lo más pronto posible, camina cabizbajo, si ese es el sentimiento de amor, entonces resulta insoportable, ¿cómo vivirá con la sensación de pérdida otra vez? Amar es como un cruel y delicioso castigo, el dolor y la alegría en una sola cosa.

El amor te toma y cobija, pero cuando te acostumbras a su presencia, entonces te arroja lejos de sí haciéndote dependiente. Es el eco de un grito solitario en la lontananza, que se pierde sin ser oído. Como si te lanzaran a un abismo oscuro y termina de descubrir que jamás ha sentido nada igual.

Ahora cree que solo le quedará el tierno recuerdo de su mirada, el sonido de su suave voz que es como un arrullo delicado. La sensación de su cabeza siendo arropada por su blanco y tibio pecho. La dulzura de esos labios que saben dar y calmar la sed al mismo tiempo, así como la apasionada sensación de su cuerpo desnudo, pleno y rozagante, pletórico de placer que ha sabido

dominarle como ningún otro.

Solamente queda una distancia que le corta, que rompe su ser interno a cada paso que se aleja. Escucha el sonido del viento tras de sí, es el nuevo silencio presente en la soledad. Es una especie de ruego que lleva su mente a ese instante que sus vidas se cruzaron por vez primer. Entre el fuego y su ser ardiente, entre la bruma oscura de la más cruenta tormenta, en los primeros rayos del sol, con sus ojos garzos y su piel de nácar.

De repente se devuelve, es una necesidad visceral, el amor te castiga. Se para allí a ver cómo se aleja, es su propio avión, el mismo que le ha prestado para llevarla a su destino. ¡Qué estúpido!, ¿por qué lo ha hecho?, ¿por qué la ha dejado ir de esa manera?

El avión se pierde en el horizonte y él se queda allí, pensando que ha perdido su oasis, que la noche ha caído una vez más en su vida. Pero no es tan egoísta como para pensar solamente en lo mucho que la ama, y en que ya no puede estar sin ella. El amor no piensa en sí mismo y se sacrifica por aquella que es objeto de su sentimiento.

La sensación es confusa, una satisfacción y al mismo tiempo la vaga zozobra de lo que será el final. Una maldición yace sobre él y los suyos, el amor es el único que puede salvarle. Una sonrisa tonta se dibuja en su faz, siente esa tensión, como cuando quieres sonreír, pero tratas de no hacerlo.

Hay seres que no pueden acoplarse a las normas, él ha tratado de huir inútilmente de ellas toda su vida. ¿Cómo entonces podrá exigirle a alguien más que se adapte a lo que él tanto detesta? Sería demasiado egoísta al hacer algo como eso, el amor sabe cómo librar las mejores batallas, aún contra sí mismo.

Alexandra es un ave que necesita volar, no puedes encarcelarla, el cielo es su hábitat y no quiere, ni debe retenerla entre sus brazos, aunque desee cobijarla con la mayor de las ternuras. Él solo podría aspirar a ser su viento, la brisa que le impulsa hacia el lugar que desea, el lugar donde pueda ser feliz.

- Vuela lejos, ave libre... —dice y sonríe—.

CAPÍTULO III

El príncipe emiratí

El tiempo transcurre ligero como la brisa, los meses pasan y ya Alexandra se hace la idea de que todo ha sido un hermoso sueño. Se resigna a que su vida vuelva a la cotidianidad, el paisaje floreciente y la esmeralda refulgente del Ávila dominando su panorama. El ir a la universidad y sentarse en el cafetín como antes a discutir el pasado, la civilización sumeria, acadia o babilónica.

Ahora le da lo mismo, lo que antes resultaba apasionante, en este justo instante le parece aburrido, observa sin ganas el café. Escucha los temas de siempre argumentados en el mismo tono e, incluso, con los mismos gestos. No es que haya perdido su pasión por la historia, es que su corazón parece tener una herida abierta que de improviso punza en su pecho indicándole que algo falta en su vida.

Mira las caras de sus compañeros y reconoce en sus expresiones esa pasión que ella ya no tiene, algo ha perdido, es como si hubiese tropezado un escollo en el camino y ahora no sabe cómo volver atrás. La discreta ciudad se le hace pequeña ante el imponente desierto y los suntuosos edificios como el Burj Khalifa. Es que en aquel lugar todo es inmenso y suntuoso, lleno del más esplendoroso de los lujos.

Antes no notaba la diferencia porque sus ojos estaban habituados a estas dimensiones, pero ahora todo es distinto, las minúsculas proporciones chocan con su vista. ¿Cómo es posible que su percepción haya cambiado tanto, si tan solo ha transcurrido poco más de tres meses?

Sin embargo, lo siente como siglos, milenios en que las arenas del tiempo han pasado sobre ella, es como una especie de hechizo, y se pregunta si es que el encanto del desierto te persigue a donde quiera que vayas. El Rub Al-Jali está lleno de misterios, y quienes se atreven a desafiarle deben pagar el precio.

- ¿Qué mierda te pasa? —Le dice Lety un tanto molesta—.
- Eh... —contesta ella—, está completamente ida y Leticia ya se siente francamente incómoda con su actitud.
- ¿Qué mierda te pasa? —Te pregunté—.
- No, ¿qué mierda te pasa a ti?, ¿por qué esa mala actitud?
- ¿Mala actitud? Jajaja, ¿yo tengo mala actitud?
- Sí, escucha la forma cómo me estás hablando.
- No te das cuenta, es que estás como ida, pareces una loca.
- ¿De qué hablas?, soy la misma de siempre.
- Por supuesto que no, estás muy extraña.

Por alguna razón Alexandra no le ha contado a Leticia nada de lo que vivió con Farid, siente una especie de celo y temor. Como si al verbalizar la experiencia esta terminara de perder el

escaso sentido que pudiera atribuirle. Lety parece esperar una explicación, ella no es tonta, algo tiene que haberle pasado a su amiga en ese lugar, y no cualquier cosa, sino algo importante.

- A juzgar por tus blogs, la pasaste genial, esos lugares son maravillosos, qué manera de disfrutar la vida ¿no?
- Sí, esas personas llevan vidas increíblemente opulentas.
- ¿Pero te divertiste?
- Sí, hay demasiadas cosas por ver, todo allí posee una escala monumental, no te imaginas cuánto.
- Me lo imagino, sí, —y siente que su amiga guarda algo—. La conoce, está evadiéndola, no entiende porqué, antes se contaban todo o casi todo, y con antes se refiere a la semana justo antes del dichoso viaje. Ahora es una persona distinta, muy reservada, callada, no es en forma alguna su Alex.
- Así es.
- ¡Rayos!, sí que estás rara.
- No sé por qué insistes con eso, estoy bien.
- Mmm, si tú lo dices.

Pero no era cierto, pasaron más de tres meses y el dolor no se iba. Había experimentado los peores momentos de su vida, recordando y llorando como una tonta, sentía que no podía decirle a nadie, que no debía contar sus verdaderos sentimientos. Desde la distancia le parecía un poco tontos sus sentimientos, quizás solo fue un capricho pasajero, seguramente que ya estaba de nuevo en sus andanzas, le daba tanto miedo enterarse de algo como eso que no leía nada acerca de él. Sabía que, si llegaba a descubrir algo, sería como si una daga atravesara su corazón.

Estaba pensando en todo eso cuando sonó su celular. Miró el número y no lo conocía, una tonta esperanza dio un ligero vuelo en su mente, hasta que contestó y la voz masculina con evidente acento venezolano la sacó de su encanto. Por supuesto que no era él, en modo alguno.

- Hola, —dijo la voz dubitativa—. ¿Alexandra?
- ¿Quién habla?, —preguntó con un dejo de fastidio, con ese tono de decepción cuando descubres que esa persona con la que hablas no es la esperada—.
- Soy Julián ¿te acuerdas de mí? En la discoteca.
- ¿Julián?, —ya ni siquiera recordaba que el pobre existía sobre la faz de la tierra—.
- Oh... vaya, jajaja, —exclamó con humor—, esto sí es triste, ni siquiera te acuerdas de mí, pero bien, no importa yo sí me recuerdo de ti.

Tiene ese tono de voz particular, como si hablara y sonriera al mismo tiempo. Es simpático, pero sus incursiones están condenadas a ser un completo fracaso. Su mente y corazón se han quedado en otro lado, se han ido y ya nadie puede tomar lo que a otro pertenece.

- Julián... ya, sí claro ¿cómo estás?
- Bien, no supe más de ti, te llamé a tu celular y nunca contestaste.
- Mmm, estaba de viaje, es por eso.
- Ok, vi tus blogs, Florecita Parfum, vi todo y me gusta mucho lo que haces, eres muy buena.
- Gracias.

- ¿Así que andabas en Dubái? Vaya... ¡qué vida la tuya, eso es puro lujo!
- Estaba trabajando, —dice a secas—, no quiere dar detalles de su vida y menos a un extraño.
- Oh... bien, —él parece darse cuenta del desinterés que hay en su voz y maneras—.
- Sí.
- Fue un placer hablar contigo de nuevo.
- Igualmente, —y da gracias al cielo porque parece que él ha entendido el mensaje—.

Pero cuando se dispone a regresar a su deliciosa y relajante bañera, suena el citofono. ¡Cielos!, ¿por qué las personas son siempre tan inoportunas?, necesita una asistente como la del hotel, sin duda que le ahorraría muchos contratiempos.

- ¿Sí?
- Soy yo, —obviamente es Leticia, no la esperaba, pero se nota que está un poco ansiosa—.
- Ok, ya te abro.
- Espera.
- ¿Qué pasa?
- Es que aquí hay unas personas en un camión de seguridad, dos sujetos que dicen deben entregarte un paquete, me ofrecí a recibirlo, pero no quieren, se ven bastante misteriosos.
- Dile que lo dejen en mi casillero.
- No, ya lo intenté, es inútil, dicen que deben entregártelo personalmente y debes firmar unas cosas, no sé qué. Te diré que son unos tipos bastante raros, parecen unos militares, jajaja, será mejor que bajas.
- ¡Cielos!, ¡qué fastidio! Bueno, ¡qué más!, díles que esperen, ya salgo.

Se tarda algunos minutos mientras se viste y se arregla un poco. Adiós a la relajación de su maravilloso baño de sales. Allí afuera está Lety mirándola con cara de curiosidad, mientras efectivamente dos hombres que tienen la apariencia de ser guardaespaldas esperan en la puerta y, al parecer, hay otro dentro del camión blindado. Ella mira alrededor como una precaución, ya que está acostumbrada a cuidarse de extraños.

- ¿Qué es esto?, —se dice un tanto nerviosa—.
- Hola, —le dice Lety—.
- Hola.
- ¡Qué mierda es esta!, —le pregunta arqueando las cejas—.
- ¿Qué rayos voy a saber?, déjame averiguar qué pasa.

Con el cabello todavía humedecido se acerca a uno de los hombres. Este inmediatamente parece reconocerla, aunque no tiene la menor idea de quién es, jamás le ha visto en toda su vida.

- ¿Usted es la señorita Rey?
- Así es, —dice dubitativa—, ¿y usted es...?
- Soy el oficial Dunn, he venido a hacerle entrega de una encomienda que fue enviada a esta dirección, esta a nombre de la Señorita Alexandra Rey.
- Soy yo señor.
- Muy bien Tomás, por favor, —le dice al otro hombre—, este va hacia el auto y saca algo de allí, ambos están armados y llevan chaleco antibalas como si fuesen a la guerra.

Alexandra comienza a preguntarse qué clase de encomienda es esta. El hombre le da la caja, y cuando la toma nota que es muy pesada. ¡Cielos!, ¿qué pasa con todo esto?

- Necesito que firme todo esto.
- ¿Qué es?
- El certificado y los papeles de propiedad, también lo del seguro, coloque su firma aquí, por favor.
- No entiendo de qué me habla.
- Solo firmelo señorita, cuando abra el paquete lo entenderá.
- Pero...
- Esperemos hasta que entre, cuando lo lleve al banco o a alguna caja fuerte la escoltaremos, es mejor que use una en un banco, es mucho más seguro y recomendable.
- ¿De qué habla este hombre? — Exclama Lety—.
- No sé, —dice—, pero algo comienza a dar vueltas en su cabeza.

Entonces firma, Leticia nota que el pulso le tiembla, es como si algo le estuviese perturbando. Mira un tanto aturrida a los hombres, y estos le dicen que entre. Lety va con ella y en cuanto entran a la casa escuchan el camión marcharse. Estos tipos estaban cuidando ese objeto, sin duda debe ser muy valioso.

- Aquí está pasando algo muy raro.

Ella no le contesta nada, va hacia la cocina con el paquete y busca un cuchillo para romper la caja. Parece como hipnotizada y ahora Leticia termina de confirmar que a su amiga le ha pasado algo.

- Esto es... un fastidio, —dice mientras lucha con los precintos de seguridad—.
- Sí, el paquete misterioso, algo valioso debe guardar, sino ¿por qué tantos aspavientos?
- No lo sé, —una ligera sospecha se asoma en su mente, pero no, varias veces se ha atrevido a soñar con él, y todas las veces ha sido decepcionada, Farid ya se olvidó de ella—. Esto tiene que ser otra cosa, tal vez algo de DUNES, solamente los emiratíes hacen todo de esa forma.

Sí, es así que puede ser lo más seguro, la culpa es suya, él le rogó que se quedara, pero ¿qué sentido tenía todo eso? Como lo dijo Madam Saab, ellos pertenecen a mundos diferentes, son como el agua y el aceite que se empeñan en unirse.

Abre la bendita caja y hay un montón de virutas, —¡genial!, ¡otra caja más!—, exclama para sí. La destapa y dentro de esa encuentra algo un tanto perturbador. Es una caja rectangular, muy fina y de acabados dorados, con preciosos arabescos, sus decoraciones son maravillosas y sin duda son árabes.

En cuanto la ve, las manos comienzan a temblarle y la suelta en la mesa. Leticia se le queda mirando extrañada, Alexandra se sienta en uno de los banquitos del desayunador. Está repentinamente pálida, como si se le hubiese bajado la tensión.

- ¿Qué tienes?, —dice preocupada—, te pusiste pálida, te buscaré agua con azúcar, creo que

se te bajó la tensión. Aquí está pasando algo muy raro Alexandra, algo que no me has querido contar.

- Lety... —y se lleva las manos a la cabeza—.
- Vamos, te daré esa agua y te sentirás mejor, a ver... —agrega el azúcar al vaso de agua y lo revuelve mientras voltea a ver cómo está su amiga—. Tiene que suceder algo serio, ella jamás se comporta así, —se dice—.
- No te preocupes.
- Toma, te sentirás mejor, —la observa con preocupación mientras ella toma la bebida—.
- Estoy bien Lety, no te preocupes por mí.
- Mmm, no lo niegues, te has estado sintiendo mal. Lo he notado desde que llegaste, eres como mi hermana, te veo cansada, pálida, casi no comes, incluso, has bajado de peso, y no me mires así Alex, también sé que te la pasas llorando, sí, no lo niegues, lo veo en tu cara, te la pasas llorando todo el tiempo. Dime la verdad ¿te pasó algo malo en ese lugar? ¿Te hicieron algo?
- No, no es eso.
- Entonces no entiendo ¿qué te pasa?

Se queda en silencio, como perdida mirando en la distancia, es algo que no está en dirección a la ventana, sino en su mente. Un recuerdo, adquiere entonces un aire soñador y un suspiro sale de forma espontánea.

- Un hombre entonces, es eso, ya entiendo todo, esa cara que tienes, sin duda que es un hombre.
- Lety...
- Mmm, lo sabía, algo te pasó en ese lugar.
- Hazme un favor, abre la caja.
- ¿Segura?
- Sí, por favor.
- Ok, como quieras.

Ella rompió los últimos precintos de seguridad, entonces se dispuso a abrir la elegante y profusamente decorada caja. Cuando tomó la misma y sonó el clic de los cierres herméticos, a Alexandra se le aceleró el corazón. Cuando levantó la tapa a Lety se le desorbitaron los ojos y dio un brinco hacia atrás como lo haría un gato asustado.

- ¡Mierda! —Fue todo lo que pudo decir, se quedó paralizada y tardó unos segundos en reaccionar—.
- ¿Qué pasa?
- Me puedes explicar ¿qué mierda es esta?
- Casi olvidaba tu elegante lenguaje.
- Deja la estupidez y explícame de qué se trata todo esto, tienes muchas cosas que explicarme.
- Lety es que...
- ¿Qué es esto? —y entonces le da la vuelta a la caja y ahora ella también puede ver su contenido—.
- Cielos, —esta vez su imaginación se ha quedado corta, está paralizada observando el

valioso contenido de la excéntrica caja—.

- ¡Maldita sea!, ¡es una joya! ¡Es una joya! —Le repite como enajenada a Alexandra—, ¿quién rayos te mandaría algo como esto?

La mira sin dar respuesta, apenas puede creer que este hombre se haya atrevido a hacer algo como eso. Farid es un hombre determinado, perfeccionista, es el Azul de Madagascar ante sus ojos y es precioso. Es la cosa más bella que ha visto en toda su vida.

No es un prototipo que ella se probó en su casa, este es el verdadero, no hay palabras, es sencillamente exquisito, cada detalle en su lugar, estéticamente perfecto. Ese collar le trae recuerdos, esa fue su primera vez juntos, un recuerdo altamente erótico está unido a esta maravillosa joya.

- ¡Es un maldito collar de diamantes!, ¡es el maldito collar de diamantes!, —sigue repitiendo Lety, y tal parece que eso le ha causado una gran impresión—.

¿Cómo no lo haría?, es el collar más hermoso que Alexandra ha visto y Lety apenas puede creerlo, brilla como si tuviera luz propia y las facetas de cada piedra son perfectas, es lujoso, demasiado, tal vez. Está en su preciosa caja, con cierto donaire, reposa con elegancia, y tal parece que a cada instante se torna más bello, como si cambiara ligeramente de color.

- No son diamantes, —dice ella finalmente—.
- Ah... ¿no?, pero lo parecen, mira cómo brilla, debe ser una piedra real, sino ¿para qué tantos aspavientos con estos tipos?, ¿los viste? Todos mal encarados, y ese cuento de los papales y el seguro, con razón el tal oficial Dunn te dijo que lo entenderías cuando abrieras el paquete, ahora sí que lo he entendido, ¡cielo santo!, pero... esto es... ¿qué rayos es esto?
- Se llama Grandidierita.
- ¿Qué?
- Las piedras se llaman Grandidieritas, no son diamantes.
- Oh... vaya, y yo pensé que lo eran, cielo santo, es que parecen diamantes es...
- Las Grandidieritas son muchísimo más costosas que los diamantes, mucho más.
- ¿Qué?, ¿estás hablando en serio?
- Sí, estoy hablando en serio, por supuesto.
- No puedo creerlo, entonces esta cosa... esta cosa... —dice con duda—.
- Esta cosa vale muchísimo dinero, demasiado, mucho más que esta casa y que todo lo que puedas ver en ella.
- Creo que la pregunta correcta y de rigor en este caso, sería ¿quién rayos te mandó esta cosa?, eso es lo que deberíamos saber.

Alexandra se queda en silencio, su cara se ha desencajado, mira la nota que ha traído la caja y tal parece que está aguantando las ganas de llorar.

- Así que es el hombre, ese que te ha hecho llorar todo este tiempo, él fue el que te mandó esta pequeña cosita, este insignificante regalito.
- Sí.
- ¿Cómo se llama?, es decir el hombre ¿cómo se llama?, porque si te manda una cosa como

esta... bueno...

- Farid Saab, —e incluso se siente tonta al pronunciar su nombre, la voz le tiembla y no puede evitarlo—.
- ¿Farid Saab? Ese nombre me suena conocido, mmm, ¿dónde lo he escuchado?, no recuerdo, —dice tratando de hacer memoria—.
- No aceptaré esto.
- ¿Segura? Es lo más hermoso que he visto en mi vida, este tipo debe estar muy interesado en ti como para mandártelo, ese nombre es como árabe ¿no? Lo conociste allá, es eso, conociste a ese tal Farid... ¡Hey!, un momento, — toma su teléfono y busca, entonces lanza un escandaloso grito—. ¡Maldición! ¡Este es Farid Saab!, ¿es este el hombre que te ha mandado esta blasfemia?

Ella mira el teléfono, por supuesto que es él, pero no quiere leer la noticia, no desea enterarse de nada que tenga que ver con Farid, porque seguramente ya anda con otra mujer, pero... si fuese así ¿para qué tomarse la molestia de mandarle esta joya que es invaluable? Voltea, no quiere ver lo que dice allí, porque cualquier cosa podría lastimarla, es como un puñal en su pecho.

- Sí, ese es.
- ¡Mierda!, ¿qué es esto?, este tipo es... ¡guapísimo!, eres una bruja con suerte, una maldita bruja con suerte, entonces eso es lo que estuviste haciendo allí, yo pensé que estabas trabajando y tú andabas enredada con este caramelo, no puedo creerlo.
- No estaba enredada con él, es que... es una historia muy larga, demasiado, —dice como si estuviese cansada—.
- Pues tienes que contármela toda, no puedes dejarme así o te asesinaré.
- Está bien, te contaré todo lo que me pasó, —dice mirando el precioso y perfecto collar—. A cada palabra suya su amiga pone los ojos con dos platos, mientras a ella se le salen lágrimas, está tan deprimida y al fin puede sacarse todo ese sentimiento que ha estado reteniendo por tanto tiempo, es como liberarse de algo que le ha estado atormentando, taladrando el alma.
- ¡Rayos!, ¿y dejaste a ese hombre así? Debes estar completamente loca, en serio, juro que estás completamente loca.
- ¿Escuchaste una palabra de lo que te dije?
- Claro que te escuché, pero es que debes estar loca, ese tipo es un sueño.
- Un sueño que se puede convertir en una pesadilla, ¿quieres que viva allí con todas esas restricciones? No, en ninguna forma.
- El dueño de DUNES... —dice señalando hacia el cuarto especial de Dada—. Es DUNES, esos malditos perfumes te persiguen a donde quiera que vayas, sin lugar a dudas que eso te persigue, no sé, dime que estoy loca, pero es que esto tiene algo especial, entre ustedes dos debe haber alguna especie de conexión especial.
- No lo sé, la verdad es que siento que aparte de todo lo que ha pasado, no sé, sucede algo más, como si me guardara un secreto.
- Mmm, pues tal vez, con los hombres nunca se sabe.
- Tal vez está casado, no lo sé, quizás todo esto no es más que una mentira, yo...
- No, no digas eso, esto es real, muy real, —le dice y ella también está conmovida, tal parece

que la pasión que siente es contagiosa y traspasa incluso la distancia—.

- No te imaginas... —le dice ella recordando todas las cosas extrañas que ha visto en ese lugar—.
- Este hombre es un príncipe, ¡esto es una belleza!

El collar es una preciosa y exclusiva guirnalda, perfectamente engarzada, cada gema está conectada de manera moderna y armoniosa a la otra. Tiene cierto aire minimalista que le aporta ese toque novedoso que él deseaba, debe reconocerlo, no supo intuirlo la primera vez que vio el prototipo del collar. Pero ahí está, es perfecto, brilla de manera refulgente, en todos los tonos de azul que se han creado en este mundo.

- No, no es un príncipe... —dice, y luego para sus adentros—, es mucho más que eso...
- Claro que lo es, un príncipe emiratí, de lo contrario, ¿cómo es que te manda esto y un caballero también?, no, es que eres una bruja con suerte, siempre lo he dicho.

Se quedan mirándolo en silencio, parece que no hay palabras que agregar para darle otro significado a la situación. Está muy clara, Farid la tiene presente en su cabeza, tanto como para mandarles eso, una pieza exquisita de joyería, de la más costosa y sibarita joyería oriental.

Alexandra mira la tarjeta y la lee en silencio para sí misma, sin decir la más mínima palabra porque sencillamente no es necesario hacerlo. “El Azul de Madagascar es lo tuyo, cuando lo uses piensa en que amo el color de tus ojos”.

Eso es todo lo que dice la tarjeta, nada más y tampoco es necesario añadirlo...

CAPÍTULO IV

Los secretos de Dada

Está nerviosa, mira el bendito cofre y no se atreve a abrirlo, las manos le tiemblan y es incómoda la sensación que le produce la expectativa. ¿Qué es lo que contienen esas cartas que tan celosamente Dada ha ocultado en ese lugar?

- Dada, ¿de qué trata todo esto?, —dice, y ya se siente fuera de lugar en ese sitio que antes era parte de su vida, pero que ahora sus ojos acostumbrados a los lujos increíbles de la capital emiratí ven como modesto—.

Lo único que recibe como respuesta es el profundo silencio, pero algo en su interior le dice que la Dada escondía un secreto muy grande, tanto como para guardarlo celosamente, no solo en ese cofre, sino en su propio corazón. El secreto de un gran amor, igual a ese que ahora lleva dentro de sí, Farid Saab, el hombre que ha logrado conquistarla con su destalles, caballerosidad y fuerte presencia, ¿cómo no amarlo?, es un ser fascinante, que parece mitad leyenda, mitad persona de carne y hueso, su amo es un sueño y al mismo tiempo una pesadilla.

Recordó entonces el momento en que la vio por última vez y le confesó lo que quería hacer y lo mucho que deseaba que leyera la historia de su amor con el abuelo. Se sienta y coloca el cofre en su escritorio, lo mira con incredulidad, pero no termina de atreverse, tiene miedo de conseguir algo que le haga cambiar de parecer, que contamine la opinión que tiene de las cosas. Su madre toda la vida le ha metido en la cabeza el gran trauma psicológico que le causó la abuela al no decirle quién era su padre, pero debe haber algún motivo para ello, tiene que haberlo.

La abuela le miraba desde su lecho de convaleciente, apreciando la juventud y belleza de su preciosa nieta, esos ojos ya tristes y adormilados parecían dos luceros azules, pero no eran ni la sombra de lo que fueron en sus mejores tiempos. Su cabello plateado, estaba en esa cama y resultaba una completa contradicción para una mujer que había sido un huracán.

- Alex, estás preciosa, mírate, te ves maravillosa, y me encanta tu atuendo, —le dice sonriendo—, eres una chica hermosa, —es orgullo lo que se refleja entonces en su triste mirada de convaleciente—.
- Eres incorregible abuela, completamente incorregible, —sonríe—, recuerdo ese rostro y desearía estar con ella nuevamente, pero eso es imposible, ahora se ha ido, es como un ser hecho del viento, en las sombras y de la nada.
- Genio y figura, y ya sabes lo demás, —tiene esa sonrisa triste que muestran las personas cuando están resignados a lo que saben pasará—.
- ¡Eso no va a pasar!, —dice como un grito de dolor lo que se proyecta a través de sus palabras, como si con decirlo se pudiera hacer realidad, como si ella fuese un adversario digno para la muerte—.

- Sabes que siempre he sido una persona clara, cariño, no he llegado hasta aquí por estar con remilgos.

Dada es una soñadora, pero también una persona clara, siempre lo ha sido, no le gustan los engaños, ni las mentiras, en ella todo debe ser claro y diáfano, claro, exceptuando por el abuelo. Este es el único gran misterio de toda su vida, porque lo demás es como un libro abierto, sus aventuras, amantes, amores, ocurrencias, en fin.

- Dada, por favor, no quiero hablar de eso, —dice ella, no le gustan los malos presagios, no quiere siquiera imaginarse que la muerte le pueda arrebatarse a la persona que más ama, su querida abuela, su Dada—.
- Debemos hablar de eso pequeña, es hora.
- ¿De qué me hablas?, —y frunce el entrecejo—.
- Mira, ve hasta la cómoda blanca y saca lo que hay en la caja azul.
- Ok, bien, —le dijo dubitativa—.
- Vamos, ve.

Mira a la abuela con temor, mientras sostiene la caja, entonces camina hacia ella, no entiende qué es lo que se trae entre manos.

- Bien, ábrela.
- Ok, —y cuando lo hizo frunció el entrecejo—.
- Bien, eso es tuyo.
- ¿Qué significa esto abuela?
- Es hora que la flor se abra, ya basta de convencionalismos para ti, una flor del desierto debe ser lo que es, no una rosa o una lila, sino lo que es realmente.
- ¿Qué significa abuelita?
- Significa que Dada tiene mucho por decirte, pero lamentablemente tal vez no pueda hacerlo como quiere.
- Dada, por favor, ya te dije...
- Esa es tu llave.
- Abuela, pero... no puedo aceptarlo, eso es muy costoso, todo esto...
- Todo esto es tuyo, todo lo que tengo y no imagino a alguien que pueda disfrutarlo o apreciarlo más que tú misma, mi pequeña florecita.
- Dada, por todos los cielos, no, mi mamá...
- Ya tienes 18, mi niña, es hora de que hagas tu propio camino y le dejes en claro a tu mamá que no eres un apéndice suyo. Eres un ser aparte, que debe tomar sus decisiones por sí misma, por ahora te diré que te dejo todo lo que tengo, lo cual está representado en esa llave, tú eres la persona indicada para disfrutarlo y tenerlo.
- Dada, no sé qué decirte, —le dijo con lágrimas rodando por sus mejillas—.
- No tienes que decir nada, es como la noche y el día, esto iba a pasar, ambas lo sabemos.
- Dada... —y le vibraba la voz por el temor y la tristeza—.
- Hay más.
- ¿Qué?
- ¿Te recuerdas lo que te dije aquella vez, cuando te presenté a DUNES por primera vez?
- Sí, recuerdo muchas cosas.

- Bueno, tengo un cofre, hay unas cartas allí, quiero que las abras, pero no ahora, ¿está bien?, sino cuando ya me haya ido, eso es lo que quiero que hagas ¿puedes?
- Sí, abuela, puedo, pero ¿qué...?
- No me preguntes nada, solo haz lo que te digo.
- Está bien Dada, como tú quieras.
- Bien, no le digas nada a tu madre todavía, cuando ya sea inminente, quiero que esta casa sea tuya, que tengas tu propio espacio para vivir.
- ¡Abuela! ¡Eso es demasiado!
- Recuerda lo que te dije, una flor necesita su espacio, tú no puedes crecer en el mismo lugar que lo hace una rosa, no, tú eres de otra especie ¿me entiendes? Tu madre no lo sabe, pero algún día lo entenderá.
- Bien.
- Debes prometerme algo querida.
- Dime abuela.
- Que encontrarás tu propio camino, prométemelo, nunca vivas la vida de nadie más, solo vive la tuya ¿está bien? No importa qué tan práctico o bueno parezca, siempre debes seguir tus instintos.
- Te lo prometo, abuela.
- Dilo más alto.
- Te lo prometo.
- Bien, y una cosa más...
- ¿Qué?, —dijo enjugándose las lágrimas—.
- Cuando sea el momento, ponte el perfume, pero no en cualquier ocasión cuando vayas a vivir un momento estelar.

Sonríe, ella ha pasado por eso, el perfume efectivamente le ha conducido hasta él, La Flor del Desierto sí que puede hacerte conocer al amor de tu vida, y ella lo ha comprobado en carne propia. La abuela tenía razón, DUNES tiene encanto, tiene el poder de llevarte hacia tu destino, tal cual como lo hace el propio desierto, hay algo especial en todo eso, cuando existe un propósito para que las cosas sucedan, esa conexión especial entre dos almas que se encuentran y que deben hacerlo.

Cuando ocurre ese encuentro entre dos seres es porque el destino así lo ha querido. El Rub Al-Jali ha hablado, son las voces del desierto que saben hablar de misterios, pero también de amor y pasión.

- El perfume... —entonces recordó el momento en que le dijo que con ese perfume conocería al amor de su vida, al igual que ella lo hizo—.
- Abuela.
- Dime que lo harás.
- Está bien.
- Con eso conocerás al amor de tu vida.

El rostro de su abuela era de complacencia, como si supiera algo que ella no, como una persona que viene de vuelta y ya ha visto todo lo que apenas otro comienza a observar. Ella sabía que no le dijo toda la verdad, Dada tenía un gran secreto que no se atrevía a descifrar.

- Tú también tendrás una intensa historia de amor, —le dice emocionada—, no te conformes con alguien cualquiera, jamás lo hagas, no hay nada más triste que morir sin conocer al hombre de tu vida.
- Así es, —y se dio cuenta que eso todavía no había sucedido en su vida—.
- Ya pasará, querida, ya lo verás, será en su momento adecuado.
- Abuela...
- Recuerda las cartas, cuando las leas, entenderás muchas cosas.

Las benditas cartas que ahora tiene en sus manos, en el cofre que no se atreve a abrir porque es una completa cobarde, así como tampoco se atrevió a luchar por Farid por el mismo motivo. Lloro, la vida a veces puede ser muy cruel cuando no tienes la valentía para enfrentarte a ella.

- Entiendo abuela, —recuerda haber visto el crepúsculo, mientras las lágrimas de sus ojos lo tornaban como una platea de fuego, llena de cálidos manchones de calor—.

Piensa en que debe ser valiente, abrir el maldito cofre y así salir de todas esas dudas que la atormenta. Lo abre de una buena vez, y dentro están las cartas, hermosas, atadas con cintas y también hay esqueletos de flores secas, ¡la flor del desierto! No puede creerlo, pétalos secos de la flor del desierto, pero ¿cómo es posible?, ¿dónde las ha conseguido la abuela?

- Dada, ¿qué es todo esto?

Abre la primera carta, y entonces allí, ante ella, el viejo papel, con ese color amarillento que delatan la edad de la misiva. Es una letra que desconoce, escrita con una elegante y preciosa plumilla en color negro, la caligrafía es preciosa.

- Señorita Damasco, para mí es un placer escribirle, desde que la vi, debí decir que he quedado prendado, traté de llamarle, pero me dijeron que ya no está en ese lugar, usted es como una hermosa ave que vuela libre, sus ojos solo puedo compararlos con las más preciosas gemas, con el diamante azul o la grandidierita...

Al leer este nombre casi tiembla, la Grandidierita, no puede creerlo, esto es demasiada casualidad.

- Me gustaría conocerla más, es usted la más exquisita imagen que he tenido de este viaje, es usted como esa flor del desierto que encontramos en el Rub Al Jali, usted es eso y mucho más, señorita... por favor, espero pueda contestarme esta carta, porque desde ese día no he dejado de pensarla...

Alexandra sonrío, es una carta de amor, de ese tipo de amor que se siente desde el primer momento, tal cual como le pasó con Farid. La abuela tiene una gran historia de amor que contar en forma póstuma a través de sus cartas, siente una especie de sensación cálida en el pecho, es un cosquilleo interno, la curiosidad entonces la invade y desenvuelve la segunda.

- Luego de ese encuentro no puedo más que decirle lo mucho que admiro su belleza mi señorita Damasco, es usted tan bella como la princesa Faruz, diría que rivaliza en belleza con ella, es usted la más hermosa flor que he visto, y crece así, tal cual como lo hace la flor

del desierto, libre, ante el calor inclemente de este desierto y ante el frío arrollador de la noche, pero sigue allí mostrando su belleza, dando lo mejor de sí, y mostrando que es más que una flor porque tiene el poder de cambiar las vidas.

Son las mismas palabras que le ha dicho la abuela, es así que se da cuenta que son las palabras de este hombre, pero ¿quién es ese ser que habla de esa forma tan hermosa, que le muestra como un caballero sus sentimientos? Siente una sensación contradictoria, la necesidad de saber y al mismo tiempo el miedo de hacerlo, hay cosas en común entre su romance y el suyo, Dubái, un hombre enamorado que sabe hablar de la princesa Faruz, de la Flor del Desierto, del Rub Al Jali, ¿cómo es eso posible?

- Las estrellas son nada ante usted, su cabello es el ébano más profundo, brilla como el manto nocturno, y sus ojos son el mar puro en la costa de Dubái, son cielo, y su piel tan blanca como la luna nívica que vimos esa noche en el desierto... cuando finalmente pude amarla como tanto había deseado desde el primer momento en que la vi.

Tose, hace un alto en la lectura, es extraño leer acerca de los tuyos en situaciones tan íntimas como esa, pero en este caso todo lo que dice esa carta está lleno de belleza, la abuela vivió, tuvo una vida llena de romance y aventura, como ya quisiera ella. Lo de Farid ha sido apenas un momento de su existencia, como si la vida misma quisiera mostrarle de lo que se estaba perdiendo, pero tuvo miedo, en cambio, la abuela supo entregarse de lleno a ese sentimiento, con todo su ser, tanto como para... como para tener a su madre, entonces...

- No puedo decirle lo que usted me hace sentir, solamente que le envío este perfume, como muestra de lo maravillosa que usted es, un frasco original, de los creados directamente por Mohamed Saab... quiero que sepa que el hechizo de este perfume es nada ante su belleza arrobadora, no puedo vivir sin tenerla a mi lado, quiero que lo sepa, de ahora en adelante viviré mi existencia así, como un antes y un después, estuve existiendo antes de conocerla, pero solo he podido comenzar a vivir luego de haberlo hecho. Suyo y mil veces suyo... Omar Ali Saab.
- ¿Qué?, —dice ella casi con un grito—, ¿qué rayos?, ¿quién rayos es Omar Saab—, —y siente una especie de sudor frío en su frente, se queda como paralizada y su mente comienza a correr desbocada por el desierto—.

El Rub Al Jali tiene secretos, tantos como es la inmensidad de las doradas arenas, no hay un adversario digno de confrontarle, en cada esquina hay un recóndito lugar para la belleza y el misterio. Entre las dunas se esconden y solamente los más valientes se atreven a descifrarles. El Rub Al Jali tiene vida propia, y todos los que en él habitan son uno con él, ya sean fantasmas de arena, humanos, cielo, agua, fuego, todos son uno solo.

Allí están en medio de él los beduinos, relatando sus historias en badawi, la historia de una mujer de occidente que se enamoró de un príncipe oriental. Se amaron hasta el dolor, pero ella tuvo que partir, dejando su corazón destrozado. Desde entonces, él le recordaba en el azul de su mirada y en la grana de sus labios, en el negro azabache de su cabello y en el color nívico de su piel, tan nívico como la luna que se levanta en el desierto.

- ¿Es un fantasma de arena también? —Pregunta una de las chicas en la tienda de las mujeres—.
- Todos, muchacha, todos somos fantasmas en medio de estas arenas, —responde la esposa del jefe de la tribu—.

“En medio de las dunas una voz susurrante se escucha, es el viento que canta, es el viento que llora, es el amor lejano que como un eco busca a su alma perdida, es el amor, sinuoso y lleno del dolor más cruento y la promesa más hermosa... es el amor verdadero, ese que solo el desierto trae a ti y también se lleva...”.

Farid Mohamed Saab, CEO DUNES.

Fin.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de esta saga:

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 4)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 5)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 6)

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 4)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 5)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 6)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 7)

Libro 7)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 8)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 9)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 10)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 11)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 12)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 13)

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 14)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 15)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 16)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 17)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 18)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 19)

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.
Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tântrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina Del Desierto (Libro 5).

Los Secretos Del Rub Al-Jali

La Maldición De Los Saab

Una Novela Romántica De Mercedes Franco

CAPÍTULO V

Los beduinos perdidos

El árbol de los Saab es tan variado como los colores del desierto, en este se despliega ramas de todo tipo, pero si algo tienen en común es la ambición y la maldición que, se dice, ha caído sobre ellos desde hace mucho tiempo. Un sino trágico les acompaña desde que Mohamed jugó con su suerte y perdió todo lo que tenía, ganando solamente riquezas a cambio.

Desde Omar Al-Hazim, quien se convirtió en arenas del desierto, un fantasma que vaga entre las dunas, que busca a todos aquellos que se atreven a desafiarle, llevándose los sueños de los incautos. Así las arenas se tomaron los de Mohamed, los de su hijo, su nieto, y ahora cobraba una nueva víctima, cernía sus garras sobre otro de los miembros de su familia, el más joven y fuerte, quien era un ser lleno de fortalezas.

Omar, el primero de ellos, sobre quien pesó la maldición del desierto, era una sombra que vagaba en la nada, Khalef Al-Kared, hecho de la nada, el jeque de los beduinos, cuya ambición le valió la vida. No solo su existencia sino la de todos los suyos, sus descendientes, que abandonaron el desierto huyendo de la desgracia. Pero hasta allí, hasta el más recóndito escondite los persiguió el Rub Al-Jali, implacable, porque no perdona a quienes le blasfeman. Es una maternal tierra, pero un cruel enemigo con aquellos que se atreven a retarle.

Sin contemplaciones, uno a uno, sin el menor de los reparos, todos han caído en sus garras. El tiempo le ha dado la razón, el viento que termina por llevárselo todo, incluso las ilusiones. Así ha sido y será, el desierto se ha llevado todo, a todos y cada uno, pero él permanece, siempre estará presente hasta que el último de los hombres desaparezca.

Se cuenta que sobre los descendientes de Hazim pesa el odio del desierto, casi como una tormenta, y que es el propio jeque el que ha sido condenado a llevar a los suyos a la mortal trampa. Desde los antiguos días en que recorrían el desierto en sus multitudinarias caravanas han pasado milenios, hace tanto tiempo desde que la maligna enfermedad cayó sobre el señor de la tribu oriental.

Sus descendientes huyeron creyendo que podrían salvarse, pero el hombre es débil, su mente no entiende que la naturaleza siempre busca su curso. No importaba donde se escondieran, donde fuese los encontraría, de alguna u otra forma.

El Rub Al-Jali está en todos lados, así buscó a Mohamed hasta encontrarle, para que con sus propios labios desatara el caos sobre él mismo y los suyos. Luego su hijo Amir Saab también sufriría por acción de aquello que no dejaba tregua a la familia.

Muchos decían que era una enfermedad que no dejaba en paz a los hombres de la familia, una triste herencia que no respetaba edad. No importaba el dinero, ni cuánto hicieran, siempre

terminaba por alcanzarles de alguna u otra forma. Con muerte, en todas las maneras, con miedo y terror, con las sombras que no son nada, pero que saben llevarse la vida.

Amir Saab, el segundo hijo de Mohamed, descubrió un día que estaba enfermo, hacía dos semanas que se sentía perfectamente bien y de un momento a otro todo cambió. Fue como si le hubiesen lanzado un balde de agua fría. Su universo cambió, tenía todo bajo control y ahora no podía con su propia alma. Tenía que ser, su destino le estaba alcanzando, una vez más el desierto estaba allí entre ellos.

Como dueño de DUNES tenía el control de la compañía, pero al enfermarse ya no podía trabajar, su cuerpo se debilitó rápidamente, tanto que de un día a otro cayó en cama. Era una afección inexplicable, uno de esos extraños males que hacen que el cuerpo se debilite y ataque a su propio ser.

- Es una peste del desierto, —dijo con misterio una de las cocineras—, lo sabía tarde o temprano tenía que manifestarse en esta familia.
- Tienes razón mujer, —exclamó el chofer—, la maldición, una vez más.

En su habitación él se sentía impotente, pero no podía decir nada. Debía ser fuerte por su esposa, era lo último que le quedaba, mostrarse fuerte, digno ante eso que estaba acabando con su vida y las esperanzas de amar a su esposa y ver crecer a sus hijos.

- No puedes dejarme, te necesitamos, —le dijo llorando su esposa, la cual estaba desesperada, esto tenía que ser producto de la maldición, no había otra explicación para lo que estaba pasando—.

Su esposo siempre había sido un hombre fuerte, jamás se enfermó de nada hasta ese momento, y de pronto eso. Era un completo misterio, una especie de lazo que caía en su cuello, apretándoles hasta quitarles la respiración.

- Mujer, no tengas miedo, no pasará nada, soy un fuerte, Amin está creciendo y será un poderoso hombre de negocios, al igual que todos nuestros antepasados. Nuestra familia estará por siempre en este mundo, el apellido Saab continuará mujer, ya lo verás, nada podrá contra nosotros, ni nos hará daño.

Le sonrío a su esposa, pero lo que se refleja en sus labios es más bien una mueca. Ella lo sabe, algo le está minando las fuerzas, es completamente evidente. Pero no lo reconocerá por nada del mundo, quiere ser el tronco principal de la familia hasta el último momento.

- Amin es un chico, ¿qué será de nosotros Amir?, él no está capacitado, es apenas un jovencito.
- Omar está aquí, él les protegerá, a ti, Amin y Samira, no te preocupes, soy un roble, nada me pasará.
- Amir, yo... —y se da cuenta que lo mejor es callar, porque su esposo lo merece, merece que ella le permita conservar su dignidad—.

Khadijad sabía perfectamente que su marido no decía la verdad, con sus palabras solamente

quería consolarla y retrasar lo ineludible. Lo sabía por las caras de los médicos, algo muy malo estaba pasando con su esposo, sentía terror, algo muy malo acosaba a su familia entera, no tardaría en manifestarse y llevarse todo por delante.

Escribió en su diario “la maldición nos persigue una vez más, ahora está sobre Amir, y después quién sabe lo que haga en nosotros, quizás nos lleve a todos como una tormenta del desierto, quisiera huir de este lugar con mis hijos, pero presiento que a donde sea que vayamos nos perseguirá como un lobo hambriento a sus presas. Me temo que Omar no sepa tomar las riendas de la familia y nos lleve por senderos sinuosos, si fuese por él ya no estaría aquí, seguramente se iría a cualquier otro lado. No somos más que una atadura para él”. Entonces abrazó con fuerza a sus hijos, apretándolos contra sí, el temor era frío como el hielo, le tomaba produciéndole escalofríos.

En su lecho de convaleciente Amir sentía por momentos que se le iba la vida. Su suerte le había abandonado para siempre desde que su padre se jugó el destino con esa sombra, ese fantasma de arena que le dio fortuna, pero le arrebató todo lo demás. Mohamed siempre fue un hombre egoísta que solamente pensaba en sí mismo.

- Omar, necesito que me prometas algo, —es lo que siempre ha temido, esas palabras resuenan dentro de él, retumban como un eco en la distancia—.
- Amir, debes descansar, los médicos dijeron que no debías agotarte, eso te puede hacer más daño.
- No, necesito hablar, maldita sea, necesito que me escuches de una buena vez. No me des vueltas, eres mi hermano, la única persona con la que puedo contar, ahora presta atención Omar, esto es de vital importancia.
- Por favor Amir, exageras, no es para tanto, estás completamente lúcido, seguramente es uno de esos males pasajeros, un mal del desierto como dicen los beduinos.
- Escúchame, lo que has oído fueron palabras para Khadijad, no quiero que se preocupe. Los médicos me han dicho las cosas de forma muy clara, lo que tengo es incurable, no hay nada que se pueda hacer al respecto.
- ¿De qué hablas? —Dice asustado—.
- Es la maldición Omar, —le dice con esa mirada lejana y triste, esa expresión que adoptan los que saben no les queda mucho tiempo—. Los médicos no saben qué es, tú mismo has sido testigo que se ha hecho lo posible, pero esto no es una enfermedad común y corriente, es un mal que quiere matarme a mí y a todos.
- Amir, por favor, no me digas que crees en esas cosas, somos hombres modernos, no podemos estar a estas alturas de la vida creyendo en conjuros y creencias de los beduinos. Somos hombres cultos, no moradores del desierto.
- Nosotros somos unos beduinos, somos unos beduinos... — le repetía sin cesar—, nuestro padre profanó las creencias y por su culpa ahora ha caído en los Saab, por su culpa se ha cernido una sombra sobre nosotros Omar, ahora soy yo ¿quién vendrá después? ¿Mis hijos?, ¿serán mis hijos los que deban pagar el precio? Podrías ser tu también hermano, todos, —le decía con ojos alucinantes—.
- Esto es una enfermedad, las personas se enferman Amir, te vas a sanar, será así. —Detestaba cuando le decían que Mohamed había conjurado una maldición, sonaba

estúpido, ellos eran hombres estudiados, no unos nómadas—.

- Omar, por favor, te comportas como nuestro padre, incrédulo, pero eso no te salvará de los alcances de la maldición.
- Oh... Amir, por todos los cielos, eres como los viejos beduinos del mercado, que creen que hasta su sombra es una maldición. Un poco más y parecerás uno de ellos, Amir vas a salir de esto, ya verás, saldrás bien librado, esto es solamente un contratiempo.

Trataba inútilmente de esconder la molestia que le causaba hablar acerca de esos temas. No quería saber nada sobre tontas maldiciones, lo único que deseaba era irse de allí y conocer el mundo, ser finalmente libre, ya casi respiraba su libertad cuando sobrevino la enfermedad de Amir.

Omar se queda mirándolo, está pálido como la muerte, y oscuras ojeras rodean sus ojos dándole un aspecto mortecino. Se ve mucho peor de lo que quiere admitir, en el fondo de su corazón no desea aceptar que su hermano se vaya, porque eso significaría perder a su única familia, al único pariente que le queda vivo, pero no solo eso, sino muchas otras cosas.

Omar no es como su hermano Amir, es un aventurero, no le gusta estar atado a nada ni a nadie, si tuviese que asumir el ser la cabeza de los Saab, sería como el fin de su vida, se acabaría para siempre su libertad. Mientras su hermano es como un suelo sólido donde otros prosperan, él es como el viento, necesita ir de un lado al otro, volar lejos. Es un ave que quiere irse desplegando sus alas para siempre.

No puede creerlo, esto no puede pasar, él nunca ha creído en maldiciones, pero ya las cosas se están tornando muy oscuras. Primero su padre, luego su hermano, su madre y ahora Amir, apenas puede creerlo. Khadijad tiene razón en estar asustada, realmente parece que una sombra cayó sobre los Saab. Su tronco se tambalea y en sus ramas el viento acecha.

- Amir, te pondrás bien hermano, —dice y mira su faz nuevamente—. Su frente está perlada de sudor y ha tomado un color cetrino, sus labios poseen un tono amoratado, eso no puede ser nada bueno. Quiere mostrarse tranquilo, pero se delata, es evidente que está preocupado.
- Omar, ven, por favor, acércate.
- Estoy aquí hermano, estoy aquí contigo.
- Acércate Omar, acércate, —y parece que por instantes le falta el aire. Su voz suena ahogada como si algo le apretara con fuerza la garganta—.
- Aquí estoy hermano, estoy aquí.
- ¿Estamos solos?
- Sí, no hay más nadie, excepto tú y yo.
- Y... lo que me acecha.
- Amir, no sigas con eso.
- Es Khaled Al Kader.
- Aquí no hay más nadie sino tú y yo solamente, mira, estamos solos.
- Ven, hermano toma mi mano, quiero... quiero...
- No te exaltes, lo mejor será que descanses.
- No, no, déjame hablar por favor, necesito hablar, no puedo quedarme callado cuando quizás pronto ya no estaré más con ustedes.

- No digas eso, —entonces le toma la mano y siente lo fría que está, mojada, parece tener mucho frío—.
- Tienes frío, —dice buscando otra manta—.
- Es la fiebre.
- Toma, —y lo arropa—.
- Escucha, necesito que me prometas algo.
- Dime hermano, te escucho.
- Sé muy bien que estoy a punto de pedirte algo que tal vez sea mucho para tí, y de verdad jamás te lo diría sino fuese absolutamente necesario, pero esto es de vital importancia, para mí, para todos, incluido tú Omar. Siento mucho tener que apelar a esto, la verdad es lo último que quisiera, pero es por el bien de nuestra familia.
- Amir, ¿de qué hablas?
- Creo que en el fondo sabes exactamente de qué hablo.

Omar se queda en silencio, tiene miedo de lo que su hermano quiere decirle, sospecha qué es, pero no quiere oírlo, porque el hacerlo es condenarse a una vida que no desea, es perder eso por lo que tanto ha luchado. La vida puede ser a veces un compendio de injusticias que vienen cuando menos te lo esperas. Esto que le está sucediendo es el mejor ejemplo de ello, es una verdadera pesadilla.

No puede creerlo, justo cuando estaba a punto de tomar una decisión tan importante, en el momento que pensaba finalmente podría conquistar su libertad, entonces el mundo se le derrumba de esa forma. En un par de minutos todo lo que tardó tiempo en construir estará arruinado para siempre.

- Amir, te pondrás bien hermano.
- Calla, déjame hablar, ya no nos queda nada Omar, solo nos tenemos el uno al otro, somos los dos contra todo lo demás, contra esto que se cierne contra nuestra familia.
- Amir, das muchos rodeos hermano, dime lo que quieres, sin dar más vueltas.
- Creo que lo sabes perfectamente, pero no quieres que lo diga. Omar, siento todo esto, en verdad lo siento mucho.
- ¿Por qué no lo querría?, no entiendo.
- Porque toda tu vida has querido vivir como si fueses un occidental, libre, como esos hombres que piensan en sí mismo y no en los demás.
- Hablas como si fueras mi padre, él nunca me aprobó, pensé que tú sí lo hacías ¿ahora me dirás que piensas igual a él? No puedo creerlo, si es así no quiero escucharlo.
- No, Omar, no quiero decir eso, siempre me ha gustado como eres, es más, siempre soñé tener tu valentía, en el fondo quería ser como tú, deseaba poseer ese arrojo que siempre te ha caracterizado.
- Amir, ¿de qué rayos hablas?, —dice incrédulo—.
- Teniendo a Alá como testigo que es así, siempre lo pensé.
- Pero nunca me lo dijiste, —su corazón está conmovido, siempre se ha sentido como la oveja negra de la familia—.
- ¿Nunca te lo dije?
- Jamás, —dice mirándole fijamente—, en el fondo me preguntaba qué concepto tenías, creí

que tal vez pensarías de mi como Abdul, siempre me despreció, por más que lo intenté, nunca pude ganarme su afecto, el día que partió me sentí profundamente triste.

- Abdul, el pobre Abdul, no tenía idea de dónde estaba parado, siempre vivió a la sombra de nuestro padre y según sus reglas. Tal vez por eso se molestaba contigo, porque deseaba tener tu valentía.
- Así es, le gustaba vivir así, a la sombra de nuestro padre, para él era mucho más fácil eso a tomar su propio camino.
- Era más fácil que pensar por sí mismo, sin duda.
- Pero igual me dolió su muerte, el nunca haber podido llegar a un acuerdo.
- Con Abdul no se llegaba a acuerdos hermano, hacías las cosas a su manera o estabas en contra de él.
- Es cierto, siempre he sido un iluso.
- Abdul era un buen hombre, pero no estaba destinado a nada más que ser la extensión de Mohamed Ali. Pero tú, Omar eres diferente, estás hecho de una sustancia distinta, es un crimen retenerte cuando lo que mereces es volar lejos, lo siento hermano.
- Eso quiere decir...
- Quiere decir que debes prometerme que si me llega a pasar algo debes encargarte de la familia, de los negocios y todo lo que representa ser un Saab. Tendrás que convertirte en todo lo que odias, hacer lo que aborreces, es decir, convertirte en mí, de eso depende todo.
- ¡Amir!, ¡cielo santo!, —sus palabras son como una sentencia condenatoria, son un cuchillo filoso que le penetra para desmembrarlo lentamente—.

No quiere oírle, mira hacia la ventana y afuera la brisa sopla con fuerza. Observa como quien aprecia por última vez su libertad, está a punto de escuchar una sentencia de muerte y es el precio ineludible por ser quien es, es el costo que debe pagar por ser un Saab.

Recuerda esos ojos azules tan hermosos que robaron su corazón y lo mucho que ha deseado hacer eso que esa mujer le ha propuesto, de hecho, estaba casi decidido, pero ahora este contratiempo lo cambia. Se vuelve un gran escollo en su camino, uno que no logra desviar por nada del mundo. Esto sí que es un gran contratiempo, ahora ¿qué rayos va a hacer?

- Tienes que hacerlo Omar, eres mi única esperanza, —le dice con gesto delirante, sujetándole la mano con fuerza, tanto que él duda que esté enfermo porque le está cortando la circulación—.

De pronto, reina el silencio en el lugar, Omar se queda callado, no desea hablar, porque todo cuanto diga le hará perder el rumbo que desea. Respira profundo, ¿qué puede hacer para desligarse de eso?, seguramente nada porque su vida no es más que un paisaje donde otros introducen su paleta cambiando lo que se había previsto desde el principio. Es una especie de títere que alguien lleva de un lugar a otro y a su antojo.

- Omar, habla, necesito que me lo digas, tienes que jurarlo por nuestro padre, por la familia Saab, eres el único que queda para levantar lo que Mohamed hizo, para ayudar a mi esposa y mis hijos, esto no es solamente mío, es tu legado también y el legado de tus hijos, de tus nietos, de todas tus generaciones de la familia, nos tenemos el uno al otro.
- Amir, no te va a pasar nada, todo va a estar bien, —dice aferrándose a su última

esperanza—.

- ¿Qué te pasa?, ¿por qué te cuesta tanto?, en la vida hay que hacer sacrificios, así como los hice yo en su momento.
- ¿Sacrificios? ¿De qué sacrificios me hablas Amir?, —le dice con un tanto de enojo—.
- Omar, ¿qué pasa?, ¿qué es lo que te sucede?, ¿por qué te cuesta tanto solidarizarte con tu propia familia?, no puedo creer lo que me dices.
- Hermano, lamento mucho que esto esté sucediendo, pero, es que no puedes pedirme que cambie mi vida de un momento a otro, esto es... es tan inesperado, no sé ni qué decirte.
- Es por esa mujer ¿verdad?
- ¿Cuál mujer?, ¿de qué me hablas?, —le dice arrugando la frente—.
- Sabes exactamente de qué mujer te estoy hablando, de la mujer occidental, con la cual te han visto Omar, eres un hombre imprudente, apenas puedo creer que eres capaz de hacer algo así. Dicen que es una mujer muy hermosa, pero que no respeta nuestras costumbres.
- Hermano, no sé de qué me hablas.
- No quieras engañarme, no soy estúpido, sé exactamente lo que te traes entre manos con esa mujer, no lo niegues.
- ¿Me has estado espiando? ¿Has sido capaz de llegar hasta esos extremos? No puedo creerlo, al igual que mi padre, —dice de repente soltándole la mano—, ¡te comportas igual que Mohamed!
- No, no tengo necesidad de espiarte Omar, ni siquiera te cuidas, te expones y expones a esa mujer a que los apresen o les hagan algo peor.
- Eso no pasará.
- ¿Por qué?, —dice abriendo los ojos—.
- Porque me... —y se detiene de pronto—.
- ¿Qué es lo que me ibas a decir?, a ver, habla de una buena vez.
- ¡Bah!, olvídalo, no importa, ahora lo importante es que te sanes rápido de esa enfermedad, el negocio y tu esposa te necesitan.
- No me voy a recuperar Omar, lo sabes perfectamente, aunque lo desees.
- Por supuesto que lo deseo, eres mi hermano, no hay nada que desee más que te recuperes pronto.
- Sé que esa no es la única razón por la que lo desees.
- Hablas como mi padre, te estás convirtiendo en él Amir, sin darte cuenta hablas y te comportas como Mohamed. Desconfiando de todo el mundo, viviendo y respirando solamente por dinero.

Amir estaba recostado mirándole, tenía la frente sudorosa y un muy mal tono en la piel. Las manos le temblaban y le miraba con incredulidad, era una vergüenza que diera tantos rodeos para aceptar lo que resultaba completamente ineludible. No era una cuestión de dudas, se trababa del honor de la familia, y eso era lo más importante.

- Amir, necesito salir un momento, tengo cosas que hacer.
- ¿Te irás? Omar, dime, ¿te irás?, dejarás todo para irte con esa persona, es eso ¿verdad?
- No, no sé de qué me hablas.
- Te conozco Omar, siempre has querido ser libre, toda tu vida has deseado ser una especie de beduino, lo llevas en tu sangre, corre por tus venas más fuerte que en el mismo Omar Al

Hazim, de hecho, creo que te condenaron con ese nombre, porque eres igual a él, a ese fantasma. Solamente te importan tus deseos hermano, eso te condenará.

- Por lo menos tengo libertad, —murmuró para sus adentros—.
- ¿Qué dices?
- Nada, solo que necesito un poco de aire.
- Hermano, te necesitamos en este momento, es una responsabilidad, tienes que hacerlo, es el honor de la familia lo que está en juego. —Le toma nuevamente la mano al tiempo que le mira con desesperación—.
- Necesito salir un momento, —le dice, siente que ya no puede respirar, es como si la garganta se le hubiese cerrado—.
- Omar... —este le suelta la mano y sale con la sensación de que su mundo está a punto de acabarse, es una especie de peso en el cuerpo que le obliga a caminar tan lento como si no pudiese desplazarse en el espacio—.

El mundo ya está lo suficientemente convulsionado, se dice, no necesita más problemas, de hecho, siempre ha pensado en deslastrarse de la familia, ser libre y luchar por sus propios sueños, hacer su dinero, sin necesidad de depender de la fortuna de los Saab. Ella le ha dicho que tiene las suficientes habilidades para tener al mundo, y él lo cree, sabe que es un hombre capacitado, que toda su vida ha estado a la sombra de sus hermanos, y de su poderoso padre.

- ¡Maldita sea!, ¡maldita sea!, —exclama y da un golpe en la barandilla del balcón—, es su mala suerte esa que lo persigue sin misericordia, una y otra vez, es como un ser informe que le pisa los talones, que espera morderle en el momento menos oportuno, en el que baje la guardia, le espera al acecho como una serpiente.

Se queda mirando el horizonte, el sol se está ocultando en el Rub Al-Jali, ese es el lugar de donde han salido las desgracias, y en el cual también ha vivido los mejores momentos de su vida. Es un espacio para el recuerdo y también para el temor.

- ¿Qué es esto?, ¿acaso es verdad?

Piensa en que tal vez la maldición del desierto es cierta, que los persigue sin misericordia de alguna u otra manera. Su mente lógica y moderna siempre ha querido borrar la verdad que ahora nota como un fantasma, justamente detrás de él, mirándole para burlarse, porque es como si no pudiera escapar de ese maldito lugar al que tanto detesta.

Se pregunta qué hará, ya todo estaba listo, ¿qué le dirá a ella, luego de todo lo que han vivido y experimentado?, no puede echarse atrás, ella es el amor de su vida, sabe que nunca más conocerá a alguien así. Casarse con una mujer allí, ni hablar, él no quiere vivir de esa forma, necesita alguien con su mismo sentido de libertad. Ella es una flor del desierto, una mujer que desea y va por lo que quiere, que lucha por todo en la vida y no le tiene miedo a nada, ese es el tipo de mujer que él necesita a su lado.

- ¡Maldición!, —vuelve a repetir, una y otra vez—.

La tarde está cayendo y es como el testimonio que su vida muere en la misma proporción, sabe que dentro de esa habitación su hermano le espera, quiere una decisión, y es algo ineludible.

Se trata de su familia, el legado de los suyos, y Amir es como una duna de arena que el viento parece llevarse, está pálido, ojeroso y débil. Es sin duda la decisión más difícil que ha tenido que tomar en toda su vida.

No se trata de ninguna enfermedad conocida, nadie sabe lo que es ni cómo sanarlo, ni siquiera los más prestigiosos médicos. Parece realmente que la maldición cobrará una nueva víctima, los Saab han vendido todo lo que tenían, hasta sus propias vidas y todo a cambio de dinero, de la más suntuosa vida, pero es un precio demasiado alto a pagar.

La noche está cayendo y Omar todavía está allí, recuerda los ojos azules de ella que son como una de estas preciosas genas que Amir colecciona, la grandidierita, así de azules son sus ojos, así de brillantes y hermosos. Piensa en sus labios rojos, siempre pintados del más rico y maravilloso rojo, que los hace resaltar como nada, de ese precioso cabello de ébano que brilla como una joya refulgente.

- ¡Maldita sea!, ¡maldita sea!, —sigue diciendo—.

La noche ya ha caído, el manto oscuro de la noche, ahora las estrellas son diamantes refulgentes que, sin embargo, para él han perdido su belleza. Hace unos días atrás se sentía como si pudiese volar, ya casi se veía en algún lugar del mundo, en el cañón del colorado, escalando alguna montaña, ganando su propio dinero con el esfuerzo y el sudor de su frente, creando algo de la nada. Tendría finalmente lo que quería, la libertad, estar lejos de DUNES, y de todo lo que representaba.

- Dalia, ¡cielo santo!, no puedo perderte.

Es como una daga que atraviesa su pecho con fuerza, se imagina la vida sin ella, y ya no puede concebirla. La existencia es graciosa, no conoces a alguien, has vivido toda tu vida sin conocerle, pero de pronto le ves, y es como si penetrara en ti, en cada fibra de tu cuerpo y ya se apodera de todo tu ser, y simplemente de un día para otro es como si ya no pudieras respirar.

Resulta hilarante, ¿qué es la vida sin el amor?, un trozo de la existencia informe, sin sabor, ni color, un abismo oscuro que ya no vale nada, es vivir en el desierto sin la menor esperanza de encontrar la salida. Vagar de un sitio a otro sin saber hacia dónde ir, sin agua para calmar la sed y sin comida para mitigar el hambre, es un fantasma que te persigue diciéndote que no importa lo que hagas, al final caerás.

- Rub Al-Jali, ¡eres una maldición que nos condena!, —dice—, ve en su mente el hermoso rostro de Dalia, su cara de felicidad, esa sonrisa de nácar que tanto le enamora, el sonido de su voz que es como la lluvia cantarina, como el rocío de la mañana en un pétalo, delicado, hermoso, pero al mismo tiempo tan fuerte, tan capaz de llevarse por delante lo que sea para lograr su objetivo. Ella es eso y mil veces más, mucho más de lo que ha podido siquiera imaginar en toda su efímera existencia, son apenas 28 años los que lleva a cuestas, y hace diez que perdió a su padre, tal vez él se pierda en el desierto, quizás la tormenta se lo lleve al igual que hizo con Mohamed.

Mohamed Ali Saab, quien se condenó a sí mismo, quien maldijo su vida y a su propia familia

por la triste y cruel ambición al dinero. Eso dicen, el hombre que hizo una fortuna y lo logró a costa de su propio ser y de todos los suyos. Muchos comentan que le han visto, que vaga por el desierto entre las dunas de arena, serio y con el rostro pálido, tan pálido como las noches en que la luna llena sale en el horizonte, comentan que parece buscar algo y nunca lo consigue, va meditabundo, buscando a alguien, llevándose a otros al igual que un día se lo llevaron a él.

Cuentos de beduinos, mentiras que el hombre se dice a sí mismo para encontrar algún sentido a su vida miserable, a una existencia que es poco más que una condena, —se dice—. Él es un hombre que quiere más, aventuras, es eso lo que desea, conocer el mundo, viajar de un lado a otro, es un lugar demasiado grande y el Rub Al-Jali le queda muy corto.

- Rub Al-Jali, —dice en badawi, el idioma de sus ancestros—, ve una sombra en el horizonte, —y sonríe con tristeza—, allá va, ahí va Mohamed Saab, como una sombra errante por el mundo, por ese dorado mundo de arenas que es poco más que un inmenso mar de oro, en donde nace la esperanza para muchos, en donde crece la vida para pocos y en donde acaban sus sueños para él.

Valiente hombre es Omar Ali Saab, alguien que añora una vida muy diferente, tanto como para escapar de los suyos y de todo cuanto su padre ha forjado ¿será capaz de hacerlo? Ella lo es, tiene la suficiente valentía como para retar al mundo entero, es fiera y hermosa, como el desierto mismo, y se parece a la princesa Faruz, tiene su belleza y poder, es una mujer como pocas. Dalia es la flor que hacía falta en su mundo, ella es exótica, maravillosa, es dulce y delicada como el soplo de brisa, pero al mismo tiempo fuerte como una tormenta de arena que arrasa todo a su paso.

Tan solo de pensar en ella su corazón late con más fuerza, ¿qué hechizo extraño es ese que le ha embargado por dentro, que esta mujer ha conjurado para enloquecerle? Antes pensaba que sabía lo que era el amor, pero esa tarde cuando la rescató de la tormenta y la llevó con cuidado a su tienda, supo que no tenía la mas mínima idea de lo que era amar. Todo lo que había sentido hasta ese momento de nada valía, no poseía el menor valor.

Entonces se sonrió de sí mismo, entendió que el desierto estaba lleno de sorpresas y que la joven que había encontrado un día en su camino tenía razón, la profetiza le dijo que conocería al amor de su vida en ese desierto. Él se burló por supuesto, resultaba inverosímil pensar que alguien pudiera conocer a una persona así, de la nada, en medio de ese mar de áreas, resultaba bastante improbable. Era mucho más lógico pensar que podría hacerlo en alguna fiesta, de esas que su padre organizaba para hacerse entre las personas de la buena sociedad.

Desfilaron muchas mujeres, cada cual más poderosa y llena de belleza, pero una tras otra salieron de su vida por alguna u otra razón. Ante los aspavientos de su madre, quien contaba sus años de soltería como una maldición, comparándolo todo el tiempo con su hermano, que había encontrado una buena mujer musulmana en Khadijad, quien resultaba inmejorable en todo sentido.

- Dalia... —dijo ese nombre como si convocara la tormenta—, era un sonido especial, como una especie de conseja que le hablaba del amor, cantaba en medio de la nada, entre la noche oscura y el silencio que representaba la soledad, a la cual estaba a punto de condenarse por amor a los suyos.

La noche seguía avanzando, cada minuto pesaba como plomo, las palabras querían salir de su boca, pero no podían, eran como un cuchillo afilado en su lengua y manaba sangre de ella. Sigue allí, y sabe que su hermano adentro le está esperando, quizás dormido, o peor aún, tal vez muerto.

Algo le paraliza los sentidos, las palabras de la profetiza ante la noche oscura del desierto, en el frío que penetra los huesos y embrutece los sentidos. Esa mujer que tiene ojos de miedo, con una mirada tan penetrante que puede helarte la sangre en las venas.

- En la tormenta tú y los tuyos, aquel que es igual a ti, conocerán al amor de su vida, los Saab, los que aman la libertad y están hechos del viento, están condenados a la soledad, pero el amor les acecha, con hielo y también fuego... Es la tormenta del desierto, la que sabe unir los corazones, un amor que es como una condenada, y no hay nada que puedan hacer al respecto. A unos se los ha llevado la brisa y a los otros la arena, pobre de ti Omar Ali Saab, pobre de ti porque la vida te mostrará su cara en la forma de una mujer, cuyos ojos son tan azules como el mismo cielo y su boca tan roja como el fuego, es un ave libre que vuela de un lado a otro, que llega más allá de los mares. No hay mayor maravilla y mayor condena que amar, que sentir el poder de esa esencia que es el puro y profundo amor, para después perder aquello que más quieres, es como si te arrancaran el corazón del pecho, se lo llevaran y te dejaran sin nada.
- ¿De qué hablas mujer?, —dice mirándola con incredulidad, está acostumbrado a escuchar las historias de los beduinos, y la consabida manera como exageran las palabras con la finalidad de generar un mayor interés, y perfilar así mejores pagos—. No es más que una adivina —se dice—, una de estas mujeres que usan sus habilidades para sacar dinero a los viajeros.
- Omar Saab, tu padre se lo llevó el viento.
- ¡No hable de mi padre!, —dice molesto y se levanta—, le exijo que se calle mujer, usted no es quién para hablar de la memoria de mi padre.
- No sabes lo que dices, no tienes idea, el desierto te llama al igual que lo hizo con él, hay hombres de tierra y de aire en tu familia, tú eres aire, necesitas volar con la libertad de aquellos que no tienen ataduras, no hay forma que cumplas con lo que de ti demandan, porque estás hecho con el material de los sueños, estás hecho de éter, Omar, necesitas irte, volar lejos y ella es tu brisa, tu impulso.
- Una mujer... eso es lo único que ustedes saben decir, —dice con incredulidad—.
- Eres igual a los tuyos, incrédulos de todo, de las cosas que son tan evidentes que se plasman en sus propios ojos y que, sin embargo, no pueden verlas, aunque les abofeteen en la cara. Oh... Omar, pobre Omar, condenado estás por ti mismo, la maldición te persigue y besa tus talones, no dejará tregua y todo por la ambición de aquel que vendió todo por dinero y más dinero, triste de ti Omar, triste de todo lo que hay a tu alrededor, y de los tuyos, de las palabras que dices todos los días, la forma como has estado maldiciendo el desierto, porque entonces tendrás que pagar el precio, y es demasiado alto.
- ¡Váyase!, —le dice molesto—, ¡usted no habla más que pura retórica!
- Como lo desees Omar, me iré, pero solo tienes una oportunidad si tomas la decisión adecuada.
- ¿Y cuál es esa?, —le dice sonriendo con incredulidad, en su rostro se plasma la duda, esa mujer juega con él a cambio de unas cuantas monedas—.

- ¡Váyase!, ya es suficiente, tome, —le dice extendiendo la mano, piensa que tres monedas de oros serán más que suficientes para esta mujer, para que le deje en paz, y su loca imaginación deje de dar vueltas—. Con eso comprará comida, telas, o lo que necesite, es más que suficiente para que tenga una vida digna sin necesidad de recurrir a las mentiras de su raza, que es la misma que miserablemente corre por sus venas.

La hermosa y joven mujer ve las monedas, sonrío como quien observa a un niño, le da la espalda y se voltea nuevamente. Se le queda viendo, es como si deseara grabarse su rostro, Omar Saab, el más hermoso de toda su familia, alto, atlético, de preciosos ojos color dorado, de barba castaña y cabello que parece haber sido besado por el sol, de sonrisa brillante y tan blanca como la leche.

- Omar Saab, eres un hombre encantador, —le dice—, pero tu propia incredulidad te condena, al igual que lo ha hecho con tus ancestros, hasta el día que entiendan, no se puede jugar con el desierto, este mundo está lleno de formas, de hilos que se entretejen como una fibra. Eres un hombre que está lleno de viento, una mujer de aire vendrá a ti, y se robará tu corazón, se robará todo, tanto que ya no sabrás que eras antes de conocer sus ojos que son como zafiros brillantes.
- Jajajajaja, siempre es el mismo cuento con ustedes, siempre hay alguna mujer hermosa que conocer, siempre hay un desierto que hace cosas como si fuese una persona. Este desierto es solamente el vestigio de un mar antiguo, no hay nada de magia en un montón de arena, es el fondo de ese lecho marino, ya se ha comprobado que es así, lo demás son imágenes, inventos de las personas que nunca han sabido explicar los hechos, y que por la misma razón solo encontraron sentido a estos fenómenos a través de fábulas y mitos, es todo.
- Es fascinante cómo los hombres de oriente quieren ser como los de occidente, venden lo verdadero por lo superfluo. Estás contaminado por aquello que ni siquiera entiendes, Omar, me da dolor verte, pierdes tu esencia por palabras, explicaciones que desdibujan el poder de lo oculto para llevarlo a la débil mente de los hombres, que no respetan las fuerzas que son mucho más poderosas que ellos mismos.
- Raro hablas mujer, como si no fueses una persona real.
- Omar, estás ciego, pobre Omar, eres pobre por dejar lo que realmente vale por aquello que no es nada.
- Váyase, tome sus monedas y váyase.
- ¿Crees que tu oro te da mayor valor? No necesito de tu dinero Omar Saab, no necesito nada de eso, eres un ser ingenuo...
- ¡Váyase!
- Como quieras, se te ha dado una oportunidad y la has desperdiciado, ahora la maldición también te persigue, a tu hermano, a ti mismo, no puedes hacer nada al respecto.

La mujer sale de la tienda, él se recuesta en un montón de cojines, pero entonces se incorpora rápidamente, se asoma para verla, ¿hacia dónde va esta mujer a esas horas de la noche? Observa a un lado y al otro, se sorprende, no hay nada, es como si el aire de la noche se la hubiese tragado. Se siente un tanto culpable, podría morir en ese frío.

- Abdullah.
- Señor, —dice solícito el hombre—.

- ¿Qué se hizo la mujer?, ¿dónde está?
- ¿Cuál mujer señor?
- La que ha salido de mi tienda, la adivina, la mujer hermosa de ojos azules, la del velo dorado, —dice tratando de explicarle de la mejor forma posible su apariencia, aunque una belleza como la suya jamás podría pasar desapercibida, sin embargo, el hombre le mira con ojos perdidos—. Es imposible que no le haya visto si ha estado en la entrada, de hecho, debe haberla dejado entrar.
- No he visto ninguna mujer, —le dice extrañado—.
- ¿De qué rayos me hablas?, ¿qué dices?, te estoy preguntando la mujer que salió de aquí, ¿hacia dónde fue?, ¿qué se hizo?, no se la puede haber tragado el aire. Tú la dejaste entrar en mi tienda, dijo que era la profetiza...
- No sé de qué mujer me habla, señor.
- ¿Estás burlándote de mí Abdullah?, ¿acaso crees que estoy para eso? No necesito esas tonterías, ya no tenemos diez años, dime ¿dónde está la mujer?
- Mi señor, le juro por Alá que no estoy jugando, no he visto ninguna mujer, aquí no ha entrado ninguna mujer. Jamás dejaría entrar en su tienda a una desconocida.
- ¡Bah!, ¿y así dices que estás pendiente de lo que pueda pasarme? Así pudo entrar un asesino o un ladrón a robarme, ¡valiente asistente que tengo!
- No, señor he estado aquí todo el tiempo, no me he movido en toda la tarde y lo que va de la noche, y le aseguro que no ha entrado ninguna mujer, y mucho menos, así como usted la describe, seguramente que estaba dormido y lo soñó.
- No he soñado nada. ¡Bah!, ¡estoy rodeado de ineptos!, —dice con molestia—. Olvídalo, yo mismo la buscaré, eres un incapaz, he cometido un error al seleccionarte.
- Mi señor, por favor, se lo juro que no he visto nada, aquí no ha pasado ninguna mujer, estoy completamente seguro de ello, en verdad, se lo juro.
- ¡Cállate!, la buscaré yo mismo.
- Pero señor.
- Olvídalo, quédate aquí, yo mismo la buscaré.
- Señor.
- ¡Cállate!, —y le hace un gesto con la mano, indicándole que no deseaba oírle más—.

Sale de la tienda, camina en medio de la noche oscura que es tan profunda como un abismo, no hay luna y todo permanece en silencio, es el silencio más profundo que ha escuchado en toda su vida, como si la nada de pronto invadiera todo a su alrededor. Camina hacia el desierto, es como si le llamara, una voz profunda que cruje entre el viento, una suave voz que le dice “ven”. Un sino de tragedia se cierne sobre él, pero se detiene, decide no avanzar más hacia la nada que es la densa oscuridad.

La mujer no está en ningún lado, ¿cómo es posible que se haya ido tan rápido?, no puede ser, la vista alcanza hasta donde se pierde el horizonte, no hay manera que se haya perdido en el camino, no hay árboles, edificaciones, nada que pudiera permitirle esconderse o estar oculta. Es como si se hubiese esfumado en el aire, como si estuviese hecha de la nada, —no está—, se dice a sí mismo, apenas puede creerlo, no puede ser posible.

Es una simple mujer de carne y hueso, pero ha desaparecido en medio de la nada como si

estuviera hecha de aire, como si fuese tan solo sombras que se escurren en la propia oscuridad. Su belleza es deslumbrante, esa mujer es el ser más bello que ha visto en toda su vida, y si no le hubiese hablado de esa manera, tal vez se habría sentido atraído por su increíble aspecto, tan hermosa que resultaba casi inhumana.

- ¿Qué es esto?, —se dice—, ¿qué rayos es esto?, ¿dónde está esa mujer?, debe estar en alguna parte, —mira hacia todos lados, pero no hay nada—. ¡Maldición!, ¿qué rayos es esto?, —vuelve a decir—. Se queda como paralizado, ¿será que es un fantasma de arena? —Ríe de sí mismo, ahora suena como los supersticiosos del mercado, como uno de esos hombres que solamente creen en sombras, fantasmas y maldiciones—.

Vuelve a observar a su alrededor, se siente nervioso. Solamente hay montañas y montañas de arena que se pierden infinitamente hasta donde alcanza la vista. Se queda paralizado, hace un frío atroz, piensa, su mente lógica le dice que tal vez Abdullah tenía razón, que todo ha sido un sueño, pero ¿qué sueño?, tan claro que parece haberlo vivido realmente.

- ¿Será un sueño? —Se dice—, ¿será que todo esto no ha sido más que el producto de mi imaginación?

Entonces ve una figura caminando entre las dunas, adentrándose en el desierto, se queda mirándolo y efectivamente es la mujer. Debe estar loca, ¿hacia dónde rayos va?, y se mueve detrás de ella, entonces él también debe estarlo, ¿a quién se le ocurre internarse en ese solitario lugar?, ha perdido el juicio. Ese desierto tiene la capacidad de embrutecer a las personas y enloquecer a quienes tienen la desgracia de conocerle.

- Allí está, —sonríe—, lo sabía, no era ningún sueño, seguramente el tonto de Abdullah se ha quedado dormido, por eso no la vio. Pero ¿a dónde va esta loca mujer? ¿Acaso no sabe que puede morir en ese desierto? Debe estar completamente desquiciada.

Va detrás de ella, pero esta parece avanzar tan rápido que apenas puede acercarse. Es una figura que no alcanza, es como un viento ligero que avanza en la densa calma de la noche, es como un silbido que pasa a tu lado sin dejar rastro.

- ¿Qué rayos?, —entonces la llama—, ¡mujer! —Grita—, ¡mujer!, ¿qué haces? Devuélvete, es peligroso que te adentres así en el desierto.

Pero mientras grita, ella se va perdiendo aún más en la oscuridad, ¿qué le sucede? ¿acaso se ha vuelto loca? ¿Cómo puede andar como si cualquier cosa, con este frío tan atroz, en medio de la nada?, ¿quién es esa mujer?, —se pregunta—, ¿cómo es que anda sola por allí en la nada? Debe ser muy temeraria o está totalmente loca.

- Mujer, mujer, —entonces ella se voltea, como si le escuchase por fin, le mira y se queda como paralizada—, él duda si avanzar, de repente un frío le ha invadido, pero no es la noche, es una sensación diferente, no es el clima inclemente del desierto lo que le está helando la sangre, siente temor, es eso, un temor repentino de pronto le ha invadido.

Ella se detiene, le mira fijamente, él siente de pronto que esa mujer no es una persona de

verdad. Lleva algo en la mano, ¿qué es?, no recuerda que tuviese nada. Levanta la mano, no se acerca, ni él tiene la suficiente valentía para hacerlo. Por un segundo cree que ella no está escapando, sino que lo lleva hacia algún sitio en específico. Como si quisiera precisamente eso, que él se adentrara en el desierto, se detiene, sus pies no pueden moverse.

Ella levanta la mano y lo que tiene le sorprende, es la flor del desierto, ¡rayos!, pero ¿de dónde la ha sacado?, ¿dónde ha encontrado la bendita flor?, no puede creerlo. Sonríe, o al menos eso cree, porque no puede ver casi nada en medio de la oscuridad que parece tragarse sus formas.

Él no puede avanzar, se queda allí mirándole, no puede hacer nada más, y aunque su cerebro le indica que se mueva ya sea que vaya hacia ella como que vuelva a la tienda, no puede mover un pie. La mujer entonces sonrío nuevamente con satisfacción, y sigue caminando, adentrándose en la nada, en las sombras de la noche que ya son como un ser en sí mismo.

“Eres uno con el desierto”, vienen estas palabras a su mente, y en verdad parece que la mujer es una sola entidad que se brinda a sí misma, como si se hubiese desprendido momentáneamente de ese ente y ahora volviese a él. Sus piernas tiemblan, está paralizado, su corazón late con tanta fuerza que cree saldrá por su boca.

La mujer se ha perdido, va a morir, —se dice—, se perderá en ese desierto, va a morir, y no puedo hacer nada para detenerla, se congelará en medio de la noche. —Finalmente, luego de largo rato logra moverse, pero ya es muy tarde, ella ha desaparecido, y vuelve asustado a su tienda, Abdullah se le queda viendo temeroso—.

- Señor.
- No digas nada, solo, tráeme un té caliente, me estoy muriendo de frío.
- Como usted diga señor, —y el mismo Abdullah parece que ha visto la muerte, está pálido cuando le lleva el té, y sus manos tiemblan—.
- ¿Qué te pasa?
- Señor, creo saber lo que ha sucedido.
- ¿Qué ha sucedido, según tú?
- Es un fantasma lo que ha visto, —le dice muy asustado—, uno de los fantasmas del desierto, eso es lo que ha pasado.
- Deja de hablar tonterías Abdullah, eso no existe, no son sino historias de beduinos, que no tienen nada mejor que hacer que inventar cuentos alrededor de sus fogatas, no hagas eco de eso.
- Mi señor, usted no cree, pero es verdad, yo mismo he visto cosas raras, muchas veces, le aseguro que en este desierto habitan criaturas, seres hechos con arena y con la oscuridad de la noche, seres que podrían helarle la sangre en las venas mi señor.
- Deja de hablar estupideces Abdullah, no ha pasado nada de eso.
- Señor, usted jura haber visto a una mujer, y yo le creo, pero estuve toda la tarde apostado en la entrada y nadie pasó a su tienda, absolutamente nadie, ninguna mujer ha entrado en el campamento, y ninguna mujer ha salido de él, no podría, aquí solamente hay hombres, no hay nadie más.
- Entonces, según tú, ¿esta mujer es una especie de fantasma, un ser hecho de la nada?
- Así es.

- Te diré lo que realmente pasó.
- Señor.
- Te quedaste dormido cuando ella entró y luego volvió a salir, te despertaste cuando te llamé, por eso no la has visto, esa mujer no es más que una loca. La he visto, se adentró en el desierto, y por más que la llamé para que se devolviera, no lo hizo, siguió adentrándose allí hasta que se perdió en el él.
- ¡Por Alá!, —dice y sus ojos se tornan grandes como platos, y se vuelve más pálido de lo que ya estaba—, si es que eso sea posible.
- ¿Qué sucede Abdullah?, ¿qué te pasa?
- Es un fantasma, eso es, un fantasma de arena, mi señor, ¿cómo era esa mujer?, descríbala.
- ¿Un fantasma de arena? ¡Bah!, deja de hablar tonterías, si sigues así terminarás tan loco como esos beduinos, lo único que hacen es ver fantasmas y conjurar maldiciones a cada paso que dan, ¿acaso eso es vida? Vivir siempre con temor de todo cuanto te rodea, allá afuera hay un mundo muy grande, mientras estas personas viven en este maldito desierto, refundidos como si fuese el único lugar que existe en este mundo.
- Mi señor, ¡no diga eso!, —exclama él muy asustado—, no puede decir eso, podría caer sobre usted...
- Déjame adivinar, ¡una terrible maldición! ¿es eso? ¿Podría caer sobre mí una terrible maldición?
- Sí, señor, puede que se burle de eso, pero sus palabras no hacen que sea mentira, sé lo que le digo, he visto codas con mis propios ojos.
- ¿Quieres saber cómo era la mujer? Te lo diré.
- Hermosa, increíblemente hermosa de hecho, de piel muy blanca y ojos tan azules como el cielo de verano, de labios rojos y bonitos, toda una belleza, no entiendo cómo es que una mujer así anda sola, y entra en tiendas y sale sin que nadie la vea, es como una blasfemia andante ¿no crees?
- Señor, no sabe lo que dice, lo que ha visto no es una mujer, por la descripción que dice, mi señor, tiene suerte de haber salido con vida, es la llamada del desierto, la misma que convocó a su...
- A mi ¿qué, Abdullah?, a mi ¿qué? Te refieres a mi padre, ¿es eso lo que ibas a decir?
- Señor, no se moleste conmigo, por favor, no se moleste conmigo.
- Mi padre hizo lo que deseó hacer en su vida, lo demás son solo cuentos de camino, lo que le pasó es algo que puede sucederle a cualquiera, simplemente se perdió.
- No señor, no mi señor, su padre...
- ¡Basta!, no quiero seguirte oyendo, deja de hablar de mi padre como si lo conocieras, ¡maldita sea!, ¡estoy harto de todo esto!, daré gracias a Alá cuando me vaya de esta tierra, donde solamente les gusta hablar del pasado, de los ancestros y maldiciones, quiero vivir entre la gente civilizada, donde todo tiene una explicación lógica y con sentido, y no es producto de la imaginación de un montón de personas ignorantes. Creí que tú eras un ser razonable, pero ya veo que tu mente también está contaminada por toda esa basura de creencias tontas.
- Mi señor.
- ¡Largo de aquí!

El hombre salió de allí sumamente asustado, daba gracias porque su señor no se le hubiese

ocurrido adentrarse en el desierto, porque si hubiese seguido persiguiendo a esa mujer, jamás le habría visto con vida nuevamente. Está completamente seguro, es la princesa Faruz, tiene que ser ella, no pudo preguntarle si llevaba la flor del desierto, esa que anuncia la llegada del amor.

Ese ser no se le aparece a cualquiera, y eso solo quiere decir una cosa, la tragedia está a punto de suceder. Abdullah Ora, está muy asustado, a su señor seguramente algo muy malo le sucederá, y él, pobre de sí, no puede hacer nada al respecto para evitarlo.

- Alá, protege a mi señor, protégelo de todos los fantasmas que habitan en este desierto, protege a mi señor, —repite una y otra vez, y su voz es como un rumor, como el propio viento que conjura, como un leve chasquido entre las brasas que ahora quedan de la fogata—.

La noche ha pasado y su señor ha sobrevivido, y el día ya raya en el cielo, como una promesa de lo que ha de venir. Su señor está muy callado, sombrío, algo pasa, —se dice—, es esa maldita mujer que le ha dejado una semilla de veneno en la mente, es así, la historia de nunca acabar, desde que Omar Al Hazim trajo la maldición sobre todos los suyos. Abdullah espera que no caiga también sobre él, después de todo, no se puede huir, cuando se pertenece al desierto no puedes escapar de él, no importa dónde vayas, irá tras de ti siempre, a donde quiera.

Corre el día, y cuando el señor sale de la tienda, tiene la determinación pintada en el rostro. Abdullah se asusta, sabe lo que eso significa, y comienza a temblar de forma espontánea. Tiene que impedirlo, de la forma que sea, se atraviesa en su camino, pero este le mira con rostro severo.

- ¿A dónde va mi señor?
- Al desierto, al maldito Rub Al-Jali.
- ¿Qué piensa hacer?, por favor señor, quédese aquí, se lo ruego, por favor.
- Quítate de mi camino Abdullah, ¡te lo ordeno!, veremos si es tan fiero como la pintan.
- Usted sin duda ha perdido el juicio, mi señor, el sol del desierto y sus poderes le han hecho perder la razón, no se meta con lo que no conoce, porque podría acarrear...
- Una maldición, ya lo sé, lo único que uno hace aquí es acarrear maldiciones, pero no creo en los fantasmas del desierto. Cuando tienes miedo de algo, lo mejor que puedes hacer es enfrentarlo mi querido Abdullah, eso decía mi padre, y su padre, y el padre de su padre, sino lo llevarás dentro de ti, el miedo te consumirá con su fuerza, acabará contigo, y esa es la única maldición en la que creo, en ti mismo, y en cómo los hombres se convierten en presas de sus propias creencias, de sus ideas, y acaban con lo que puede llegar a ser grande.
- Pero si no cree en él, entonces ¿por qué enfrentarlo señor?, — le dice con una sencilla pero gran lógica—. Si no cree en los fantasmas del desierto y piensa realmente que el “cuartel vacío”, es eso, nada más que un lugar yermo, lleno de arena y aire, entonces ¿para qué molestarse en ir hacia él?, ¿para qué desafiar a algo que ni siquiera existe, mi señor?
- Ahora sí hablas como un hombre de razón, Abdullah, te diré por qué, anoche vi a esa mujer con mis propios ojos, y por todos los cielos que la encontraré, nadie se burlará de mí. Esa mujer no se la ha tragado el aire, debe estar en algún poblado cercano, nadie camina solo con tanta temeridad por el desierto, y menos una mujer como esa.
- Al menos que sea un fantasma, mi señor.
- No creo en fantasma Abdullah, ya te lo he dicho, ahora quítate de mi camino, esto debe

tener un sentido lógico, como todo lo que existe en esta vida, tiene que tenerlo, porque la vida funciona de esa manera, y lo demás son tan solo fantasías en la mente delirante de los hombres.

- Mi señor...
- ¡Quítate Abdullah!, ¡apártate o tendré que quitarte yo mismo con esta pistola!, —le dice mostrándole el arma—.
- Mi señor.
- ¿Realmente crees que soy tan tonto para ir al desierto sin estar armado?, veremos si el Rub Al-Jali sabe defenderse de esto, —dice con una sonrisa delirante en el rostro—.

Abdullah lo ve alejarse, es una figura lo que ahora se perfila en el horizonte, ante el inclemente sol de las tres de la tarde, es una completa locura lo que su señor hace. Pero está seguro que es el desierto, ha comenzado a llamarle, no hay nada que se pueda hacer para impedirlo. Es el llamado de la muerte, la brisa cambia y entonces ruge con fuerza, Abdullah mira al cielo.

- ¡Maldición!, —se dice—, es una tormenta de arena, ¡maldición!, —y sabe que es muy tarde, él no podrá oírlo, está muy lejos, se encomienda a Alá—. Solamente su dios puede proteger a su señor y todos los suyos, porque sabe que todo comenzará nuevamente, alguien tiene que pagar por las profanaciones, y Omar sigue maldiciendo una y otra vez, trayendo consigo la desgracia.

Allá va Omar, caminando hacia su desgracia, mientras en el horizonte se va perfilando la tormenta, como una densa y oscura masa que amenaza con llevarse todo, los sueños, las vidas e, incluso, las esperanzas. Abdullah está asustado y le dice a todos los del campamento que se preparen, porque pronto llegará y deben estar dentro de sus tiendas. Ha mandado para que busquen al señor, pero sabe que tal vez lleguen muy tarde, porque está muy adelantado.

En el campamento de Zahrat Alsahra', la joven Dalia ha salido para mirar el desierto, la tiene conquistada, el color de las dunas y los matices que va formando le seduce. Le seduce las historias contadas en las fogatas, la princesa Faruz, y los fantasmas de arena, las princesas milenarias que han conocido el amor para luego tener que abandonarlo para siempre. Las historias una y mil veces contadas, que entre los siglos y los labios se van enriqueciendo poco a poco con frases y detalles, todo cuanto ha creado la mente del hombre para ocupar las horas de ocio y callar el miedo del alma.

Camina sin percatarse que se ha alejado mucho del campamento, de pronto se voltea, y con miedo comprueba que se ha perdido, todo se ve igual, el desierto es un amigo cruel y traicionero. A todos lados donde mira no son más que dunas, las cuales se sobreponen. Su corazón comienza a latir con fuerza ¿qué hará ahora? Debes calmarte, —se dice—, cálmate, todo va a estar bien, solo es cuestión de orientarse.

Sigue caminando, pero por más que trata de encontrar el camino, parece que se adentra más y más en el dorado mar de arena. De pronto, algo extraño pasa, un oasis, no puede ser, en medio de la nada, un extenso lugar lleno de palmeras, agua y sobre todo de flores, tan rojas como el fuego.

Era sorprendente, extraño, que en un lugar yermo como ese pudiese existir esa clase de belleza. Está fascinada, es el paisaje más hermoso que ha visto en toda su vida. ¿Qué son esas...? ¡Cielos!, —dice—, es la flor del desierto, la misma de la historia, —se siente como una princesa entre todo ese jardín, como la propia princesa Faruz en medio de la belleza de ese lugar fascinante—.

De pronto lo ve, es una silueta en contraluz, un hombre, se asusta. Es un hombre alto, de una figura gallarda, se queda paralizada, no sabe qué hacer. Él parece sentir lo mismo, se quedan así por largo rato.

Entonces, escucha una especie de zumbido penetrante, es algo que viene volando, no sabe qué es, no está acostumbrada a los signos del desierto, no es más que una turista que ha venido a conocer la leyenda del Rub Al-Jali. El cielo que hace poco era tan azul como un zafiro, ahora se ha tornado oscuro, casi negro, de pronto, es como si hubiese caído la noche, todo se ha tornado como una sombra.

- ¿Qué es esto?, —dice—.

La tormenta se cierne sobre ella y todo el oasis, casi no puede respirar y siente que algo la toma entre sus brazos antes de perder la conciencia y que todo se vaya por siempre. El desierto del Rub Al-Jali es un lugar peligroso, en cada recóndito espacio guarda una promesa, una palabra, un misterio, y la esperanza de alguien que inútilmente se quedó esperando le rescatasen de la muerte.

Ahora Omar recuerda ese momento, y como las palabras de la profetiza se cumplieron, tanto que ahora se encuentra en una disyuntiva, la de conocer el amor y tener que renunciar para siempre a él. Mira hacia la habitación, le pesa el pecho y el alma.

Cuando entra ya está amaneciendo, ha pasado toda la noche esperando que su corazón hable y ya lo ha hecho, se introduce en la habitación con la resolución en su mente y la decepción en el alma. La maldición de los Saab también le persigue, y solo era cuestión de tiempo para que también le alcanzase, así como ha hecho con todos los suyos.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO VI

Esmeralda en el horizonte

La chica se le quedó mirando como si fuese una desquiciada, pero ya había tomado una decisión. En la tarjeta, junto a la información que le había escrito, le dejó la de su asistente. Era la sucursal de DUNES, un sitio bastante elegante, con mujeres vestidas de una forma suntuosa y hombres regios que parecían abocados a importantes tareas. Era como otro mundo dentro del que ella conocía. Una extensión de la fastuosidad de Dubái.

- Es una... lástima, —dice la chica con gran pesar, como si eso le afectara de algo—.
- Mmmn, sí.
- Entiendo, pero ¿está segura que quiere devolver este collar? —Dice sin abrirlo, colocando simplemente su mano sobre él—.

La belleza de la caja en sí misma es deslumbrante y su contenido mucho más. Ella no desea dejarlo, pero su lógica le indica que es lo mejor.

- Sí, estoy segura.
- Es una verdadera lástima, esta es una joya única.
- Lo seguiré siendo, conmigo y sin mí, —agrega ella—.
- Como usted desee señorita, le haré llegar esta joya al señor Saab y le será entregada directamente en sus manos.
- Muchas gracias, bien, entonces...
- Es usted afortunada, —le dice con cierto aire evocador—.
- ¿Por qué?
- Porque esta pieza, es decir... el señor Saab la diseñó especialmente para... bueno, para una mujer en específico.
- ¿Qué me quiere decir?, —exclamó arqueando las cejas—.
- Que debe estar muy enamorado de usted, esto vale millones señorita, es una pieza invaluable, no solo por las gemas en sí, sino por este diseño.
- Usted sabe de joyería, debo suponer.
- Mi padre era joyero, yo heredé su instinto y sé reconocer una buena pieza cuando la veo.
- Ok, bien, gracias por todo, señorita, le agradezco mucho su cordialidad y buenos oficios.
- No, señorita Rey, no tenga cuidado, cuando necesite algo puede decirme, con gusto le ayudaré.
- Gracias, que tenga buenos días, —y le dedicó la más cordial de sus sonrisas—.

Cuando salió de allí lo hizo con una sensación contradictoria. Por un lado, sentía que se había quitado un peso de encima, ese collar en su casa era una especie de carga, no solamente porque como había dicho la chica, era una joya invaluable, sino porque le traía demasiados recuerdos. La presencia del collar la hacía sentir ahogada, como si el propio Farid estuviese por allí. Tenía que

salir de eso como diera lugar, lo más pronto posible.

- ¿Entregaste el collar?
- Te dije que eso iba a hacer.
- Es una lástima devolver algo así, ese hombre debe estar muy enamorado de ti.
- Una cosa no necesariamente tiene que ver con la otra.
- ¿Cómo que no?
- No, lo que pasa es que no has visto la manera suntuosa como viven esas personas, tienen tanto dinero que para ellos esto es como darle un dulce a un niño.
- Vaya dulce... a mí me encantaría que me regalaran golosinas como esas todos los días.
- No sabes cómo es, —le contesta mirándola de reojo—.
- No, pero sin duda que me gustaría saberlo, debe ser genial que alguien sienta eso por ti.
- No sabemos lo que él siente por mí, después de todo, ya no supe nada de él.
- ¿No supiste nada de él? Maldita loca, ¿qué rayos se supone entonces es ese collar? No definiría eso como “no he sabido nada de él”. Si quieres saber cuál es la definición de esa frase, puedo nombrarte a una larga lista de mis ex novios, como Gabriel, que resultó estar comprometido con otra mujer, cuando quise formalizar, el tipo se desapareció, y con eso te hablo de modo fantasma. Dos meses después, descubrí que se iba a casar con otra, su prometida con la cual tenía ¡cuatro malditos años! ¿Qué te puedo decir?, ¡cuatro años!
- Sí, me lo contaste, ese tipo era un cerdo.
- No, ese era un príncipe azul, un cerdo fue Román Castellano, cuando tuve un retraso desapareció y todavía estoy esperando que aparezca el desgraciado.
- Jajaja, lo siento, no quiero reírme, pero es que... eres hilarante, deberíamos darle un susto a ese idiota, jajaja, pidiéndole para la manutención.
- No cielos, ¡qué desgracia tener un hijo con un hombre así!, gracias al cielo que solo fue una falsa alarma.
- Jajaja, sí.
- Pero tu príncipe árabe, ¡oh cielos!, no tienes razón para quejarte.
- ¿Qué?, —dice frunciendo el entrecejo—.
- Con ese tendría un montón de hijos, sería la cuarta esposa, la quinta y también la novena.
- ¡Rayos!, dices cada cosa, sí que estás loca.
- No, tú estás loca, mira que devolver algo tan precioso, ¡eres una lunática!
- Puede que lo sea, pero me pareció lo más prudente desde todo punto de vista.
- Me lo imagino, pero no te creo nada.
- ¿A qué te refieres Lety?
- Me refiero a que puede que haya otra posibilidad.
- ¿Cuál?, —arruga el entrecejo nuevamente—.
- Deja de arrugar ese entrecejo o pronto necesitarás mucho botox en esa linda carita tuya.
- Ajá, ¿qué es lo que quieres decir?
- Bueno, es que... tal vez... —exclamó removiendo el café calmadamente—, mmm.
- Oh... rayos, habla de una buena vez.
- Que tal vez se lo hayas devuelto para llamar su atención, digo, es una buena táctica, yo lo haría, de hecho.
- Vaya, ¿así que eso es lo que piensas?
- Sí, eso es exactamente lo que pienso, —y se le quedó mirando fijamente—.

- Pues lamento decepcionarte, lo que ves es lo que existe, no tengo otras intenciones adicionales.
- Jajaja, no te creo nada, es que, míralo, es todo un caramelito, una cosa... cielos, esto sí es un hombre, —exclama haciendo mil ademanes, mientras ve sus fotos en el celular—.
- ¡Maldición!, ya deja de ver a ese hombre.
- ¿Por qué?, son fotos públicas, quien lo desee puede verlas, es internet... y...
- Ya sé lo que estás haciendo.
- ¿Qué cosa?
- Estás tratando de molestarme.
- ¿Por qué haría algo como eso?
- Para ver mi reacción.
- Jajaja, cielos, no se te puede engañar, jaja, eres todo un genio.
- Ya basta Lety, no te pases, ese hombre es historia.
- Y con lo que a ti te gusta la historia ¿no es cierto?
- ¿Seguirás o llegará el momento en que te comportes como una adulta?
- Sabes, puede que te guste engañarte, pero lo cierto es que ese hombre es todo menos historia pasada.
- Ya no hablemos más de él, quiero olvidar esto.
- Puede que tú quieras, pero te aseguro que él no, estoy casi segura...
- De ¿qué?
- Que es bastante probable que él venga por ti.
- Ni siquiera lo digas, quiero hacer mi vida, sin pensar en nada de eso, quiero seguir adelante. No sirvo para ese tipo de relaciones, de hecho, soy un desastre para las relaciones, por eso es que estoy sola.
- Hablas de la boca para afuera amiga, sé que en el fondo lo que deseas es estar con ese hombre. Con desastre o sin él, te gusta ese hombre, no lo puedes negar.
- Ya basta, no quiero hablar más acerca de eso.

Hay tantas dudas en su cabeza que no sabe qué hacer con ellas. Primero la extraña mujer del desierto, la misteriosa Amira, princesa árabe, por cierto. Esa mujer de ojos tan azules como el cielo y de palabras tan sinuosas como el mismo desierto, es casi como si fuese una personificación de él, y su voz... ¿cómo es que la conoce tanto, que incluso sabe hasta quién fue su abuela y la forma en que le decía?

- Eso no puede ser normal, —dice en voz alta—.
- ¿Perdón?, —exclama su amiga que la ha estado viendo desde hace rato, parece perdida en su propio mundo, y es un universo de elucubraciones lo que reina ahora en su cabeza—.

El desierto parece llamarle, al igual que el amor que su corazón siente por Farid. Pero todo es muy difícil, su familia está rodeada por un halo de misterio, y otras cosas que presiente él no le ha dicho, y por su actitud debe ser algo malo. Eso le molesta hasta cierto punto, pero la verdad es que ella tampoco le ha hablado enteramente de su vida.

También está lo de las cartas, ¿quién es ese hombre Omar Saab?, ¿será realmente su abuelo? ¿Y por qué tiene el mismo apellido de Farid?, ¿será una pura casualidad o realmente tiene algo que ver este hombre con su familia?

Así que la abuela después de todo tenía un romance con un árabe, entonces ¿cuál es la razón por la que no siguió con él?, si es el abuelo quiere decir que este hombre, Omar Saab, es ese el padre que su mamá ha deseado tanto ¿estará vivo? ¿Por qué su abuela no se quedó con él? Tal vez sea la misma razón por la cual ella ha huido de Farid, por esas costumbres. Su abuela era mucho más liberal, un viento huracanado que nadie podría atreverse a encerrar, no, no nació para eso.

Si ella misma no ha querido permanecer en esa situación o al menos en la que piensa podría pasar, con mucha más razón alguien como Dalia Damasco. Omar Saab, ese nombre retumba en su mente, pero por la misma razón que ha tardado en leer las cartas, tampoco quiere buscarlo en internet, no quiere saber nada más, tiene miedo, mucho, tanto que al pensar en eso le tiemblan las manos y todo el cuerpo.

- ¿Qué pasa?, tú tienes algo más, algo más que Farid Saab.
- Tonterías mías, —le dice porque en el fondo es una persona reservada y no quiere compartir todo con su amiga, prefiere guardarse esa parte para sí—.

Recuerda las hermosas cartas, palabra tras palabra, las ha leído tanto que las ha memorizado prácticamente. Esas palabras le llegan al alma, ese hombre era un auténtico caballero.

- Señorita Damasco, para mí es un placer escribirle, desde que la vi debe decir que he quedado prendado, traté de llamarle, pero me dijeron que ya no está en ese lugar, usted es como una hermosa ave que vuela libre, sus ojos solo puedo compararlos con las más preciosas gemas, con el diamante azul o la grandidierita...

Ahora comprende por qué su abuela le dijo que era el amor de su vida. Entonces hace memoria en las palabras de ella y recuerda lo que dijo, que el amor de su vida le había colocado su famoso apodo Dada. Un apocope de su nombre y apellido, tan original como hermoso, al igual que ella. Le gustaba la forma en que Omar escribía, con palabras llenas de una sutil seducción, que se pliega sinuosamente hasta envolver el corazón.

Definitivamente, Omar Saab era un hombre romántico, y se les podía imaginar bajo el cielo estrellado, enamorados, llenos de pasión. No sabe los detalles de la historia, pero puede imaginarlos. Dos amantes al calor de una fogata, las palabras que se susurran con ternura. Eso era más que un encuentro fortuito, era como si estuviesen destinados el uno para el otro.

Cree que se han buscado en el laberinto de la vida, y finalmente se han encontrado, como si una fuerza más poderosa que todo ejerciera un poder sobre ellos mismos. Es tal vez La Flor del Desierto, como le ha dicho la abuela, el perfume y la flor misma, es la magia que surge entre dos seres que se aman más allá de todo y los convencionalismos sociales.

- No puedo decirle lo que usted me hace sentir, solamente que le envío este perfume, como muestra de lo maravillosa que usted es, un frasco original, de los creados directamente por Mohamed Saab... quiero que sepa que el hechizo de este perfume es nada ante usted, y su belleza arrobadora, no puedo vivir sin tenerla a mi lado, quiero que lo sepa, de ahora en adelante viviré mi existencia así, como un antes y un después, estuve existiendo antes de conocerlo, pero solo he podido comenzar a vivir luego de haberlo hecho. Suyo y mil veces suyo... Omar Ali Saab.

El Rub Al Jali tiene secretos, habla por medio del viento, une y separa en igual proporción. Es el beso que se da en lo más íntimo, la caricia que hace vibrar el alma, el eco que resuena en la distancia, es el amor que aparece, surge y se va, para luego volver cuando es el tiempo y en la forma adecuada.

Cuando llega a su casa entra de una vez en su habitación, allí tiene el cofre, le quedan cartas por leer, no ha querido hacerlo todo de una vez. El miedo le llena por dentro, no quiere saber nada, tiene miedo de que su abuela haya cometido algún exabrupto, que haya hecho alguna locura, porque la cree capaz de eso y mucho más.

Esta carta parece mucho más extensa que la otra, y está escrita en una caligrafía que denota cierto nerviosismo, también rapidez, como si esta persona no pusiera el mismo empeño en ella que antes, tal parece que la ha escrito de forma sigilosa. La palabra posee un gesto nervioso y la tinta se escurre entre el papel, como si algo humedecido hubiese caído sobre él. Tal vez algunas lágrimas de mujer, pero la verdad es que no se imagina a la abuela llorando por un hombre.

- Mi querida Dalia, no sé ni cómo expresar esto que tengo para decirte, pero la verdad es que no sé otra forma de exponerlo, tengo que dejarte mi amada, sé que debo hacerlo en persona, pero en este momento se me hace imposible. Es lo único que puedo decirte, siento un puñal que atraviesa mi corazón, es un dolor intenso, y cualquier razón que te dé no tendrá sentido, sé que habíamos quedado en ese plan, en escaparnos juntos...
- ¡Escapar juntos! —Grita—, qué romántico, cielos, jamás lo habría pensado de Dada.
- ... y si fuesen otras las circunstancias, lo haría. Pero he tomado una decisión, creo que es la única, perderme en mi propio desierto, en este lugar yermo que será mi vida de ahora en adelante. Mi hermano está muriendo, como te dije, está tan enfermo que los médicos le han desahuciado, es una extraña dolencia, y tengo que encargarme de mi familia, sería un canalla si no lo hiciera, no puedo dejar a mi cuñada sola con toda esta responsabilidad, Amin tiene 13 años, aún es demasiado joven para tomar las riendas del negocio.
- Amin, maldita sea, ese es el nombre del padre de Farid, ¡qué mierda es esta!, —se dice, pasa su mano por la frente, la tiene sudorosa, y está completamente fría—. No entiende qué es lo que sucede, necesita algo más, pero allí solamente están las cartas que ese hombre le ha escrito a la abuela, pero tiene que haber un lugar donde estén las que ella le ha respondido, si es que lo hizo, pero lógicamente no tiene acceso a eso, no tiene idea de dónde puedan estar.
- Amor, no sabes lo mucho que sufro, esto es como una tortura, no sé qué hacer, a veces siento que sería más fácil que todo esto termine, ser como los otros miembros de mi familia, y que esa maldición me lleve de una buena vez. Sería mucho menos cruel, pero tengo el presentimiento que el Rub Al-Jali no me dejará con tanta facilidad, no cesará en su empeño hasta que me destruya por completo. Soy una sombra, como un fantasma del desierto que vaga de ahora en adelante en la vida, sin tus ojos y labios, no tengo la menor idea de cómo podré sobrevivir de ahora en adelante. Pero tengo que hacerlo, y quiero que sepas que mi vida será una agonía, pero quiero que tú seas feliz, jamás te obligaría a estar en este lugar que para ti sería como una jaula de oro... no, jamás te condenaría a esta existencia miserable, que yo mismo he odiado y que por supuesto tú aborrecerías más, esto solamente nos mataría, acabaría con todo lo que hemos sentido, con todo esto que nació entre nosotros

y que es más fuerte que el propio desierto y esta situación que nos embarga, que nos aleja, lo siento tanto. Te amo con todo mi corazón, no con toda mi alma, eres tú mi alma, tendré que arrancarla de mí, y jamás podré sobreponerme... Tuyo por siempre. Omar...

- ¡Maldición!, —dice—, esto parece su misma historia, es como si todo lo que su abuela vivió se hubiese anticipado a lo que ella está experimentando en su propia vida.

Recuerda su experiencia con Farrah Saab y se pregunta si su abuela viviera lo mismo con la familia de Omar, entonces es bastante probable lo que teme, y que es algo que podría cambiar su vida, al menos en el sentido de cómo ve las cosas. ¡Maldición!, —dice en voz alta—, es una maldición lo que ahora arropa su vida, si Omar es quien piensa, entonces eso quiere decir que su madre, ella y...

- ¡Mierda!, —exclama—, se queda como petrificada, pero no, todo esto debe ser una casualidad, pero Amir, ese nombre, Amir, es el mismo nombre del padre de Farid, tiene que averiguarlo, pero no se atreve a hacerlo.

Esa mujer es insoportable, Farrah Saab, recuerda perfectamente cómo la miraba con cara de pocos amigos, ahora entiende muchas cosas. Para ella seguramente que su hijo se enamorara de una occidental resultaba un completo exabrupto. Tenía que haber otra historia, una que ella no estaba segura de conocer en su total amplitud, no podía saber realmente quién era Amin Saab, y Farid por alguna razón tampoco parecía disfrutar mucho de ese tema.

- ¿Qué sucede?, —dijo la mujer mirándola con extrañeza—, sus ojos escrutadores le analizaban en profundidad, era como si ella fuese una amenaza, uno de esos fantasmas del desierto a los cuales las personas allí parecían tener tanto miedo.
- Es que... —y se sonrió de sí misma, pero no podía evitar el decirlo, era como una ansiedad y necesitaba expresarlo de alguna manera—. Es que esa piedra también se parece mucho a los ojos de Farid, —exclamó, y el tono de su voz adquirió un matiz de ilusión que a la mujer evidentemente le disgustó—.

Ahora que lo recuerda, le parece tan tonto de su parte, una completa ingenuidad, era más que obvio que esa mujer no podía quererla en su vida. Ella no es más que una extranjera, una amenaza al igual que la tal Gabriella Western, de seguro que su madre tuvo mucho que ver en esa separación, o al menos eso cree.

- Me gustaría que hiciera algo por mí... —le dice con la suavidad de una seda que acaricia la piel—.
- Por supuesto, dígame.
- Dejemos a mi hijo fuera de todo esto ¿le parece?
- ¿Qué quiere decir eso?
- Quiere decir que es una joven preciosa, muy simpática, eso no tiene discusión, pero no es la persona adecuada para mi hijo, —le dijo con tono afable, pero mirándola directamente a los ojos—.
- ¿De qué me habla?, no entiendo.
- Por supuesto que me entiende, esa expresión en sus ojos.
- ¿Cuál señora?, —dijo nerviosamente—.

- Esa que adoptó cuando nombró el anillo y su parecido con los ojos de mi hijo, esa expresión la conozco muy bien, es más, la tenía desde que entró aquí, en ese instante lo supe. Pero creo mi deber reconvenirle al respecto.
- ¿Usted no me cree digna de su hijo?
- Es una chica agradable, pero créame, esto no es para usted, no podría dar la talla, sería terriblemente infeliz y él estaría insatisfecho, hay mil candidatas mejor que podría presentarle.
- Como si él no pudiera decidir por sí mismo... —añade ella al verse increpada de esa forma—.
- Ha decidido muchas veces y resulta evidente que no tiene buen criterio, así que debo tomar este asunto en mis manos, porque por lo visto, mi hijo tiene predilección por las mujeres occidentales.
- ¿Hará que su hijo se case con alguien que no le guste?
- No, nuestras costumbres lo harán, un hombre de su importancia no puede casarse con cualquier mujer, sería una muy mala decisión.
- Entiendo, creo que será mejor que me retire.
- Le gusta porque se parece a ella.
- ¿A quién?
- A la princesa de la leyenda, toda la vida le ha gustado esa historia, siempre le fascinaron los misterios del desierto, usted es muy parecida a la princesa Faruz, a él le gustan las fantasías.
- ¿Usted piensa que esto es un capricho de su hijo, por mera curiosidad o interés histórico?
- Algo así, aunque indudablemente es una mujer muy hermosa, y si ha oído hablar de mi hijo, lo cual, por supuesto creo, sabrá que ha tenido muchas aventuras con mujeres hermosas.
- Sí, me imagino que un hombre como él...
- Se imagina bien, y de seguro que también es una joven muy codiciada, puede tener al hombre que quiera, pero le aseguro que no será mi hijo.
- Entiendo, es mejor que me retire.
- Una joven como usted puede tener grandes oportunidades, pero no en este círculo, esto solo la destruirá, vuele libre Alexandra, tiene todo el cielo para hacerlo.

Ahora todo está más claro, —se dice—, si ella volviera tendría que enfrentarse a todas esas variables en su contra. Tal vez al principio lucharía por la pasión y la novedad del amor, pero tarde o temprano todo terminaría por agriarse con los problemas naturales que tienen las relaciones, y el peso de la situación acabaría con el amor. Terminarían odiándose y ella no deseaba eso, era preferible dejar las cosas como estaban, como un hermoso recuerdo que colmase sus vidas de una hermosa manera, y no dañarlo con una mancha de realidad.

A veces la vida debe retroceder para que la fantasía tome su lugar, porque no hay mayor pecado que dañar una hermosa historia de amor. Si lo permitiera, jamás se lo perdonaría, seguramente que su abuela había tomado la misma decisión, pero con una diferencia, ella llevaba a su madre en el vientre... así que sus motivaciones eran mucho más fuertes.

- ¡Mierda!, —no puede creerlo, tanto, así como para alejarla para siempre de los suyos, de su pasado, del lugar a donde pertenecía, entonces cae en cuenta que su madre es árabe, y que

ella también lo es—. No puede creerlo, esa es la razón por la que se parece a todas esas personas, incluyendo a la mujer del desierto, a la princesa Faruz y a la extraña Amira, si es lo que piensa, entonces también es una beduina, —¡Esto tiene que ser una maldita locura!, ¡no puede ser! —, se dice.

Recuerda lo mal que se sintió cuando salió de la mansión de Farid, con todo ese peso encima, preguntándose cómo se había involucrado con ese hombre y hasta qué punto se metió en todo ese lío, y si podría salir bien librada de él. La tensión entre ellos se hizo evidente, y desde ese instante ya nada fue igual, como si su madre hubiese con sus palabras convocado realmente una tormenta del desierto.

Se encuentra en esas cavilaciones, es difícil no dejarse llevar por tantos pensamientos encontrados, todo lo que ha vivido en Dubái, esos momentos, y lo que significó para ella. Pero también las palabras de su madre, acertadas por demás, porque en verdad lo que ella jamás podría acoplarse a esa vida que él lleva, o mejor dicho a la que las mujeres de su cultura llevan. Pero también piensa en las implicaciones de ese hecho, le da temor, su abuela, su abuelo y los Saab involucrados. ¡No!, —lo rechaza de plano—, ¡eso no puede ser, todo debe ser una casualidad y nada más!

Está inmersa en todos esos pensamientos, tanto como para sentirse de pronto transportada a ese universo que es el desierto, a ese lugar donde todo es como una conseja mágica, donde ella misma ha comprobado que pasan cosas sin la menor explicación lógica. Tal vez ha sido alcanzada por esa situación y tiembla tan solo de pensarlo, quizás todos los Saab están condenados a no vivir el amor, luego que Mohamed entregó su vida sin siquiera saberlo, tan solo por su pura y vil ambición.

Suena el timbre y Alexandra se pregunta cuándo la gente entenderá, tal parece que tienen un tino fantástico para llegar justo en los momentos menos convenientes. Sale y cuando llega a la puerta se queda paralizada.

Es un auto de lujo el que está parado allí, se abre la puerta trasera y de allí sale... ¡maldición!, —se dice—, ¡qué rayos! El hombre se acerca y la mira detenidamente. Ambos se quedan en silencio por un largo rato.

- ¿Qué haces aquí?, —y resulta francamente ridícula la forma como se escucha su voz, mucho más aguda de lo normal y también temblorosa—.

No puede creerlo, es como un sueño, es Farid, allí está mirándole con sus ojos color del sol y su expresión de amor pintada en la cara de una forma deliciosa. Es él, y siente que ahora también está delirando y viendo a los fantasmas del desierto en su propia casa.

- Vine a devolvarte lo que es tuyo...
- ¡Rayos!, —dice para sus adentros— ¡otra vez, es el bendito collar! —Él le entrega los papeles, y no ve el estuche por ninguna parte—. Farid, ¿viniste por esto? No lo quiero, el collar es una hermosa joya y te agradezco el gesto en verdad, pero no lo quiero, es demasiado valioso, resulta incluso hasta peligroso tenerlo aquí.
- Para eso son las cajas fuertes, en el banco pueden guardarla, de hecho, ya lo hice, estos sus

tus certificados de propiedad, seguro y lo demás, —dice entregándole una carpeta gamuzada—.

- ¿No aceptas un no por respuesta?
- Jamás.
- Farid, no era necesario que vinieras hasta aquí, ya tomé una decisión, es demasiado. Sé que para ti esto no es nada que...
- ¿De qué me hablas?, no ando por allí regalando collares de grandidierita, esto es algo especial para ti.
- ¿Por qué haces las cosas más difíciles de lo que son?, creí que todo había quedado claro.
- Desde que te conocí nada en mi vida está claro, exceptuando porque estoy completamente enamorado de ti. De eso no tengo la menor duda, de lo demás no creo siquiera saber dónde estoy parado.
- Eres... eres algo insólito.
- ¿Por qué no vienes conmigo?, quiero mostrarte algo.
- En ninguna manera Farid, no iré contigo a ningún lado.

Una vez más tuvo esa sensación, esa de que él le estaba ocultando algo, debía ser serio como para que se empeñara tanto.

- Dime algo.
- A ver, —y sonrío—, es como si hubiese recuperado la vida, un agradable bálsamo reposa sobre su cuerpo. Ella es el motivo de su felicidad, y no puede ni quiere disimularlo.
- ¿Tienes esposa?
- ¿Qué?
- Eso, que si tienes una esposa.
- Por supuesto que no, —y se muestra muy serio, tal parece que esa pregunta le ha puesto de un terrible mal humor—.
- Quiero que me digas entonces, ¿cuál es ese misterio que te traes entre manos?
- ¿Qué dices?
- Tú sabes exactamente a lo que me refiero, sé que ocultas algo, que has tratado de decírmelo, pero no te atreves y quiero saber ¿qué es?, exijo saber ¿qué es?
- Alexandra, vine a verte, eso es todo.
- No me mientas, no viniste hasta aquí solo para traer un maldito collar, un objeto que pudiste mandar por otras vías.
- Ya lo había hecho, pero tú lo devolviste ¿puedes imaginarte mi sorpresa cuando lo vi de vuelta? Fue bastante desagradable, rechazar un regalo es de mal gusto. Algo que hice con tanto cariño para ti, debería estar molesto contigo.
- Oh... vaya, sí, ¿dónde estaban mis modales en ese momento? Déjame adivinar, seguro estaban con mi corazón que casi se detiene cuando vi a esos dos mastodontes frente a mi casa, con este paquete, haciéndome firmar un montón de papeles. Estaba asustada con ese objeto, millones en un solo collar, eso vale más que todo lo que tengo, incluyendo las joyas de Dada.
- Pensé que te gustaría tenerlo, es todo.
- Jajaja, ¿eso pensaste?, cielos, también me gustaría viajar a la luna, pero no se puede hacer.
- Esa joya la hice para ti.

- Farid, tú haces las cosas de una manera, como si todos viviéramos en Dubái, pero resulta que no es así, no estás allí, y lo que es aceptable en ese lugar, no lo es para el resto del mundo.

Él se queda mirándola, tal parece que se deleita, y cómo no hacerlo si ella es la mujer más especial que ha conocido en toda su vida. Allí están otra vez esos ojos encantadores, su piel de mármol y esos divinos labios, cuyo sabor sigue deseando.

- Entonces ¿hablarás o seguiremos dando vueltas?
- Podría seguir dando todas las vueltas del mundo contigo.
- Farid ¡por todos los cielos!
- Ven conmigo, por favor, es un instante.
- Ambos sabemos que eso es mentira.
- Por favor.

Ella no quiere ceder, sabe que es un juego peligroso y que al involucrarse en él jamás saldrá bien librada, pero es ese el momento en que el ser le juega una mala pasada. Su mente le dice lo que es lógico y congruente, pero su cuerpo no quiere saber de razones.

Cuando sube al auto sabe que está perdiendo la razón, tanto como un hombre que vaga por el desierto con el pensamiento de haberse perdido, con el miedo de saber que va a morir. Esa es ella, una persona que sabe a lo que se enfrenta y que, sin embargo, se entrega como quien se ve resignada ante la tormenta del desierto que le engulle con fuerza.

Mira por la ventanilla y no es el desierto lo que ven sus ojos, una esmeralda se perfila en su horizonte. Es su amor que ahora tiene como telón la belleza del Ávila rozagante y serena.

CAPÍTULO VII

Universo

Dalia se quita el polvo con cuidado, esa tormenta es tan potente que se le ha metido hasta por los oídos. Pensaba que era una exageración, pero resulta ridícula la forma en que de pronto esa cosa oscura, salida de la nada, le ha hecho perder por instantes la conciencia.

- Está bien, —le dice el hombre, se queda mirándolo y da gracias al cielo por él—.

Le observa con detenimiento, no solo es un valiente y arrojado caballero que ha arriesgado su vida por rescatarla del inesperado fenómeno, sino que también es increíblemente guapo. Esos ojos tan dorados y con una expresión entre despierta y dulce, es un hombre encantador, y de mundo, se nota en su forma de expresarse de conducirse.

Es encantador, le gusta su voz profunda y al mismo tiempo suave. No puede dejar de mirarle, qué suerte la suya de haber encontrado ese divino prospecto, y en medio de la nada. No sabe si es por la situación o el exótico paisaje, pero siente una conexión instantánea con él.

- Estoy bien, gracias a usted, por supuesto, si no fuera por su presencia, no sé qué habría sido de mí, —exclama coqueta—.
- Usted debe ser una mujer muy valiente como para desafiar al desierto de esa manera. —Le responde fascinado—, es su extraordinaria belleza, pero también la fortaleza de su carácter, de todo su ser emana algo especial, esa seguridad con la que expresa sus ideas y al mismo tiempo, la mira directamente a los ojos.
- No, para nada, solamente me he perdido.
- Esto es increíble, hermosa dama.
- ¿Por qué?

Omar no sabe qué decir, se ha percatado que la rara mujer del desierto le ha dicho la verdad, ella estaba en medio de la tormenta, la hermosa desconocida que ha encontrado. Todo ha sucedido tal cual como la profetiza se lo ha dicho. En ese instante comienza a pensar que tal vez los fantasmas del desierto no sean tan mitológicos como ha creído siempre.

- Está pálido, —le dice ella sonriendo—, a pesar de lo que ha pasado no pierde su habitual humor, es una mujer fuerte que está acostumbrada a luchar, y de seguro que no será una tormenta de arena lo que amilane su siempre bien templado ánimo. Le causa gracia que este hombre tan fuerte y hermoso parece turbado en su presencia.
- Debe ser porque pensé que moriría, imagínese, usted, no por Alá, eso sería una gran pérdida.
- Yo también pensé que moriría, pero gracias a usted estoy viva, es mi héroe, —le dice insinuante—.

Dalia Damasco siempre ha sido una mujer atrevida que va tras lo que quiere, no se deja llevar por temores, ni por escrúpulos de la sociedad. Le gusta este hombre, y además ha sido tan valiente al salvarle así, de entre una inminente muerte, que no puede más que sentir hacia él una profunda admiración. Eso sin contar su impresionante físico, le gusta y mucho, es justo el tipo de hombre que le fascina.

Es evidente, entre los dos hay química, y cómo no haberla, —se dice—, si esos ojos son tan bellos, es como mirar las dunas del desierto, este hombre es una belleza, el más hermoso que ha visto en toda su vida. Su voz es profunda, y esa barba ¡madre mía! Lo que quieres es besarlo y siente como una corriente eléctrica que recorre todo su cuerpo.

Desde ese instante se sienten conectados el uno al otro, y no se despegan más, pasan las noches y los días, y a él se le ha olvidado quién es, y que tuvo un pasado antes de conocerla. Él sigue pensando en lo que le dijo la mujer, en como un solo instante ha cambiado toda su vida de una vez y para siempre.

Es un hecho, ya no concibe la vida sin ella, se parecen tanto, ambos son dos aves que necesitan volar libres sobre el firmamento, no aceptan las ataduras, ni los convencionalismos de los hombres. Es como si se hubiesen buscado de todas las maneras hasta encontrarse de la forma más inverosímil posible. Allí está junto a él, y es la mujer más hermosa que ha visto en toda su vida.

Su cuerpo desnudo es como la invitación a la pasión misma, se entrega a él sin reservas, es una mujer sabia, no espera que nadie le diga nada, sabe exactamente lo que está haciendo, y por la misma razón le genera un placer que nunca hubiera imaginado. Ella es como la noche misma, con su cuerpo de luna, tan sinuoso como las dunas, que tienen una forma y al momento ya han cambiado, así le lleva al paraíso con ese cuerpo que es una fuerza de la naturaleza, y al mismo viento que lo sabe llevar a tierras lejanas.

Habla de cosas interesantes, está llena de riquezas y formas, pletórica de sabiduría. Es como un río, que ha recorrido kilómetros enriqueciéndose, y cuando te lo encuentras está junto al mar, y se entrega a él, da todo lo que tiene en un espectáculo lleno de belleza.

- Eres una mujer increíble.
- No, solo soy una mujer nada más, ¿o es que aquí las mujeres son diferentes?
- En realidad, son muy diferentes, si soy sincero, muy diferentes.
- Jajajajaja, siempre he odiado los convencionalismos, me gusta la libertad, hacer con mi vida lo que me dé la gana, estar aquí hoy y mañana quién sabe. Es la única manera decente de vivir, lo demás resulta una pérdida de tiempo.
- Siempre he querido eso, la verdad es que odio estar atado.
- ¿Por qué no te liberas entonces?
- No es tan fácil como parece.
- Claro que lo es, no lo pienses, solo hazlo, si lo piensas jamás harás nada.
- Tienes razón, se me ha ido toda la vida pensando en lo que quiero hacer, pero jamás lo hago.
- Tal vez tienes miedo, —dice levantándose—, le gusta el desparpajo de ella, no tiene reparos

en mostrarse ante él completamente desnuda, sin ningún tipo de pudor. Sonríe, es como si supiera que con eso le provoca un estremecimiento, entonces ríe porque sabe que él no está acostumbrado a tratar en ese sentido con una mujer como ella.

Dalia ha tenido varios amantes, tantos como ha querido en su vida, cuando le ha gustado algún hombre lo ha tomado para sí, como si fuese algo más en el camino de su vida, disfruta hoy y mañana no importa. No le parece mal porque está acostumbrada a seguir adelante, no es alguien que lllore por hombres, no le importa la soledad, está vacunada contra ella. No sufre mal de amores, eso de corazones rotos no va con ella. Dalia es así, como una fuerza de la naturaleza, con la cual no se razona, ni se discute, simplemente está allí y luego se va, como si nada.

Es mejor disfrutarla mientras puedas, está hecha de viento, es un ave que sabe desplegar sus alas con fuerza. Le gustan los horizontes nuevos, dejarse llevar por la brisa, reír en los momentos de placer y luego simplemente un buen día irse. Ha roto muchos corazones, pero así es la vida, tomas lo que tienes y disfrutas el momento porque mañana no sabes lo que vendrá.

Pero algo ha pasado en su corazón desde que vio a Omar, es que este hombre es diferente a todos los que ha conocido, hay una especie de conexión entre los dos, algo especial y diferente a todo lo que ha vivido antes. ¿Qué es lo que tiene Omar Saab que parece atraerle tanto?, sin duda que no es su dinero, a ella poco le importa eso.

Aunque ha tenido hombres así, de hecho, había venido a Dubái con un acaudalado amigo inglés con el que decidió pasar una temporada en la floreciente ciudad. Pero en cuanto se dio cuenta de que era un completo aburrido, lo dejó en la ciudad para irse al desierto a conocer los secretos del Rub Al-Jali, del cual le habían hablado tantas veces.

Ante su inmensidad no pudo menos que sentirse sobrecogida, su esplendor magnífico generó en ella la misma sensación sublime que ahora le estaba provocando Omar. Esa de aquello que produce miedo y al mismo tiempo posee la belleza intrínseca de la naturaleza. Este hombre la mira con expresión de admiración, y no puede más que reír, porque todo lo que sale de sus labios suena como una especie de poesía.

Es completamente diferente a todos cuantos ha conocido, tiene que haber algo más, es una energía circulando entre ellos, algo tan fuerte que le genera una especie de temblor interno. Lo mira y sabe que es algo inevitable, como el mar que besa la orilla de la playa, sus cuerpos se buscan nuevamente y se entregan sin reservas el uno al otro.

Ella le habla de sus aventuras en el gran cañón y de las cataratas del Niágara, de Alaska y muchos otros lugares extraños y lejanos en los que ha estado. Él no puede menos que sentirse fascinado, es que jamás ha conocido a alguien así. ¿Cómo es que una mujer puede hacer tantas cosas y hablar de ellas con suficiencia y desparpajo como si fuese un hombre, sin el más mínimo pudor y solazándose de sus aventuras como si fuesen algo que publicar en un periódico?

- Eres una mujer increíble.
- Solo soy alguien que va tras sus sueños, ahora fui tras de ti y aquí estoy.
- ¿Fuiste tras de mí?
- Bueno, sin saberlo, en realidad porque quería descubrir el amor y te encontré al final del

camino.

- La Flor del Desierto, —dijo él—.
- Exacto, ¿tú también conoces la historia?
- No hay ningún emiratí que no la sepa, todos conocemos esa historia, ¿así que tú también te has enamorado de la leyenda de la princesa Faruz?
- Así es, jajajajaja, me fascina esa historia, ahora dirás que soy una romántica, pues sí, culpable, lo soy, me gustan las historias tontas y románticas, así como ves.
- Eres una mujer, tienen que gustarte, —le dice mientras acaricia sus caderas y vibra del deseo por seguir amando a esa mujer que le perturba los sentidos en todas las formas posibles—.

Dalia le ha enseñado a soñar, ahora parece una realidad lo que antes solamente era una fantasía, cuando estaba perdido en el desierto, ella le ha dado sentido a su mundo. Ahora ha pintado su oscuro universo con todos los colores de su propia paleta el azul de sus hermosos ojos, el negro de su cabello, el blanco de su piel y el increíble rojo de sus labios.

Sabe que nunca más tendrá una oportunidad como esa, es la libertad que tanto ha deseado y se le presenta así, de la forma más inverosímil posible. Entre la brisa y el silencio, entre el eco y la vida. Le ha tomado una foto, no hay discusión, es hermosa en todo sentido, la guarda entre sus cosas como un tesoro.

Ahora tiene un verdadero motivo de vida, algo que es verdaderamente suyo, un mundo nuevo, es la creación de su propia existencia y esta vez no hay nadie que se interponga. Guarda el secreto, espera el momento justo para irse con su amada, son dos aves que vuelan sobre el horizonte, dos seres de aire que se han encontrado en el camino de la vida.

- Tengo un regalo para ti.
- ¿Otro? Fue suficiente con el perfume, es maravilloso.
- Me alegra que te gustara ¿sabes lo que dicen de él?
- No, ¿qué dicen?
- Que si te lo colocas encontrarás al amor de tu vida.
- Yo lo hice, —exclama y se impresiona de sí misma, jamás sus labios han pronunciado palabras como esas—.
- Yo también, tal vez la propia flor se haya encargado.
- ¿La flor?
- Sí.
- ¿Cuál?
- Esta, —y se la muestra, no puede creerlo, es una flor del desierto—.
- ¿Es de verdad?, ¿es una flor de verdad?
- Sí.
- ¿De dónde la has sacado?
- Será mejor que no preguntes.
- Ok, está bien.
- Bien, quiero que la guardes, dicen que tiene poderes misteriosos.
- ¿En serio?
- Sí, o al menos eso dice la leyenda.

- Es el regalo más maravilloso del mundo.
- Me alegra que te guste Dada.
- ¿Qué?, —dice sonriendo—, ¿cómo me dijiste?
- Dada.
- Dada... como el movimiento artístico.
- No, como tu nombre y apellido Dalia Damasco, Dada.
- Oh... ¡maldición!, —grita—, me gusta mucho, —y se deshace en besos—.

Es así como nace su famoso apodo, de esta manera el amor se apodera de sus corazones. Son uno solo contra el viento y la tormenta. Pero su vuelo es breve, una de estas felicidades fugaces que mueren rápidamente, pero que a su vez perduran para siempre.

La crueldad de la vida muchas veces le otorga la eternidad a lo que pudo ser efímero. Omar camina hacia su destrucción, es la vida misma que le ha ido matando lentamente, las obligaciones y el dolor de la soledad. Cuando observa el crepúsculo recuerda sus labios rojos, mira la foto y sabe que para él es eterna.

Es un universo lleno con los colores de su propia paleta y no importa la distancia, el tiempo ni la ausencia. Omar ama en silencio, entre el dinero y las riquezas, entre las sonrisas de aprobación, en las tardes de té y en el silencio del recuerdo le ama, por siempre y para siempre.

Va cambiando hacia su destrucción, es el desierto que al fin le reclama, en silencio se entrega sabiendo que finalmente allí todo acaba. Omar Ali Saab, hombre, amante, ave y misterio, maldito de la vida, sombra y fantasma.

El último pensamiento lo dedica a su amada, es un nombre, es el sonido de la voz que parece un murmullo, habla y canta, susurra en la nada, en la nada que lo es todo.

- Dada...

CAPÍTULO VIII

Náufragos

Alexandra mira el precioso cuerpo de Farid, besa esa parte de su espalda donde la misma termina y se une al glúteo, justo allí, en esa deliciosa hendidura. En él todo es belleza, y le parece como el desierto mismo, lo ve reflejado en el tono bronceado de su blanca piel y en las preciosas pecas que decoran graciosamente su espalda, que parecen un mar de estrellas. Entonces se dedica a contarlas, pero se da cuenta que todo intento en ese sentido es inútil, tiene tantas, y sonríe, las une con sus deseos formando especie de constelaciones.

Está perdida, ama a ese hombre y no hay nada que pueda hacer al respecto, es como negar el sol que nace todos los días. Un cielo que se despide con un apasionado atardecer, porque mañana será otro, y nunca es el mismo.

Cada atardecer es un regalo, un sutil presente que destila el amor y la risa. Es confesar que sabes es tuyo, y no poder decirlo porque es un secreto, es el juego del amor, es el canto eterno de aquel que sabe amar sin esperar nada a cambio.

Su respiración es suave y acompasada, casi como el ritmo de una canción, parece contar mil historias, con su exquisito murmullo, y ella por supuesto, quiere conocerlas todas. Es una locura, lo que hace no tiene ningún sentido, y mucho menos después de la resolución que había tomado.

El amor es así, una completa locura, y no hay nada que puedas hacer al respecto. Sigues el canto de la vida hasta que esta te sobrepasa. No puedes más que reír y llorar, alzar loas porque este te ha ganado nuevamente la batalla.

Todo intento de alejarse es inútil, Farid es un hombre insistente y no se deja convencer con facilidad, por más argumentos que le esgriman, él está empeñado en que eso debe funcionar, tiene que hacerlo, y más si el desierto los ha unido, como es en este caso. Antes se hubiese reído, pero la verdad es que ha visto suficientes cosas para seguir dudando, debe existir algo de verdad en todo eso.

Amira, la misteriosa mujer se lo ha dicho, y ahora que conoce más a fondo la historia de la abuela lo ratifica, su existencia es un ciclo que se repite. Todo lo que le dijo esa mujer se ha cumplido, allí está él a su lado, tan plácidamente dormido, semidesnudo entre las sábanas que resulta casi profano.

Mira por la ventana, allí mismo puede ver todo el valle de Caracas y el verde Ávila que engalana la ciudad con su toque esmeralda, con sus matices azulencos, su belleza exótica y desbordante. Por alguna razón se le hace un paisaje ajeno a ambos, es extraño encontrarse entre los modestos edificios de su ciudad y el verde refulgente de la vegetación, acostumbrada como ha estado a verle en presencia del poderoso desierto, casi extraña la potente presencia del Rub Al-

Jali.

Resulta casi surrealista que esté allí, como dos seres normales, en el mundo real. Como una pareja que se ama en la cotidianidad de la vida, y eso le genera la sensación que es verdadero, en ese lugar donde ambos están desprovistos de la magia presente en el desierto.

Se escucha a lo lejos el bullicio característico de la ciudad, que es como el silencio al que está acostumbrada, al fondo la respiración de Farid y la sensación que no sabe en lo que se está metiendo, y ahora menos que nunca. ¿Quién rayos es Omar Saab, y qué tiene que ver con él y su familia?, se pregunta.

Se queda un rato más así, recordando a su abuela y las cosas que le decía cuando pequeña, de cómo le mostraba los perfumes, la ropa, de la ilusión que le daba ir a su casa, en esa donde vive ahora alejada de su madre, a la cual ha visto muy poco desde que llegó. Es que Ilda es una mujer muy difícil, de un temperamento tan diferente al suyo.

Ahora, al imaginársela como hija de un hombre árabe, tal vez uno muy acaudalado le da risa, porque es justo la vida que ella nunca deseó, y bueno, es la vida que su abuela construyó sin querer para ella. Es esa forma en que la vida le gusta matizar sus obras con dosis de exquisita ironía.

Tal vez por eso fue mejor que creciera apartada de ese ambiente, ella era una mujer práctica, de mundo, a su manera, por supuesto. Seguramente tampoco habría disfrutado de las usanzas árabes, y de las condiciones con las que se manejan las mujeres de esas tierras.

Su madre se molestaría muchísimo si la viera con Farid, para ella no había cosa peor que una mujer se entregara sin reservas a un hombre como ese, que estaba en una posición económicamente superior, y que, por ende, podría tomar el dominio de la situación si así se lo propusiera. Era como ser sacado de otro mundo, uno donde el encanto de un mundo de opulencia se mezclaba a su vez con la fantasía y la leyenda.

Era un espacio atemporal, donde las molestias y diferencias no tenían espacio, eran nada, algo fútil ante las maravillas del desierto y todos los seres fantásticos que los poblaban. Su madre odiaría la forma en que Farid sabía convencerla, y le hacía dudar de sus determinaciones. Justo en ese momento está completamente confundida, no tiene la menor idea de lo que depara el futuro para ella.

Ilda Rey siempre repetía: “una mujer debe ser independiente en todo sentido”, esa era su mejor eslogan, por eso mismo no había permanecido al lado de su padre, al cual ni siquiera nombraba. La única diferencia entre Dada y su hija es que Alexandra sabía quién era él e, incluso, mantenían una relación, aunque no muy profunda.

En realidad, se parecía mucho más de lo que decía a su madre, ella tampoco era una mujer de someterse a los convencionalismos de ninguna sociedad, y resultaba difícil que precisamente perteneciera en su origen a una tan estricta como esa. Ilda se habría molestado sobre manera al conocer la verdad, Alexandra no sabía si era correcto decirle a estas alturas la verdad o era mejor dejar las cosas así.

Entre ellas existía una brecha que se agudizó luego de la muerte de Dada, era como si fuese un puente que las uniera, y luego de irse se había roto para siempre, su madre hablaba en un idioma y ella en otro. Tanto lo sabía Dada, que le había dado la oportunidad de liberarse de la atadura de su madre brindándole una independencia para que pudiera crecer y hacer su vida, como ella misma lo hizo en su momento.

En todas estas cosas pensaba cuando sintió un beso en su hombro, la sensación cálida de su cuerpo le hizo estremecer. Es que él tenía la clave de cómo enloquecerla, y con tan solo un ligero roce la hacía vibrar.

- Mmm, ¿en qué pensabas Florecita?
- Eh... ¿de dónde sacaste ese ápodo?, —y se voltea a mirarlo—.
- Estuve viendo tus videos, son muy interesantes.
- Mmm, ¿así que te dedicaste a investigarme?
- Así como tú lo hiciste, eres muy buena con los perfumes, me gustaría ver tu colección, esa que te legó la abuela.
- Tendríamos que ir a mi casa.
- Muy bien, podemos vestirnos...
- Espera, Farid, primero aclaremos todo esto.
- ¿Qué cosa?
- Sabes qué cosa, a qué punto nos lleva todo... es decir, cómo... ¿cómo será esto?, es que... no termino de entender lo que estamos haciendo.
- No tengo la menor idea de lo que estoy haciendo, —le dice asustado—, solo sé que intenté olvidarte y no he podido, ¿qué puedo hacer?, estos meses han sido una tortura, todo lo que he tenido que vivir no ha valido la pena, luché lo más que pude. Pero he sido vencido por el peso de tu presencia, no podía soportarlo más, la vida es testigo que lo intenté, creí que podría pasar la página, dejar que fueses feliz...
- No he sido feliz, no he podido ser feliz ni un minuto después que salí de ese lugar, —dice ella y se sorprende de sí misma al emitir esas palabras que la llenan por dentro y al mismo tiempo le condenan—.

Lo ama, puede sentirlo en la forma que las palabras salen de su boca, es como un cosquilleo, y a su vez la necesidad imperiosa de decirlo. Tal cual como lo hizo con su madre al referirse a la belleza de sus ojos. Casi vibra como un instrumento al que solamente de rozarlo se le puede arrancar música.

- Yo tampoco, ha sido como vivir con una daga clavada en mi pecho, y así he tenido que estar y respirar todo el tiempo, todos estos meses, pero ya no estoy dispuesto a hacerlo más, ya no.
- Farid, cielo santo, ya por favor, no digas más nada, esto es...
- Esto es lo más hermoso que me ha pasado en la vida y no estoy dispuesto a perderlo por nada del mundo, te lo aseguro, tú eres como el regalo más hermoso que me ha sido dado, y no te dejaré esta vez, te aseguro que no, —la aprieta fuertemente por la cintura y la lleva hasta su regazo como si en verdad ella fuese a salir huyendo en cualquier momento—.

Alexandra recuesta su cabeza en su pecho, y siente la calidez de su cuerpo una vez más, no

quiere huir a ninguna parte, porque sabe, al igual que Farid, que todo intento será completamente inútil. Siempre parece estar dando vueltas en el desierto y volviendo al mismo punto una y otra, y otra vez...

Las palabras vienen a su mente, sonrío y las repite para él en voz alta...

- La Flor del Desierto, ella te ayudará a encontrar tu verdadero amor, —él la mira fijamente, se quedan en silencio por unos segundos y luego se besan con intensidad, con la pasión del sediento que ha encontrado un oasis en medio de la nada, de quien sabe que al fin no morirá, que su vida ha sido salvada, y que ha encontrado el lugar de su abrigo—.

Los sonidos se pierden, ya no escucha el tráfico caraqueño, es la risa en el encuentro y la pasión que llena los sentidos. Los murmullos del placer colman sus oídos. Ambos se pierden el uno en el otro, sus labios toman del agua que calma su sed, es fuego y hielo al mismo tiempo.

Instantes inolvidables e irrepetibles, Farid se juega todo, él también es un ser de viento. Es como la brisa que remonta hacia lo más alto. Es un ave que con valentía desafía a la más cruel de las tormentas, no hay nada en ese momento que sea más importante, son sus ojos implorando placer, es su cuerpo desnudo que se estremece entre sus brazos.

Ella está llena de fuego, tal cual como la primera vez que la vio. Entre las llamas, cuando su ser se interpuso en el camino de su vida para darle sentido a la existencia. Alexandra sabe enloquecerle con su propio ritmo, lo hace vibrar de pies a cabeza, es el huracán en el mar, el viento recio de tormenta, es el faro de luz que rescata en la oscuridad de lo inminente.

Son los gemidos que saben capturarle, dictándole el sendero de la vida, la dirección hacia el más puro y exquisito placer. Sus cuerpos se han buscado en la tristeza y en el vacío de la ausencia, sus vidas se han cruzado una vez y para siempre.

Han sido marcados por el fuego del amor, las cicatrices están expuestas, ya no hay marcha atrás para los que se entregan a sus llamas, arden, se calcinan. Hay dos tipos de amor, el que nace y corre como el agua, se une y desemboca en un mar formando un todo y para siempre, muriendo en la unión.

Pero hay otro que nace del fuego, es el dolor vivo, es la llama que quema y de la cual no puedes huir. No hay oportunidad, del fuego nadie puede escapar, solo te transformas, consume tu ser de la misma forma que lo hace consigo mismo.

- “En la tormenta encontrarás al amor de tu vida”, —Farid escucha esas palabras en su mente—, es la profetiza Amira, quien las ha conjurado, entre el desierto aún hablan, es un eco silencioso que no calla, sino que espera.
- “Allí lo conocerás en medio de la tormenta”, —es la chica que encontró el día de la excursión en el desierto, la misteriosa mujer que le dijo conocería al amor de su vida—. Es la misma que halló en la boda beduina... Amira, que tiene nombre de princesa. Es como una pausa en medio de la tormenta, calla porque pronto será recia.

El Rub Al-Jali calla por instantes, espera paciente, es un silencio sepulcral que dice muchas

cosas para quien sabe leer las señales. Espera el momento oportuno, paciente está listo para el acto final...

“Hay luz en sus ojos, en medio del desierto se encuentran, en el oasis que es como la salvación, es la brisa que te calma la vida, es la luz entre la oscuridad, que susurra tu nombre, que habla en canciones en medio de la tormenta”.

Dalia Damasco, Socialité.

Fin.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de esta saga:

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 4)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 5)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 6)

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 4)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 5)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 6)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 7)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 8)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 9)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 10)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 11)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 12)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 13)

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 14)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 15)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 16)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 17)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 18)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 19)

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.
Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis
por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo
electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

Adicta A Tu Aroma.

Flor Divina Del Desierto (Libro 6)

Los Secretos Del Rub Al-Jali

El Regreso De Los Hijos Del Viento

Una Novela Romántica De Mercedes Franco

CAPÍTULO IX

Palabras del pasado

Cuando llegan a la casa siente un frío hilo que la recorre por dentro, allí está, es Ilda Rey mirándole con esa expresión que ella conoce tan bien, su madre es una mujer de armas tomar y sabe exactamente a qué atenerse. Su gesto es una mezcla de reprobación y al mismo tiempo de curiosidad, seguramente se estará preguntando quién es ese hombre con el que anda su hija, y que tiene a todas vistas la apariencia de ser un millonario, justo lo que ella más detesta.

- Vaya, finalmente te veo, eres como un cometa, apenas pasas una vez cada tantos años, y para que vuelvas a hacerlo en verdad... es decir, verte resulta un privilegio.
- Hola madre, ¿cómo estás?, —le dice Alexandra nerviosa, porque sabe de lo que ella es capaz—. Pero le sigue el juego porque sabe perfectamente que a ella le gusta polemizar.
- Muy bien, y ya veo que tú estás muy bien, dice mirando a Farid de arriba abajo, enfoca mejor sus ojos, y le ve con admiración, es un hombre muy guapo, eso es lo que está pensando, y de dónde rayos su hija ha sacado a un ejemplar como ese.
- Te presento a Farid, —le dice nerviosa—.
- ¿Cómo está señora?, —pero no le da la mano, porque esas son sus costumbres, no es correcto tocar a una mujer de esa manera—.
- Farid, eso suena como un nombre musulmán, árabe, si no me equivoco, —sigue analizándole, y Farid ya sabe que con esa mujer las cosas no serán nada fáciles—.
- No se equivoca señora, así es.
- Vaya... me parece muy bien, —se acerca a Alexandra mientras caminan hacia la casa—. ¿En dónde conociste a este hombre?, —le dice acercándose a ella, y bajando la voz, le mira con suspicacia como si le hubiese atrapado “en algo” —.
- Madre, por favor, no comiences, soy una mujer adulta.
- Alexandra, ¿en qué rayos andas metida ahora? Un hombre árabe, —dice—, ¿un hombre árabe?
- Alexandra, —le dice Farid—, si quieres puedo venir en otra ocasión, y así hablas con tu madre tranquilamente, yo...
- No, quiero mostrarte la colección, y eso precisamente es lo que haré, ahora, —agrega, es como un desafío para ella, ambas tienen una especie de pugna—.

Farid entiende instantáneamente que entre Alexandra y su madre pasa algo, es una relación bastante tensa, casi tanto como la que existe entre él y su propia madre, pero hay algo más, esa mujer llena algo por dentro y no es nada bueno. La mujer le mira como a un animal que resulta amenazante, sus ojos le analizan en profundidad. Son dos gemas ámbar que inspeccionan cada centímetro de su cuerpo, así como todas y cada una de sus expresiones.

- Madre, ya sabes, —le dice tratando de disimular el incómodo momento que están pasando—, por aquí Farid, —le dice orientándolo por el extenso jardín, como si él no tuviese una mansión que esa casi como un palacio—.
- Bien, esto es un honor, —dice sarcásticamente—, usted debe ser un hombre de mundo ¿no es

así...?

- Farid señora, mi nombre es Farid Saab.

Dentro de la casa el ambiente es tan tenso que casi se puede cortar la atmósfera con una hojilla, Ilda sigue observando a Farid, y la información que obtiene no le gusta en lo más mínimo, lo último que quisiera es a su hija enredada con un rico hombre musulmán. Sin duda, es un hombre muy atractivo, pero se nota a leguas que tiene mucho dinero, lo nota en el porte, por no decir el auto y el reloj tan lujoso que lleva en su muñeca, además está su vestimenta que ella determina rápidamente con su ojo ágil que es de la mejor calidad que existe, ropas de lujo.

- Usted entonces es árabe, cielos, ¿y viene de uno de esos países o es alguien que reside aquí?
- Así es señora, soy un hombre árabe, —le dice él de forma caballerosa, pero prudente, sabiendo que con esta mujer debe irse con cuidado—. Pero no quiere dar más detalles porque no sabe si Alexandra quiere que su madre se entere de lo que ellos tienen, y en cuyo casi resulta completamente comprensible.
- Mmm, ¿de qué parte es?, la verdad es que habla usted bastante bien el castellano, sospecho que es de aquí.
- He estudiado muchos idiomas y viví un tiempo en México haciendo unos estudios, el idioma español es muy hermoso, siempre me ha gustado, tiene mucha profundidad y la riqueza cultural es increíble.
- Oh... vaya, ¡qué interesante!, sí que usted es un hombre de mundo, eso puede ser muy bueno, pero también podría ser muy malo.
- Sí, me gustan mucho los idiomas, —le dice él con una sonrisa afable—.
- Sí, se nota, pero ella ya no está aludiendo a los idiomas precisamente.

Ella no le corresponde, simplemente le sigue interrogando, tal cual como lo haría un policía con un criminal, no se molesta siquiera en tratar de mostrarse afable. Mientras Alexandra sirve unas bebidas, trata de disimular la incómoda situación, la actitud de su madre resulta francamente desagradable, ya está sintiéndose molesta. ¿Por qué siempre tiene que comportarse así?, es como si no fuese su madre, sino una especie de rival. Su hija es una adulta, entonces ¿por qué sigue metiéndose en sus cosas?, se nota que Alex está sumamente intranquila, ahora entiende las reticencias que tiene con su progenitora.

- ¿Qué idiomas habla?, —le sigue preguntando—, aparte del español, digo.
- Varios, señora, —ella le mira directamente como si el tuviese toda la obligación de responderle todo lo que quiera preguntarle—.
- Como ¿cuáles?, —insiste—.
- Bien, árabe, francés, inglés, italiano, alemán, japonés, y otros más, pero creo que solamente se habla bien cuando uno vive en el lugar y entiende la cultura de donde se desprende ese idioma. Si no lo puedes entender o escribirlo, pero es que el idioma es cultura y se desprende de ella, las palabras y la naturalidad dependen de la interacción que se tenga.
- Vaya, entonces usted debe ser un hombre muy culto, según veo, y ¿qué profesión tiene?
- Madre, —le dice ella reconviniéndola, pero obviamente ella no le hace mucho caso—.
- Estudié politología y también historia.
- ¿Historia?, vaya... al igual que Alexandra, así que al parecer tienen cosas en común, —y

resulta sarcástica la forma en que lo dice—.

No le gusta ese hombre para su hija, es justamente el tipo de pareja que buscaría Dada, un hombre de mundo, adinerado, que seguramente la metería en problemas, desde pequeña lo había visto, mejor dicho, lo vivió en carne propia. Todas y cada una de las parejas de su madre eran de ese tipo, no quería eso para su hija.

Farid trata de analizar a la molesta mujer, ¿qué intenciones son las que la mueven?, y detecta rápidamente que, más que una madre, se comporta como si fuese una rival de su hija. Es alguien dominante, de un carácter fuerte, pero que, a su vez, intuye, guarda un profundo dolor, una gran sensación de abandono dentro de sí que la lleva a estar siempre como en un estado de molestia y reacción.

- ¿De qué parte es usted?, ¿porque no logró determinar su acento?, es extraño.
- Mamá, por favor, deja de interrogar a Farid, ya basta, pareces un policía.
- Soy de Dubái señora.
- ¿Dubái?, —dice ella y frunce el entrecejo—. Vaya, Dubái, mmm, eso me suena conocido.
- ¿Lo conoce? —Le pregunta él con una sonrisa—.
- Cielos, no, pero sé que Alexandra sí, se supone que fue allá por cosas de trabajo, a un... ¿cómo se dice...?
- Madre ¿por qué hablas como si yo no estuviese aquí?, sabes que me molesta cuando haces eso.
- Sí, sí es, le responde él, al aniversario de una marca.
- Sí, vaya, se ve que ustedes se conocen muy bien, ¿se conocieron allá? Bueno, eso es lo que parece más lógico.
- Madre, por favor, te dije que ya basta.
- Sí, nos conocimos allá señora.
- Oh... qué bien, entonces usted es musulmán debo entender, —y dice eso con recelo, es obvio que tiene prejuicios acerca de su religión—, piensa Farid.
- Así es, señora.
- Vaya, musulmán, no conozco muchas personas de esa religión.
- La comunidad musulmana no es muy grande aquí, bueno, de acuerdo a lo que me han dicho.
- Eso creo, —dice—, es una religión bastante... interesante, sí, interesante, diría yo.
- Sí, es hermosa, diría yo, ¿usted ha leído el Corán? —Agrega, porque sabe que la mayoría de las personas que critican algo generalmente no se toman la molestia de estudiar a fondo lo que reprochan—.
- Sí, algunos fragmentos, y déjeme decirle que las mujeres salen bastantes desfavorecidas en su religión, aunque también debo agregar que tiene muchas cosas interesantes, como esa unión de lo espiritual en la vida de una persona, me produce una curiosidad casi científica.
- ¿Usted cree? —Le responde él—, este no es un buen sendero a tomar, se nota que Ilda Rey es una mujer de argumentos, que le gusta debatir acerca de temas polémicos y también que tiene una buena dosis de intelectualidad, pero de esa que le gusta mantenerse con los pies en la tierra, más bien de un corte positivista.
- Así es, es una religión bastante misógina, señor Saab.
- Madre, no es el momento para estar armando debates religiosos, por favor, Farid vino a...

a ver los perfumes.

- Perfumes, sí, me imagino, —dice con incredulidad, y es muy grosera la manera en que se expresa, insinuando otra cosa—.

Alexandra está muy molesta, la actitud de su madre es francamente insoportable, esta vez se ha pasado completamente de la raya. La mira con cara de querer asesinarla, como diciéndola “ya verás más tarde cuando estemos solas”.

- Por favor madre, toma, —le dice pasándole un té—, toma esto para que te refresques, tal parece que te has acalorado.
- ¿Desde cuándo tomas té? —Mira la taza como pensando qué rayos tiene esto, y además también se pregunta si ese hombre está cambiando a su hija de alguna manera, incluyendo su recién adquirida predilección por las bebidas orientales—.
- Me gusta, —le dice frunciendo el entrecejo—.
- Este té es genial.
- Sabía que te gustaría, se lo compré a un señor del mercado, es de Siria, y muy simpático, me lo recomendó y me dijo que era muy bueno.
- Lo es, buenísimo, diría yo, por cierto, esta casa es preciosa, me gusta mucho.
- De seguro que no es como en las que tú habitas. Ah... sí. ¿En qué tipo de casa habita usted señor?
- Madre, ya basta, por favor.
- Bien, está bien.
- Vaya, sí que está bueno este té.
- ¿Sabía que esta casa se la heredó su abuela? Crecí aquí durante una etapa de mi vida, y vaya que sí hay recuerdos aquí, en cada rincón, —dice dándole una mirada, y la expresión de su cara cambia—, tal parece que hay algo que pueda agradar a esta mujer, —se dice Farid—.
- Sí, señora, ella me lo contó, es decir, me refiero a que su abuela le heredó la casa.
- Ok, al parecer ustedes son muy íntimos, eso está muy bien, me alegra, me alegra, —dice con un tono metálico—.

Ilda no entiende qué puede tener en común su hija con este hombre, el cual se ve a leguas es una persona muy acaudalada y de una cultura completamente diferente a la suya, uno de esos hombres que se casan con muchas mujeres y que las trata como si fuesen unas cosas, definitivamente Ilda Rey es una mujer llena de prejuicios. Le sigue mirando, revisando cada cosa que en él está presente, siente una sensación extraña, este hombre tiene una presencia fuerte, pero no sabe a qué atribuírsela.

Entiende por qué pueda gustarle a su hija, vamos, es guapísimo y un hombre completamente interesante, culto, su voz es profunda y segura. A su hija siempre le han gustado los hombres llenos de sabiduría, y piensa que se debe a que no se crió con su padre, vaya, entonces que termine con un hombre como ese también es su culpa ¡genial! Se dice.

- Usted vive en Dubái, entonces.
- Así es, mi señora, allí vivo.
- Vaya... es un lugar lleno de muchos lujos y riquezas, de acuerdo a lo que he visto, es decir, jamás he ido, pero es lo que he visto y me han contado.

- Es una ciudad muy hermosa, así es.
- He leído de su ciudad, pero jamás he ido allí, ¿cómo es vivir en ese lugar?, dicen que sus edificios son inmensos y está construido justo en medio del desierto, debe ser muy interesante, la lucha del ser humano, es decir, contra una naturaleza tan inhóspita como esa.
- Pues, diría que es como vivir en cualquier otro lugar.
- No lo creo, en ese lugar las mujeres...
- Madre, por favor, ya deja en paz a Farid, por favor, ya le has pregunta lo suficiente, cielos, jajajaja, —ríe para disimular la muy incómoda situación que su madre ha generado—.

Se molesta de su mala suerte, justo deseaba compartir con Farid su mundo, y en mitad de su objetivo se tiene que encontrar a su madre atravesada. Es un ser muy fastidioso, sobre todo cuando se le mete algo en la cabeza.

- Bien, está bien.
- No sabes lo que esta casa representa para mí, —le dice a Farid—, su cara emocionada se lo expresa todo, y él no puede menos que sonreír, Alexandra es una mujer completamente auténtica.

Esa casa no es solo el lugar donde vive, representa mucho más, es su refugio, allí atesora sus más importantes recuerdos, cada momento es un instante lleno de magia, y le produce una fuerte reacción emocional dentro de su ser. Es en esos espacios donde, a través de Dada, forjó su personalidad, al calor de su sonrisa, de las palabras sofisticadas que despertaban su imaginación y le hacían soñar con un mundo más allá de lo que sus ojos podían ver o percibir. En ese lugar acogedor, plétórico de belleza y arte, siempre lleno de personas interesantes que parecían salidos de otro mundo, donde creyó que el mundo era un lugar especial, y que ella quería conocerlo con los ojos de su abuela, la cual era la mujer más bella del mundo.

Siempre la admiró, desde que tenía uso de razón recordaba haber querido ser como Dada. Esa mujer de inmensos ojos azules, con ese sempiterno estilo Mod de los años sesenta, un look atemporal que ella amaba, su abuela era lo máximo, no importaba lo que haya hecho, era como una estrella de rock para Alexandra.

Su abuela siempre fue como un ser mágico, lleno de cuentos y riqueza que se reflejaban en cada rincón de esa casa, su alma estaba llena de pinceladas maravillosas y misterios. En las paredes se veía obras de arte exquisitas, de artistas nacionales y extranjeros, piezas invaluable por su originalidad.

Todo lo había legado a su única nieta, sus recuerdos estaban ahí, distribuidos de una manera elegante que denotaba su buen gusto, todo en un encantador y heterogéneo conjunto, cada objeto relacionándose entre sí como si se tratara de una instalación dadaísta. Farid no perdía detalle de cada cosa, con sus ojos conocedores examinó los elementos, la técnica y estilo con el que estaban creados esos objetos.

Pinturas de Agustín y Mirabal coexistían en armonía, eran obras que denotaban un espíritu sabio y un ojo conocedor. Esa casa era una especie de museo en sí misma, Alexandra había heredado una verdadera joya.

Ahora apreciaba más quién era Alexandra y el amor que profesaba hacia su abuela, porque en sus momentos difíciles nunca consideró vender esas cosas que le habrían ayudado a sobrevivir económicamente y prefirió sufrir ciertas circunstancias, salir adelante por sí misma. Mantenía una fidelidad a toda prueba, conservarlo resultaba vital, tenerlo todo allí justamente como Dada lo había dejado era un tributo a su memoria, la manera que tenía para honrar la vida de un ser especial.

- ¡Esta casa es preciosa!, —dice sonriendo, es como el dictamen final de algo que ha estado analizando, es una frase sencilla, pero que tiene una gran carga emocional en el momento que lo dice—.
- Me alegra mucho que te guste.
- Cómo no habría de hacerlo, tu abuela poseía un gusto exquisito.
- Sí, dice Ilda, lo poseía, —pero no hay admiración en sus palabras—, el tono de su voz denota dolor, y es que siente como si Dada le debiera algo, aún después de muerta sigue teniendo la misma sensación.

Para Alexandra siempre es lo mismo, su madre vive en su propia burbuja y ella en la suya, son dos seres muy diferentes y hechos de materiales distintos. Ilda siempre ha tratado de cambiar la perspectiva que tiene de Dada, pero nunca ha podido y ahora menos, porque, aunque está muy cerca de conocer todos sus secretos, la sigue queriendo igual, es un amor incondicional.

Todavía recuerda las galletas de chocolate y los pasteles de nueces, que solamente preparaba para ella. Dada no era propiamente una mujer hogareña, pero con su nieta siempre hacía una excepción, como si quisiera regalarle a ella lo que no supo darle a su propia hija, quería curar la herida que dejaron sus propios errores, sus terribles errores.

Sentía la emoción de las visitas al cuarto especial, donde ahora podía entrar cuando quisiese, pero ese tipo de sensación que jamás se iba, porque no tenía que ver precisamente con lo que sus ojos veían, sino con todo el mundo abstracto que se había formado en su cabeza. Allí grababa a veces sus videos, en ese lugar se relajaba cuando estaba estresada. Fue en ese sitio donde le contó a Dada sus penas de amor, donde escuchó sus consejos, en el cual reían sin parar de sus historias y travesuras. Luego de muerta su abuela también se sentaba allí para contarle todo lo que había sufrido por el amor a Farid, cuando creía que jamás volvería a verle.

Resultaba surrealista que ahora él estuviese allí, en ese lugar que era casi un santuario, su mundo especial e íntimo. Era como un regalo para Farid entrar en ese espacio, así lo entendía sin que ella le dijese absolutamente nada, en parte por eso también se sentía feliz, deseaba estar unido a Alexandra en todo sentido.

Era un paraíso a los ojos de una niña, de la pequeña Alexandra y un refugio para la mujer, para la adulta que sufría por el amor del hombre, que habitaba en la soledad de esa casa que siempre fue inmensa ante sus ojos hasta que viajó a Dubái y se dio cuenta que el mundo era mucho más grande de lo que había creído. También en ese espacio de intimidad sintió la sensación de estar atada a los aromas de DUNES como lo estaba su corazón al amor de Farid, una experiencia de dolor, felicidad y placer todo al mismo tiempo.

Farid seguía mirando todo con ojos curiosos, como si buscara algo más, como alguien que analiza a través de los objetos y entornos a su dueño. Observó las fotos de la guapa mujer, sonreía, Alexandra lo sabía, ese era el mismo efecto que ella producía en los demás, esa era la sonrisa, justa esa. Todos cuanto la conocían eran envuelto en su magia, su personalidad era tan fuerte que aún después de muerta podía ejercerla en los demás. Siempre admiró eso de su abuela, se la imaginaba joven, hermosa, entrando en alguna de esas fiestas y robándose todas las miradas.

Dada era una mujer fascinante y con su magnífico look de los sesenta posaba en todas esas fotos con personalidades del mundo artístico, se veía libre y sonriente. Farid estaba como hechizado mirándolas, apreciaba con sus ojos conocedores todas esas fotos artísticas tomadas por profesionales, incluso una donde se notaba claramente que estaba desnuda.

- Era una mujer atrevida, —le dice riendo a Farid—.
- Ya veo, jaja.
- No sé por qué tienes esa foto allí Alexandra, por todos los cielos, es... indecorosa.
- A ella le gustaba, es que... —y mira a Farid—, le gustaba que dijeran eso, es como una broma póstuma, le gustaba que los demás hicieran aspavientos, ya sabes, retar a la moral y las buenas costumbres.
- Ya entiendo, jajaja, tu abuela era una bromista entonces, una mujer atrevida.
- Así es, era exquisita, en todo sentido.
- Mmm, deberías quitar eso, por respeto, —insiste su madre—.
- Ella lo habría querido así, que estuviese aquí mamá, donde la viera todo el mundo, claro, ya nadie viene como antes, ellos solo venían por ella, —dice con tristeza—.
- Era una mujer con mucho estilo.
- Así es, incluso trabajó como modelo, pero a ella le gustaba más lo artístico, ya sabes la fotografía experimental, los performances, le gustaba mucho el arte accional. En fin, amaba ese mundo, y ese mundo la amaba a ella.
- Seguro que sí, ¿y me imagino que tenía muchos novios?, —dijo sonriendo—.
- Oh... sí, dice Ilda, muchos, todos los hombres se enamoraban de ella, ya sabe, era una mujer muy bonita.
- Era una mujer muy atractiva, pero no solamente por su físico, sino por su personalidad, —agrega Alexandra—. Tenía una manera de ser tan interesante, le gustaba mucho leer, escribir, en fin...
- Debe ser hermoso admirar tanto a una persona y que de paso sea alguien tan cercano, —esa frase parece provocar en él una especie de sensación poderosa que logra reflejarse en su rostro—.

Se quedó callado y parecía evocar algo, tenía esa mirada, pensaba en su padre, quien le había enseñado casi todo lo que sabía del negocio, lo amaba y admirada por su determinación. Amin había perdido a su padre muy pequeño, pero eso solamente sirvió para templarle más el carácter, no se dejó amilanar por las circunstancias adversas, eso le hizo florecer, era un hombre de retos, lo recordaba así, luchando contra todo, sacando a su familia adelante y creando cosas nuevas de la nada. Su tío lo había apoyado, pero cuando llegó el momento no dudó en tomar las riendas del negocio, aún con el dolor de perder a su tío.

El dolor lo forjó a él y también a su padre, fueron esculpidos por la vida y eso le hizo más

valiente, si quería parecerse a alguien era precisamente a Amin Saab, no importaba que fuesen diferentes en todo sentido, porque mientras él era un ser libre, aventurero y de creación, su padre era un hombre concreto, con los pies bien puestos sobre la tierra, que no tomaba un riesgo sin calcularlo primero. Pero así lo quería, no cambiaría su forma de ser por nada del mundo, porque de no ser como fue, entonces él no habría podido crecer como lo hizo, y expresarse con libertad y gusto.

Cuando su padre murió en ese accidente fue como si le arrancaran un trozo del alma, pero había sobrevivido, y eso determinó su vida. Él también tomó las riendas del negocio, se sentía satisfecho con su vida y podía imaginar con claridad cómo ella se sentía. Era un privilegio tener en tu vida a un ser así, que generaba un piso para tu vida, donde el cual depositabas tus pies para construir tu propio mundo.

- Ven, quiero mostrarte algo, —le dice—.
- ¿Qué?
- El cuarto especial, allí tengo la colección, es mi lugar especial, allí es donde paso la mayor parte de mi vida.

Había una sutil intimidad en esa frase, porque le estaba llevando al lugar más cercano a su corazón. Farid sonrió, lo sabía, y amaba que hiciera eso, porque quería estar presente en cada espacio de su mundo, entrar de lleno en esos recónditos lugares, esos espacios donde una mujer habita y donde solo invita a quienes significan algo muy especial.

Caminan por un elegante pasillo, donde él ve diferentes fotos tomadas por Gerber, el gran artista, el cual se caracteriza por su manera de plantear las formas a través de la luz. Ella sonríe al ver la expresión que tiene. Su abuela tenía un gusto maravilloso y sigue presente en cada espacio de esa casa.

- Este es...
- Gerber sí, así es, —dice riendo—. ¡Cielos!, tu abuela sí que tenía buen gusto.
- Sí, ella lo conoció... creo que... en Londres, sí, creo que fue allí, —dice tocándose la barbilla y mirando hacia arriba en un gesto encantador—.
- ¿En serio? Vaya.
- Sí, creo que estaba enamorado de ella o algo así.
- Jajaja, me imagino que sí, y esta es ella, —dice señalando una maravillosa foto donde aparece de espaldas, mirando el océano, su figura está en contraluz al puro estilo de Gerber, pero resulta evidente que está desnuda—.
- Sí, está desnuda, jajajajaja.
- Cielos.
- Mi abuela no tenía ningún tipo de pudor, creo que eso ya ha quedado claramente establecido, jajajaja.

Los tres entran en la habitación, es casi una fantasía que en ese instante estén allí, en su casa, en el lugar especial de Dada, donde están sus más importantes tesoros. Farid lo recorre con ojos emocionados, es como una especie de santuario, en el cual cada detalle está lleno de estética, todo con un estilo suntuoso y elegante que le recuerda mucho las decoraciones típicas de su tierra.

- Esto me recuerda mucho a...
- ¿Cierto que sí? —Dice ella sin dejarle terminar la frase—. Se parece, siempre lo he pensado.
- Ustedes están muy compenetrados, por lo que veo, —y su madre sonríe ahora de una manera distinta—.

Los dos se quedan callados, es un momento de intimidad, como si lo dejara entrar por primera vez en su propio cuerpo. Farid lo intuye, eso le genera una intensa emoción, tanto que ahora siente una corriente eléctrica recorriendo todo su cuerpo, casi como si pensara que pronto estarán juntos otra vez.

- Me gusta mucho este lugar, se siente como algo... muy especial, la verdad es que no sé cómo decirlo.
- Es algo especial, —y de pronto es como si su madre no estuviera allí—, todo desaparece y solo importan ellos dos, y la figura de Dada que permanece presente, aunque ya no esté.
- ¿Recuerdas lo mucho que te gustaba venir a este lugar?, —dice de pronto su madre—, lo expresa de una manera diferente, y el tono de su voz parece haber cambiado.
- Sí, —contesta dubitativa—, mira su cara y es como si estuviese por primera vez recordando algo agradable, hace tiempo que no la ha escuchado hablar de esa manera.
- Te gustaba mucho estar aquí y también aquellas galletas con chispas de chocolate, delirabas por ellas, jajaja. —Alexandra se le queda mirando—, ¿quién es esta mujer? —Se dice, porque siente como si no la conociera—.
- ¿Te recuerdas de eso? —Dice ella mirándola con asombro, porque todo lo que tiene que ver con Dada siempre le ha causado desagrado—.
- Por supuesto, todos los fines de semana era lo mismo, quiero ir para que Dada, quiero ir a que Dada, te fascinaba, jajajajajaja, incluso meterte en aquellos interminables debates con estos artistas con los cuales le gustaba mucho estar, cielos, se reían mucho con tus ocurrencias. En fin, nunca la entendí, pero no puedo negar que era una mujer con mucho estilo, —dice mirando la foto que tiene en una de sus cómodas—.

Farid le mira mientras habla, hay una especie de brillo, algo bueno está pasando dentro de esa mujer extraña, pero ¿por qué ha cambiado de repente, como si algo la estuviese influyendo? Le llama la atención el color de sus ojos, le recuerda mucho a alguien, pero en ese momento no recuerda exactamente a quién ¿quién? No puede precisarlo, pero ha visto esos hermosos ojos grandes en otro lado.

- ¿Qué?, —le dice sonriendo con cara de asombro—, es que no sé, aquí hay algo, no sé si lo sienten.
- ¿A qué te refieres mamá?, —le pregunta ella con extrañeza—.
- No sé, en esta habitación hay algo, desde que entré lo sentí... es que, no sé, no sé cómo decirlo, —y parece algo confundida—.

Alexandra mira alrededor, pero no ve nada fuera de lo común, no obstante, en el ambiente se percibe un aroma característico... entonces lo concientiza, por supuesto, es la Flor del Desierto. Mira hacia la cómoda y lo comprende.

- Oh... cielos, ¡maldición!, —dice—.

Entonces va hacia la cómoda donde tiene los perfumes nicho, los más especiales, saca la llave plateada que le legó su abuela, entonces abre la puerta y allí está volcado. Entra en alarma hasta que se da cuenta que solamente se ha botado un poco, pero no importa, aunque sea una gota, ese perfume es muy valioso, el más valioso en la colección de Dada, porque representa un vínculo con el amor de su vida, su abuelo.

- ¡Cielos!, ¡no!, ¡maldición!
- ¿Qué pasa?, —dice su madre—, ¿qué?, ¿qué te pasa?
- Se ha botado un poco, ¡cielos!, este perfume es invaluable, es una...
- Cielos, —dice Farid, y avanza hacia el lugar, parece que está como hipnotizado, lo mira con ojos de asombro—. ¡No puedo creerlo! —Exclama—, La Flor del Desierto... —dice—. Ella no entiende, en su fábrica crean ese perfume, ¿por qué le sorprende tanto?
- ¿Qué pasa?, —dice ella—, está más calmada porque solamente se ha vertido un poco, pero, aun así, ese poco vale muchísimo dinero, este es un perfume único, invaluable, es una edición especial, que tiene muchísimos años, es el regalo que le ha dado la abuela.
- Este perfume, ¿de dónde lo sacaste?, —dice asombrado—, su cara es de perplejidad, Alexandra lo mira extrañada, no lo había visto así jamás, ¿por qué le parece tan raro?
- Me lo regaló Dada.
- ¿Estás segura?, es decir, ¿estás segura que es el que te regaló tu abuela? Es que... —y se detiene—, no puedo creerlo.
- Por supuesto, jajaja, ¿qué rayos te pasa Farid?, es el perfume de tu fábrica, jajajaja.

Ilda abre los ojos como platos, es allí cuando se da cuenta que Farid es el dueño de DUNES, entonces lo comprende todo, ella fue a Dubái al aniversario de la empresa y allí lo conoció. Esto es, pero de lo que había pensado, su hija está metida justo en el ojo del huracán, pero la verdad es que en ese momento no sabe cuánto, no sabe que ella misma está en medio de la tormenta.

- Este perfume es... uno de los originales, lo reconozco, —dice mirándolo asombrado—, lo toca como quien entra en contacto con una joya, casi como si estuviese viendo uno de esos collares que le gusta diseñar. Es más, ella diría que se muestra más asombrado ante ese perfume que el propio e invaluable collar de grandidieritas que le ha regalado.
- Sí, es el que me regaló Dada, pero ¿qué rayos te pasa Farid?, ¿qué tienes?, te pusiste incluso pálido.
- Es que... este perfume era de mi tío, una edición creada directamente por Mohamed Saab, —dice—. ¡Cielos!, ya no quedan de estos, el último lo tenemos en DUNES, es... increíble que lo tengas aquí ¿tienes idea de lo valioso que es?
- Pues ahora que lo dices... creo que no lo sabía, es decir, para mí su valor estaba en el que le había dado mi abuela por... bueno, por razones personales.
- Este es un perfume original de la primera edición, de hecho, es una edición de prueba, creada por primera vez y directamente por el propio Mohamed Saab, no puedo creerlo, solo hizo cinco de estos, uno de ellos lo tenía mi abuelo Amir Saab, el otro lo tenía mi tío abuelo, el otro estaba en la fábrica, y dos más, que se vendieron como promoción, no puedo creerlo ¿cómo es que esto llegó hasta aquí?, no puedo entenderlo.
- ¿Estás seguro que son de esa edición? Puedes estar equivocado, no creo que sea así Farid.

- No, no lo estoy, conozco este perfume, sé lo que te digo.
- ¿Cómo lo sabes?, —le pregunta ella con gran curiosidad—.
- Por esto, —dice señalando con cuidado la etiqueta—, acércate, y mira bien aquí, en el lado derecho.
- A ver... —dice ella asombrada y acercándose al perfume como él le ha dicho que lo haga—.
- Aquí, —le dice y efectivamente, en el lado derecho hay una pequeña miniatura en forma de flor, está hecha como un sello dorado, es diminuto y ella jamás lo había visto—. Se siente un tanto asombrada, ella siempre se ha creído una conocedora, pero ese detalle no lo sabía.
- ¡Cielos!, no me había fijado en eso.
- Es un detalle que pocos sabes, —agrega él—, esto es increíble, —y se lleva las manos a la cabeza—.
- Es extraño, entonces dices que solamente hay cinco perfumes de estos, me duele más que se haya botado un poco, —dice sonriendo, pero él se mantiene serio, algo pasa en su mente—.
- ¿Qué significa que sean solo cinco?, —le pregunta su madre—.
- Significa que este frasco tiene que haber pertenecido a mi tío, es la única explicación.
- Y... ¿qué quieres decir con eso?
- ¿Qué te dijo tu abuela acerca de la procedencia de este frasco?
- Me dijo que se lo habían regalado.
- ¿Quién se lo regaló?
- Alguien, una persona que... no puedo decírtelo, es... algo personal.
- Un hombre, ¿se lo regaló un hombre?
- Sí.
- ¿Qué pasa?, —dice Ilda—, ¿qué quieres decir Farid?, —está seria, pero su actitud es muy diferente—.

Algo ha influido sobre ella, y a Alexandra le extraña su actitud, se comporta y habla diferente.

- ¿Cómo se llamaba tu tío?, —dice ella con cierto temor—.
- Omar Saab.
- ¡Omar Saab!, —dice y entonces se sienta, tal parece que tiene las piernas desmayadas—, entonces es cierto, —se dice—, todo lo que ha estado pensando es verdad.
- ¿Por qué?

Alexandra está pálida, pero no dice nada, sin embargo, es obvio que algo le pasa, se repite como en voz baja ese nombre. Se queda así paralizada por un buen rato.

- Alexandra, ¿qué te pasa?, —le dice su madre tocándole el hombro—, ¿te sientes bien? Hija, ¿qué te pasa?, dime, ¿qué te pasa?
- ¿Por qué?, ¿qué pasa?, ¿qué sabes de mi tío?
- Yo... no puedo decir nada, lo siento, es que me siento... ahora no puedo hablar, —entonces se levanta y va a la cocina—.
- ¿Qué pasa Farid?, ¿qué le pasa a mi hija?, ¿por qué se ha puesto de esa manera?
- No lo sé, no entiendo, lo único que sé es que este perfume es único, y muy valioso, se lo tuvo que haber dado mi tío abuelo a su madre, no hay otra explicación.
- La Flor del desierto era el perfume favorito de mi madre, lo adoraba... —entonces se

detiene, y se queda callada—.

- Es un perfume maravilloso.
- Sí, siempre he pensando que es tan solo un perfume, pero sabes, creo que hay algo más poderoso en esto de lo que he pensando.
- ¿A qué se refiere?
- No lo sé, la verdad es como si fuese algo vivo, algo que te rodea, por esa misma razón nunca me gustó entrar aquí, como si sintiera... no sé, jajajaja, suena tonto el decirlo, y no creo en esas tonterías, pero es como si tuviera vida propia, ese bendito perfume, y todo lo que se teje a su alrededor. Siempre tuvo que ver con todo lo que mi madre hacía, y parece que también eso recae el Alexandra.
- ¿Conoce la historia del perfume?
- No mucho, por alguna razón siempre he sentido mucho rechazo con relación a todo lo que tiene que ver con Dubái.
- ¿En serio? —Esa mujer que habla es otra persona—, tal vez sea la flor del desierto que ejerce una especie de poder sobre los hombres.
- Sí, es que... creo que mi madre vivió algo allá, nunca me dijo nada, pero estoy segura que hizo algo allá, y debe ser muy importante, por cierto.
- Algo como ¿qué?
- Ya sabe, un gran amor, de hecho, incluso he llegado a pensar locuras... cosas que llegan a la mente cuando necesitas llenar los espacios vacíos.
- Como ¿cuáles?
- Como que mi padre es de ese lugar, y cosas como esas.
- ¿En serio?
- Sí, —y en ese instante siente que podría preguntarle cualquier cosa, pero no lo hace—.

La observa con detenimiento, y esos ojos le parecen tan conocidos, se queda callado, de color dorado, la forma almendrada y la dulzura, las cejas gruesas y bonitas, bien dibujadas. Ilda Rey es una mujer muy hermosa, pero diferente a su hija, y tal parece que posee esa belleza del desierto, la hermosura de las mujeres beduinas.

- Iré a ver cómo está Alexandra.
- Está bien, yo me quedaré aquí, creo que necesito un tiempo con la memoria de mi madre, no te preocupes, la conozco, ella estará bien, te lo aseguro, es mucho más fuerte de lo que parece, es... como Dada.
- Sí, creo que sí, —y la mira con otros ojos, esta mujer guarda un gran dolor en su interior, se nota en sus ojos, y en la forma en que su rostro parece plasmar una emoción de tristeza—.

Farid se dirige a la cocina, y allí está Alexandra, mirando por la ventana hacia el Ávila, está callada y él se le acerca con cautela, sabe que algo le ha pasado, pero no desea perturbarla. Se queda allí, a su lado, quieto, esperando que reaccione.

- Farid, —dice ella finalmente volteándose a verlo—, Farid, cielos, la vida es tan complicada.
- ¿Qué te sucede? ¿Te sientes bien?
- La verdad es que no lo sé, no tengo idea de lo que está pasando, mi mundo, es como si todo se sacudiera a mi alrededor.
- Creo que yo tampoco, mi mundo se está sacudiendo también a mi alrededor, —entonces

- sonríe, como si estuviese resignado—.
- Sabes, la abuela me legó unas cartas, en un cofre donde las guardó celosamente, tenía miedo de abrirlas porque no quería descubrir algo que me causara decepción. Temía que hubiese hecho algo reprochable o que me hiciera cambiar el concepto que tenía de ella.
 - Las personas siempre nos van a decepcionar todo el tiempo.
 - Lo sé, pero es difícil cuando te has hecho un concepto de alguien, ella era sencillamente espectacular, no quería que eso terminara, ¿entiendes?, es como mi ilusión de la infancia.
 - Entiendo.
 - Farid... —y recuesta la cabeza en su pecho—, la sensación es tan agradable y cálida, allí está esa fragancia masculina que tanto le gusta, el oud, la madera, el pino, todo en un conjunto sensual y maravilloso.
 - ¿Qué pasó entonces?, ¿la abriste?
 - Sí, hace poco, antes que llegaras comencé a leerlas y encontré cosas fascinantes, es como remontarse en el pasado, esas palabras me penetraron hasta lo más profundo, entonces entendí muchas cosas, tal cual como ella me lo dijo.
 - Como ¿qué?
 - Ella tuvo un gran amor, siempre me lo decía, estuvo con muchos hombres en su vida, pero solo tuvo un solo gran amor. Ese hombre era muy especial para ella, me habló de él, incluso antes de morir, fue él quien le puso su apodo, Dada, la bautizó así porque su nombre era Dalia Damasco, Dada ¿entiendes?
 - Sí, —y sonrío porque le gusta la forma en que ella dice esas cosas—.
 - A Dada le fascinaba ese apodo, ¿qué te puedo decir?, era una mujer muy liberada, no sufría por nada. Pero sé que él marcó su vida, aunque nunca hablaba precisamente de él... es decir, detalles de cómo se llamaba, no le gustaba, aunque mi madre le insistía, creo que él era su padre, pero me parece que jamás le dijo nada, no sé por qué, no lo entiendo.
 - ¿Quién era?, —le dijo él, pero parecía que en su corazón tenía la sospecha—.
 - Un hombre de tu tierra, alguien que la amó tanto o más que ella a él, un ser que se arrancó el corazón para poder dejarla, porque fue lo que le tocó en ese momento.
 - Hay hombres que solo saben amar de esa manera, —entonces le tomó la mano—, a veces en la vida hay que hacer sacrificios...
 - Eso dice una de las cartas, esa persona escribía como nadie, su caligrafía era preciosa, no sabes, sus palabras son como poesía, cualquier mujer se enamoraría de alguien así.
 - La amaba mucho, me imagino, y ella a él.
 - Lo más extraño es que... no sé ni cómo decirlo, es uno de estos amores asombrosos, lo más raro es que... ¡mierda!, esto es una completa locura, tienes que leerlo por tí mismo, quiero que lo veas.
 - ¿Estás segura?, porque es algo íntimo.
 - Lo sé, pero la verdad es que creo que necesitas entenderlo, porque parece que nos atañe a nosotros mismos.
 - ¿Por qué?
 - Ya verás porqué, pero... —y baja la voz—, no quiero que mi madre lo sepa.
 - ¿Por qué?
 - Al menos por ahora, ella, Dada, nunca quiso decir quién era su padre, y creo que pensó tenía una buena razón para ello, solamente que todavía no estoy clara de cuál es.
 - Ok, está bien.

- Esperemos que mi madre se vaya, no quiero infringir los deseos de la abuela, yo después me encargaré de hablar con ella de todo esto.
- Muy bien.
- ¿Dónde está mi madre?
- En la habitación, dijo que necesitaba hablar con tu abuela o algo así.
- Oh... qué extraño.
- Ese perfume tiene poderes, es decir, la flor que este contiene.
- Eso es algo tan extraño, es que tu tierra está llena de tantos misterios, es... —y siente que es su tierra también, pero no dice nada—.

De repente su madre sale de la habitación y Alexandra ve con temor lo que está pasando, ella tiene el cofre en su mano y ha leído una de las cartas. La trae en la mano y tiene una expresión delirante.

- ¿Qué es esto?, —le dice mientras se la muestra, parece un tanto enojada—.
- Mamá, ¿por qué has tomado eso?
- Era de mi madre, me pertenece a mí también.
- Dada me lo legó, no debiste leerlo.
- Ah... ¿no?, ¿acaso esta mujer no era mi madre? ¿No tenía derecho a saber acerca de su vida mucho más que tú?
- Madre, por favor, hablemos de esto después, ahora no es el momento.
- Bueno, lo mejor será que me vaya, ustedes necesitan hablar... a solas.
- Espera, Farid, espera un momento... es que...
- Es mejor así, ustedes deben hablar a solas, aclarar sus cosas.
- ¿Quién es Omar Saab?, ¡exijo saberlo!
- Mi tío, dice Farid, Omar Saab es mi tío abuelo, ¿por qué?
- Madre... —dice Alexandra, quien la mira con ternura, y luego a Farid—.

Los más profundos secretos de Dada están saliendo a flote, y es que el alma de una mujer como ella tiene mil laberintos dentro de sí. Dalia Damasco era una mujer de secretos, los había guardado celosamente, por alguna razón que todavía no han logrado encontrar, falta una pieza en ese rompecabezas, y Alexandra no tiene idea de dónde encontrarla.

- Así que de esta forma fue que llegó el perfume aquí ¿tú lo sabías? —Le preguntó a Alexandra—.
- No estoy segura, pero...
- Es hora de que nos sentemos a hablar, pero ahora será mejor que converses con tu madre, creo que merece una explicación, tiene derecho a saber quién es realmente.
- ¿Qué?
- Fue un placer señora Ilda.

Farid sale de la casa y se queda un rato contemplándola, hay tantas cosas que no puede entender, pero se da cuenta que su vida es más complicada de lo que ha pensado. La maldición está en él y en todas las ramas de la familia, es un árbol que se expande hasta lugares inusitados. Se queda un rato allí, sonrío tristemente, porque sabe que el Rub Al-Jali todavía tiene muchas cosas por decir.

Una jugada que siempre le sorprende, al igual que su propia condición, es como una despedida sin palabras, como la promesa de un reencuentro que jamás se da. Así ha sido el amor entre su tío y Dalia Damasco, una despedida que, sin embargo, ha durado para siempre, son las palabras del pasado que vuelve nuevamente para enseñarle una lección de vida.

Es el amor que sabe cómo encontrar su camino, la naturaleza siempre encuentra el suyo, el temor le invade de repente, se toca el pecho y siente miedo, todavía no se ha dicho la última palabra. Va camino al hotel y entonces sabe que tal vez las cosas no terminarán como lo había pensado, es un presagio, un terrible presagio el que siente en su cuerpo.

CAPÍTULO X

Sangre beduina

Ilda Rey Damasco, es una mujer llena de soledad, desde pequeña se sintió aislada, como si estuviera lejos de todo el mundo, estando en una burbuja. Era como si su madre hablara un idioma y ella otro, no podían entenderse, siempre fue así. Ni siquiera su apellido Rey era verdadero, se lo había dado uno de los maridos de su madre, como un dudoso legado.

Siempre se sentía sola, Dalia Damasco no era precisamente una mujer muy maternal. Desde que tenía conciencia siempre la veía ir de un lugar a otro, con sus novios, amantes, con sus esposos ricos, siempre rebelde, con un estilo único, espectacular. Todos la alababan, le decían lo maravillosa que era, todos tenían un momento, un instante de su belleza, una sonrisa, menos ella.

- Mamá, no salgas esta noche, —le dijo, casi como un ruego—.
- Oh... hija, te quedarás con María, tengo muchos compromisos, esta noche es la inauguración del museo, yo soy la auspiciadora, ¿sabes lo que eso significa? —Por supuesto que no lo sabía, ni le interesaba, lo único que quería era que su madre estuviese allí para ella—.

Era una niña de 10 años, a la cual solamente le importaba que su madre le dedicara tiempo, aunque fuese en silencio, tan solo su presencia era importante, pero ella no era una mujer hogareña, era como el viento que va de un lugar a otro. Pero Dalia era una mujer de mundo, intelectual, que podría debatir con grandes hombres, literatos y artistas, pero que no podía preguntarle detalles a su hija.

Ella creció viendo desfilar por esa casa que su hija admiraba tanto a todos estos personajes, importantes, excéntricos, con los cuales su madre hablaba y departía por horas, mientras a su hija no podía dedicarle siquiera unos minutos. No lo hacía por maldad, solamente era una mujer creada para otros propósitos, Ilda era poco más que un escollo en el camino, aunque sonara doloroso, lo sentía, nunca fue una niña deseada, su madre no sabía ser eso, era lo que le había tocado.

Diez años antes, cuando Dalia regresó de Dubái y se dio cuenta de que Omar ya no estaría con ella, muy a su pesar, sintió que su mundo se venía abajo. Era la primera vez que se enamoraba de un hombre, antes de ese instante todo para ella era como un juego, pero esta vez resultaba distinto, y se encontraba totalmente fuera de lugar, como una persona que está perdida en el desierto, y que no sabe encontrar el camino nuevamente hacia el lugar de donde ha salido.

Estaba como marcada por un fuego intenso, y ahora no podía olvidar a ese hombre que la había abandonado. Sabía perfectamente que lo hacía como un sacrificio, pero, aun así, se sentía traicionada, ya tenían todo preparado, y al último minuto se había dañado.

Cuando leyó esa carta de despedida no pudo menos que deprimirse porque amaba a ese hombre, muy a su pesar. Esto no era un juego como en otras ocasiones, él significaba realmente algo importante. Las lágrimas caían de sus mejillas, mientras leía la infame epístola, jamás había llorado por un hombre y jamás volvería a hacerlo.

Sus palabras eran como un puñal que se clavaba en su pecho, que le iba matando poco a poco. Le resultaba completamente incómoda e inusitada esa sensación. El amor dolía, y no le gustaba, quería ser como antes, esa joven despreocupada, a la cual no le importaba lo que pasara a su alrededor, sino el ir de un lugar a otro, estar con un hombre y mañana con otro, sin amarle, estar hoy en un lugar y luego irse sin más, esa era ella. Era su manera de entender la vida y los sentimientos.

Pero todo había cambiado, ya no era la misma, y por supuesto que eso no le gustaba en lo más mínimo. Las lágrimas seguían rodando, manchando la tinta y haciéndole correr, dibujando nuevos paisajes, tal cual como un artista del action painting creaba formas en sus lienzos.

- “Mi querida Dalia, no sé ni cómo expresar esto que tengo para decirte, pero la verdad es que no sé otra forma de exponerlo, tengo que dejarte mi amada, sé que debo hacerlo en persona, pero en este momento se me hace imposible. Es lo único que puedo decirte, siento un puñal que atraviesa mi corazón, es un dolor intenso, y cualquier razón que te dé no tendrá sentido, sé que habíamos quedado en ese plan, en escaparnos juntos...”.
- Maldito Omar Saab, —exclamó rabiosa—.
- “...y si fuesen otras las circunstancias, lo haría. Pero he tomado una decisión, creo que es la única, perderme en mi propio desierto, en este lugar yermo que será mi vida de ahora en adelante. Mi hermano está muriendo, como te dije, está tan enfermo que los médicos le han desahuciado, es una extraña dolencia, y tengo que encargarme de mi familia, sería un canalla si no lo hiciera, no puedo dejar a mi cuñada sola con toda esta responsabilidad, Amin tiene 13 años, aún es demasiado joven para tomar las riendas del negocio”.

La estaba vendiendo, dejándola por un legado que en verdad no significaba nada, porque siempre quiso crear cosas por sí mismo, sin depender de su familia. Los Saab para él no significaban sino una prisión, ¿cómo entonces podía dejarla a ella, por esto que no era más que una jaula de oro en la cual permanecía prisionero?

Omar Ali Saab, era un hombre con compromisos, un ser que se condenó a sí mismo por el honor de su familia. En su cultura eso era de suma importancia, pero Dalia no podía entenderlo porque ella era un ser individualista, independiente y libre que vivía por sí misma, como una entidad única.

- “Amor, no sabes lo mucho que sufro, esto es como una tortura, no sé qué hacer, a veces siento que sería más fácil que todo esto termine, ser como los otros miembros de mi familia, y que esa maldición me lleve de una buena vez. Sería mucho menos cruel, pero tengo el presentimiento que el Rub Al-Jali no me dejará con tanta facilidad, no cejara en su empeño hasta que me destruya por completo. Soy una sombra, como un fantasma del desierto que vaga de ahora en adelante en la vida, sin tus ojos y labios, no tengo la menor idea de cómo podré sobrevivir de ahora en adelante. Pero tengo que hacerlo y quiero que sepas que mi

vida será una agonía, pero quiero que tú seas feliz, jamás te obligaría a estar en este lugar que para ti sería como una jaula de oro... no, jamás te condenaría a esta existencia miserable, que yo mismo he odiado y que por supuesto tú aborrecerías más, esto solamente nos mataría, acabaría con todo lo que hemos sentido, con todo esto que nació entre nosotros y que es más fuerte que el propio desierto y esta situación que nos embarga, que nos aleja, lo siento tanto. Te amo con todo mi corazón, no con toda mi alma, eres tú mi alma, y tendré que arrancarla de mí, y jamás podré sobreponerme... Tuyo por siempre. Omar...”.

Era una despedida dolorosa, como una herida punzante que tardó unos meses en recuperarse, o al menos en soportarla, hasta el día que se vio en el espejo con los ojos arrasados y se juró que nunca más lloraría por ningún hombre. Eso hasta que descubrió lo inexplicable, se volvió a mirar en el espejo, y supo que algo en su cuerpo estaba cambiando, que había pasado esas noches y lo que había trascendido allí era mucho más trascendente que la pasión, algo estaba creciendo en su cuerpo.

Omar Saab sabía amar como nadie, amaba a Dalia, pero también a su hermano, su familia era lo más sagrado tanto como sacrificarse a sí mismo por lo que era más loable. Ante el desierto y cuando fue el momento justo, recibió el llamado, la voz del desierto, percibió el sonido de la tormenta que se lleva todo: el amor, las esperanzas y el corazón de los hombres. Pero nunca supo que tuvo una hija, jamás tuvo conocimiento de ello, porque la vida es injusta y triste, y no sabe de piedad.

Dalia no podía entenderlo, era una mujer traicionada, que con rabia respondía las cartas que este hombre le había hecho llegar con Abdullah. Para ella eso solo significaba una traición, que tal vez se casaría con una mujer de su tierra, una buena musulmana, no como ella que era un espíritu rebelde, que no obedecía a las razones de los hombres, ni sus reglas.

Seguramente que sería una afrenta entre los suyos, una vergüenza, se imaginaba a su elegante hermano, Amir Saab, el dueño de DUNES, quien la miraría de arriba abajo si él la llevase consigo como su esposa. No se equivocó porque precisamente eso era lo que pensaba el elegante y tradicional hombre, al menos antes que la maldición arrasara con él.

Meses antes de la ruptura Amir Saab fue al hotel donde ella estaba hospedada. Lo hizo tan solo para conocerla, quería saber quién estaba amenazando el futuro de su apellido, sus ojos la recorrieron como si ella fuese una terrible amenaza. Dalia se dio cuenta enseguida, que él ya se había hecho un concepto, y no era muy bueno, por cierto.

- ¿Usted es la señorita Damasco? —Le dijo, mientras le analizaba en profundidad—.
- Así es.

Horas antes ella había recibido una nota, decía que Amir Saab le esperaría en el restaurant del hotel, en conjunto con sus asistentes. Allí estaba el elegante hombre vestido a la usanza tradicional, mirándole como si fuese un mosquito.

- ¿Y usted es? —Le respondió ella, mirándole con el mismo desafío con que veía a todos los hombres que se atrevían a cruzarse con orgullo en su camino—.
- Amir Saab, señorita, soy...

- Usted es el hermano de Omar, ya lo sé, se parece a él, es... fascinante.
- Por favor, —dijo muy serio—, siéntese, necesito hablar con usted.
- Muy bien, como usted diga, —dijo sonriendo, con un molesto aire de suficiencia que no podía menos que molestar a Amir, porque le parecía indecoroso que una mujer se comportara de esa manera—.
- Es importante lo que tengo para decirle.
- Muy bien.
- He sabido que usted tiene una relación con mi hermano.
- ¿Ha sabido, así como así?, ¿quién le ha dicho eso?
- Aquí todo se sabe, estimada señorita Damasco.
- Seamos sinceros señor Saab, usted no me estima en lo más mínimo, eso es evidente, ni siquiera me conoce, entonces ¿a qué ha venido?, sea directo, siempre me he caracterizado por ser una mujer que le gusta ir al grano.
- Muy bien, entonces será así, a mí también me gusta ser directo en mis ideas, ya veo que usted es una mujer práctica, eso me agrada.
- Así es, entonces hable señor, —exclama con carácter, él se siente turbado, es inevitable sentir esa sensación ante una mujer como ella, eso le molesta, pero no puede negar que es encantadora—.
- No me gusta la relación que tiene con mi hermano, digamos que es del todo inconveniente para nuestra familia.
- Me imaginé que eso sería lo que usted quería decirme.
- Es usted sin duda una mujer inteligente, bastante, diría yo, tanto como para conquistar a mi hermano, él es un buen hombre, pero digamos que es un tanto iluso, sí me entiende lo que con eso quiero decir.
- Ah... ¿sí?, ¿por qué lo dice?
- Por creer que usted lo ama, a eso se le llama ser ingenuo ¿no cree? Se nota que usted es una mujer de mundo... ¿no es así? —Con esa frase parece insultarla, pero a ella nunca le han importado esas tonterías—.
- Su hermano es un gran hombre, lleno de amor y bondad, y siempre habla muy bien de usted, le ama mucho, pero veo que no piensa igual.
- No me malinterprete, mi hermano es un hombre maravilloso, pero también romántico, y creo que usted le ha sabido sacar muy buen partido a todo eso ¿no es cierto?
- No, no es cierto, y se equivoca usted grandemente conmigo, señor, no tiene idea de cuánto.
- Oh... muy bien, entonces usted no tendrá problema en dejarle, por su propio bien, porque es lo mejor para Omar.
- ¿Por su propio bien o por el suyo? —Le dice ella con una sonrisa de suficiencia—.
- Es usted una mujer encantadora, —le dice él—, no se puede negar, además de muy hermosa, entiendo muy bien porqué se ha enamorado. Mi hermano, por supuesto, tendría que sentirse atraído por alguien así, siempre le ha gustado ser libre, y sé perfectamente que eso lo sabe, estoy seguro que incluso han acordado algo, yo le conozco, y sé que algo se trae entre manos.
- Tal parece que tiene supervisada la vida de su hermano, pero él es un hombre adulto y tiene derecho a vivir como mejor le convenga. Usted no es quién para tomar decisiones en su vida, él es un hombre, y si quiere hacer lo que desee, es libre.
- Usted no tiene idea de cómo son las cosas señorita, sé perfectamente que en su mundo

- ustedes piensan en sí mismos y jamás en los demás, todo es el yo, lo que desean y quieren en su vida, pero nosotros no pensamos de esa forma.
- Ah... ¿no?, ¿y cómo piensa?, digo, si es que me puede decir, —y sonrío—.
 - Somos unidos, uno solo entre todos, desde que éramos uno con el desierto, desde que fuimos una tribu, juntos, unidos sobreviviendo, así somos y lo seguiremos siendo.
 - Vaya... pero, sin embargo, usted se ha casado y decidido sobre su vida, tiene hijos, una familia propia ¿no quiere que su hermano sea feliz?
 - Por supuesto que quiero que mi hermano sea feliz, pero usted no es quien puede hacerlo feliz, de eso no hay duda.
 - ¿Cómo lo sabe?
 - Tan solo hablando con usted puedo saberlo.
 - Ah... ¿sí? Tan solo hablando conmigo... me juzga señor, usted es muy rápido para juzgar a las personas.
 - Su actitud de mujer occidental me lo dice, —y la mira con molestia—.
 - Ah... me juzga porque soy una mujer independiente, que no baja la cara para hablar con usted, sino que le habla como lo que soy, una igual, no crea que soy tonta, no soy ninguna oportunista, lo que pasó con su hermano fue algo completamente casual, algo imprevisto, no estaba interesada en tener una relación con él ni mucho menos. De hecho, nunca he tenido una relación así con nadie, si estoy con su hermano es porque me gusta, solamente eso.
 - Ah... ¿no?, entonces dígame algo señorita Dalia, ¿no fue usted la misma mujer que llegó a Dubái de manos de un señor inglés, muy acaudalado, de nombre Alistar James?, ¿o me equivoco? Con ese tampoco quería tener una relación, digamos que también fue algo “casual”.
 - Jajajaja, cielos, señor Saab, así que usted no solo se entera de todo, sino que investiga en profundidad ¿me ha estado espionando?, ¿me puso un investigador? Vaya, sí que se toma en serio eso de proteger a su hermano, pero déjeme decirle que está equivocado, solo se hace un juicio de mí de acuerdo a sus costumbres...
 - Por supuesto que me lo tomo en serio, —le contesta molesto ante el desparpajo de la mujer, quien ni siquiera se siente avergonzada de sus acciones—. Es inconcebible, —le dice—, usted... perdón... —dice tratando de controlarse—.
 - Tome agua señor, tenga cuidado.
 - Usted es una descarada señorita, mi hermano es un hombre soltero y rico, es la víctima perfecta para mujeres como usted, pero no es la única, créame, hay muchas interesadas en alguien con sus antecedentes y fortuna, y que son mucho mejores, con más rango. Como comprenderá, no me interesa que mi familia se emparente de mala manera, mi deber es proteger a mi hermano de oportunistas y ver que se case con una buena mujer musulmana.
 - Vaya... usted sí que no anda por las ramas señor Saab, me gusta la gente que es directa, eso es bueno.
 - Bien, me contenta que le guste, eso es siempre bueno, facilitará mucho las cosas.
 - ¿Qué cosas, señor?
 - Seré claro, mi estimada señorita Damasco, sé que tienen mucha afinidad, y que mi hermano posee bastante apego con usted, entonces le propondré un buen negocio, me imagino que una mujer tan inteligente como usted le deben gustar los buenos negocios.
 - ¿A qué se refiere señor?, —y arruga el entrecejo—.
 - Me refiero a que usted parecía muy entusiasmada con Mister James, a juzgar por estas

fotos, —entonces las tira encima de la mesa, efectivamente son unas fotos donde aparece besándose con Alistar James, con quien en ese momento tenía una affair—.

- Vaya... usted sí que es todo un profesional, pero ahórrese los chantajes, Omar sabe todo eso, si es que me quiere decir que le va a mostrar sus fotos, en ese momento yo no conocía a Omar, desde ese instante en que lo vi las cosas cambiaron para ambos.
- Por supuesto, Omar es un hombre mucho más acaudalado que Mister James, eso es evidente, por supuesto que para usted mi hermano era más “atractivo” que este hombre, tanto como para dejarlo en Dubái e irse al desierto, donde casualmente mi hermano estaba acampando con unos beduinos, y donde también se encontró con él “casualmente”.
- Usted tiene una imaginación muy prolífica señor Saab, y muy... malévola también, no creo tener la capacidad estratégica para llevar a cabo toda esa compleja logística y conquistar a su hermano, así como así, no me creo embestida de todas esas capacidades que usted me atribuye.
- Es usted una mujer muy astuta, culta y de paso hermosa, ahora comprendo mejor todo, pero eso no quiere decir que apruebe la relación que mi hermano tiene con usted.
- No creo que su hermano necesite que lo apruebe, y yo tampoco, por supuesto.
- Se equivoca, soy su hermano mayor, en fin, no profundizaré en nuestra cultura, porque no creo que le importe, iré al grano, como dice usted.
- A ver, —le dice—.
- ¿Cuánto quiere por dejar tranquilo a mi hermano?
- Cielos, usted está tan equivocado señor Saab.
- Ah... ¿sí?, ¿estoy equivocado?
- Mucho señor.
- Vamos a ver si con esto continúa mi equivocación, —entonces extiende un cheque en la mesa—, mírelo y dígame si ya he corregido mi error.

Dalia se le queda mirando, este hombre es una de esas personas que cuando se proponen algo quiere conseguirlo a costa de lo que sea. Se le queda mirando directamente, casi como si ella fuese un mosquito, en ese instante tiene una sonrisa de suficiencia, como si estuviese seguro que esa cifra es suficiente para comprarla.

- Vaya... —dice ella mirando el cheque, sonrío, y entonces retrocede otra vez, se le queda mirando y se cruza de brazos—.
- Oh... veo que la he subestimado, —entonces mira a su asistente, el cual trae algo a la mesa—, tal vez prefiera este tipo de intercambio, —abre con discreción el maletín y dentro hay piedras preciosas, grandidieritas, musgravitas y otros tipos más, gemas sumamente valiosas, que valen muchísimo dinero, mucho más que los diamantes—.
- Señor, usted sigue equivocándose, no hace sino cometer equivocaciones conmigo, yo amo a su hermano, y no va a ser su dinero el que me haga apartarme de él.
- Debo admitir que usted es una mujer ambiciosa.
- Pues sí, ambiciono el amor, ambiciono tener una vida con su hermano, pero sé que tal vez usted no pueda entenderlo, porque se nota a leguas que está dispuesto a hacer lo que sea por sus conveniencias, pero yo no comparto ese tipo de conceptos, lo siento mucho, debe ser muy triste vivir así, creyendo que todas las personas tienen malas motivaciones, que todos le buscan por interés y que el amor verdadero no existe. Su existencia debe ser muy

- miserable, pobre de usted señor Saab, —y sonrío—.
- ¿Cómo se atreve a hablarme así, mujer?
 - Me atrevo porque usted con su actitud me ha dado esa autoridad, me ha faltado el respeto de todas las formas posibles que se puede hacer con una mujer.
 - Ah... ¿sí?, —le dice él enarcando las cejas—.
 - Sí, señor.
 - Mire, parece que usted no quiere entrar en razones, le exijo que deje en paz a mi hermano.
 - Usted no puede decidir sobre su hermano señor Saab, él es un hombre adulto, y puede tomar sus propias decisiones.
 - No estoy muy convencido de eso, por lo visto mi hermano tiene unos gustos muy, cómo diría... occidentales.
 - Creo que eso no es su problema.
 - Quiero que me diga que se alejará de mi hermano, ¡quiero que me lo prometa! ¡Se lo exijo señorita!
 - No haré eso, jamás le prometeré algo como eso señor, usted no tiene autoridad para estar exigiéndome nada, así que olvídelo, no consiento amenazas, ni coacciones y mucho menos chantajes.
 - Ah... ¿no?, —esa frase suena como una amenaza—.
 - No, no lo haré, y creo que esta conversación ha llegado a su fin señor Saab, ha sido un grato placer conocerle, espero no verle más, porque entonces tendré que decirle a su hermano lo que ha hecho, —y se levanta de la silla—.
 - Igualmente, señorita Damasco, —le dice son una sonrisa fingida—, ha sido un muy grato placer conocerla, ahora entiendo muchas más cosas.
 - Me alegra señor, —entonces se despide educadamente, se aleja de ese lugar, camina con la desagradable sensación de haber conocido a ese hombre insoportable, y que de paso sea el hermano mayor del hombre que ama tanto—.

Dalia se da cuenta que su relación con Omar es mucho más complicada de lo que había imaginado, y no sabe si está dispuesta a enredarse en ese tipo de complicaciones. Decide no decirle nada a él, porque no quiere generar afrentas con su familia, después de todo ellos piensan irse de ese lugar, muy lejos, no vale entonces la pena producir una ruptura con su hermano, que es la única familia que le queda.

Cuando ve la carta, entonces entiende que tal vez él sí ha cedido a la presión de su familia, y que Amir Saab es un poderoso rival, no está segura si el asunto de su enfermedad es algo verídico, pero le molesta que Omar no sea más fuerte. Esto es el final, y apenas puede creerlo, todo se ha venido abajo, justo cuando ella había entregado su corazón de la forma más maravillosa posible.

Estaba tan molesta que comenzó a escribir con rabia una carta donde le dice todo tipo de improperios, algo propio de su carácter colérico. Pero se arrepiente a mitad de camino, no puede terminar su relación de esta manera, sus palabras deben ser otras, a pesar de la rabia.

Cuando se dio cuenta meses después que algo crecía en su cuerpo lo sintió como una afrenta, ella, una mujer feminista e independiente, ¿cómo era posible que le hubiese pasado eso?, ¿en qué rayos estaba pensando? Pero ahí estaba, crecía en silencio, poco a poco, como una semilla que

florece y pronto supo que era una flor del desierto, al igual que ella.

Dalia estaba embarazada del hombre que amaba, el único que amó y que amaría, luego de él vinieron muchos, esposos, amantes, amigos, pero ninguno jamás entró en su corazón. Ese privilegio solo le pertenecía a él, a Omar Saab, quien la rescató de la tormenta, quien le dio ese regalo de vida que era su hija, a la que amaba, a su manera por supuesto. Esa niña que le recordaba a su amado, porque tenía los mismos ojos, y esa expresión fuerte y tierna, Ilda era igual a su padre físicamente, y poseía su misma fortaleza práctica.

La cubrió de besos, pero al mismo tiempo de ausencia, Ilda siempre sintió que le faltaba algo, su padre, esa figura invisible, esa idea abstracta, que por nada del mundo era mencionada en su presencia. Era el mayor y único misterio en la vida de Dalia Damasco, un tema que no tocaba, y siempre sus esfuerzos por tocarlo resultaban infructuosos, Dada siempre encontraba cómo evadir esa discusión.

Muchas veces Ilda se miraba en el espejo tratando de adivinar a quién rayos se parecía, pero por supuesto que eso resultaba inútil, no tenía ninguna referencia para saberlo, ni sabía de dónde era el hombre que la había creado. Siempre sentía esa molestia, la espina clavada en el corazón porque su madre jamás le dijo la verdad, ni siquiera en sus últimos momentos cuando intentó, sin poderlo, sacarle la información que tanto deseaba.

- Dalia, —dijo, era como si ese nombre resonara en la habitación—.
- Hija, sé que tú y yo...
- No digas nada madre, este no es el momento para esas cosas, estás enferma.
- Sé que es lo que deseas, pero no puedo complacerte hija, es mejor así, ya es demasiado tarde, tal vez debí... pero es demasiado tarde.
- Debiste muchas cosas madre, pero nada de eso tiene ya sentido, y yo debí muchas más, pero ahora no es el momento de recriminarnos por lo que dejamos de hacer...
- Es hermoso lo que dices, pero sé que solamente lo haces por complacerme, sé que nunca nos hemos entendido, tú y yo somos muy diferentes, hija, pero, así como eres, resultas perfecta, eres el suelo y Alexandra el aire, suelo y aire, —y sonríe como si recordara algo—. El aire necesita estabilidad y el suelo necesita de la locura, solamente que tú no le has dado cabida.
- Madre, no necesitamos de esas filosofías a estas alturas, olvidemos todo eso.
- Sé que quieres te diga quién es tu padre, sé que a eso has venido hija, pero no puedo decírtelo.
- No sabes quién es, es eso lo que pasa, dime la verdad, ¿estuviste en alguna fiesta, te acostaste con muchos hombres y ahora no tienes la más mínima idea de quién es mi papá?
- ¿Eso es lo que piensas de tu madre? ¿Que soy una mujer de estar en una fiesta y acostarse con todos?
- Así era la gente en esos años, así son muchos todavía, siempre fuiste una mujer muy liberal, nunca hacías caso a las normas de la sociedad y todo eso, siempre has sido así madre, ¿qué quieres que piense?
- Que te amo y por eso te he protegido de aquello que podía hacerte daño.
- ¿Qué madre?, ¿de qué rayos me hablas?, eh... disculpa, es que... cielos, esto es difícil, —y las lágrimas se le salían, no quería llorar, se lo había prometido, pero resultaba muy difícil

soportar el peso de esa vida, en la cual se sentía vagando sin sentido—.

Esa fue la última vez que vio a su madre, pero no pudo perdonarla, ella le robó esa parte de su vida, un vacío que nada podía llenar. Se quedó junto a su tumba, no pudo derramar una lágrima, no se lo dijo a nadie, pero a veces hablaba con ella, tal vez más de lo que pudo hacerlo en vida. Se quedaba en ese lugar por horas y era extraño, pero eso la hacía sentir mejor.

- Mamá, ¿qué piensas?, —le dijo mientras ella todavía tenía las cartas en su regazo—.
- Esto, ella nunca confió en mí.
- Tal vez no quería herirte.
- ¿Crees que ocultar las cosas hace menos daño?
- No lo sé, tal vez te estaba protegiendo.
- Creo que debió dejarme decidir eso.
- Tal vez, pero nuestras costumbres no son las de ellos, si te hubiesen llevado a ese lugar...
- Esto, todo esto... —le dice mostrándole el cofre—, es una locura.
- Pensé lo mismo, pero la vida siempre lo será, quizás si pudiéramos leer las suyas aclararíamos todo.
- Para mí todo está muy claro, mi madre solo pensaba en sí misma.
- No digas eso, Dada te amaba, solo era una mujer diferente a las demás.
- Sé que resulta fascinante desde la distancia, pero crecer con una madre así no lo es tanto, te lo aseguro.
- Madre, —le dice tomándola de la mano—.
- ¿Qué?, —ambas se quedan en silencio, se miran, es la primera vez que Alexandra ve lágrimas en los ojos de su madre—.
- Debes perdonar.
- No sé si pueda.
- No lo hagas por ella, hazlo por ti, lo mereces, puedes tener una vida lejos de ese rencor.
- Es fácil decirlo.
- ¿No has pensado que tal vez lo que pasó fue lo mejor?
- ¿Para quién?
- Para las dos, tú y yo.
- No lo sé hija, no lo sé.
- Mamá.
- Ve con cuidado, ese hombre es encantador.
- Ay mamá.
- Escúchame por una vez en tu vida, ese hombre es casi perfecto, y no hay nada más peligroso que la perfección, huye de ella.
- ¡Qué curioso!, he escuchado eso en otro lado.
- Ah... ¿sí?, pues es cierto.

Alexandra la mira irse en su auto, le sonrío antes de entrar en él, es una mujer cuya vida ha estado llena de rencor. Ahora sabe quién es su padre, la deja ir con las cartas, y siente que es lo correcto, le pertenecen, son de su padre, ese hombre que toda su vida no ha sido más que una sombra anónima, pero que ahora tiene nombre y apellido: Omar Ali Saab.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO XI

Inolvidable

No se puede escapar de lo ineludible, Farid lo sabe, el médico le mira ahora con un rostro muy serio, él sabe que no son buenas noticias. Su cara lo dice todo, trae los análisis en la mano y se sienta parsimoniosamente en la silla.

- Farid, esto es, es...
- No tienes que decirme nada, en tu cara lo veo, todo está bastante claro.
- Farid, sabíamos que esto podría pasar, solo que la evolución de la enfermedad ha sido mucho más rápida de lo que esperábamos. Pero siempre hay maneras de lidiar contra esto, solo tenemos que ser... certeros, rápidos...
- Así parece, —die con extraño desinterés, como si le estuviese hablando de cualquier cosa—.
- Lo siento mucho Farid, esto es algo que escapa de mis manos, pero haré lo que esté a mi alcance, y al alcance de la ciencia, hay muchos avances, te aseguro que...
- Lo sé, —exclama—, pero el doctor, él mismo que ha atendido a su familia por tanto tiempo, no puede saber las implicaciones que esa frase tiene para él.

Farid sabe perfectamente que eso no es casualidad, es el mismo mal que tenía su padre, del que murió su abuelo, mala genética, vicios de gente millonaria, la mala vida, tantas explicaciones, pero él sabía la verdadera razón. No podía repetirla en voz alta, pero sentía la convicción dentro de sí.

Era exactamente como pasaba, su padre le había contado la manera como murió su abuelo. Un día se sentía perfectamente bien y al siguiente se encontraba en una cama, resultaba algo trágico y extraño. Era inverosímil que un hombre moderno creyera en esas cosas, pero él sabía que eso no era solo una enfermedad, sino que estaba por encima de los hombres, una fuerza, una sombra, la misma que se llevó a Mohamed quería hacerlo ahora con él.

Su familia estaba marcada, era un hombre estudiado, había pasado mucho tiempo desde que sus antepasados beduinos adoraron al desierto y a los astros, desde que salieron del cuartel vacío buscando una mejor vida. Pero en el fondo de su corazón sentía que algo sobrenatural debía estar implicado.

- Haremos todo lo posible Farid, se hará todo lo que esté al alcance de la ciencia médica, podemos ayudarte, ya verás, —y sonrío de esa forma que hacen los médicos cuando no quieren mostrar sus verdaderas emociones—.
- Entiendo, pero no quiero estar debilitado en una cama, siempre he sido un hombre de acción, eso lo sabes, no deseo estar postrado, jamás.
- Farid, no puedes tomar una decisión así.

- Puedo y quiero, estoy en todo mi derecho.

Semanas atrás Farid estaba en Caracas e ingenuamente había pensado que el amor de esa mujer le salvaría. Era el único entre todos los suyos que consiguió el amor verdadero y había permanecido en este. Decidió no decirle la verdad a Alexandra, porque ella ya tenía suficientes problemas, en ese momento debía hablar con su madre y aclarar la situación de su origen, algo nada fácil de hacer, ya que Ilda Rey era una mujer amargada y llena de rencores antiguos.

Algo estaba pasando, ella también era parte de los Saab, no podía existir impedimentos para que su amor pudiera desarrollarse. Al menos aparentemente, era ridículamente absurda la forma en que el destino tejía los hilos de sus existencias.

A parte de lo obvio, lo que era una roca inamovible, es decir, la religión, esa cultura, el gusto por la libertad, la rebeldía propia de su sangre, de la sangre de los Damasco. Pero él era Farid Saab, ya encontraría la manera para que las cosas funcionaran. Era un hombre muy rico, podía vivir en el lugar que quisiera, y si era por su madre, ella debía entenderlo, tenía que aceptar sus decisiones, le gustaran o no.

Farid fue a la antigua casa de la familia, donde había vivido Omar, allí se conservaban sus cosas prácticamente intactas. Era como una especie de mausoleo, todo se encontraba perfectamente limpio, y tal parecía que el señor Saab había estado allí el día anterior.

Luego de terminar su relación con Dalia fue como si una sombra hubiese caído sobre él. Vagaba, no vivía, la luz había huido de sus ojos, trabajaba como un enajenado al mismo tiempo que cuidaba a la familia de su hermano y a la viuda, Khadijad. Cumplió con su deber hasta que Amin estuvo capacitado para tomar las riendas de la familia, y entonces desapareció, fue como si el viento se lo hubiese llevado, sin explicaciones, simplemente nadie supo nunca más nada de él.

Recorre con su vista el lugar, todavía se siente el suave aroma, es la flor del desierto, se percibe como si estuviera en todos lados. Los objetos que ocupan la habitación son muy valiosos, incluyendo unos muebles antiguos con abigarradas formas decoradas con hojas de oro.

Por algún motivo fija su mirada en un mueble, un precioso y macizo mueble de madera. Es su escritorio, donde llevaba sus asuntos de negocios, va hacia él y se sienta en la pesada silla de madera de perfectos y lujosos acabados. Nota que tiene varias gavetas, las abre y todas están vacías, menos una que tiene una cerradura, es esa la que le llama por supuesto la atención.

Busca las llaves por todos lados, pero no las encuentra. Llama a Akram para que busque la llave, necesita saber qué yace dentro de esa gaveta, si es que hay algo realmente. Se pregunta dónde están las cartas que, casi con seguridad, Dada le envió. En ellas debe estar la respuesta que Alexandra necesita, la que su madre requiere escuchar.

- Señor, no tengo idea de dónde pueda estar.
- Búscala, de lo contrario, quiero que fuerces esta gaveta, necesito abrir esto.
- Pero, señor, —dice asustado—, es una antigüedad, es una pieza...
- Lo sé, sé todo eso, pero necesito que la abras, con la llave o sin ella ¿entendiste?
- Sí, señor.

- Muy bien, —y sale de allí un tanto nervioso, siente que no le queda mucho tiempo, la maldición ha caído sobre él y quiere dejar todos los asuntos arreglados, incluyendo la herencia de su familia, lo cual incluye ahora a Alexandra y a su madre—.

Pasan los días y finalmente recibe la llamada que ha estado esperando, Akram la ha conseguido. Va rápidamente al lugar, apenas puede esperar para abrir la dichosa gaveta. Al principio le cuesta, hace muchos años que nadie abre esa cerradura.

Pero finalmente lo consigue, y cuando hace clic, el corazón le palpita con fuerza. Lo primero que ve es precisamente una foto de Dada en el desierto, está muy joven, debe tener unos 22 años a lo sumo. Es una mujer preciosa, sonrío, entiende perfectamente a su tío, son mujeres especiales que están llenas de belleza interna.

Su tío estaría muy joven en ese tiempo, era antes que su abuelo enfermara y con su muerte se llevara las ilusiones de Omar. Podía entender perfectamente la disyuntiva en la cual se encontraba, cómo se podía renunciar a algo tan hermoso. Se pregunta de dónde rayos Omar había sacado las fuerzas para renunciar a ese amor, él lo había intentado y no pudo.

Ahora qué pasaría con ambos, no sería el dolor de la separación voluntaria sino el silencio de la muerte lo que les separara. Había sido tan egoísta al volverla a buscar, a sabiendas que la enfermedad podría manifestarse de manera fatal como de hecho lo estaba haciendo.

Tuvo toda la intención de alejarse, no le dijo nada de su dolencia porque consideraba que no debía saberlo, el conocer de su enfermedad solo la atraería más. Era una tortura que le carcomía el alma, tanto como para ser un vil egoísta y buscarla nuevamente. ¿Cómo se lo diría?, la herida de su corazón sería más grave.

- ¡Maldito egoísta!, si tan solo fuese tan valiente como tú, —le dijo a la fotografía de Omar que colgaba en la pared—.

Desde los ojos del nuevo conocimiento le sorprendió el parecido entre su tío e Ilda, eran los mismos ojos dorados, con esa bonita forma almendrada y un tanto caída en el borde exterior. No había dudas, ella era la hija de Omar y Dada, la que había nacido como fruto de esa pasión desatada en el desierto.

Era gracioso ese sentido de humor un tanto mordaz del destino, todo el tiempo estuvo allí. El dolor que llevaba ese hombre en su alma era lo que había cambiado su carácter. De alegre y expansivo se había vuelto amargado, de aventurero y arriesgado se convirtió en un ser encerrado en sí mismo, una especie de ermitaño al cual pocos podían hablarle.

Entendió por qué su padre decía que se la pasaba horas y horas en ese escritorio, mirando hacia la nada. Seguramente recordando, mirando la foto de la mujer que cambió su mundo para siempre.

Farid mira dentro y descubre que hay un doble fondo, mete la mano y encuentra un botón. Al tocarlo, entonces puede sacar el paño de madera que encubre aquello que es tan importante. Allí está, una caja un tanto aplanada, dentro de ella debe estar lo que ha buscado, el corazón se le

acelera.

Abre la caja, sonrío, son las cartas de Dada, tienen que serlo, mira el remitente y es indudable, dice claramente su nombre, Dalia Damasco. Son diez en total y alguna de ellas debe ser la carta de despedida. Por supuesto que no va a abrirlas, él no es la persona a quien le corresponde hacerlo.

Finalmente, Alexandra y su madre podrán aclarar esas dudas que por tantos años les han perseguido como uno de los fantasmas del desierto. La alegría del hallazgo le emociona tanto que comienza a sentirse mareado, se sienta en la silla nuevamente y respira con lentitud. La enfermedad sigue avanzando a paso cruel y despiadado, y no podrá sino tener un final de fatalidad, en eso está completamente claro.

Siente que le falta el aire y está un poco cansado, cierra los ojos y se dice que todo va a estar bien. Pero sabe que eso es mentira, las cosas no mejorarán, tal vez no alcance a vivir mucho más. La vida puede ser cruelmente irónica, —se dice—, le gusta ese tipo de juegos en los cuales los hombres no son más que marionetas tontas que cruzan en la nada hasta que llegan a su propia destrucción, apenas sin darse cuenta.

Debe arreglar las cosas para cuando llegue el momento. Se queda así un rato más, respira nuevamente, y parece que se siente mejor, puede que muera, pero no será hoy, se repite para darse valor. Ese día va a sobrevivir, porque tiene asuntos pendientes, antes de que se vaya volando como lo hacen las aves.

Se levanta de la silla lentamente y sonrío, ahora puede decirle a Alexandra que venga, quiere darle la sorpresa. Tiene en su poder las cartas de Dada, le alegra saber que antes de partir puede arreglar las cosas y dejar claro lo que antes estaba en las sombras.

Semanas después cuando le hace entrar en la habitación con los ojos vendados, no puede evitar sentirse emocionado, es casi como un niño ante la expectativa de lo que está a punto de suceder. Le quita la venda y espera para ver su reacción.

- ¿Qué es esto Farid?, —dice posando su mirada en todos y cada uno de los maravillosos objetos—.
- ¿Qué crees que sea?
- No lo sé.
- Es una de las habitaciones de mi tío, —dice y le señala la fotografía que está colgada en la pared, donde él aparece joven, y bastante serio, con sus ojos hermosos y grandes, dorados, tan claros que brillan como dos joyas—.
- Es... es él... —y siente que la voz le falla, es la emoción del encuentro que embarga su corazón, que le penetra casi como si fuese un rayo—.
- Sí, es él, es Omar Ali Saab, tu abuelo, —y sonrío—.
- Cielos, —entonces se lleva las manos a la boca—. Mira a Farid, el cual le sonrío emocionado, le gusta ver la sencillez y sincera reacción de ella, no sabe simplemente qué hacer.
- Es él, míralo, es tu abuelo.

- Se parece a mí...
- Sí, así es, se parece a tu madre, mucho, también me había dado cuenta.
- Son sus mismos ojos, cielos, no puedo creerlo. ¡Ahhhh! —Grita—, es... no puedo creerlo.
- Jajajajaja, eres divina, en verdad que lo eres.
- Aquí vivía, aquí.
- Así es, aquí trabajaba, mi padre me decía que pasaba horas sentado allí, en ese escritorio que ves.
- ¿En ese?, —dice ella señalándolo—.
- En ese, sí, —no puede evitar esa sonrisa tonta—, es que ¿cómo no amar a esa mujer?, es encantadora, casi vuela hacia el escritorio y se sienta.

Es casi mágica la forma en que está allí, sentada donde décadas antes lo hacía su abuelo, donde se quedaba horas mirando hacia la ventana, esperando que la vida le devolviera lo que le había quitado. En cierta manera eso había pasado, y allí estaba Alexandra para confirmarlo, sus dedos acariciaban el escritorio, como si esperara con eso acercarse a ese hombre al que jamás había conocido.

- Hay algo más.
- ¿Qué?
- Mira en esa gaveta.
- ¿Cuál?
- Esa, la que tiene la cerradura, está abierta, ábrela.
- ¿De qué trata todo esto Farid?
- Solo ábrela amor, haz lo que te digo.

Cuando lo hace, se queda con la boca abierta, allí está esa foto de Dada, la misma que tiene en su cuarto. Voltea y mira a Farid con incredulidad, no puede creerlo, está obnubilada.

- ¡Maldición! Farid, es la foto de Dada, es la misma que tengo en su cuarto.
- Creo que se la tomaron en el desierto, cuando se conocieron.
- ¡Cielos!, no puedo creerlo, la conservó, al igual que ella, —y los ojos se le llenan de lágrimas—, es tan injusto que no hayan podido estar juntos dos seres que se amaron tanto.
- Lo sé, pero la vida nunca es justa amor, —y ella no puede prever a qué se refiere él con eso—, y es que de primera mano sabe que su historia tal vez termine igual que Dada y su tío Omar, pero no se atreve a decirle nada, simplemente no puede, y espera que algo pase, lo improbable.
- ¿Qué es esto?, —dice mirando la caja algo aplanada que hay en la misma gaveta—.
- Te dejaré sola para que la veas.
- Farid, ¿qué es esto?, dímelo.
- Es mejor que la abras a solas.

Ella no entiende, entonces Farid sale silenciosamente, sabe que en ese instante Alexandra necesita estar a solas con sus recuerdos. Rueda la tapa con cuidado, y allí están, son las cartas, las que escribió Dada como respuesta a las de Omar.

- ¡Maldición!, —las voltea y mira el remitente, es la letra de Dada—, ¡maldita sea!, —dice en

voz alta—, ¡no puedo creerlo!

Se queda paralizada un rato, está tan fascinada, Farid ha hecho todo eso, ¡qué hombre! —se dice— y se siente tan afortunada como dada por encontrar al amor de su vida, en el momento y de la forma más inesperada. Abre la primera carta, la que tiene la fecha más antigua, sonrío y sus ojos se llenan de lágrimas, es como volver al pasado, y ver ahora la realidad a través de los ojos de su abuela.

- “Usted también me ha impresionado, imagínese ¿quién puede ser tan afortunada para ser rescatada por un caballero como usted?, así en medio del desierto, de la más cruel tormenta de arena, me ha dejado impresionada, con sus ojos que son como el sol, y es actitud gallarda, no puedo negarlo, no soy una mujer de rodeos, usted me gusta y mucho...”
- Jajajajajaja, —ríe con todas sus ganas—, allí está pintada Dada, siempre directa, siempre al grano, como ella decía, sin rodeos. Pobre hombre, no tenía ninguna oportunidad.
- “... esa noche ante la fogata ha sido mágica, tanto como todas las noches en este maravilloso desierto, del cual me he enamorado, créame que vine aquí con otras motivaciones, con ese caballero inglés que le había comentado, que era tan terriblemente aburrido que me hacía quedar dormida... Pero con usted es todo lo contrario, me hace soñar y creer en ese mundo maravilloso de historias, de la princesa Faruz, y de todos los seres que pueblan en la imaginación de los hombres las dunas de arena... por supuesto que iré, no me perdería de ver la luna llena con usted por nada del mundo. Estoy segura de que sabrá qué hacer con las palabras, porque me ha conquistado con su poesía, con sus ojos que son más dorados que las dunas, y con su aire de humildad que es poco común en los hombres de su rango...”
- Oh... Dada, ¿cómo no amarte?, —decía llorando al leer las palabras que fueron escritas hace tanto, pero seguían teniendo el mismo poder—. Le fascinaba saber que sus abuelos se conocieran tan igual como ella y Farid, como si el propio desierto hubiese querido complacer un capricho, el de repetir las historias que más le gustaban, al jugar con los hijos del viento y llevarlas hacia la nada”.
- “... por supuesto que sí, siento que ambos somos aves, y debemos volar, este sitio es muy pequeño para nosotros, necesitamos un cielo grande, amplio por el cual surcar. Es un pecado que estés atrapado en esa jaula de oro que te roba la vida poco a poco, mereces mucho más que eso. Te propongo una gran aventura, donde solo estemos tú y yo, te ofrezco el mundo entero, caminar por el Gran Cañón como lo hice yo al atardecer, te aseguro que es mágico, tanto como ver el Rub Al-Jali, te brindo la oportunidad de ver la belleza del Niágara, la muralla China, todo lo que ha sido creado sin manos y lo que el propio hombre antiguo ha hecho... La belleza del arte no tiene comparación, la belleza de la naturaleza tampoco, juntos podremos vivirlo, será mi compañero en esta nueva aventura...”
- ¡Oh... cielos!, ¿qué hombre rechazaría algo como eso?, —se dice—. Es hermoso, pobre Dada, me hubiese gustado que esto fuese una realidad. Entonces piensa que tal vez lo sea, quizás de alguna u otra manera, tal vez Omar y Dada pudieran estar juntos en el viento o en las tormentas de arenas.

Lee otras más y sus dedos temblorosos llegan a la última, su corazón late con mucha fuerza. Abre la misiva, sus lágrimas ruedan por sus mejillas, porque siente una especie de dolor póstumo

en su corazón.

- Te confieso que cuando comencé a escribir esta carta lo hice con rabia, poniendo palabras que son indignas para un amor como el nuestro... Entonces rompí eso, y comencé a escribir otra, esta, que es más cónsona con los deseos de mi corazón y con la pasión que alberga mi alma. No puedo mentirte y decir que entiendo lo que me dices, porque no es así, siento que has traicionado mis sentimientos y los tuyos, que te has traicionado a ti mismo. No puedo creerlo, es como una daga que me atraviesa el pecho, e incluso, soy sincera, he llorado, y sabes que no lloro por motivos de amor. Me doy cuenta entonces que jamás había amado, y que toda mi vida estuve viviendo una mentira, y creo que tú quieres seguir viviéndola, eso es una decisión tuya. La respeto, pero no la comparto, no sé cómo decirte cómo me siento, la verdad es que no puedo, por más que quieras, tal vez es que no pertenece a tu mundo, a ese mundo donde la familia es lo más importante, donde tus ancestros demandan eso de ti, de ese mismo mundo encantador de las historias y beduinos, de esa bella raza a la cual perteneces, a la cual amo. Omar Ali Saab, no te escribo esta carta para que me respondas, es la última vez que hablamos, de hecho, solo quiero despedirme para rendirle tributo a todo lo que vivimos, que es tan grande como el amor de Faruz por el desierto, me he entregado a ti como ella a su Rub Al-Jali. No hay nada más que dar, ni nada más que decir, porque las palabras resultan vanas, sé que esto es como los amores épicos, porque está más allá de lo obvio, de las cotidianidades. Hemos sido como el viento, y ahora volaré libre, y tú también lo harás, o al menos eso espero... nunca traiciones tu ser, porque esa es la más grande de las traiciones que puede cometer un ser humano. Seré libre, Omar, me has dado el mayor de los regalos... el de amar, el entender cuál es el verdadero amor, el amor de fuego que nos cubre, el amor de are que nos llena, somos arena, viento y llama, me despido de ti, pero no del amor que sembraste en mí como una semilla, ese será para siempre.

Alexandra se pregunta si ella sabía que estaba embarazada en ese momento, pero no lo dice, si lo hubiese hecho, seguramente Omar la habría buscado, y tal vez ella no quería eso. No pensaba someterse a esa sociedad ni someter a su hija, quería que fuese tan libre como ella, pero no contaba con que Ilda podría tener otro espíritu, uno muy diferente al suyo.

- Oh... Dada, —dice llorando—, esto es tan hermoso, tan hermoso, —y no puede detener su llanto, porque es como si ella misma dejara a su propio amor—.
- Me despido de ti, como lo hace la brisa, me has dado todo, incluso un nombre, me has dado la risa y el llanto. Me despido sin palabras y solamente deseando que el tiempo nos llene de todo ese que él mismo nos ha sabido quitar. Te amo, por siempre tu Dada.

Ella se queda allí con las cartas en su regazo, sabiendo que el amor es tan grande, mucho más que la expresión humana, trasciende el tiempo y el espacio, es un amor inolvidable. Vuela por encima de todo, remonta como un ave que sabe volar con su propio viento, es la brisa de la libertad, es el sacrificio, tú solo, uno eres con el desierto. Ahora las palabras yacen como un testimonio en el papel, pero que es tan poderoso como para seguir ejerciendo su propia fuerza, como un sol que sabe alumbrar en la más absoluta de las oscuridades.

CAPÍTULO XII

La maldición

Ella no puede creerlo, siente que tal vez la maldición sí es cierta, porque parece que les persigue de forma inmisericorde. Mira a la madre de Farid, está sentada allí tan tranquila cuando ella solamente tiene ganas de correr y gritar.

Se queda paralizada porque no puede aceptar que todo eso sea cierto, tiene que ser una mentira. Un sueño que se ha convertido de pronto en una pesadilla, pero en cualquier momento, se dice va a despertar, y todo será como antes, Farid la llevará al desierto y verán las dunas juntos, al calor de la fogata, como lo han hecho antes.

- ¿Por qué no me dijo nada?, —le dice a su madre con recriminación—.
- No me correspondía hacerlo, eso era solamente entre él y... la familia.
- Yo soy de la familia.
- No es el momento para discutir esas cosas Alexandra, será mejor que entres, ha estado preguntando por ti, es mejor que vayas a verlo, este debate no tiene ningún sentido.
- Madam Saab.
- Basta, no hablemos nada más, lo único importante es que mi hijo quiere hablar contigo, no lo haga esperar, porque... porque no sabemos cuánto tiempo nos queda.
- Pero...
- Alexandra, basta, por favor.
- Madam Farrah, sé que usted nunca me ha querido, pero...
- Alexandra, soy una mujer clara, me gusta llamar a las cosas por su nombre, no eres en modo alguno lo que quisiera para mi hijo, pero al parecer te ama. Entre ustedes hay algo que no puedo entender, pero el hecho de que no lo entienda, no quiere decir que no lo respete. No sabes lo que es ver sufrir a una persona así, vi sufriendo a Omar hasta el final de sus días por esa mujer, y no quiero que a mi hijo le pase lo mismo ¿entiendes? Ya es suficiente con lo que ha tenido que pasar.
- Pero, jamás me dijo nada, —dice mirando hacia un rincón, con los labios entreabiertos, sintiendo como si él la hubiese traicionado por no decirle nada—.
- Es un hombre orgulloso, un hombre que le gusta mostrarse fuerte y capaz, es igual a su padre, y a su abuelo, en fin, resulta inútil discutir acerca de eso. Es mejor que hables con él, tal vez así se anime, porque está muy demacrado.
- Esto no está bien, me ha engañado.
- Alexandra, deja de pensar en ti, piensa en él, no quiso atarte haciéndote sentir comprometida por su enfermedad ¿puedes entender eso? Mi hijo es un hombre fuerte, siempre ha sido así, jamás quería que nadie esté con él por lástima, jamás reconocería que tiene alguna debilidad, ese siempre ha sido su problema. Ahora dejemos este absurdo debate.
- No puedo creerlo, es que... —y mira a la mujer que la analiza con sus preciosos ojos color

ámbar—.

Alexandra entra en la habitación y no sabe qué decir, se siente muy molesta. Cree que debió decirle todo desde el principio, tal vez podrían haber hecho algo. Pero él tomó esa determinación sin decirle nada, no puede evitar una sensación extraña, cree que él la ha traicionado al no confesarle lo de su enfermedad.

- Sé lo que vas a decir.
- No creo que lo sepas.
- Alex, sé que estás pensando que pudiste hacer algo si te lo hubiera dicho, pero no es así.
- Ah... ¿no?
- No, no se puede hacer nada.
- ¿Desde cuándo lo sabes?
- Desde siempre.
- ¡Qué!, —exclama con asombro—, ¿es decir, que siempre supiste esto?, ¡por todos los cielos Farid!, ¡maldición!, ¡no puedo creerlo!
- Así es, —quiere gritarle, pero sabe que no puede, está molesta, pero su rabia se mitiga al ver sus ojos y las enormes ojeras que afean lo que antes estaba completamente lleno de belleza—.
- Pero... pero no entiendo, las lágrimas inundan sus ojos, se siente como una tonta.
- Alex, por favor, no te pongas así.
- ¿Cómo quieres que me ponga?, ¿qué puedo hacer?, dime, siento como si hubiese algo por encima de nosotros decidiendo en nuestras vidas.
- Tienes razón, tengo la misma sensación, es...
- ¿No me digas que es la maldición?, —y lo mira muy seria—, esto es una enfermedad, tan solo eso, —y se seca las lágrimas—.
- Lo mismo le decía tu abuelo al mío, no creía que pesara algo sobre nuestra familia.
- Farid, por favor.
- No has visto lo que yo, no has experimentado ni visto las desgracias de mi familia.
- También es mi familia, —y reconoce que también lo ha pensado, pero al decirlo en voz alta suena absurdo—.
- Lo sé, lo sé, —y esa frase en sus labios adquiere un matiz de fatalidad—.

Días después ante su lecho ambas lo saben, ella, la mujer que lo ha amado y Farrah, la mujer que le dio la vida. Ha llegado el momento, queda poco tiempo, se nota en sus gestos y facciones. Su rostro ha adquirido un matiz cetrino, los ojos hermosos se han tornado hundidos y tristes. Él mira por la ventana, en ese instante un grupo de aves surcan el cielo y Farid sonríe, con ese tipo de expresión triste de aquellos que se resignan a su destino.

Alexandra lo contempla en silencio mientras le acaricia la frente, la tiene tibia y sudorosa. Su madre le sujeta la mano desde el otro lado de la cama. Farid mira sin expresión hacia el cielo.

- Hay hombres que son suelo y hombres que son aire.
- ¿Qué?
- Eso le decía su padre, —aclara Farrah, quien sonríe con tristeza, está resignada, cansada—.
- Mi padre era suelo, siempre práctico, siempre calculando los riesgos.

- Pero tú eres aire, —agrega ella sonriendo—.
- Así es, y tú también.
- ¿Yo?
- Sí, también Dada y Omar, son los amores más bonitos cuando puedes volar con libertad.
- Así es, —dice ella y se le llenan los ojos de lágrimas—.
- No llores, todo estará bien.
- Farid... —quiere decir algo más, pero se detiene, es mejor callar su dolor, ya es suficiente con el suyo, con el de Farrah, con ese ambiente opresivo que parece cernirse sobre ellos dificultándoles la respiración—.

Farrah la mira como queriéndole decir que debe ser fuerte. Lo sabe, lo intenta, pero el dolor de su pecho es tan grande que parece le hará desangrarse. Ella es la madre, pero permanece impasible, como si esperase que pasara la tormenta para entonces desatar el caudal de su dolor.

Las aves surcan el cielo y él se queda mirándolas, el final está cerca, pronto volará libre, como siempre lo deseó. Ella lo ve en su cara y respira profundo, no quiere llorar, quiere despedirlo así, con la calma y la sonrisa.

- Mira, allá van, —dice—.
- Sí, —entonces se acerca y le susurra al oído—. Vuela, ave libre, vuela... —y se miran con amor, con ese amor que se despide para que el otro sea feliz—.

Dicen que la maldición ha llegado una vez más, ha alcanzado a los Saab como lo hizo en el pasado, desde los antiguos tiempos. Nadie se atreve a decirlo en voz alta, pero todos los piensan, el desierto ha cobrado una nueva víctima, y seguramente luego de él vendrán otras más.

CAPÍTULO XIII

El fantasma del RAJ

Hay verdades que se vuelven leyendas y leyendas que se tornan verdades. La vida se llena de sordas ironías y crueles dolores. Nace una estrella en el cielo, y ahora un ave vuela libre por el firmamento, se aleja y todos lo ven, vuela firme hacia donde los ojos humanos no pueden alcanzar, es la idea de la libertad, de aquellos que añoran lo que no pueden tener.

Remonta su vuelo con el crepúsculo, en el romanticismo de los hombres, quienes saben leer señales en los colores del desierto. Es un ave que va sobre el Rub Al-Jali, tal vez como muchas otras, como pasa todos los días cuando nadie las ve. Pero ya nadie podrá sacarles de la cabeza a los beduinos que es el propio Farid Saab que surca feliz por los aires porque ya ha pagado el precio.

- ¡Por Alá!, —dice una mujer en badawi—. Es Farid Saab, ha vuelto con los suyos, los beduinos han regresado a su lugar de origen, —y sonrío—, en su corazón es una convicción firme, porque todo tiene que volver al lugar de donde salió.

Ahora son muchos los que miran al cielo, ¿qué pasará ahora?, ¿qué reclamará el desierto? Pocos son los que quedan, muy pocos. De allí salieron y allí tienen que volver, son milenios entre las arenas, caravanas enteras se van moviendo, son los pacientes camellos que saben contar las horas del fuego y caminan entre las arenas con actitud resignada.

El ave grazna y de seguro esa noche las tribus del desierto contarán las historias. Las de aquellos hombres que se atrevieron a desafiar al desierto y tuvieron que pagar el precio, los que son de ejemplo para otros para que sepan que no se puede retar a lo desconocido.

- Los Saab están malditos, —dice el profeta—, desde que Omar Al-Hazim menospreció al “cuartel vacío”.
- ¿Cómo fue que pasó?, dirá otro, para que el hombre cuente la historia que ha sido mil veces relatada.

La historia de los hombres blasfemos, que no saben respetar las fuerzas de la naturaleza, que no pueden dominar sus pasiones y por eso acaban siendo destruidos por ellas mismas. Son los relatos contados en el fuego crepitante de las fogatas que silencian el cruel frío del desierto. Sus ojos atentos, el corazón emocionado porque las palabras saben dar ritmo a las voces de su imaginación.

Es el misterio en la inmensidad del océano dorado, entre las dunas interminables, en la silenciosa noche, tan callada que se puede escuchar el viento hablando y cantando al oído, son melodías antiguas que se han ido recopilando en cada rincón de la inmensidad. Las voces de los ancestros hablan, cuentan las anécdotas de quienes desaparecen en la nada o de aquellas que se

entregan con sus propios pasos al desierto.

Son las profundidades desconocidas, donde nadie puede estar. En ese lugar donde la imposibilidad da rienda suelta a la fantasía. Es el relato que cantan con sus voces los hombres y mujeres desde los tiempos antiguos, cuando no se plasmaban las palabras en la piedra y el papel, sino que solamente se escuchaban relatados por los profetas y las mujeres de las tribus.

- Hace miles de años cuentan que esto era un mar, tan grande que habitaron en ellos seres fantásticos de grandes poderes, pero abusaron de ellos como suelen hacer los hombres. Entonces el mar se secó para siempre y nació el desierto, el cual juró venganza por lo que el hombre le había hecho, desde entonces los que navegaban sus aguas van haciéndolo entre sus dunas, surcando el mar dorado de las arenas en sus camellos, como antes lo hicieron con sus barcos.
- Los hijos del viento... —exclama uno—.
- Sí, los hijos del viento y los fantasmas de arena.

Hace tanto tiempo que no se puede contar, donde los números son pequeños y la imaginación de los hombres es escasa para alcanzar la inmensidad. Hace ocho mil años, o mucho más, tal vez. Cuando el desierto era desierto, no más que arena y sol, y los hombres no tenían nada, hasta que comenzaron a adorar a las sombras de la noche, a los árboles de los oasis, el agua de la lluvia y el viento. Entonces el Rub Al-Jali tomó su nombre, y se llenó de seres extraordinarios, con poderes, que sorprenden al incauto y se llevan al codicioso sin siquiera preguntarle.

Son kilómetros de arenas que se ven hasta donde la vista alcanza, son caravanas que llevan sus cargamentos de un lado a otro, entre la alegría de la libertad y la resignación del mundo en el cual han sido condenados y bendecidos. Son las historias que se cuentan una y otra vez hasta que se quedan grabadas en la imaginación de los beduinos, porque los hijos del viento saben las consejas que el tiempo ha ido formando, con los humanos que se volvieron arenas, que se tornaron fantasmas.

Es el badawi que sabe contar historias al ritmo cantarino de su propia melodía. Así ha sido desde que la vida es vida, desde que los hombres descubrieron que su entorno era más que un mundo de formas sensibles, y que estaban rodeados de signos que se extienden más allá de la vida, haciéndoles entrar en la inmortalidad.

Allí donde reina la Zahrat Alsahra', la flor del desierto que gobierna la vida de los mortales con su potente aroma. Que puede saturar los sentidos y hacerte conocer al amor de tu vida, es el oasis del sediento, el agua que cultiva la ilusión de la vida.

Es la historia que se cuenta de la princesa Faruz, de la más bella de todo el desierto, que se dice toma forma humana, en una bella mujer, de ojos tan azules como el cielo y cabello de ébano. Que camina entre lo inhóspito hasta llevarse a quienes como ella han sufrido, llevándoles al encuentro con el desierto, que sabe amar por la eternidad.

Donde el pasado se confunde con el futuro, donde no hay tiempo y el horizonte es fuego que va fundiéndose con la tierra. Es la figura en contraluz que va perfilándose, que hiela la sangre en las venas, es la fantasía del amor, de la magia del fuego.

La flor que crece en el desierto de rojos pétalos de fuego que parecen de seda, muy pocos le han visto y muchos menos le han tomado, quienes lo hacen, están condenados por siempre y para siempre a vagar por el desierto. Pero todos saben que no es solo el aroma lo que guarda el secreto, sino que es la leyenda que se teje a su alrededor. Son dos corazones que están a punto de encontrarse.

Así cuenta la esposa del jefe, cuenta la historia mil veces relatada, pero todas tienen un gesto de ilusión al escucharla. Todas quieren ser como ella, poseer su belleza y volverse leyenda.

- “Entre las soledades del desierto, entre las dunas, donde nadie puede alcanzar, en ese lugar en el cual el sol se funde con el horizonte y los ojos del hombre no pueden profanar sus secretos. Allí, justamente, entre las ardientes arenas y el sol abrazador, entre los diamantes que son estrellas... allí, donde la magia se junta con la fantasía, donde la realidad sabe desdibujarse porque no hay nadie que la declare, en ese lugar donde la locura es la norma y el hechizo pervive en el alma de las cosas...”.

Es una tarde triste y el crepúsculo rojizo parece estar compuesto de sangre, la propia sangre que mana de la herida de su corazón. Alexandra llora el amor perdido, porque Farid se ha ido para siempre, la maldición de los Saab cobra una nueva víctima, y solo queda una por contar, una entre todos, ella misma, ella también es una Saab, es la nieta de Omar, ella misma también será alcanzada por el desierto, ahora con fatalidad lo sabe, siente el dolor como un presagio.

¿Qué sentido tiene entonces? Mira hacia el Rub Al-Jali, ¿qué sentido tiene?, ¿para qué esperar?, porque sin duda este seguirá cobrando las vidas de aquellos que le han infamado. Desde Omar Al Hazim hasta Farid, desde Mohamed Saab hasta ella misma, todos y cada uno de sus antepasados desde que los Saab abandonaron las tierras de los beduinos buscando huir de la maldición que ellos mismos convocaron sobre sus cabezas.

La tormenta se está formando, una vez más se proyecta sobre el desierto. Alexandra camina hacia él, desafía su existencia, el Rub Al-Jali le ha quitado todo, desde antes que ella misma llegara a saberlo. El dolor hace presa de su alma, al igual que lo hizo en su abuelo, la pasión del amor perdido, el grito en el silencio de su corazón herido, ya nada puede consolarla, él los ha unido y él mismo les arrebató la vida.

Corre a él y recuerda a su vez aquella noche cuando vio a Farid entre el fuego, como una figura, con sus ojos felinos y su belleza sobrenatural. Se adentra entre las dunas, las mismas que vio en su llegada a Dubái la primera vez, cuando sin saberlo estaba siendo atraída hacia él y su propia destrucción. Sus dunas eran entonces montañas de oro, diamantes y un lienzo lleno de matices cálidos, plétóricos de belleza.

- ¿Por qué?, ¿qué es lo que quieres?, ¿qué deseas?, dime ¿qué quieres?, y entonces acabaré con esto, —le grita al vacío, se enfrenta con temeridad ante él, no es nada ante ese inmenso adversario—.

La tormenta se desata, llena el cielo y lo que segundos antes era el crepúsculo ahora se vuelve oscuro, es el silencio de la muerte que ahora se desata sobre ella. Ahora sabe que no saldrá viva de ese lugar, porque es el momento en que terminará de cobrar el precio de los suyos.

Voltea y allí está, es la extraña mujer, la profetiza Amira, está parada como si cualquier cosa en medio del desierto. Le está observando y en ese instante sabe que no es humana como lo había sospechado desde el primer momento que la encontró, cuando se le cruzó en el camino.

Camina hacia donde está y la mira, su hermoso velo se mueve con el viento, es como si la estuviese realmente esperando. Sonríe al mirarla, tiene ese gesto de tranquilidad, una faz serena, como si no estuviese detenida en medio de la nada, y el sol abrazador no la consumiera o el calor no fuese enervante, aunque sean ya las cinco y media de la tarde.

Amira se voltea y entonces sigue caminando hacia la nada, se desplaza con su andar elegante, erguida y delgada, es una hermosa mujer, tanto que no puede ser humana, eso lo sabe. Va detrás de ella, es como un impulso que le guía, no hay nada que pueda evitarlo, el desierto llama y los hombres obedecen.

Pasa el tiempo y la historia vuelve a comenzar, es una fogata que abriga del frío, donde se cuentan las historias de los fantasmas del desierto. Allí donde los turistas sueñan con conocer la magia que posee el Rub Al-Jali sin saber que este es inmisericorde. También donde los beduinos repiten sin cesar sus relatos, que son fantasías con pinceladas de verdad.

Una chica escucha a la esposa del jefe contar la historia una vez más. La escucha atenta, tal vez pensando que el encanto no está en el misterio, sino en el amor. Amar tanto, en el silencio, con el dolor que quema el alma, amar tanto hasta perderse, como Faruz, como... Alexandra, que ya es arena.

- Hace mucho tiempo cuando los hombres amaban con todo el corazón cuentan que vino una mujer de más allá de los mares. Era muy hermosa, de ojos profundamente azules y labios rojos como el fuego...
- A ese fantasma le han visto vagar por el desierto, —dice una de las chicas emocionada—, vieron a una hermosa mujer vagando ente las dunas, en el atardecer.
- Deja que terminen la historia, —dice otra en señal de protesta—.

La mujer ríe porque ya ha captado la atención de las jóvenes. Son las historias mil veces contadas del amor que se entrega todo sin reservas, de un sentimiento imposible, épico, que trasciende el sentido de los hombres y sus bajezas.

El Rub Al-Jali tiene secretos, tantos como son la inmensidad dorada de las arenas. El desierto es solo un nombre, una sencilla palabra que, sin embargo, implica tantas cosas, la vida y la muerte, los hombres, y también los fantasmas que pueblan en él y en la imaginación de sus habitantes.

Ahora es la historia de esa mujer occidental que se enamoró del beduino, tanto como para entregarse al desierto. Ya lo han dicho que los hijos del viento vuelven a su tierra, han salido de las arenas a las arenas vuelven.

Allí va, dicen que la han visto vagando entre las arenas, es la princesa, no, es la mujer del cabello de ébano, con ojos de cielo, que habla con el rumor de un río, que canta entre el viento y busca a su amor perdido. Es hermosa, tanto que quita el aliento, muchos aseguran haberla visto

caminando, lleva una flor en su mano, si te la encuentras hallarás también al amor de tu vida, un amor de fuego que marca tu existencia, una pasión de la cual no hay vuelta.

Todos se han acostado, ahora duermen, exceptuando la chica que escuchaba atenta a la esposa del jeque que relataba la historia. Ella permanece fuera, es como si el desierto la llamara, mira a todos lados y siente una intranquilidad, como si el viento quisiera decirle algo, contarle una de esas historias que solamente los beduinos saben decir. Está allí y entonces la ve, es una mujer, una chica hermosa, debe tener más o menos su edad, le mira con sus alucinantes ojos azules, su hermosura es inhumana.

- ¿Cuál es tu nombre?, —le dice nerviosa—.
- Alexandra, —le contesta con su voz melodiosa que es como un arrullo—.

Al día siguiente no la encuentran, todos dicen que el desierto se la ha tragado, el Rub Al-Jali habla y los hombres obedecen, sus secretos solo pueden ser descifrados por unos pocos. En cada duna y rincón hay misterios por saber, una figura, un tono, el suave viento que roza entre los árboles generando un sonido, que es entonces canción, una sombra que es la figura de un fantasma y ya sigue poblándose de historias el “cuartel vacío”. De la chica que vino a llorar a su amor perdido y se encontró con Faruz, la que ahora vaga por el desierto, que ya se ha vuelto arena.

Allá va una caravana, se ven desde lejos, recorren kilómetros y kilómetros enteros con sus camellos. Son los beduinos orgullosos, son ocho mil años navegando en el mar de oro. Andan de un lugar a otro y su estirpe no se extingue, el desierto los conoce, los sustenta, son los habitantes del cuartel vacío.

El desierto lo sabe, el hombre es débil, hoy es y mañana no existe, el tiempo sigue pasando y las arenas del tiempo caen inmisericordes, lo que ayer era realidad tangible hoy es mito. Las verdades se matizan entre los labios, con las frases que se agregan, en los nombres que se van olvidando.

La sombra errante que se vuelve figura, el sediento que en su desesperación cree ver un oasis. Es el hombre que se perdió para no volver, aquel que jamás fue encontrado, y que efectivamente parece que las arenas se han llevado. Es la tormenta que oscurece el cielo de pronto.

El desierto sabe que cuando todos pasen él seguirá existiendo, por siempre y para siempre... Nadie conoce los misterios, nadie sabe los secretos del Rub Al-Jali mejor que él mismo. Son las dunas doradas en las cuales se reflejan mil matices, es un caprichoso lienzo en manos del pintor invisible, es el escenario donde viven y mueren los hijos del viento, donde muchos fueron hombres y ahora no son más que fantasmas... fantasmas de arena...

“Las dunas son llevadas por el viento, es un paisaje que se construye con aire, al igual que los hombres, efímeras existencias, de la nada salen y a la nada vuelven, somos nada, somos todo...”.

Alexandra Saab, mujer, amante y fantasma.

Fin.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de esta saga:

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 4)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 5)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 6)

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 4)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 5)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 6)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 7)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance

Paranormal (Inmortales Libro 8)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 9)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 10)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 11)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 12)

Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad (Inmortales Libro 13)

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 14)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 15)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 16)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 17)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 18)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 19)

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.

Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2
Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3
Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.
Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama
Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos
Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.
Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis
por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo
electrónico y te la enviaremos cuanto antes.